

Empar Fernández
IRINA

Una niña que sobrevivió al silencio y a la distancia,
una novela sobre la tragedia del exilio republicano en Rusia.

VERSATIL
narrativa

IRINA

EMPAR FERNÁNDEZ

Título original: *Irina*
© 2018 Empar Fernández

Cubierta:
Diseño: Ediciones Versátil
© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: febrero 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

BARCELONA, ABRIL DE 2016

El día no había empezado bien y un hombre como él, con una acusada propensión al pesimismo, solo contemplaba una posibilidad: la de que empeorase irremisiblemente. Si hubiera podido, hubiera regresado a casa, hubiera conectado el televisor y hubiera dejado volar el resto del día con ayuda de unas cervezas y un par de películas de acción disparatada. Previamente hubiera enviado a la mierda a la empresa entera y, en especial, a sus altos mandos, una caterva de incompetentes que solo sabían proferir exabruptos y culpabilizar a los demás de su propia ineptitud.

Se limitó a abandonar el despacho durante un rato, a poner el pie en la calle con el propósito de airearse y a barajar la posibilidad de quemar el primer pitillo; aquel que intentaba, en vano y a contrapelo, demorar hasta el café de la sobremesa. Era uno de sus retos, el resto todavía eran menos gloriosos. Muy raras veces lo conseguía.

Quizás por pura prevención, quizás porque no esperaba nada bueno; cuando la desconocida se le acercó y le pidió fuego, a punto estuvo de responder que no fumaba. No lo hizo. No sabía mentir. No había aprendido durante la adolescencia, cuando generalmente se aprenden esas cosas, y había acabado andando por la vida con la verdad por delante.

Se llevó la mano al bolsillo de los vaqueros y sacó el encendedor rosa geranio. Se lo tendió. Recordó que no le pertenecía y que lo había cogido de la mesa de reuniones al retirarse mascullando imprecaciones para sus adentros, como casi siempre. La reunión había sido un desastre, ni una buena noticia y tantas recriminaciones como caben en cincuenta minutos de un monólogo hiriente salpicado de algunos vanos intentos de los empleados humillados públicamente de objetar alguna cosa en su defensa. Los subordinados habían intentado parapetarse, alegar desamparo, malos tiempos, poca promoción, crisis galopante... También él había procurado descargar algo de responsabilidad. Todo inútil. La habitual e irritante sordera selectiva de un director comercial que blandía, como si se tratara de un puñal bien afilado, un penoso balance de

resultados.

Cuando, a pocos pasos de la enorme puerta de acceso del edificio, la desconocida alzó los hombros, esbozó una sonrisa encantadora y le mostró los dedos vacíos, a Santiago apenas le sorprendió su desinhibición. Ni fuego ni pitillo. Su cara no le resultó familiar, pero no era extraño, cientos de personas se repartían por los dieciséis pisos de oficinas. Imaginó que era una empleada de otra planta. Su curiosidad era limitada, no preguntó.

Sacó del bolsillo el paquete de Camel y se lo tendió. Acompañó el gesto de un leve resoplido de resignación. Ni podía ni quería ocultar su malhumor. Con unos dedos asombrosamente largos y delgados, la joven sacó un cigarrillo y lo prendió. Tras llevárselo a la boca y aspirar entornando levemente los ojos, le alargó la mano.

—Yo soy Oxana —pronunció con dificultad y gesto de concentración—. Muchas gracias a ti.

Y pocas palabras le bastaron para comprender que la joven no solo no hablaba castellano sino que había nacido a miles de kilómetros de distancia.

Se sintió obligado a estrechar la mano de aquella mujer de piel blanca y ojos de un azul imposible que parecía haber nacido en las inmediaciones del Círculo Polar y a la que no sentía deseos de conocer. La retiró de inmediato para sacar otro cigarrillo del paquete. Oxana aproximó la llama y él entrecerró los ojos, como tenía por costumbre.

La joven debía tener unos treinta y pocos años, era muy rubia, vestía una falda estrecha y negra por encima de la rodilla y un jersey gris de punto que ceñía su busto y dejaba al descubierto la prodigiosa palidez de su escote. Calzaba zapatos oscuros de medio tacón. Había algo de brillo en sus labios y en sus uñas y, en sus ojos, una línea azulada en el párpado inferior producía un singular efecto: sus pupilas parecían flotar en alta mar. Era alta, tanto como él, y tenía las caderas estrechas y unas piernas que se adivinaban muy largas. La ausencia de medias en un día fresco de principios de primavera le resultaba chocante, debía ser una costumbre más propia de otras latitudes. Al hombro un bolso sintético de asa corta.

El conjunto, rematado por un moño alto, como de bailarina clásica, resultaba enigmático y algo pasado de moda. Como las bailarinas clásicas, permanecía muy derecha sobre la acera.

—Santiago —correspondió a su vez y con evidente desgana estrechándole la mano de dedos como lápices.

La chica entornó de nuevo los ojos azul báltico para protegerse del humo e inclinó la cabeza con una mueca, como si examinara su nombre o como si

intentara grabarlo en su memoria. A Santiago el gesto le resultó inapropiado, demasiada proximidad.

—San-tia-go —repitió ella.

Se sintió violento, incómodo, era como si la mujer pretendiera saberlo todo de él, ahondar en sus miserias, que eran muchas, y calibrar así su valía. Quizás por ello instantes después giró sobre sus talones e inició una retirada algo indigna. Como casi todas.

A su espalda Oxana repitió su nombre casi en un susurro.

—Santiago.

Y lo hizo de nuevo en voz algo más alta y con una dificultad evidente. Como si ensayara.

—Santiago.

Sonó a otro nombre, a un nombre distinto, el de otra persona. Seguir adelante le pareció demasiada descortesía. Se giró, Oxana sostenía el encendedor en alto. Sonreía. Tenía los ojos hermosísimos y extraordinariamente azules.

—Puedes quedártelo —respondió ayudándose con un gesto atropellado de su mano derecha que le sirvió para disimular su confusión.

En aquel instante no podía saber que acaba de cruzarse con la mujer que semanas más tarde haría saltar su vida entera por los aires.

Carles Armengol, uno de los pocos colegas con los que mantenía cierta relación, había contemplado la escena y siguió a Santiago al interior del edificio.

—¿La conoces? —preguntó sin preámbulos.

—De nada.

—Es una de las mujeres más guapas que he visto jamás. —Y remató sus palabras con un silbido que hizo que las tres mujeres que ya aguardaban en el interior del ascensor lo miraran con recelo. Una de ellas puso cara de estar a punto de escupir a su paso. Armengol le sostuvo la mirada unos instantes.

Santiago cabeceó. No quiso pronunciarse.

Regresó al despacho. Rosa, en la mesa de enfrente, tecleaba un mensaje en su móvil. Ahogó un gruñido de desagrado. Santiago hubiera preferido mil veces estar solo y maldecir interiormente a todos y a cada uno de sus congéneres en absoluto silencio. Quizás tenían razón los que afirmaban que se le estaba agriando el carácter.

Pensaría en ello.

—¿Sabes que Sandra, la de ventas, está esperando una niña? —preguntó su compañera de despacho sin levantar la mirada de la pantalla del móvil.

Le costó unos instantes recordar quién era Sandra. No tenía ni idea de que esperaba descendencia y la noticia no le interesó lo más mínimo.

—¡Ah! —comentó por quedar más o menos bien.

—Y ¿sabes cómo se va a llamar? No te lo vas a creer.

Era obvio que Santiago ignoraba el nombre de la criatura que había de llegar al mundo. También lo era que no le importaba en absoluto. Se limitó a encogerse de hombros y a pronunciar:

—Ni idea. —Era hombre de pocas palabras.

—Ariel.

—¿Cómo el detergente? —preguntó por preguntar y porque sentía una leve extrañeza. En algo Rosa no se equivocaba. Era cierto, no podía creérselo.

—¡Pero qué bruto eres, Santiago! Por la Sirenita, hombre. ¿En qué mundo vives?

Aceptó sin replicar que era poco más que un animal de bellota. Se preguntó a sí mismo en qué mundo vivía, no encontró una respuesta apropiada y regresó a sus cosas.

Hay que joderse.

Como la Sirenita, repitió para sí.

CAPÍTULO 2

MOSCÚ, DICIEMBRE DE 2015

Irina había conseguido salir al rellano de su piso minúsculo en las afueras de Moscú, había pulsado el timbre y había alertado a Oxana, la madre soltera que ocupaba el piso de enfrente. La joven se disponía a dejar a su hijo en la guardería, como cada mañana antes de salir volando hacia el trabajo. Siempre iba deprisa, muy cansada, agotada. Siempre parecía al borde de un ataque de ansiedad.

Se llevaban bien. Simpatizaban. Ambas se ayudaban en lo que podían. Eran conscientes de que, a falta de parientes más o menos cercanos y de amigos en las proximidades, se necesitaban para ir tirando.

La tarde anterior había notado que le faltaba el aire. Intentó no preocuparse. No era la primera vez. Pero había pasado mala noche, no había conseguido dormir más que unos pocos minutos. Ni tan siquiera había podido tenderse en su cama por miedo a no poder respirar. Llevaba muchas horas mal acomodada en el sillón que su cuerpo había moldeado con el paso de los años, extraviada en una especie de delirio febril y captando, con mucho esfuerzo y un sordo ronroneo en el pecho, un hilo de aire.

Con las primeras luces se había levantado trabajosamente y, sujetándose a la pared y arrastrando los pies como si pesaran quintales, había cruzado el umbral de su casa, había recorrido la distancia que la separaba de la puerta del piso de su vecina y había conseguido pulsar el timbre.

Había sido Oxana la que, al comprobar que Irina estaba en apuros y que apenas conseguía respirar, había avisado inmediatamente al servicio de emergencias a pesar de que la anciana se resistía. No quería ir a parar a un hospital, quería que el médico la visitase en casa. No quería moverse de allí. No había para ella otro lugar en el mundo.

Asustada y con su hijo lloriqueando en el cochecito, Oxana la había ayudado a sentarse en el rellano y le había echado una manta más sobre los hombros. El frío en la escalera era tan intenso que la joven temblaba mientras buscaba en el piso de Irina una maleta que no encontró por ninguna parte. Antes

de que los sanitarios se la llevaran, metió en una gran bolsa de plástico las pertenencias de la anciana que creyó que podría necesitar. Algo de ropa interior —la más presentable que encontró en el cajón de su cómoda—, dos pares de medias de lana zurcidas en más de una ocasión, una falda de paño, un par de blusas con muchos años a cuestas, un jersey grueso, un camisón tan viejo que daba grima, colonia, peine, unas zapatillas...

Irina no tenía muchas cosas, no le preocupaba su aspecto, salía muy poco y no recibía visitas. Nunca. A menudo no se despojaba durante días del camisón ni de sus medias gruesas y hacía años que no pisaba una peluquería. Se limitaba a pasarse diariamente un peine, a tirar de tijeras cuando el cabello le llegaba a los hombros y a acumular ropa de abrigo sobre un cuerpo que seguía resultando escuálido.

—Tranquila, Irina. Ya llegan. Te pondrás bien. Ya lo verás.

La anciana no conseguía articular palabra. Asentía. Temblaba y parecía confusa. Había dejado de resistirse a ser conducida a una sala de hospital. No respondía a las preguntas de la joven y, cuando lo hacía, su voz no resultaba audible. Ella misma se había envuelto en una de las mantas de su cama a la que Oxana había sumado otra. Apenas asomaba el rostro que era todo huesos. Era incapaz de mantenerse en pie y, sentada en un escalón del tramo que subía a la planta superior, había apoyado el cuerpo y la cabeza en el muro bajo de la barandilla, como si se hubiera desvanecido o estuviera a punto de hacerlo. Tenía las manos sobre los ojos, no deseaba ver a nadie ni quería que la vieran, no quería mostrar al mundo su decrepitud. Era una persona lúcida a la que el cuerpo, del que renegaba a diario, correspondía con una traición en toda regla.

Mientras esperaba, Irina jadeaba al tiempo que emitía una especie de ronquido que parecía salir de las profundidades de sus bronquios. Tenía el cabello blanco y ya ralo, y pendía en apagados mechones a ambos lados de su cabeza. Le temblaban las manos y parecía tan consumida que sus pies, embutidos en medias y varios pares de calcetines gruesos, no alcanzaban el grosor de unos pies corrientes.

—Necesitaremos la documentación. Probablemente se quedará ingresada —advirtió el sanitario nada más ver sus ojos vidriosos, sus manos temblorosas a la altura de los ojos y su boca abierta.

Oxana rebuscó en armarios y cajones. Encontró un sobre enorme en el que se acumulaban pruebas médicas que pertenecían a otra persona, las desestimó. Localizó en un cajón un pasaporte con la fotografía de Irina algo más joven y un nombre que no reconoció y que, desde luego, no era ruso. Comprobó que era el mismo que aparecía en el exterior de los informes médicos: Asunción Cadavieco

Marón.

—Esto es lo que he encontrado. Pero ella es Irina, no sé por qué aquí dice... Yo soy su vecina. No sé...

El hombre inclinó la cabeza mientras contemplaba el pasaporte y fruncía el ceño. No parecía contento. No lo estaba. Resopló. Anticipaba problemas. Siempre los había. Los problemas, como la muerte, eran ley de vida.

—Con esto no hacemos nada, señora. Esta documentación pertenece a una tal Asunción, si esta mujer se llama Irina como usted dice... Además necesita la identificación sanitaria.

Irina agitaba una mano en el aire, señalaba la documentación. Susurró.

—Soy yo, soy yo... —Su voz apenas superaba la frontera de sus labios y su esfuerzo resultó inútil.

—En algún momento la habrá tratado alguien, la habrá visitado algún médico...

—Sí, claro, pero no encuentro nada más. Si espera usted un momento...

—Bueno, pero no creo que ella esté en condiciones de esperar mucho —alegó el auxiliar mirando de reojo a una Irina muy apurada cuyo estertor al respirar resultaba alarmante.

Oxana se perdió de nuevo en el interior del piso. Encontró la identificación sobre el frigorífico. El nombre no era el de Irina.

—Tenga. Todo lo que hay es de otra persona... No sé, no está a su nombre. Puedo buscar esta tarde y...

El hombre, corpulento y de mirada atravesada, negó con los brazos en jarras.

—Necesitamos sus papeles.

—Pero no pueden ustedes dejarla aquí. Ella vive sola y... Ya la ve. Parece muy débil y yo diría que hace muchos días que no sale de casa. No sabía nada, pero... Debe haber una explicación. Yo no puedo... Solo soy su vecina y no... Para mí ella siempre ha sido Irina. Irina Korovin.

—Las cosas no funcionan así —aseveró el sanitario.

Oxana se encogió de hombros incapaz de explicar por qué Irina parecía llamarse Asunción a efectos oficiales.

El hombre rezongó y metió la identificación y el pasaporte en el sobre con las pruebas médicas que, al parecer, pertenecían a otra mujer. Siguió protestando mientras sujetaba a la anciana por las axilas, la alzaba sin esfuerzo con la ayuda de su compañero y la ayudaba a tenderse.

Irina se quejó un par de veces, como si sintiera algún dolor que el movimiento incrementaba sin remedio, y se llevó la mano al pecho. Una de las

mantas se deslizó y, aunque intentó en vano sujetarla, cayó al suelo. Oxana la recogió y entregó la bolsa con las cosas de Irina al sanitario que había permanecido ajeno al conflicto sobre la identidad de la enferma. El hombre, que rozaría los cincuenta, llevaba unos auriculares diminutos encajados en los oídos; no se había enterado de nada.

—Lo siento. Yo ahora no puedo acompañarla, pero si hay algo que... Puedo pasar más tarde —añadió dirigiéndose al hombre que insistía en que necesitaban sus papeles mientras el niño aullaba en el cochecito y, desde el rellano del piso inferior, una pareja muy mayor pretendía averiguar lo que ocurría.

—Fiodor, Margareta, es Irina. Se encuentra mal, se la llevan al hospital —explicó Oxana asomándose al hueco de la escalera.

Margareta se santiguó y musitó algo entre dientes. Una especie de conjuro. Fiodor, su hermano mayor, un hombre muy arisco que vivía por y para su colección de minerales, tiró de su brazo para obligarla a entrar en el piso. No lo consiguió.

Ataron a Irina a una tabla roja mediante unas cintas anchas, la alzaron como si apenas pesara y desaparecieron escaleras abajo. Oxana, sujetando el cochecito, bajó tras ellos. La criatura pareció conformarse y dejó de protestar.

Mientras uno de los hombres depositaba las pertenencias de la anciana en un rincón del vehículo y se sentaba frente al volante, la joven advirtió la mano alzada de la anciana, cuyo nombre a aquellas alturas no quedaba nada claro. Se acercó tanto como pudo.

—Irina. ¿Quieres algo? ¿Aviso a alguien? ¿A algún familiar? ¿A una amiga?

La mujer negó moviendo la cabeza muy lentamente con los ojos cerrados. No conseguía respirar y hablar a la vez. Instantes después, y también muy despacio, señaló sus ojos con el índice de su temblorosa mano derecha.

—Perdona. Claro. No había pensado. Por favor, esperen. Solo será un momento —prometió.

Comprendió la joven que si la anciana se había cubierto los ojos con las manos era porque sin sus lentes apenas le servían de mucho. Echó a correr de nuevo en dirección al piso. Antes de perderse en el portal rogó otra vez al hombre malhumorado:

—Por favor, solo será un minuto. Las necesita. Sin ellas está perdida.

Arreciaron las protestas del hombre que cerraba ya las puertas del vehículo. Visiblemente irritado, prendió un cigarrillo y trató de ahuyentar el frío golpeando la acera con su pie derecho mientras su compañero intentaba en vano retirar la fina capa de escarcha que empañaba el cristal delantero y que minutos antes no

estaba allí.

Tardó en encontrar las gafas doradas de Irina. En algún momento durante la noche se habían caído junto a la butaca en la que la mujer había visto pasar las interminables horas nocturnas. Afortunadamente no se habían roto. Las recogió y, solo entonces, Oxana advirtió que en el piso hacía frío, mucho frío. La vieja estufa de gas frente a la butaca estaba apagada. Quizás el gas se había agotado e Irina no había podido cambiar la bombona. Quizás no había podido comprarla. Apagó el televisor que permanecía encendido y sin volumen y echó un último vistazo a algunos de los informes médicos que había desestimado y que seguían sobre la mesa junto a un frasco de jarabe y un vaso con restos de leche.

¿Asunción Cadavieco?

Un nombre extraño para una mujer rusa ya anciana.

Antes de entregarle las gafas, Oxana, acariciándole la mano, prometió:

—Vendré a verte en cuanto pueda, Irina. Te pondrás bien. Seguro.

La mujer, abriendo los ojos y ajustándose las gafas, asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

CAPÍTULO 3

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Cuando Santiago puso el pie en la calle al día siguiente, el cielo tenía el color del hormigón y el día presentaba parecidas, y no menos aciagas, perspectivas que el anterior. Se detuvo en una cafetería cercana a la empresa y ojeó la prensa como hacía a diario desde que se separó de Andrea. No había vuelto a preparar café y apenas comía en casa si podía evitarlo. Y siempre podía.

Le molestaba el televisor siempre encendido al fondo del local, el zumbido de la cafetera y las conversaciones sostenidas en la voz invasora de los que quieren hacerse oír a toda costa; pero cualquier cosa era mejor que ingerir el primer café a solas y de pie entre la cocina y el salón.

A juzgar por lo que Rosa señalaba, un día sí y otro también, parecía cierto que Santiago había acabado por acomodarse y se había acostumbrado a vivir en una especie de moderado abandono personal en el que chapoteaba a la espera de levantar cabeza. Aunque no lo hubiera reconocido ni a punta de pistola, vestía los mismos vaqueros durante toda la semana y aireaba las camisas para poder usarlas más de un día. Muy a menudo más de dos. Visitaba al peluquero cuando el pelo, que acostumbraba a peinar corto, se aproximaba a sus cejas y amenazaba sus pestañas, y pasaba un trapo húmedo a sus zapatos cuando el polvo enturbiaba el color.

Para su contrariedad, Rosa había reparado en ello y le había sugerido en más de una ocasión que consultara con un experto. Era entonces cuando experimentaba un deseo intenso de volarle la cabeza de un disparo, de arrancársela de cuajo como en un cómic, o de vaciarle los ojos con una cucharilla.

—A mi hermana le ayudó mucho poder hablar con un psicólogo. Las depresiones son algo muy serio, te lo aseguro, y yo juraría... Vamos que estoy convencida que lo que tú tienes...

—No jures, Rosa. Tú no eres creyente —señalaba solo por incordiar.

—Mi hermana estaba cada vez peor, ya te lo expliqué, y le recomendaron una psicóloga que...

—Lo pensaré, Rosa. Lo pensaré —prometía sin desmayo al tiempo que giraba sobre sí mismo, resoplaba de espaldas a su interlocutora y abandonaba el despacho zanjando así el asunto durante un par de días.

—Lo que tú necesitas es un buen terapeuta. También le llaman *coach* emocional. No sé si has oído hablar de ellos —había sido la última aportación de Rosa al tema de su aparente abandono—. Y yo conozco a uno que...

A sus cuarenta y un años Santiago no pasaba por un buen momento y no advertía señales de que su estado de ánimo pudiese mejorar a corto plazo. Pero ni por un instante consideraba la posibilidad de visitar a un terapeuta. Lo de pagar a un *coach* emocional no solo quedaba descartado, sino que le parecía una aberración. A su juicio lo necesitaba tanto como una bala en la cabeza.

A excepción de los buenos resultados del equipo de fútbol del que era incondicional y que aquella temporada encabezaba la clasificación, las noticias de la prensa eran por lo general peor que malas. Las víctimas de una catástrofe devastadora seguían sin recibir ayuda mientras la Fiscalía Anticorrupción, que investigaba financiaciones ilegales y dobles y fraudulentas contabilidades del partido en el gobierno, invitaba elegantemente a mirar hacia otro lado y los refugiados en busca de asilo se contaban por millares. Gruñó de rabia mientras cerraba los puños. De buena gana hubiera aporreado la mesa o arrojado la taza a la pantalla plana de la cafetería. Se limitó a levantar la cabeza y mirar hacia la calle.

Una llovizna leve oscurecía la acera. No era un contratiempo. Le gustaba la lluvia.

Se levantó, pagó el café, cruzó la calle y con un peso en el estómago saludó al conserje del edificio en el que trabajaba. Se limitó a un gesto de reconocimiento al que el empleado respondió con un «buenos días» de cortesía y se encaminó con la vista baja al ascensor. Todavía no había cruzado palabra con nadie desde que había puesto el pie en el suelo. Ni tan siquiera había tenido que pedir su habitual café corto que le era servido automáticamente por el mismo camarero que llevaba meses atendiendo su mesa con una discreción encomiable.

Por fortuna no se vio obligado a compartir el trayecto ascendente hasta el séptimo piso. Detestaba hablar por hablar. Quiso creer que era una buena señal. Había empezado a perseguir las indicaciones positivas, pequeños detalles que le permitieran augurar tiempos más dichosos. En el fondo seguía los barruntos de Rosa e intentaba identificar signos de cambio. Ella se empeñaba en llamarlos «señales».

Cada día le resultaba más duro entrar en el despacho, sonreír a los colegas, bromear o aparentar confianza. Lo de poner cara de emplearse a fondo en el

trabajo se le antojaba un imposible. La maldita opresión en el estómago que hacía semanas que no le abandonaba era cada vez más intensa y de vez en cuando se sorprendía llevándose la mano al abdomen como un Napoleón de pacotilla. En ocasiones, Santiago se sentía como uno de aquellos primeros buzos que había visto en alguna ilustración. Un hombre abnegado al que le costaba infinitamente levantar los pies por calzar plomo y cuya escafandra, en forma de gran burbuja en torno a su cabeza, le impedía comunicarse. Un hombre que dependía de un tubo para respirar.

Aislado, casi incomunicado por voluntad propia, era un bicho raro que vestía vaqueros y americana algo informal. Una enorme escafandra invisible protegía y aislaba su cabeza. Y si él recordaba a uno de aquellos buzos, su despacho, de no haber sido por la irritante presencia de Rosa, bien hubiera podido considerarse un batiscafo.

Le constaba que en la empresa inmobiliaria en la que trabajaba, sus compañeros más antiguos, los que todavía sentían cierto aprecio por él, achacaban su distanciamiento a su reciente separación. También Rosa lo hacía muy a menudo. Algunos le habían incitado a unirse a ellos los viernes por la noche, incluso propusieron una salida masiva de compañeros de trabajo. Se limitó a negarse con un gesto. Generalmente no abría la boca. Si insistían, recurría al convencionalismo y alegaba que todavía no estaba preparado. Sospechaba que la deserción de Andrea no tenía mucho que ver con sus cada vez más prolongados silencios y con el feroz deseo de estar solo. Tampoco era la causa directa del episodio depresivo que los otros creían reconocer en su conducta.

Hacía días, semanas quizás, que apenas pensaba en ella. En los últimos meses las cosas entre ellos habían ido de mal en peor. No añoraba su cuerpo ni su compañía, aunque era cierto que echaba en falta su capacidad organizativa, su resolución. Su rutina. Era bien poca cosa.

Su natural tendencia al sarcasmo y a la introversión se acentuaba con el paso de los días. Era una evidencia para todo el mundo, también para él. Aumentaba la distancia respecto a los demás y su trato era cada vez más agrio. «Guerra avisada no deja muertos», dicen.

Ya no añoraba a la mujer con la que había compartido la vida durante unos cuatro años. No la deseaba. Ni a ella ni a nadie. No anhelaba su presencia ni se le pasaba por la cabeza suplicar su regreso. No extrañaba su olor, su voz o sus pisadas. No le importó que vaciara sus cajones entre lágrimas, que retirara sus cremas del lavabo, sus papeles del despacho ni sus libros de las estanterías. No se sintió tentado a acceder a su propósito de tener un hijo en común. Ni por un

momento. Y no estaba arrepentido de ello. Tampoco le resultó especialmente doloroso que, una vez tomada la decisión, ella prefiriera no volver a verlo en mucho tiempo.

Santiago no había intentado retenerla, no le había prometido la luna, no le había jurado redención, ni tan siquiera le había pedido algo de tiempo para reflexionar. No le había suplicado que lo pensara mejor. De hecho había experimentado cierto alivio cuando, tras haber reunido todas sus posesiones en el rellano del edificio, Andrea cerró la puerta para no volver. Santiago abrió y salió para echarle una mano con las cajas. No quiso que él la ayudara.

—Es mejor así —fueron sus palabras.

Y Santiago se encerró en el piso dejándola a solas con sus bártulos y su decepción.

Entre lágrimas, Andrea los encajó como pudo en el maletero y en los asientos traseros del coche de Ester, su mejor amiga. Quizás se hubiera quedado si él le hubiera pedido que lo hiciera. Eso era lo que más le dolía, que a él no parecía importarle.

Era difícil saber cuándo empezó el desamor. Un imposible. Santiago apenas se había dado cuenta. Solo echaba en falta las rutinas de su vida en común, la vida que Andrea había organizado para ambos con tanta eficacia. El primer café en compañía, el trayecto en metro compartido cada mañana, un paseo de vez en cuando para estirar las piernas, el dejarse arrastrar hasta el cine o hasta la mesa de un restaurante. Era ella la que decidía la hora a la que debían levantarse, qué comerían o cómo pasarían el fin de semana. Era un descanso no tener que preguntarse cómo llenar las horas y cómo completar los inacabables días. Solo muy de tarde en tarde, cuando el silencio le pesaba en el ánimo, Santiago pensaba en ello.

Pasadas las primeras horas sin moverse del teclado miró el reloj y comprobó que era ya media mañana. Un buen momento para el primer cigarrillo. Tampoco aquel día esperaba a la sobremesa. Se aseguró de llevar encima el paquete de Camel y abandonó el despacho tras dar por acabado el peritaje de un local comercial que había quedado libre en una localidad del extrarradio. Uno de los muchos que se habían destinado a la venta de cigarrillos electrónicos y que habían cerrado pocos meses después. Una verdadera ruina. Era muy probable que el propietario del establecimiento hubiera invertido en su puesta a punto los ahorros de media vida; o bien naufragaban con él las esperanzas del parado que había capitalizado el subsidio. Las posibilidades de venta o traspaso eran mínimas. Un mal negocio. En el apartado destinado a las conclusiones finales había escrito: «Se desaconseja la compra». Era consciente de que el futuro de

alguien en algún lugar, quizás de una familia entera, dependía de las palabras que acababa de teclear. Era lo peor de su oficio.

Se alejó unos pasos de la entrada del edificio en el que trabajaba y se cobijó bajo la marquesina de un hotel acristalado cuyo interior recordaba a un acuario. El barrio había sido remodelado y las viejas naves industriales y las decrepitas casas de vecinos habían sido substituidas por modernos edificios de oficinas, por algún hotel de muchas estrellas para los ejecutivos de paso y por cafeterías donde comer poco, caro y mal. Para regocijo de algún colega, que desbordaba testosterona, acababan de inaugurar en las proximidades un gimnasio de los que permanecían abiertos las veinticuatro horas.

La lluvia era suave, cadenciosa, y cuando el semáforo en rojo interrumpía la circulación, del asfalto se elevaba un rumor grato al oído. Hubiera podido permanecer allí varado el resto de la mañana. Ensimismado, escuchando las diminutas gotas estrellarse sobre el asfalto con un cigarrillo entre los dedos y la vida en suspenso.

—¿Santiago?

No reconoció la voz y a punto estuvo de dejar escapar un gesto de fastidio. No necesitaba compañía. No la deseaba.

Se giró. La mujer del día anterior, la rubia de ojos azules, moño alto y piernas al descubierto se acercó a él bajo la lluvia. No llevaba paraguas y se arrió a Santiago para resguardarse a su lado bajo el voladizo. No pidió permiso para cobijarse junto a él.

—Te debía un cigarrillo. Yo siempre pago mis deudas.

La mujer se había dirigido a él en un inglés fluido que Santiago comprendió sin dificultad al tiempo que sacaba de su bolso un paquete de la misma marca que él le había ofrecido el día anterior.

—No me debías nada —corrigió, sin asomo de amabilidad, rescatando su inglés algo oxidado.

No se sentía halagado. La presencia de la mujer desbarataba el silencio y con él saltaba por los aires su propósito de estar a solas y demorarse unos minutos en la ensimismada contemplación de lo que prometía convertirse en un aguacero.

—Por favor, acéptalo —rogó tendiéndole el paquete y el mechero de un rosa intenso del día anterior.

En su mano, las venas azuleaban bajo la piel blanquísima. Un verdadero estudio de anatomía. Santiago elevó la suya, que descansaba junto a su pierna, y le mostró el cigarrillo humeante ya en las últimas.

Oxana hizo un mohín de contrariedad.

—Tendré que volver otro día.

Santiago apretó los labios. Se sentía hostigado por la mujer y profundamente molesto por su insistencia.

—No es necesario. Te lo aseguro. Ha sido un placer —mintió—, no me debes nada.

Oxana pareció no comprender el desaire. Vestida con una camisa blanca y una falda azul celeste resultaba todavía más pálida que el día anterior, más llamativa todavía. Parecía una guapísima azafata de líneas aéreas. Seguía sin llevar medias.

Santiago imaginó las salpicaduras de lluvia en sus tobillos. Se estremeció. Afortunadamente, Armengol no andaba por las proximidades. Ajena a las cavilaciones del hombre taciturno que exhalaba el humo con la vista en el asfalto mojado, Oxana sonreía como si acabara de concertar una cita mientras prendía el cigarrillo que sujetaba entre los labios.

También sus labios eran hermosos, reconoció Santiago para sus adentros.

Fumaron en silencio. Instantes después él dejó caer el cigarrillo mediado sobre la acera y lo aplastó con el zapato.

—¿Hasta mañana? —se despidió la mujer.

Profundamente irritado, se retiró sin abrir la boca.

Mañana sería otro día y subiría a la terraza del edificio. Allí siempre había gente, demasiada, pero ni por un momento se le pasó por la cabeza volver a salir a la calle. No soportaba la mirada de aquella mujer que parecía esperar algo de él. Y él no tenía nada que ofrecer.

CAPÍTULO 4

MOSCÚ, DICIEMBRE DE 2016

La anciana dormitaba con el rostro vuelto hacia la pared de la habitación. No había abierto los ojos. Silenciosa, jadeante, siempre con las manos protegiéndose la cara y los ojos obstinadamente cerrados. No parecía necesitar nada. Respondía a cualquier ofrecimiento negando con un movimiento de cabeza. Apenas atendía a los requerimientos de las enfermeras de la planta de Neumología y no abría la boca.

No quería agua ni leche ni necesitaba un pañuelo de papel ni deseaba ir al lavabo. Lo que Irina quería era seguir respirando. Se conformaba con eso. No era poca cosa. Aunque, a su edad y en sus circunstancias, no siempre sabía por qué conservaba tanto empeño en seguir con vida.

Una de las enfermeras había guardado la bolsa con sus pertenencias en un armario y, al observar que la enferma temblaba, había traído otra manta y la había tendido sobre ella. También había depositado las lentes de miope sobre la mesita metálica al alcance de su mano junto a la medicación que debía tomar a mediodía. Sabía que los enfermos, sin excepción, necesitaban tener las gafas muy cerca, se sentían perdidos sin ellas. Algunos reclamaban también su dentadura postiza. No parecía el caso de la anciana silenciosa que no abría los ojos. Aparentemente, no sentía el menor interés por lo que pasaba a su alrededor.

—Aquí se las dejo, Asunción. —La veterana enfermera había pronunciado su extraño nombre con mucho esfuerzo y separando las sílabas en un maltratado castellano de latitud alta.

«Asunción Cadavieco».

El nombre y el primer apellido figuraban en su registro de entrada. Y si el nombre era extraño, el apellido parecía de otro planeta.

—Si necesita cualquier cosa, no se apure, pulse este botón, el rojo, y una de nosotras vendrá enseguida. Estamos aquí mismo.

—Irina —había susurrado la mujer mientras negaba débilmente con la cabeza—. Me llamo Irina.

—Está bien, Irina. Llame si nos necesita.

Y le había acercado a la mano el pulsador rojo.

Era una habitación triste, de paredes grises y techos altos, como todas las de un hospital que llevaba en funcionamiento más de cincuenta años y que ya resultaba carente de todo atractivo cuando se inauguró a principios de los sesenta. Tres enfermas de cierta gravedad compartían el espacio y las atenciones de las enfermeras asignadas a la planta de Neumología que, por turnos, se acercaban para asearlas, controlar sus variables o asegurarse de que habían ingerido las pastillas prescritas.

Su única hija, de cutis muy blanco, voz muy aguda y muchas ganas de hablar, acompañaba a menudo a la mujer que yacía en el otro extremo de la habitación y cuyo nombre era Svetlana. El marido se acercaba cada tarde hasta la cabecera de la enferma que ocupaba la cama central. Esta última, Galina, permanecía en todo momento conectada al depósito de oxígeno. Retirando momentáneamente la sujeción, Galina suspiraba a intervalos que siempre eran mucho más cortos cuando el marido estaba junto a ella, sujetando su mano o explicándole cosas de su vida cotidiana. En su ausencia a menudo se olvidaba de hacerlo. Irina no había tardado en reparar en ello. Sus quejidos la enervaban, hubiera querido gritarle que dejara de suspirar, de lamentarse y de buscar compasión. No lo hizo. Con el tiempo había perdido parte del empuje que siempre la había caracterizado y que le había reportado un buen puñado de adversarios en todas partes. Tantos como fieles colaboradores.

Recordó una oración que había oído de labios de su madre en su otra vida, cuanto todavía era Asunción Cadavieco, una cría asustada con el infinito por delante. Su madre la improvisaba a la menor ocasión, mientras su padre, poco amigo de rezos, bendiciones y sacristías, rezongaba. Era la plegaria del «por si acaso», del «nunca se sabe».

A Irina, la oración le venía al pensamiento cuando estaba asustada o se enfrentaba a una decisión crucial.

La musitó:

Jesucito de mi vida,
dueño de mi corazón
perdóname mis pecados,
tú bien sabes los que son,
si me muero en este día
sírname de confesión,
para en este mundo paz
y en el otro, salvación.

Una oración de la que no esperaba nada, en una lengua que ya solo utilizaba para escribir. Y hacía meses que Irina apenas escribía. No esperaba de la divinidad ni consuelo ni milagros ni perdón. No había sido mujer de catecismos ni de letanías. Nada más lejos. Pero hacía cuanto podía por conservar intactos los recuerdos. Aquella oración era uno de ellos.

«...en este mundo paz»

Paz. No era poca cosa. En su vida Irina apenas había conocido alguna breve tregua.

Poco más.

«Y en el otro, salvación».

Tampoco creía en una vida posterior, pero poco importaba.

Solo era una oración.

CAPÍTULO 5

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Viernes. Los viernes, cada viernes, ante la inminencia del fin de semana y de las horas vacías que se avecinaban, acostumbraba a ser el día que Rosa Aladreny elegía para insistir a Santiago sobre la conveniencia de pedir ayuda a un profesional de la salud mental. Era como si formara parte de sus muchos deberes; de su manifiesta y activa solidaridad con sus congéneres. Él solo era uno más. Luego estaba lo de su estrecha colaboración con una protectora de animales. Rosa rescataba perros, los cuidaba y los mimaba como si le fuera la vida en ello. Un desvelo altruista que Santiago, que nunca había tenido animal doméstico alguno, no acertaba a comprender. En más de una ocasión, Rosa había intentado que acogiese a un animal maltratado, abandonado o ambas cosas a la vez.

—Os entenderéis enseguida, es un amor. Y tiene unos ojos... —aseguraba una vez al mes.

Haciéndose la víctima, papel que la gente le atribuía de inmediato al saber que era Andrea la que había desaparecido de su vida, Santiago había contestado con el sarcasmo que le caracterizaba:

—No, gracias. Tendríamos demasiadas cosas en común.

Los viernes, sermón.

No fallaba.

Rosa, con la erguida y amedrentadora silueta de un mascarón de proa y la misma superioridad moral, carraspeó antes de hablar. Era el inicio de la temida jaculatoria semanal.

—Escucha, Santiago, por favor. Creo que... Sé que no quieres hablar de ello porque te resulta doloroso, y es lógico, pero creo que necesitas ayuda. Algún tipo de ayuda.

—Rosa, por favor... No insistas.

—Tú haz lo que quieras, faltaría más. Pero no eres el que eras. Y, si me lo permites, vas a peor. Pasamos aquí muchas horas al día y no abres la boca, no recibes llamadas, no... Y medio año es tiempo más que suficiente para...

Ancha de espalda, estrecha de caderas, con el cabello teñido de rojo óxido, una 120 de sujetador desde su más tierna adolescencia y las manos en actitud orante, Rosa era la viva imagen de la obstinación.

—Por favor, Rosa. No te metas —la atajó—. Es mi vida y haré lo que crea que tengo que hacer. Cuando considere que necesito ayuda, la pediré. No lo dudes. Es mi vida, te lo he dicho mil veces, no pretendo echarla por la borda —añadió en concordancia con la silueta de la mujer que tanto recordaba a la talla que adornaba la proa de los barcos—. De hecho, si no recuerdo mal, te lo llevo diciendo cada viernes, sin excepción.

—Lo sé, pero no puedo... Solo una consulta, una opinión. No te cuesta nada. Yo no puedo simular que no te pasa nada, no puedo cerrar los ojos. Te aseguro que si pudiera, lo haría, pero...

—Sí puedes. Claro que puedes —la interrumpió con acritud—. Es lo que dicen los gurús, si quieres, ya sabes...

—Con esta actitud no puedes ver lo que te rodea, quizás ya has conocido a alguien, a alguna chica con la que tener una nueva relación, alguien que puede pasarte desapercibida y que sin embargo podría... A veces, no hay más ciego que el que no quiere ver. —Rosa acompañó sus palabras con una mueca de complicidad que cayó en el vacío—. Tienes que ir por la vida con los ojos bien abiertos, podrás advertir alguna señal que de otro modo... Yo creo que debe haber una mujer dispuesta a intentarlo contigo. Creo que ya está cerca, que ya ha aparecido, estoy convencida. Solo debes estar atento y desprenderte de todo ese miedo.

«Paulo Coelho, *dixit*», pensó Santiago y apretó los puños hasta clavarse las uñas en la palma. Putas señales. Podía contar hasta mil, podía intentar abstraerse, asentir... ni aun así conseguiría eludir la palabrería de Rosa.

—No he conocido a nadie y no tengo miedo. ¡Ah! Y solo estoy de puta madre, te lo aseguro.

—Yo solo te digo que no te cierres puertas, que alguien podría estar llamando y que...

—Por favor, corta el rollo —dijo y resopló sonoramente.

—Si no quieres ver a nadie, si crees que no necesitas un terapeuta, otra opción es un buen libro. Algo adecuado, positivo, una lectura que te levante la moral, que te ayude a abrir los ojos. He leído uno que te iría bien *Coge las riendas de tu vida*. Es magnífico. Una joya. *Coge las riendas de tu vida* —repitió por si no había quedado claro.

Santiago estuvo a punto de recibir la propuesta con un relincho. Se contuvo y bajó la mirada. Rosa acabaría por ofenderse y tardaría en perdonarle. Era una

mujer intuitiva y había obviado decir que el libro era de autoayuda.

—Mira...

Fue el momento que escogió Susana, la joven recepcionista, más positiva que una pandereta, para abrir la puerta del despacho, asomar la melena rubia y lacia y preguntar:

—Rosa, ¿bajas a desayunar?

—Tengo para 5 minutos.

—Por mí, no... —Y Santiago acompañó sus palabras con un gesto que la animaba a abandonar el despacho y que Rosa obvió sin reparos.

—Ok, guapa, te espero.

Y Susana desapareció.

Rosa tardó un nanosegundo en reanudar la conversación.

—Lo que te decía, lo tengo aquí, lo acabé anoche. Lee un par de capítulos. ¿Qué puedes perder?

Y sacó un libro de su bolso. Tapas azul celeste e infantiles letras rojas y rosadas.

—¿Qué puedes perder? —insistió acercándole el ejemplar.

La paciencia, pensó Santiago, la paciencia, pero se limitó a decir:

—Pasa de mí, por favor. Pasa de mí. —Y sus tajantes palabras pusieron punto final a la conversación.

Abrió el informe del aparcamiento en traspaso en el que estaba trabajando, bajó la cabeza e intentó concentrarse en su lectura.

—Me gustabas más como eras antes —remató Rosa antes de batirse en retirada con el bolso al hombro, la mirada en la lejanía y en el rostro un mohín de desaprobación y agravio—. Te aseguro que no entiendo cómo puede alguien fijarse en ti. No lo entiendo.

Desapareció en el pasillo con alboroto de tacones. El ruido que Rosa hacía al caminar era la medida exacta de su enfado. Más enojada, más ruido. A su regreso Rosa podía ser temible. Contrariada, se convertía en un silencioso incordio. Mejor salir un rato. Airearse, prepararse para lo peor.

Cogió el paquete de cigarrillos del cajón inferior y se encaminó al ascensor. Algo en las palabras de Rosa había dejado en su mente una sombra de curiosidad, como la baba transparente de un caracol sobre una gran roca, un rastro leve que desaparecería en pocos minutos. ¿Cómo puede alguien fijarse en ti?

En la terraza, tres personas consultaban su móvil. Una de ellas, la única que trabajaba en su planta, esbozó una sonrisa de reconocimiento antes de regresar la mirada a la pantalla. No mostró el menor interés por entablar conversación.

Santiago se felicitó por ello.

No llevaba su móvil encima. Lástima. Era una forma inmejorable de no tener que charlar con nadie. Cada vez más a menudo olvidaba cargarlo y, en ocasiones, lo dejaba en casa, justo en la entrada, junto a las llaves. Allí lo abandonaba al llegar y allí debía seguir aquella mañana. En ocasiones se lo echaba al bolsillo aunque tuviera la batería descargada. No esperaba llamadas ni mensajes, pero nunca se sabía cuándo sería conveniente simular una conversación.

A veces echaba en falta el contacto frecuente con Andrea a través de sus mensajes informándole de un cambio de planes o dándole instrucciones precisas de obligado cumplimiento. En los buenos tiempos le enviaba un corazón rosado en mitad de un renglón, a caballo de una palabra y la siguiente o justo en medio de cualquier mensaje de lo más prosaico. Él nunca lo hizo.

Santiago se preguntaba si el amor era eso, esa rutina amable a la que se había acostumbrado en pocos meses. La misma rutina sin agobios ni sobresaltos que incluía hacer el amor una vez a la semana y que a Andrea no parecía bastarle.

Se acodó en la barandilla y dio la espalda al resto de los trabajadores del edificio cuando advirtió la llegada de uno de los mandos intermedios cuyo discurso del día anterior le había encendido la sangre. No todos los presentes fumaban, pero todos llevaban encima un paquete de tabaco. A algunos incluso les repugnaba la mera idea de llevarse el cigarrillo a los labios, otros lo prendían y lo dejaban quemar sobre la barandilla en la que destacaban centenares de marcas oscuras, como pequeños gusanos negros sobre la pintura gris. Solo se acercaban el pitillo a la boca en presencia de algún jefe.

Todos ellos necesitaban una excusa para alejarse unos minutos de la mesa de trabajo en la que intentaban evitar el naufragio de las empresas que les abonaban mensualmente un sueldo de miseria. A veces se imponía un cambio de escenario.

En el cielo, una perfecta gradación de nubes. Desde las compactas, blancas y algodinosas, a las que eran una pura hilacha. Y, asomando ocasionalmente entre todas ellas, un tímido sol de primavera, casi una caricia. Ni sombra de Oxana.

La mujer de las piernas desnudas quizás estaba en aquel momento junto a la entrada aguardando para devolverle el encendedor o restituirle un cigarrillo. Santiago esperaba que tuviera algo mejor que hacer y hubiera desistido. Le irritaba su deferencia, su amabilidad le resultaba invasiva. Casi se sentía acosado. Intuía que esperaba algo de él. Fuera lo que fuera era algo que él no

quería darle y esperaba no volver a encontrársela en el futuro. Experimentaba un recelo intenso, nuevo.

Meses atrás quizás hubiera cruzado unas palabras y seguramente habría aceptado el cigarrillo de sus manos. Quizás hubiera acabado así el enojoso asunto de la estúpida deuda pendiente.

Había cambiado, era cierto, pero no le parecía preocupante. Quizás madurar consistía en desconfiar de los demás, en mostrarse cauto. A los 41 años recién cumplidos tampoco era de extrañar que se mostrara algo más reservado.

A su espalda, el hombre cuya molesta aparición en la terraza había advertido minutos antes lanzaba una soflama contra un partido de reciente creación que se atrevía a cuestionar principios que, a su entender, resultaban incuestionables.

—Si no fuera por la puta casta de los cojones muchos no tendrían dónde caerse muertos. Que si la casta por aquí, que si la casta por allá... Pero hay que hablar claro. ¿Aquí quién genera beneficios? ¿Quién da trabajo? ¿Eh? ¿Quién? ¿Los muertos de hambre?

¡Hay que joderse!, pensó.

Caerse muerto, muertos de hambre... se repitió Santiago para sus adentros. Será cabrón. Miles de personas no tenían dónde vivir. Ni trabajo ni techo ni expectativas. Y los que tenían la fortuna de encontrar trabajo tampoco iban a salir de pobres. ¡Manda cojones!

Apagó el cigarrillo con rabia contra la barandilla, como si pretendiera taladrarla. Resopló y, evitando el cruce de miradas, abandonó la terraza en la que se sucedían diferentes tonos de teléfonos móviles.

Tenía que recordar comprar cervezas antes de regresar a casa.

El resto de la jornada transcurrió como era de esperar. Rosa se mantuvo enganchada al teléfono y hablando en un volumen lo suficientemente alto como para resultar una molestia. Era su desquiciante manera de mostrar distanciamiento. Hubiera preferido mil veces el silencio total o un par de gritos. Santiago apenas consiguió concentrarse, se equivocó en operaciones sencillas y realizó algunos cálculos erróneos que le obligaron a volver a empezar desde el principio.

Media hora antes de quedar libre, y a petición de la joven recepcionista de la planta, soltó 10 euros, el equivalente a unas 12 latas de cerveza, para contribuir al regalo de boda de un individuo al que detestaba sin fisuras. Un comercial que no se descolgaba la sonrisa de los labios y que siempre, siempre, siempre estaba de acuerdo con su interlocutor. Un cretino. Un alma de cántaro.

—Vamos a comprarle una Thermomix —contestó la chica bajando la voz y

respondiendo con aparente entusiasmo a una pregunta no formulada. Ni tan siquiera insinuada. A Santiago el regalo le importaba una mierda—. Es un desastre en la cocina. Un inútil total. Le va a hacer mucha ilusión —subrayó.

—Ya. Seguro que sí.

Y Santiago, escéptico por naturaleza, esperó verla saltar sobre la punta de los pies de puro entusiasmo.

No fue así.

La chica se alejó para proseguir la recaudación de despacho en despacho.

A las tres en punto, con uno de los informes acabado y otro por concluir y con el humor de un perro apaleado; dejó atrás la mesa de trabajo, se dirigió al metro y, pocos minutos después, entró en el modesto restaurante que frecuentaba. Era el más cercano a su casa. Se hallaba en un extremo de la plaza, justo al otro lado de la fuente que el ayuntamiento había decidido clausurar años atrás, y podía verlo desde el balcón.

«Los Maños».

Solo cerraban los domingos. En esas ocasiones Santiago solventaba el problema con alguna *pizza* congelada o pidiendo por teléfono un *kebab* a domicilio. «Los Maños». El menú, el de siempre; los parroquianos, también. Sin sorpresas, sin exquisiteces. Con una tragaperras toda luz y sonido que Santiago hubiera hecho volar por los aires el primer día.

Como siempre, la hora tardía propiciaba que el local estuviera ya medio vacío. En el televisor, los deportes. Un par de presentadores hacían cuanto podían por dotar de contenido la ausencia de noticias de interés y se regodeaban en detalles que carecían de la menor importancia. Poco más que chascarrillos con poca gracia que a Santiago le ponían los pelos de punta.

—Macarrones y albóndigas —ordenó a Aarón, el hijo del propietario.

El joven, que se había rasurado los temporales a conciencia, parecía llevar un cepillo en lo alto de la cabeza, como un legionario romano o un mohicano fondón. Había substituido recientemente a Julián, el empleado de toda la vida que acababa de jubilarse para regocijo del padre de Aarón, que así se ahorraba un sueldo. Tal y cómo le había explicado él mismo sin miramientos y sin que viniera a cuento: «Así todo queda en casa».

Por otra parte, el futuro académico del chaval, que había abandonado el instituto durante el segundo trimestre para inmenso alivio del claustro de profesores, había dejado de existir. No mostraba el mínimo interés por otra cosa que no fuera trazar su firma, TON, sobre todo tipo de paredes del barrio con marcada preferencia por las acabadas de pintar.

TON, de ratón, protón, teutón, pitón... imaginaba Santiago, que prefería no

preguntar y seguir en una confortable ignorancia.

«No están los tiempos para mantener empleados», había añadido Cárdenas.

Aarón, el grafitero, que había alcanzado recientemente la edad de trabajar, anotó el pedido con desgana y regresó poco después. Le sirvió unos macarrones y unas albóndigas del tamaño de pelotas de ping-pong que sabían exactamente igual que las del viernes anterior. El pulgar del muchacho, manchado de salsa, informaba de su falta de pericia y de su escaso interés por medrar en el oficio.

Santiago acostumbraba a pedir platos contundentes que propiciaran la siesta y que incluso le permitieran saltarse la cena o sustituirla por algún bocado frugal frente al televisor.

Tras el acostumbrado café solo y con muy poco azúcar, abonó la cuenta y se dirigió al diminuto supermercado que lindaba con su casa en el que siempre sonaba una música parecida y remota de tonos muy agudos. «La música de mi país», había señalado la chica paquistaní que manipulaba el ordenador y manejaba la caja registradora. La misma que le había preguntado si le gustaba la melodía y a la que había respondido con una mentira de compromiso.

Apenas pisaba otros comercios. No necesitaba mucho más.

La chica, de magnífica sonrisa y un intrincado tatuaje de henna con el dibujo de una rama florecida en el dorso de la mano, le cobró las cervezas, el queso, las aceitunas y la barra de pan.

—Que tienes un buen día.

Articulaba las palabras con esfuerzo y era toda amabilidad y buen trato.

—Gracias. Igualmente —correspondió con una sonrisa a medias.

Al contrario de lo que le ocurría a Santiago, ella parecía feliz de estar allí, encogida tras un mostrador diminuto y junto a una caja de la que retiraba los billetes de tarde en tarde y los entregaba a un chico muy joven de piel algo más oscura y dientes muy blancos.

En cierta manera, la envidiaba. Ignoraba cómo se llamaba, pero quizás era la persona con la que más simpatizaba de todas las que trataba a lo largo del día. A veces prefería no pensar en ello.

Antes de perderse en su portal, Santiago creyó reconocer la figura de la mujer sentada al sol en uno de los bancos de la plaza. Justo el que estaba encarado en dirección a su balcón. Parecía Oxana y permanecía inmóvil con la mirada fija en su portal. Solo pudo advertir que aquella mujer tampoco llevaba medias y que su piel parecía tan blanca como las nubes que salpicaban el cielo. No se fijó en sus zapatos y no pudo distinguir el color de sus ojos. Demasiado lejos.

No se detuvo a averiguarlo. Se apresuró a sacar la llave del portal y a cerrar

la puerta a su espalda. La obstinada mujer había empezado a preocuparle. Miró a través del cristal. No se había movido. Seguía allí, en el banco, con las piernas cruzadas y el bolso en el regazo.

Parecía ella.

Hubiera jurado que era ella.

Subió los dos tramos de escaleras en un suspiro. Cuando dejó la bolsa con la compra sobre la mesa y se acercó al balcón comprobó, con una mezcla de alivio y recelo, que la mujer había desaparecido.

¡Hay que joderse!

No quedaba nadie en la pequeña plaza. Ninguna pista de la extranjera que parecía interesada en alguien tan carente de interés como él. Ni rastro de su rubio cabello ni de sus largas piernas. Desde su pequeño balcón en el segundo piso creyó distinguir el rumor de la música que adoraba la chica paquistaní del súper.

Suspiró y se apartó.

El sol de la tarde permanecería allí un par de horas más, justo en su balcón en el que un cactus agonizaba. Del geranio rojo sangre apenas quedaba un tallo reseco. Había algo consolador en esa certeza.

CAPÍTULO 6

MOSCÚ, DICIEMBRE DE 2016

La enfermera lo repitió mil veces, insistió sin desmayo en que debía levantarse y caminar unos pasos. Era una mujer obstinada y conocía su oficio. Irina simuló que dormía. No sirvió de nada. Alegó debilidad y problemas para respirar y acabó por negarse con rotundidad. Tampoco sirvió de mucho. La enfermera era perseverante como pocas y la anciana llevaba un par de días sin moverse de la cama de hospital.

—Ha mejorado usted un poco, respira mejor y no puede estar tantas horas acostada. Necesita dar unos pasos cada día. Piense que, si no lo hace, aparecerán otras complicaciones. Será peor.

¿Peor? ¿Puede haber algo peor? se preguntó Irina.

La enfermera era una mujer fornida, de anchas espaldas y poderosa cadera, pelo corto y ojos castaños, que no admitía un no por respuesta. En ningún caso. Levantó la parte superior de la cama con una manivela y, asiendo a la enferma por un brazo, la invitó, casi la obligó, a incorporarse y a sentarse. Las piernas de Irina, que eran puro hueso, quedaron colgando.

Irina se rindió y la dejó hacer.

—Solo recorreremos el pasillo hasta la sala de espera —prometió—. Ir y volver, Irina.

Había conseguido que la llamaran Irina, aun a sabiendas de que su documentación ostentaba otro nombre. Se negaba a responder si empleaban el de Asunción Cadavieco.

—Solo será ir y volver. No es mucho y es lo mejor para usted, créame. Necesita moverse un poco.

En la desangelada habitación de hospital una de las enfermas gemía quedamente.

—¿No tiene usted una bata? En estos pasillos hace frío —quiso saber la enfermera.

Irina negó sin dejar de rezongar. Aquella mujer la irritaba profundamente, era incansable. Era cierto que había mejorado y que respirar había dejado de ser

un suplicio, pero se sentía débil y sin ganas de nada y albergaba el temor de que sus piernas, consumidas como bastones, no la sostuvieran. Por otra parte, nunca había utilizado una bata. Ni para estar en su casa cuando no pensaba poner el pie en la calle en muchas horas.

Nunca.

—Me llamo Yelena, pero puedes llamarme Lena. Todo el mundo en el hospital me llama Lena.

A lo que Irina, que no sentía la menor curiosidad y que no deseaba dirigirse a ella de ninguna manera si podía evitarlo, respondió con un silencio sostenido. También ella era una mujer obstinada.

—A mí no me queda claro si te llamas Irina o Asunción —comentó Yelena pronunciando con mucho esfuerzo.

Irina frunció los labios. No pensaba responder.

La enfermera buscó unas medias en el armario y las encajó con delicadeza en los menudos pies de la mujer. Eran oscuras y viejas y no parecían muy limpias. Irina sintió vergüenza. Lena buscó las gastadas zapatillas de paño que bailaron en los pies de la enferma. Irina seguía protestando en voz baja. Inútilmente. Sin el menor comentario, Yelena sacó una manta del armario y la colocó sobre sus hombros antes de ayudarla a apoyar un pie en el suelo y tirar de las medias hacia arriba.

Irina no quería pisar aquel suelo de baldosas heladas, no quería que nadie sintiera lástima de la anciana encogida sobre sí misma que apenas conseguía caminar con la ayuda de una enfermera grande como un armario y decidida como una manada en estampida. Ni de ella ni de sus harapos. Era cierto que había descuidado su aspecto últimamente. ¿A quién le importaba? Imaginaba la escena y detestaba ser la protagonista. Le mortificaba la compasión ajena. Hubiera querido ser invisible, apenas una sombra. Casi lo era.

No pudo evitarlo.

La dejó hacer.

Con un gesto de su mano le indicó a la enfermera que necesitaba sus gafas, que no tardaron en descansar sobre su nariz. Desde su postura elevada, por primera vez en unos días, la habitación le pareció mucho mayor y más gris. Yelena aprovechó para arreglarle el desordenado cabello. Lo peinó con los dedos hacia atrás, como lo hubiera hecho con un tenedor, e Irina se sintió como la criatura desvalida que había dejado de ser hacía mucho tiempo. Dejó escapar una lágrima que no retiró por miedo a que la enfermera se percatara y quisiera saber a qué venía el llanto. Yelena le recogió la blanca cabellera detrás de las orejas mientras Irina echaba un vistazo a sus compañeras de infortunio.

Abandonaron la habitación. Irina con las piernas temblorosas por las horas de inmovilidad, Yelena sin dejar de hablar ni por un momento.

—Cuando tenga usted alguna visita pida que le traigan algo de abrigo. Si no es una bata, un chaquetón. Solo faltaría que pillase un resfriado. A su edad y en su estado no puede correr el riesgo. Y algo para el aseo: un peine, colonia, jabón... Ya sabe, esas cosas.

No recogió el comentario. No se molestó en asentir ni en explicarle que algunas de sus cosas estaban guardadas en la mesita junto a la cama, que Oxana se había ocupado de ello. Que hubiera decidido no usarlas, no era asunto suyo ni de nadie. Irina era una experta en hacer oídos sordos. Lástima que a menudo los comentarios a los que no respondía se quedaran flotando en su mente y se resistieran a abandonarla.

Tampoco señaló que no esperaba visitas. No las habría. No quedaban amigos y de los parientes, de haberlos, no tenía noticia alguna. Solo estaba Igor Dempsy si la muerte no le había salido al paso en alguno de los tugurios que frecuentaba. Pero él, cuanto más lejos, mejor.

Dejaron atrás la habitación y a la enferma de la cama central a la que ya habían retirado el oxígeno y que seguía ocupada en seguir suspirando en presencia de su marido que también parecía haberse graduado con nota en la compleja materia de hacer oídos sordos.

Avanzaban muy despacio, Irina tenía miedo de caerse, se sentía tan debilitada que no dejaba de pensar en que podía desplomarse y romperse cualquier hueso. O varios. Quizás podía quebrarse toda ella. No imaginaba peor suerte. Maldita mujer testaruda, pensaba maldiciendo a la enfermera con silueta de estibador y voz de *mezzosoprano* que la sujetaba firmemente del brazo mientras ella invertía toda su concentración en poner un pie delante del otro.

—Piense que cualquier cosa sería un problema grave. Una infección, una llaga... Tenemos mucha experiencia en casos como el suyo. Estas cosas a veces se complican y si podemos evitarlo...

Complicaciones, problemas... Como si no hubiera tenido suficientes en la vida. En el pasillo, una mujer avanzaba muy lentamente en sentido contrario con ayuda de un andador. Irina envidió su cabello moldeado, sus uñas con brillo rosado, sus labios en los que resaltaba algo de carmín y su bata gruesa color malva que se ceñía a la cintura. Tendrían la misma edad, también la otra mujer parecía muy vieja. Ella nunca había cuidado mucho su aspecto y era consciente de que, comparada con ella, parecía una pordiosera, una indigente. Bajó la mirada.

En su vida, siempre hubo otras preocupaciones, cosas que debía solucionar

antes de pensar en su aspecto. Pero, sobre todo, le envidió a aquella mujer el hombre que paseaba a su lado y que, por edad y por cierto parecido que creyó reconocer, debía ser su hijo. De vez en cuando se detenían y ella alzaba la mirada. La mujer se esforzaba por sonreír, él sujetaba su antebrazo con suavidad y no la perdía de vista.

Hablaban.

Demasiado tarde para algunas cosas, pensó. Hacía tiempo que la obsesionaba todo aquello que había esperado conseguir en la vida y que había quedado desperdigado por el camino. Familia, amigos, una vida cómoda... No recibiría visitas, nadie haría su estancia más amable. Tampoco quedaba nadie a quién deseara ver.

—Hola, Irina.

Se sobresaltó. La voz familiar de una mujer que pronunciaba su nombre la obligó a dejar de mirar sus pies y separar la vista del suelo. La reconoció. Era Oxana. La misma joven atribulada que la había ayudado un par de días antes, cuando pensó que se acababan sus horas en este mundo.

—Soy yo, Oxana. Me he escapado un rato. Es mi hora de comer. Quería saber cómo estabas.

—Ya ves. Paseando —respondió Irina con una mueca y una buena carga de sarcasmo. A menudo lo utilizaba como parapeto. Había aprendido a hacerlo durante su niñez y lo había ido perfeccionando durante la adolescencia.

No pudo evitar una sonrisa fugaz. Una visita era algo más que nada. Aunque se tratara de una vecina agotada que apenas se quedaría unos minutos. Al caer en la cuenta se sintió tan sola que a punto estuvo de echarse a llorar.

—Pareces algo mejor, tienes mejor cara—comentó la joven que no se había librado ni de su abrigo, ni de los guantes de lana, ni de la bufanda verde que casi le ocultaba la boca.

Tenía las mejillas enrojecidas y los labios resecaos. En la calle, el frío era intenso, era mediodía y andaban todavía bajo cero. Era uno de aquellos días que en las calles de Moscú se saldaban invariablemente con la muerte de algún desafortunado. Ni el vodka a discreción bastaba para sobrevivir a los rigores del invierno moscovita.

—Hace un frío de mil demonios.

Mientras hablaba, Oxana, se despojaba de los guantes y se frotaba las manos para alejar el frío que llevaba todavía adherido a la piel.

—Está respondiendo al tratamiento —aseguró Yelena con una sonrisa—. ¿Ve como todo tiene arreglo? Seguro que su nieta puede traerle lo que le haga falta.

Irina no dijo nada. Hubiera podido aclarar que Oxana era su vecina, que no existía entre ellas vínculo de sangre y que se parecían como un huevo a una castaña. No lo hizo. Tampoco la joven, que se limitó a sonreír con complicidad. Y, aunque no abrió la boca, Irina Korovin nunca se había sentido más agradecida. Un feliz malentendido.

—Menos mal. Me diste un susto...

La anciana asintió y de nuevo se avergonzó de su aspecto.

Regresaron las tres a la habitación y Oxana se acomodó en una silla junto a la cama mientras la enfermera ayudaba a Irina a tenderse de nuevo. La anciana no quiso desprenderse de sus gafas. Dada su graduación, hacerlo era como romper el vínculo que la mantenía unida al mundo, como cerrar los ojos, como morir un poco. Por eso los cerraba invariablemente en cuanto se las quitaba. Yelena se retiró tras recomendarle varias veces que tomase la medicación a la hora indicada.

Irina resopló. Detestaba que la trataran como a una cría.

—No puedo quedarme mucho rato. Quería saber cómo estabas y si necesitabas algo. Puedo volver dentro de unos días y traerte lo que quieras. Tengo tus llaves, las tengo aquí, por suerte me acordé de cogerlas antes de salir.

—Siempre podemos tirar la puerta abajo.

—Las he traído por si querías tenerlas tú —dijo la joven sonriendo y balanceándolas en el aire.

Irina negó como si no necesitara nada, tampoco quería las llaves. ¿Qué podría hacer con ellas? Cruzaron algunas frases más antes de que la joven se levantara para marcharse.

—Creo que sí que puedes ayudarme en algo —dijo cuando Oxana se despedía ya y volvía a ponerse los guantes y a enrollar la bufanda en torno a su cuello.

Irina le indicó en qué cajón de la cómoda encontraría algo de dinero. Lo suficiente. Le pidió que le comprara una bata y unas medias nuevas.

—Me gustaría estar un poco más presentable —reconoció.

Oxana accedió y lo hizo de buen grado.

—Claro. No te preocupes. ¿Prefieres algún color?

—Rosa estaría bien —contestó Irina bajando la mirada hasta sus manos. A la vejez, viruelas, pensó. Era algo que había oído decir mucho tiempo atrás, en su otra vida. Algo que cobraba sentido conforme avanzaban los años y se abrían las heridas. Nunca había vestido de rosa.

—¿Algo más? ¿Algún capricho? ¿Galletas, bombones...? —sugirió Oxana con un guiño de malicia.

Negó con firmeza. No era mujer de caprichos. No había aprendido a concebirlos. Oxana se levantó, se acercó a la cabecera de la enferma y la besó en la mejilla.

—Mañana no creo que pueda, tengo un día complicado, pero pasado te traeré lo que necesitas.

CAPÍTULO 7

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Le despertó la alarma del despertador. Era sábado y no necesitaba levantarse a las siete como cada mañana; pero las cervezas trasegadas la noche anterior le restaron entendimiento y olvidó desactivarla. Gruñó al vacío mientras acallaba el aparato, rotaba sobre su eje e intentaba en vano volver a conciliar el sueño.

—¡Me cago en la puta! —farfulló.

Había sido una mala noche y el día no pintaba nada bien. Horas en vela rigurosamente contabilizadas gracias al campanario cercano que daba cuartos y horas. Horas salpicadas de sobresaltos, de intrincadas y estrafalarias pesadillas de las que solo recordaba algún retazo aterrador. No le inquietaba desvelarse ni poner el pie en el suelo. Lo que de verdad le preocupaba era cómo llenar las horas hasta alcanzar la noche siguiente, cómo darles algún sentido cuando nada parecía tenerlo. En rigor: nada que hacer y nadie a quién deseara ver. Por si fuera poco su equipo jugaba al día siguiente. Todo un día. Tiempo infinito por delante.

Hay que joderse.

Se levantó poco después, pasó por el lavabo y pensó que era el momento de poner la lavadora semanal. Lo hizo antes de salir a la calle, comprar el diario en el quiosco y sentarse a la mesa de una cafetería cercana dispuesto a alargar la lectura lo que dieran de sí dos cafés cortos. Quizás hasta media mañana; con suerte, algo más.

El sol, todavía bajo, prometía un día luminoso. Hubiera querido poder alegrarse, tener algún plan o simplemente sentarse en un banco y recibir en la piel la brisa tibia de la primavera. No sabía cómo hacerlo.

Abrió la puerta de la cafetería y lo recibió el olor de dos enormes salchichas que crepitaban en la plancha. Se le revolvió el estómago. Arrugó la nariz y siguió hasta la mesa retirada que acostumbraba a ocupar. Solo dos clientes conversaban en un rincón. La ciudad se desperezaba.

Como siempre, empezó la lectura por la última página. Deportes, cultura, sociedad, economía, internacional... No le importaba ni poco ni mucho lo que

acontecía en su entorno inmediato; sin embargo le interesaba cuanto sucedía a varios centenares de kilómetros. Así era él. Se había enemistado con la humanidad entera casi sin darse cuenta y muy especialmente con la más cercana. Un sinsentido, casi un disparate. Como un disparate le parecía en ocasiones su vida de principio a fin. Y, aunque se negase a admitirlo con la obstinación de un ciervo en berrea, se maldecía por no ser capaz de reconducir su existencia, de interesarse por algo o por alguien.

Había dejado de correr, no había reparado la bicicleta que quedó inutilizada tras el último pinchazo; las novelas que meses atrás le robaban el tiempo, se le caían ahora de las manos. Físicamente, se sentía como lo que era: una verdadera ruina.

Consiguió consumir hora y media sin separar la vista del papel. No estaba mal. Ya quedaba menos. Conocidos todos los desastres ocurridos en el orbe, consciente de que la situación de los que buscaban refugio se agravaba a diario y en condiciones cabales de prever futuros y graves desajustes en el plano internacional; Santiago dobló el diario, se puso en pie y se dirigió a la barra. Sin abrir la boca, depositó un billete de 5 euros con el propósito de abonar los cafés.

El camarero lo rechazó.

Santiago insistió.

—Ya está pagado.

No pudo evitar la cara de perplejidad.

—Pero...

—Sí, me acaban de pagar los dos cafés. Una mujer rubia. Muy rubia y muy guapa. Ha entrado, ha comprobado que usted estaba aquí, ha preguntado qué se debía, ha pagado y ha vuelto a salir. No me ha dejado ningún recado y me ha extrañado que no le saludara. He pensado que se conocían.

Santiago se encogió de hombros. Estaba estupefacto y se sentía algo inquieto. Acosado por una desconocida rubia que estaba como un queso. Sin duda, se trataba de Oxana y empezaba a creer que estaba algo loca. Como una regadera, para ser exacto.

—No era de aquí, era extranjera. Tampoco la he visto nunca por el barrio —añadió el camarero por aportar alguna pista—. Pero ya le digo, no dijo nada más. Igual es una admiradora. Preguntó qué se debía, dejó el dinero y si te he visto... No hará ni cinco minutos.

No le encontró la gracia al asunto de la admiradora.

—¡Ah! Y hablaba un castellano... Tuvo que repetirlo tres veces, y aun así me costó un huevo entenderla.

No se molestó en simular una sonrisa. Abandonó el local con el diario bajo

el brazo y las manos en los bolsillos, más desconcertado que nunca. Miró en todas direcciones. Oxana parecía haberse esfumado. La plaza estaba desierta y, en el banco en el que creyó haberla visto la tarde anterior, una pareja de ancianos hacía escala de regreso del mercado cercano. Junto a ellos, un carrito azul del que colgaba una bolsa del pan con una amapola y una espiga.

La mujer se abanicaba el escote, parecía sofocada, casi enferma. Quizás incluso necesitaba ayuda. Pensó que ya nadie utilizaba bolsas de tela para acarrear el pan. No siempre lograba embridar sus pensamientos.

Ni rastro de la mujer rubia.

No conseguía comprender qué pretendía la desconocida que insistía en seguir sus pasos más allá de lo razonable. Quizás solo agradecerle el cigarrillo, pero resultaba difícil de creer. Nadie se toma tantas molestias por un pitillo. Seguirle, observarle, pagar sus cafés... Era de locos. Quería pensar que no había razón alguna para preocuparse, que era una extraña forma de cortesía. Algo poco habitual en nuestras latitudes y nada alarmante mucho más al norte. Demasiadas películas, demasiadas novelas, mucho psicópata en la ficción. Quizás tras haber pagado sus cafés se diera por satisfecha. Así lo esperaba.

No pudo evitar mirar atrás antes de cerrar la puerta metálica que impedía el paso a la portería. Desde el súper, la chica, que manipulaba su móvil junto a la entrada, le saludó agitando la mano en el aire. Vestía de rojo de la cabeza a los pies y calzaba sandalias doradas.

No la vio. Perseguía una melena rubia y esquivaba entre los árboles que circundaban la plaza.

Nada en el buzón. Solo publicidad y la correspondencia del banco.

Cuando instantes después abrió la puerta del piso, el móvil sonaba en alguna parte. No esperaba ninguna llamada, pero se apresuró. Tardó en encontrarlo. Acabó por localizarlo en el lavabo, bajo la toalla. En la pantalla, la llamada perdida de un número secreto. No resultaba tranquilizador, pero tampoco era la primera vez que recibía una llamada con fines comerciales desde un número extraño. Ni se le pasó por la cabeza devolverla.

Encendió el televisor e intentó olvidarla sin conseguirlo. Se levantó y apagó el móvil. Hacía tiempo que se había desprendido del teléfono fijo. No sabía cómo la rubia Oxana había conseguido su número, ni mucho menos el porqué, pero intuía que era ella la que acababa de llamar.

Regresó a la butaca e intentó concentrarse en lo que ocurría en la pantalla. Los ruidosos entrenamientos de un premio de Fórmula 1 inundaron el piso y alcanzaron la calle. Detestaba las carreras de coches, sin embargo pasó casi una hora antes de que recordara que la ropa de la lavadora estaba por tender y

abandonara la contemplación de los bólicos ensordecedores.

No había podido quitarse a Oxana de la cabeza.

Poco después, cogió las llaves y se dispuso a abandonar el piso camino de Los Maños. A sus pies, junto a la puerta que daba al rellano advirtió una hoja diminuta arrancada de una libretita y en ella, en letra grande, redondeada y de rasgos airosos y algo anticuados, un mensaje:

«Necesito hablar contigo.

O.».

No la había visto al entrar. Quizás no estuviera allí, quizás la pisó o simplemente no advirtió su presencia.

O. de Oxana.

No tuvo la menor duda al arrugar entre los dedos el diminuto papel que contribuyó a aumentar sus temores. La mujer no andaba bien de la cabeza, pero no conseguía entender qué interés podía tener en alguien como él, que no dejaba de ser un hombre corriente que, por añadidura y según insistían en afirmar cuantos le conocían, atravesaba un mal momento. Horas bajas. Una mala racha, como había señalado Rosa cuando supo que Andrea había hecho las maletas y se había trasladado a vivir con una amiga.

El día había dejado de ser el erial acostumbrado para colmarse de sombras y de malos presagios. Todo era susceptible de empeorar. Estaba convencido de que aquella desconcertante mujer no iba a acarrearle nada bueno.

Nada.

Cuando unos minutos después cruzó la plaza y entró en el restaurante, Aarón disponía ya vasos y cubiertos sobre los habituales manteles de papel. Un par de comensales hacían tiempo apurando una caña y una mujer se dejaba el presupuesto de la compra en la tragaperras. Nada nuevo. En el televisor, el zumbido de los motores de los monoplaza; y en la mente de Santiago, un mal presentimiento.

—¿Qué va a ser? —preguntó el propietario desde la barra.

Concentrado como estaba en desentrañar un desatino, no oyó la pregunta y se sentó de cara a la pantalla.

—¿Que qué va a ser? —insistió Gerardo Cárdenas, el padre del insigne artista de vanguardia también conocido como Ton.

—Perdón —se disculpó y echó una ojeada al menú que diariamente escribía el chico sobre una pizarra y en el que podían contarse hasta cuatro faltas de ortografía graves. Muy graves.

—Paella y boquerones.

—¿Una clara?

—Sí, una clara estará bien —aseguró y bajó la mirada hasta sus manos. Y así se quedó hasta que desplegó el papel cuadriculado que le quemaba en el bolsillo y leyó de nuevo:

«Necesito hablar contigo.

O.».

CAPÍTULO 8

MOSCÚ, DICIEMBRE DE 2016

—¿No van a venir sus hijos?

La que preguntó sin reservas fue Galina, la enferma que ocupaba la cama central y que había experimentado una mejoría sorprendente en pocas horas. Las mismas que su marido había permanecido ausente y que a Galina se le había olvidado suspirar como si se acabara el aire y con él, el mundo entero.

Era algo más joven que Irina y llevaba tres semanas ingresada por una insuficiencia respiratoria. Sobre su mesita había colocado las fotografías de sus hijos, un hombre y una mujer muy rubia, en compañía de sus parejas y de sus propios hijos, los nietos de Galina y Vasili. Ninguno de ellos había aparecido por allí. Todos sonreían. Es lo que se hace en las fotografías.

Vasili, su marido, acababa de llegar. Había dejado sus cosas a los pies de la cama y se había sentado en la silla destinada a los visitantes. Pocos segundos después había abierto el diario sobre la cama. Era un hombre poco hablador y de buen carácter. Pasaba las hojas con una sola mano, la izquierda, y leía inclinado hacia adelante ya que su esposa se aferraba a su derecha como sujetaría las riendas de un caballo ganador.

Galina se había pintado los labios y todavía persistía en el aire el aroma de la laca que había aplicado a su cabello.

Irina advirtió la malicia en su pregunta y no se molestó en contestar. Oxana no era su nieta y no esperaba su visita hasta el día siguiente, al menos eso era lo que había prometido la joven antes de desaparecer por el pasillo. Pero a Irina no le importaba que la gente siguiera pensando que era su nieta. Tampoco parecía representar un problema para Oxana, que detestaba a todo el que intentara inmiscuirse en su vida. Irina ni siquiera lo consideraba una mentira, tan solo un feliz malentendido. La palabra nieta no había salido de su boca, prefería pensar en un error.

—¿Irina? ¿No me ha oído? Le preguntaba si espera a sus hijos o a su marido. O a aquella chica tan guapa. Sí, su nieta. Recibe usted tan pocas visitas...

—Vendrá en cuanto pueda —se limitó a responder sin molestarse en abrir los ojos.

No era difícil comprender que no quería seguir hablando. Sin embargo, Galina Ivanova era una mujer muy terca y no entendía de matices. Ni se le pasó por la cabeza darse por vencida.

—Pero su marido seguro que... En un momento u otro... —continuó mientras apretaba la mano de Vasili que descansaba sobre las mantas—. Un hospital no es lugar para estar sola, en un hospital siempre...

—Soy viuda —la atajó Irina.

Galina profirió un lamento y siguió sin desfallecer y sin atender a la mirada de Vasili que le suplicaba, silenciosa e inútilmente, que no continuase. Irina no recordaba haber conocido a dos personas más distintas.

—No sabe cuánto lo siento. Debe ser tan triste quedarse viuda. Yo no sé lo que haría si mi Vasili... No puedo imaginar quedarme sola, siempre le digo que no se le ocurra morir antes que yo.

No hubo respuesta. No importaba.

—¿Hace mucho que falleció su marido, Irina? —insistió.

—Demasiado —respondió esta tajante.

—Siempre es demasiado. Yo espero irme antes que Vasili, ¿sabe? Siempre pido que sea así. No quiero imaginar qué sería de él sin mí. No sé cómo se las arreglaría mi pobre Vasili, de verdad que no lo sé —zanjó sin que ni Irina ni Vasili hicieran el menor comentario.

Vasili ojeaba un diario y aparentaba no seguir la conversación. Le delató un resoplido involuntario. Sin embargo, el silencio no la desanimó. Por el contrario, asumió la amable carga de sacar la conversación adelante a cualquier precio.

—¿Tuvo una buena muerte? Me refiero a su marido. Es importante tener una buena muerte.

—Lo arrolló un tren. Le pasó por encima. ¿Le parece una buena muerte? —preguntó la anciana con acritud mientras se incorporaba, buscaba las gafas en la mesita, se las calzaba en la nariz y la miraba a los ojos—. ¿Quiere los detalles? Puedo dárselos —añadió con impostada amabilidad.

La mano de Vasili dio un brinco sobre las mantas y el hombre sofocó la risa. Aquella mujer tenía carácter y sentido del humor. De la cama del extremo llegó el rumor de un cuerpo que se agitaba. Quizás también una risa ahogada.

—No, por favor. ¡Qué muerte tan horrible! No sabe cómo lo siento. Perdóneme si la he...

Con un gesto de su mano Irina le indicó que no tenía importancia.

En la habitación reinó el silencio durante unos minutos. Un silencio espeso

como el puré de verduras que Yelena depositó un poco más tarde sobre las mesas individuales que acercó a las enfermas con la firme recomendación de que no dejaran nada en el plato.

—Quiero que se coman hasta la última cucharada. ¿Me oyen? Hasta la última cucharada. Si quieren salir de aquí pronto mejor que se coman toda la cena —insistió mientras retiraba las tapas de plástico que preservaban el calor.

El puré estaba frío e insípido. Y el huevo revuelto del segundo plato le resultó repugnante, un engrudo sin sabor. Irina intentó no pensar en ello y no dejó nada en el plato. Había pasado hambre, mucha, y le habían enseñado muy pronto que no podían quedar restos de comida. Nada debía desperdiciarse. Ella siempre se esforzó por acatar las órdenes. Era una mujer disciplinada.

A un par de metros Galina protestaba mientras Vasili insistía en que ingiriera unas cucharadas más. Era un hombre paciente, sensato. Parecía un buen hombre e Irina deseó tener a su lado a alguien como él. Le recordaba a Grigory, también él era un buen hombre. Uno de los mejores. Prefería no pensar en él. Intentaba no hacerlo y apartaba su recuerdo de la mente siempre que podía. No era fácil. Demasiado dolor.

Cuando Yelena apareció más tarde para retirar los servicios felicitó a Irina efusivamente por no haber dejado nada. Lo hizo como felicitaría a un niño obediente y sumiso. La anciana correspondió con una mueca de desagrado que a la enfermera le pasó desapercibida.

—Seguro que su nieta estará orgullosa de usted.

No hubo respuesta, ni tan solo una sonrisa de cortesía, solo un gruñido apagado.

—Esto es inadmisibile. ¿Cómo puede alguien esperar que comamos algo así? —rezongó Galina Ivanova que apenas había ingerido un par de cucharadas—. No es que yo sea una persona muy exigente, pero...

A su lado, Vasili aprovechó la diatriba para ponerse en pie, plantarle un beso en la frente y prometerle que volvería al día siguiente. Galina calló desairada mientras Vasili recuperaba de los pies de la cama abrigo, bufanda y gorro y salía dispuesto a enfrentar la temperatura muy por debajo de cero que encontraría en la calle.

Yelena retiraba ya la comida que Galina apenas había probado. La enfermera prefería ahorrarse el mal trago de tener que rebatir la opinión de la irritante mujer que ocupaba la cama central.

—Adiós, amor —se despidió Galina.

Vasili alzó las cejas en un gesto de extrañeza, Galina nunca se despedía de él con una palabra cariñosa, acostumbraba a hacerlo con una queja. Irina se

sintió íntimamente ofendida. Las palabras de la mujer sonaron a sus oídos como una sutil provocación.

Lo eran.

Yelena saludó a Svetlana. La enferma, muy débil, no contestó. Apenas había tocado el contenido de sus platos. No era la primera crisis que había padecido, pero sí una de las más intensas.

Su hija susurró apesadumbrada:

—No sé qué hacer. Casi ni lo ha probado. No quiere que le hable, ni que le lea, prefiere estar en silencio. Ella no es así. Parece tan fatigada... Es como si ya no le quedaran fuerzas.

—Quizás si le traes algo de casa... Algo que le guste. Hay enfermas que no se acostumbran a la comida del hospital.

Galina improvisó un gruñido.

—Quizás su plato preferido...

La mujer inclinó la cabeza. No parecía convencida. Se puso el abrigo y el gorro de lana, besó a su madre en la frente y abandonó la habitación mientras se envolvía el rostro en una bufanda azul turquesa. Parecía infinitamente triste.

Irina se quitó las gafas, cerró los ojos y pensó que le pediría a Oxana que le trajera la radio. Necesitaba saber qué pasaba en el mundo.

CAPÍTULO 9

BARCELONA, ABRIL DE 2016

De nuevo, una mala noche. A las pesadillas habituales se sumó cierta angustia experimentada durante las interminables horas en vela. Un bucle de suposiciones desquiciantes del que no conseguía salir. Le inquietaba la obstinación de la desconocida rubia de pómulos altos y ojos color mar adentro. Desvelado desde que advirtió las primeras luces entre las lamas de la persiana, Santiago se levantó cansado y profundamente irritado.

Se duchó, se vistió y puso el pie en la calle antes de la nueve de la mañana de aquel domingo, tras asegurarse de dejar el móvil descargado en la mesita de noche. Por un momento pensó en librarse de él, pero aplazó la decisión. Ante sí un día vacío y enredado como cuerda en un bolsillo. Y largo, muy, muy largo.

El grueso diario dominical y su correspondiente suplemento le mantendrían ocupado un par de horas, pensó con cierto alivio al acercarse al quiosco, cogerlo de la pila y pagar. Dado que la mujer había localizado su domicilio y, con toda probabilidad, conocía su número de móvil, pensó que lo más sensato sería pasar el día fuera de casa y alejarse del barrio tanto como le fuera posible.

Caminó unos minutos y en un rato había pasado de su barrio al colindante. Se decidió por una cafetería que consideró suficientemente alejada. Antes de entrar comprobó que no había rastro de «la rusa loca». Así era como había empezado a llamarla para sus adentros.

Había algo triste en aquella especie de exilio autoimpuesto que le llevaba a salir de casa y pasar el día de un local público al siguiente hasta recalar en un bar en el que emitiesen el partido. Algo patético y definitivamente cobarde en evitar a la desconocida que insistía en volver a verle. Cualquier cosa antes que enfrentar su alarmante requerimiento. No conseguía imaginar qué pretendía. Y, fuese lo que fuese, prefería no saberlo.

Agotadas las posibilidades del diario dominical y habiendo consumido dos cafés cortos y concentrados y un agua con gas, levantó la vista muy despacio, como si le pesara. En la mesa cercana, un par de parejas con niños de corta edad compartía confidencias y cierto desamparo mientras los críos correteaban entre

las mesas y la camarera hacía cuanto podía para esquivarlos. Recordó una de las razones por las que nunca quiso tener hijos. Solo una de ellas.

Se puso en pie y se acercó a la barra. Le atendió una chica muy menuda vestida como para participar en una de las muchas carreras que se organizaban en la ciudad, y Santiago sintió cierta nostalgia. En otra vida, su vida anterior, justo antes de sentirse tan vacío, también él acostumbraba a correr. No participaba en carreras multitudinarias, no era uno de ellos, no era un *runner*. Se limitaba a enfundarse la ropa de deporte, se calzaba sus zapatillas y, dado que vivía cerca de un parque, echaba a correr hasta completar cinco vueltas. Ni una más ni una menos. Veinte minutos. Siempre el mismo recorrido, parecida velocidad, clavado grado de agotamiento. Mucho.

Queda dicho que era un hombre de rutinas.

Era demasiado pronto para casi todo. Ni los establecimientos frecuentados por turistas de los que comen con el ángelus habían empezado a servir comidas cuando Santiago alcanzó la boca de metro. Por fortuna ni rastro de Oxana en las proximidades.

Cruzar la ciudad desde la cercanía de Collserola hasta el mar le llevaría unos cuarenta y cinco minutos. No se le ocurrió mejor manera de dejar correr el tiempo. Se apeó en la Barceloneta y de nuevo miró a su alrededor en busca de la mujer cuya existencia le había complicado la vida. No había pensado en ello y no pudo evitar un sobresalto. Eran muchas las mujeres rubias, altas, de piel muy blanca y piernas al descubierto que se aproximaban al mar a solas o en grupo. Algunas mostraban la tez enrojecida del que se ha emborrachado de sol. Finales de abril y ya menudeaban las espaldas abrasadas y los escotes que dolían al mirarlos. Muchas, ávidas de luz y de calor, lucían anacrónicos vestidos de verano o pantalones cortos y tops de colores llamativos y ocultaban su mirada con la ayuda de enormes gafas de sol.

Podría ser una de ellas y quizás no conseguiría reconocerla, apenas la había visto y siempre casi de refilón. Recordaba su moño y sus piernas de un blanco irreal.

¡Hay que joderse!, pensó.

A falta de un plan mejor consideró la posibilidad de acercarse al puerto deportivo frente al Palau de Mar. Las paradas de una feria de artesanía flanqueaban el paseo y eran tantos los turistas que curioseaban que parecían haber tomado el barrio y haber aniquilado a la población autóctona. Una verdadera invasión. Pulcros y silenciosos japoneses, enormes alemanes, risueños británicos paseando sus latas de cerveza a media mañana, italianos de voz poderosa sosteniendo una agria discusión móvil mediante... Un verdadero

desbarajuste que le incomodó de inmediato. Quizás era la falta de costumbre, el excesivo bullicio, la propia confusión, la íntima alarma...

No tardó en salir de allí e intentar regresar al metro. A lo lejos, la silueta de una mujer de cabello recogido le recordó la de Oxana. Se le aceleró el corazón y se apresuró a bajar al andén.

Se apeó del metro cuando pensó que se había alejado lo suficiente de las hordas ocupantes y echó a andar en el sentido de la circulación. No hubiera podido concretar dónde se encontraba, con toda seguridad por encima de la Diagonal, quizás cerca ya de la Sagrada Familia, lugar al que no pretendía acercarse bajo ningún concepto.

¿Qué importaba?

Merodear era una sensación nueva, pero no le resultaba placentera, por el contrario, incrementaba la sensación de sinsentido de la que no había conseguido librarse. Todo parecía carecer de significado. De existir algún propósito, asunto que no tenía nada claro, este había desaparecido con Andrea, había salido por la puerta y subido junto a todas sus cosas al minúsculo Fiat negro de su amiga Ester.

Necesitaba encontrar acomodo para unas horas y pretendía pasar tan desapercibido como fuera posible. Era su especialidad. Su aspecto propiciaba no ser recordado. Estatura media-alta, cabello castaño que peinaba casi siempre corto y hacia atrás, ojos oscuros tras unas gafas negras muy parecidas a varios miles de gafas metálicas del mismo color, nariz sin especial relevancia y solo una incipiente tendencia al sobrepeso. Nada llamativo, apenas 4 o 5 kilos que estarían mucho mejor en otra parte, mejor aún, en otro cuerpo. Ni barba, ni bigote. Algunas canas tempranas que asomaban en las patillas, eran precoces, pero no constituían un rasgo de singularidad.

Buscaba tranquilidad y escasa clientela. Entró en el primer establecimiento medio vacío que ofrecía platos combinados. Un bar no muy grande que había sintonizado un canal de noticias al que alguien, al que habría que levantar un monumento, había bajado el volumen y emitía los titulares en forma de subtítulos. Podría distraer la atención mientras trasegaba salchichas, pimientos y patatas fritas con la misma textura y sabor al que imaginaba que debía tener el corcho o el porexpan.

Horas más tarde, apenas recordaba qué había hecho hasta el momento en que comenzó el partido cuyo discurrir siguió en un bar atestado en el que tres pantallas ofrecían las imágenes del encuentro. Solo calles y más calles, un banco al sol en algún lugar y, tras una larga caminata, una librería abierta en domingo en Pau Claris, probablemente la única en toda la ciudad. Había adquirido en ella

una novela negra en la que esperaba poder depositar la atención y el tiempo sobrantes. No conocía mejor manera. En más de una ocasión había creído advertir la presencia de Oxana en la lejanía. Falsas alarmas.

Llegó a casa cuando el sol declinaba. Se sentía cansado y confundido. No encontró notas en el pasillo y quiso creer que era una buena señal. Puesto que prefería no saber si había recibido nuevas llamadas no se molestó en cargar el móvil. Se sentó en la butaca y permaneció largo rato en silencio con la novela cerrada en el regazo. No encontraba las fuerzas necesarias para emprender la primera página.

Minutos después, el timbre de la puerta quebró la quietud del piso y Santiago dio un respingo. La novela cayó al suelo con un ruido sordo. Se había adormilado y tardó en comprender que alguien en el rellano llamaba a su puerta. Recordó de inmediato a la rusa loca y no se movió. Esperó que la mujer se rindiera si se convencía de que el piso estaba vacío, quizás se desanimara y lo dejara en paz de una vez por todas.

Se equivocaba.

Tras pulsar el timbre por tercera vez, y por tercera vez en vano, Oxana acercó los labios a la cerradura y Santiago, paralizado en su butaca, pudo oír su voz en un inglés glacial y casi en un susurro:

—Te he visto llegar, Santiago. Sé que estás ahí y no voy a moverme. Puedo estar aquí toda la noche.

Un silencio absoluto sucedió a sus palabras, que sonaron amenazantes a oídos del solitario ocupante del piso. Era la voz de Oxana, era su acento remoto. Por un momento pensó en pedir ayuda, quizás debería llamar a la policía. ¿Qué podía decirles? ¿Que una mujer rubia y guapa insistía en hablar con él, que le acosaba?

—También puedo golpear la puerta y gritar hasta que me abras. Y te aseguro que lo haré. —Acompañó sus palabras de un puñetazo. Se expresaba ahora en un castellano correcto e inteligible, aunque resultaba evidente que no era su lengua materna.

Derrotado, se puso en pie y se acercó al pasillo. Por alguna extraña razón intentó no hacer el menor ruido. Sentía el corazón acelerado y las rodillas flojas y experimentaba una intensa rabia hacia sí mismo por haberse dejado intimidar tan fácilmente. Contempló a la mujer a través de la mirilla. Estaba muy cerca y apenas consiguió reconocerla. Su manejo del castellano parecía haber mejorado de un día para otro.

La mujer que entró cuando le franqueó la puerta apenas guardaba algún parecido con la que días atrás lucía falda estrecha y zapatos de medio tacón y

que parecía preparada para ejercer de secretaria personal de un directivo. Oxana llevaba el cabello suelto, unos vaqueros muy ceñidos, una camiseta negra sin mangas y unas deportivas también negras. A su paso, dejó la estela de un aroma intenso y dulce que no reconoció. En los ojos, la línea azul en la que reparó el primer día y, en el antebrazo, a la altura de la muñeca, justo allí donde se aplican los suicidas, el tatuaje de un círculo del tamaño de una moneda pequeña y un punto junto a él.

O.

La O de Oxana, pensó.

Un bolso enorme y negro cruzado sobre el pecho y, a modo de collar, los grandes eslabones de una cadena metálica remataban el conjunto. Nada que ver con la Oxana convencional a la que le faltaba el pañuelo de rayas al cuello para parecer la azafata de una línea aérea. Una mujer verdaderamente guapa, de un atractivo impactante, sobrecogedor.

—He venido para hablar contigo —pronunció con determinación y mirándole a los ojos—. Hubiera sido más fácil si hubieras cogido la llamada.

—Yo, no... Yo... —balbuceó.

—Tienes que escucharme. Te concierne —aseguró—. No vas a poder esquivarme toda la vida.

Y, sin pedir permiso ni necesitarlo para nada, atravesó el pasillo y ocupó una de las dos butacas frente al televisor, la que habitualmente prefería él. Ya tenían algo en común, pensó. Y le pareció un pensamiento estúpido.

Al sentarse, la mujer dejó escapar un suspiro.

—Siéntate si quieres —la invitó Santiago arrancando algo de sarcasmo al profundo desconcierto que experimentaba.

—La verdad es que no me lo has puesto fácil. Intenté abordarte por las buenas, pero... Ya sabes cómo fue, casi sales corriendo, no sé qué pensar de ti. ¿Siempre eres tan desagradable? Te seguí hasta tu casa, pensé que podríamos hablar en una cafetería, pero no quería más números de hombre acosado. Decidí que lo mejor era demostrarte que no te librarías de mí. Y aquí me tienes.

Santiago asintió con resignación.

—Eso parece.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Te dan miedo las mujeres? ¿Tienes algún problema con las rubias? ¿Con las extranjeras?

—Creo que no.

—No estés tan seguro —le espetó con acritud.

Se encogió de hombros. No respondió.

—Tengo algo que explicarte.

Santiago inclinó la cabeza hacia su hombro derecho a la vez que lo levantaba levemente, era un gesto que se le escapaba cuando se sentía indeciso. Andrea aseguraba que le recordaba a uno de los movimientos que Chaplin repetía muy a menudo. Era cierto, y a Santiago la constatación le resultaba algo humillante. Durante años intentó no hacerlo, conservar en todo momento y lugar la verticalidad de su cabeza. Acabó por rendirse.

—Es algo que te interesa —aseguró Oxana con convicción.

Lo dudaba, pero no preguntó. Resignado, buscó el paquete de cigarrillos y tomó asiento en la butaca vacía. Las rodillas de ambos quedaron muy cerca. Le tendió el paquete de Camel. Oxana lo rechazó sin contemplaciones.

Santiago inclinó de nuevo la cabeza hacia su hombro derecho. Era tanta su perplejidad que apenas sabía cómo reaccionar. Se limitó a preguntar:

—¿Cómo es que tienes mi número de teléfono?

—Eso fue fácil. Sé muchas más cosas de ti de las que imaginas. Pero ya llegaremos a eso.

—¿Por qué pareces otra?

—Tenía que asegurarme de que eras tú, por eso me acerqué y me presenté. Quería ganarme tu confianza, quería parecer convencional. No imaginaba que eras tan borde. Como te he dicho necesito hablar contigo, necesito que confíes en mí. No pretendía asustarte, sin embargo...

La mujer buscó en su bolso, sacó las gafas de montura roja que utilizaba para leer y una carpeta de cartón azul oscuro de las que las familias empleaban muchos años atrás para guardar los documentos de valor. Tras los cristales sus ojos parecían más grandes y más azules. Irreales.

Le alargó la carpeta.

Santiago dudó unos instantes antes de atreverse a cogerla. Intuía, de la extraña manera en que se anticipan algunas cosas, que su vida estaba a punto de complicarse gravemente y sin remedio.

CAPÍTULO 10

MOSCÚ, DICIEMBRE DE 2016

La mujer que ocupaba la cama más alejada de la de Irina empeoró poco después de que su hija se marchara bien entrado el anochecer. Justo cuando, tras retirar los servicios de la cena y distribuir la medicación, las enfermeras apagaron las luces y les desearon buenas noches. Como si en un hospital fueran posibles las buenas noches.

—Ahora, a descansar.

Transcurrido un rato desde que la habitación quedara a oscuras, la enferma empezó a jadear penosamente y a intentar alzar la cabeza con la boca abierta como para capturar el aire. No hacía mucho que su hija, alarmada por su extrema debilidad y porque a la enferma no le quedaban ganas de hablar, se había marchado afligida. La enfermera de noche le había asegurado que no debía preocuparse, que estarían pendientes de ella. La hija de Svetlana, de unos treinta y muchos, quizás cuarenta, la piel blanquísima y los ojos siempre tristes, no parecía muy convencida y había salido de la habitación dejando el pulsador rojo bien encajado en la mano derecha de su madre.

—Aquí lo tienes. Ya sabes cómo funciona. Por favor, mamá, llama si lo necesitas. Vendrán en seguida. Espero que mañana tengas más ganas de hablar. Tengo que contarte cosas.

La madre había agitado una mano en el aire para indicarle que podía marcharse. La mujer se despidió de ella con un beso en la frente.

El pulsador no tardó en caer al suelo cuando, apurada, movió la mano y se revolvió en el lecho de hospital. En pocos minutos, en un abrir y cerrar de ojos, respirar se convirtió en un suplicio.

En varias ocasiones la mujer intentó incorporarse apoyándose en el codo. No lo consiguió. Svetlana volvía a caer sobre la almohada. Apenas le quedaban fuerzas y los brazos no respondían. Era el suyo un jadeo agónico.

—Por favor, por favor...

Irina y Galina dormían un sueño denso, profundo, el sueño inducido por la medicación.

Svetlana pidió ayuda en un susurro ahogado, insistió varias veces y por fin emitió algo parecido a un grito que logró despertar a Galina. La enferma, que ocupaba la cama más cercana, alertó de inmediato a las enfermeras. Pulsó alarmas, llamó a gritos.

—Está mal, está muy mal. Solo se queja y casi no puede respirar. Se ahoga. Tienen que hacer algo.

Irina se despertó y buscó sus gafas. Pudo ver a Lesya, la muchacha que reemplazaba a Yelena durante la noche, entrar en la habitación, salir a la carrera y regresar poco después acompañada de un camillero con bigote y manos grandes como abanicos. También él llevaba guantes y un sobretodo grueso para afrontar las corrientes de aire gélido que barrían los pasillos del hospital. En Moscú las madrugadas invernales no perdonaban.

Alguien en algún lugar había ordenado que sacaran a la enferma de la habitación, probablemente para conducirla a una unidad de Cuidados Intensivos. Se la llevaron al filo de la madrugada mientras Galina repetía:

—Se ahoga, se ahoga. No llegarán a tiempo.

Lesya era muy joven y parecía asustada. Se abrigaba con una gruesa chaqueta color musgo que usaba por encima del uniforme. Tenía los ojos inquietos y a menudo juntaba las manos a la altura del estómago como si se dispusiera a rezar. Era una muchacha ucraniana de cabello pajizo, brazos muy largos y pómulos altos que apenas llevaba una semana en el oficio y que siempre parecía cansada.

Con rezos no arreglarás mucho, había pensado Irina cuando la vio desaparecer en el pasillo precedida del camillero.

—Pobre mujer, y sola... Justo ahora que se ha marchado su hija. Yo no entiendo cómo ha podido irse, con lo débil que está y... Es lo peor que le podía pasar —comentó Galina.

Irina creyó reconocer en sus palabras un asomo de maledicencia. Sofocó las ganas de decirle que haría mucho mejor metiéndose en sus cosas y que, en definitiva, todos morimos solos. No resultó fácil. Se mordió los labios, se tragó las palabras que le subían a la boca y se obligó a callar.

La enferma no regresó a la habitación en toda la noche. Irina, que no había conseguido volver a dormir, empezó a temer lo peor. Y lo peor llegó. Pasadas las 8 de la mañana Yelena, reincorporada a su turno, entró en la habitación frotándose las manos por el frío y con cara de pesar y anunció:

—Svetlana no volverá. No ha superado la crisis.

No hubo preguntas. Galina suspiró pero, en una muestra de cordura, no insistió en saber más. No pidió detalles. Yelena dio por zanjado el tema y

depositó en las mesitas correspondientes el vasito con el número de la cama y la medicación de cada enferma, salió de la habitación y regresó poco después con el desayuno. Incorporó la cama de Irina y le acercó la mesita auxiliar con la bandeja. En un tono que no admitía ni réplica ni el menor comentario, le espetó:

—No es necesario que le recuerde que debe comérselo todo.

Irina recuperó sus gafas y regresó así al mundo. Vertió el azúcar en el vaso de leche sin café y se lo llevó a la boca. Yelena tenía razón. No era necesario.

A media mañana, con un sol tímido que se abría paso entre jirones de nubes bajas, la hija de Svetlana entró, saludó y comenzó a recoger las pertenencias de su madre. Tenía los ojos enrojecidos y la voz se le quebraba al hablar. No parecía sorprendida, solo infinitamente triste y agotada.

Sentada al borde de la cama dobló con delicadeza la ropa que su madre ya no iba a necesitar, recuperó su neceser del armario, sacó su documentación del cajón de la mesita y la dejó sobre la almohada tras retirar un cabello con un suspiro. Antes de guardar sus cosas en una gran bolsa de plástico le ofreció a Irina la comida que había traído para la enferma.

—Lo he guisado esta mañana, por eso he tardado un poco más. A mi madre le gustaba el estofado. Era su plato preferido. Por eso... Bueno, verá, he pensado que quizás usted... Aquí la comida no es muy buena y si le apetece... Mi madre y yo vivimos solas. Bueno, vivíamos solas, y hoy yo no... No voy a aprovecharlo —dijo llevándose una mano al estómago para señalar que no se sentía muy bien.

Depositó la tartera de plástico sobre la mesita de Irina que no se atrevió a rechazar el ofrecimiento. Llorando sin reservas, la mujer sacó tres libros del armario. Leyó sus títulos, los abrió, los cerró y contempló sus cubiertas. No cabían en la bolsa. Temblando de pies a cabeza y sin acertar qué hacer con ellos los depositó sobre la mesita ya vacía. Parecía no tener prisa.

—Mi madre era maestra, una buena maestra. Le gustaba leer. Fue todo lo que me pidió cuando la ingresaron: libros, siempre libros. Todo le interesaba, siempre encontraba tiempo para... ¿Saben? También a mí me gustan, vivo de ellos, pero no podía entenderlo. Llegué a sentir celos de sus libros.

Galina no encontró nada oportuno que decir. Irina comprendió a la perfección a qué se refería, pero tampoco alentó sus comentarios. La hija de Svetlana Korolenko permaneció en silencio unos instantes antes de proseguir:

—Los dejo aquí. Si alguna de ustedes quiere... Yo no voy a necesitarlos. Cuando se cansaba de oírme hablar me pedía que se los leyera en voz alta. Le he leído libros enteros. Le gustaba que leyera para ella. Hasta el último día, hasta el último momento. Ella era así. Sacó un pañuelo arrugado del bolsillo del abrigo y

retiró las lágrimas que bañaban sus mejillas.

Irina comprendió que era eso lo que hacía con aquella aparente charla interminable. Leer en un susurro.

—Mi madre no tuvo una vida fácil ¿saben? Era una mujer valiente, testaruda. Nació durante la guerra y eran malos tiempos. Perdió a su padre. Trabajó mucho, muchísimo, y consiguió ser maestra. Adoraba su profesión, se dedicaba en cuerpo y alma. Llegué a envidiar a sus alumnos, siempre pensé que les dedicaba demasiado tiempo, que... —No continuó.

Irina no pudo evitar asentir. Todos habían conocido malos tiempos. Guerra, hambre, miseria moral... «Malos tiempos que nos harán peores», había leído alguna vez en algún lugar.

—Celos de sus alumnos a los que les dedicaba tanto tiempo, de sus libros... Pensarán ustedes que soy algo miserable... Es difícil de explicar. Mi madre no aceptaba algunas normas, de hecho se libró de mi padre en cuanto vio que no era un buen hombre. No se lo reprocho. Hizo bien. No aceptaba normas ni imposiciones, por eso quizás todo acabó complicándose. Yo, a veces, no podía entenderla. Siempre tuvimos problemas. Siempre.

Hizo una pausa y se aclaró la voz que amenazaba llanto antes de proseguir:

—Cambiamos de ciudad muchas veces y ella siempre andaba en una cosa o en otra. Yo solo quería algo de paz, que los días se parecieran unos a otros. Quería rutinas, las necesitaba. Ella, sin embargo...

Se envolvió en un anorak oscuro, se enrolló al cuello una bufanda anaranjada tejida a mano y se encasquetó un gorro rojo hasta las cejas. Carecía de gusto y de gracia y parecía consciente de ello.

—Dirán ustedes que hablo demasiado. Mi madre siempre pensó que hablar era una forma de ocultar mi inseguridad. Probablemente tenía razón, era una mujer muy lista. Mucho más que yo, y mucho más segura. —Y al reconocerlo suspiró y permaneció unos instantes en silencio—. Trabajo en casa, soy correctora, es un trabajo solitario y cuando tengo oportunidad... Tendré que aprender a hablar menos... —dijo y se encogió de hombros como si se resignara—. Y ahora ella ha muerto y yo no tengo hijos a los que explicarles su vida. Ni la mía, aunque la mía no es muy interesante.

Se acercó despacio a la puerta de la habitación cargando con la bolsa en la que había guardado las cosas que pertenecieron a su madre.

—No sé por qué, pero que su historia muera con ella, que nadie, excepto yo, la recuerde... No sé, pero pensar en tanto esfuerzo, en tanto olvido... Creo que ese vacío me entristece tanto o más que su muerte. Pensar que cuando yo desaparezca nadie recordará lo que...

No pudo continuar.

Irina podía entenderlo, ella misma pensaba a menudo en que a su muerte nadie recordaría que había pasado por este mundo, que había conocido tiempos difíciles, que había amado y que había sido amada. Y hacerlo la entristecía mucho más allá del hecho de que el fin de sus días no tardaría en llegar. Hacía todo lo posible para no pensar en ello. No siempre lo conseguía. Las palabras de la hija de Svetlana habían conseguido revivir la aflicción.

La mujer abandonó la habitación tras desearles mucha suerte y una recuperación rápida.

—Gracias —respondieron a una.

Minutos más tarde Galina advirtió que había olvidado sobre la almohada la documentación de la fallecida.

CAPÍTULO 11

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Un puñado de documentos personales y unas cuantas fotos que no reconoció, eso era todo. Nada amenazador en apariencia. Contempló un pasaporte extranjero, probablemente ruso por los caracteres cirílicos, que pertenecía a una desconocida. En la fotografía identificativa, una mujer de gesto adusto, edad avanzada y gafas de montura dorada.

No la reconoció.

Asunción Cadavieco Marón, leyó.

Sin apenas ser consciente, Santiago negó en silencio. No podía ser. El pasaporte que acababa de abrir no podía ser real. Aunque todo hacía pensar que sí. El lugar de nacimiento, la fecha... Pero, sobre todo, la coincidencia de unos apellidos poco habituales resultaba extraordinaria. Levantó la mirada y la fijó en los ojos azules de la desconocida.

—Asunción era la hermana de tu padre.

—Mi padre no tuvo ni hermanos ni hermanas —contestó volviendo a introducir el pasaporte en la carpeta y devolviéndoselo a Oxana—. Era hijo único. Su padre murió en la guerra y su madre pocos días después del parto. Hijo único. ¿Entiendes? No sé qué es lo que pretendes, pero desde luego, este pasaporte es falso. No tuvo hermanos —repitió—. De hecho casi no tuvo ni padres, se crio en un orfanato.

—Eso no es del todo cierto. Sus padres murieron y él fue un hijo póstumo, el hijo póstumo de Rosendo Cadavieco, pero tenía una hermana, una hermana mayor, Asunción. Esa mujer. —Señaló la fotografía del pasaporte que Santiago sostenía todavía abierto—. Él no llegó a conocerla. Probablemente nadie le habló de ella durante mucho tiempo, aunque eso no puedo asegurarlo. Quizás sí lo sabía, los críos se enteran de todo. Encuentran papeles, oyen comentarios... Bien. No sé cómo fueron las cosas aquí. Solo conozco una versión, la de Asunción, o lo que es lo mismo, la de Irina Korovin.

—¿Irina Korovin? Ahora me dirás que era una espía rusa perseguida por todos los cuerpos internacionales de policía.

Oxana ensombreció el gesto. Contrariada, bajó la mirada, abrió su bandolera grande y negra, sacó papel de liar, un paquete de tabaco y un mechero y echó hacia atrás la rubia melena como para airearla en un gesto que repetiría después muchas veces.

Santiago frunció el ceño.

—La verdad es que prefiero estos. Además resulta más barato.

Y procedió a liar un cigarrillo en silencio. Sus dedos eran hábiles, sorprendentemente rápidos agrupando las hebras de tabaco en la diminuta lámina de papel. Apenas tardó unos segundos en sellar un pitillo muy delgado, del grosor de un cable doméstico. Santiago pensó que quemaría muy pronto, un suspiro. Oxana guardó el tabaco y levantó la vista como si se hubiera ausentado durante unos instantes y regresara para asumir el rumbo de la conversación.

—¿Irina Korovin? —repitió Santiago impaciente.

—Necesitaré un... —Oxana buscó la palabra adecuada, no la encontró. En ocasiones se detenía en mitad de una frase. Buscaba la palabra óptima, era exigente. No siempre daba con ella.

Santiago le señaló el cenicero que descansaba sobre una estantería en desorden junto a un puñado de libros y varios DVD sin funda. La mujer se levantó y volvió a sentarse tras colocarlo en precario equilibrio sobre el brazo de la butaca. Nadie hubiera reconocido en ella a la mujer que le había pedido fuego días atrás, la que bien hubiera podido ponerse al frente de la recepción de un hotel o de la sucursal de un banco.

—No puede ser. No me lo creo. ¿A qué viene tanto misterio? ¿Por qué esconder algo así? No sé qué haces aquí ni qué tengo que ver yo con todo esto. Lo que sé es que no me gusta nada —protestó—. Empiezo a estar harto de este juego —rezongó.

—Lo entenderás, dame tiempo. Confía en mí. La verdad es que fue algo... ¿Cómo decirlo? Algo trágico.

—Como comprenderás mi padre no tuvo una vida fácil, ni él ni nadie. Nació durante la guerra, una guerra civil, se crio en un hospicio. Todo en este país era una puta tragedia. Todo patas arriba y enfrentándose a bombazos y a tiros unos con otros. Una puta tragedia. Algo habrás oído. Y ahora, de golpe y porrazo...

—Ahórrate las tonterías —lo atajó—. Asunción era su hermana mayor, nació en el 29 y se marchó un par de meses antes de que tu padre naciera en noviembre del 37. Era una cría. Imagino que él no llegó a saberlo. Quiero creer que no podía imaginar que tenía una hermana en alguna parte.

—¿Se marchó? ¿A dónde? —inquirió con un malhumor en aumento—. ¿A

dónde iba a ir con ocho años? ¿A ver mundo? —preguntó tras calcular mentalmente la edad de Asunción.

Santiago no necesitaba problemas y no quería complicaciones. No era arriesgado suponer que aquella mujer desenvuelta que fumaba en su butaca le traería más de un quebradero de cabeza.

—Quizás pensaron que era mejor que no lo supiera, lo cierto es que tampoco quedaba nadie para...

—¿Qué quieres decir con quizás? ¿Quizás qué? ¿Crees que era mejor crecer completamente solo sin poder contar con nadie?

Santiago se interrumpió mientras Oxana apuraba el pitillo y cabeceaba en señal de disconformidad. Con el cigarrillo entre los labios y los ojos ligeramente entornados le arrebató la carpeta que descansaba sobre sus piernas.

—¿No habrás venido a decirme que acabo de heredar una fortuna?

—No exactamente, pero algo hay. He venido a explicarte una historia que te concierne. Tu padre quizás lo supo, te repito que no lo sé, pero es extraño que mientras estuvo en Gijón, en el orfanato, nadie le dijera nada. Estas cosas acaban por saberse.

—Yo no entiendo nada en absoluto, no entiendo una mierda y no sé por qué tengo que...

—Tienes que escucharme porque te concierne, porque te interesa tanto como a mí, pero sobre todo, porque pienso cumplir con la voluntad de Asunción y no me moveré de aquí hasta que te haya explicado lo que sé. Además, necesito que me ayudes.

Y sus palabras sonaron tan rotundas que, resignado a su pesar, Santiago se reacomodó en la butaca y recuperó la carpeta azul que Oxana sostenía en la mano. Casi se la arrancó de los dedos.

Abrió el pasaporte y contempló de nuevo la fotografía de Asunción Cadavieco. No reconoció sus rasgos, ni sus ojos pequeños y demasiado juntos tras las gafas, no le resulto familiar su nariz, ni el arco sólido de sus cejas ni su barbilla afilada. Solo los apellidos que compartía con su padre, Cadavieco Marón, y dos lugares de nacimiento muy próximos. Apellidos poco frecuentes y un origen cercano, dos pueblos no muy grandes en las proximidades de Gijón

Barajó tres fotografías muy antiguas de niños de ambos sexos, quizás un grupo escolar, dispuestos ordenadamente en filas en algún lugar sin identificar y en compañía de un par de adultos que tampoco reconoció. En la imagen, los niños vestían de forma humilde y algunos sonreían. Los adultos, no. Ninguno. No identificó a nadie. Rostros anónimos que le miraban desde el principio de los tiempos. Contempló un par de retratos más, imaginó que pertenecían a

Asunción. cuya imagen había sido capturada en dos momentos diferentes de su juventud.

En el primero de ellos, una adolescente con trenzas y gesto huraño posaba junto a la puerta de una casa de muros oscuros. Lucía un vestido claro que le tapaba las rodillas, botas negras de trabajo hasta media pantorrilla y tenía un brazo apoyado en la cadera. Se adivinaba que sería una mujer de carácter. Tenía los ojos entornados tras unas lentes de montura aparatosa que no la favorecían. El día parecía luminoso. Nada en el dorso de la fotografía.

Santiago la abandonó junto a la otra y paseó la mirada por la siguiente. La misma chica con unos veinte y pocos años, camisa con una cinta al cuello y falda acampanada. Sentada en una silla, muy rígida. Incómoda. Las manos en el regazo y las piernas juntas. Había cambiado de lentes, eran metálicas, parecían doradas y pasaban algo más desapercibidas. No sonreía, por el contrario, parecía enojada, quizás preocupada. A su espalda una puerta cerrada y un letrero en caracteres cirílicos. Imposible saber qué ponía. La habitación recordaba a la de una oficina algo destartada.

—¿Y?

—Asunción murió hace un par de meses, a principios de febrero. Como comprenderás, era una anciana y quería que su familia tuviera noticias suyas. Le pesaba morir sola en un país lejano sin que nadie aquí recordara su existencia. Entre otras cosas por eso estoy aquí. Ya te dije que no había tenido una vida fácil. Ella me ayudó a expresarme mejor en tu lengua.

Apagó el cigarrillo en el cenicero, cruzó las piernas y enfrentó la mirada de Santiago. La desconocida era una mujer guapa, turbadoramente guapa, pensó.

Bajó la mirada. No pudo evitarlo.

—Sigo sin entender nada en absoluto. Dices que ha muerto. ¿Qué pinto yo en todo esto? No la conozco de nada —refunfuñó mientras se apoderaba del paquete que minutos atrás había dejado sobre el brazo de la butaca y prendía un cigarrillo—. ¿Qué esperas que haga? Y lo que es más importante: Si te escucho ¿me dejarás en paz de una vez?

—No, no te dejaré en paz. Voy a explicarte una historia y a pedirte algo a cambio. Puedo ser muy obstinada.

—Yo no saco nada de todo esto. No tengo ningún interés en...

—Calla y escúchame —replicó airada. Hizo una pausa, suspiró y retomó el hilo de la conversación algo más calmada—. Por favor. Cuando acabe te pediré algo. Tú decidirás.

—Está bien —claudicó.

Y Santiago resopló como si pudiera expulsar el alma por la boca.

—Asunción fue una de las niñas que embarcaron camino de la Unión Soviética en 1937, cuando las tropas franquistas aislaron Asturias y el País Vasco. Les llamaron los niños de Rusia. Algo habrás oído. —Y en sus palabras el aroma de la revancha—. Fueron varios miles los niños de Rusia que las familias confiaron a la Cruz Roja, a los dirigentes comunistas y al gobierno soviético para ponerlos a salvo. Miles. Lo hicieron con buena intención, pensaban que les ahorrarían los rigores de la guerra, que estarían a salvo, que los alimentarían bien y que recibirían una buena educación, una educación socialista. Aquí la gente enfermaba de hambre y de frío. Eran familias que creían en la revolución.

Santiago no se atrevió a interrumpirla. Necesitaba toda su concentración para comprender sus palabras. Oxana hablaba con la escasa fluidez del que se maneja solo de vez en cuando en una lengua que no es la propia. No podía, ni quería, perderse ni una coma. Quería librarse de ella cuanto antes, quedarse a solas, pensar en sus cosas, recuperar su desarbolada vida. O mejor aún, dormitar con la mente levemente embotada por un par de cervezas en un mal simulacro de seguir con vida.

—Piensa que no era fácil decidir algo así. Se separaban de sus hijos que serían tutelados por desconocidos hasta llegar a un país que se hallaba a miles de kilómetros de distancia. Ninguno de ellos podía prever que la separación sería tan larga. Algunos de aquellos niños no regresaron, otros murieron poco después y algunos volvieron cuando ya era demasiado tarde.

Se interrumpió unos instantes y elevó la vista. Interrogó al hombre con la mirada.

—¿Me sigues?

Asintió.

—Hablabas de una tragedia. ¿Se te ocurre algo más doloroso?

Santiago frunció el ceño. Pensó que era mejor no abrir la boca. No se pronunció.

Oxana aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero, recuperó el bolso y sacó de él un cuaderno grande de tapas negras que depositó sobre la mesa del salón con delicadeza.

—Esta es su historia. Asunción la escribió en su lengua materna, no tendrás dificultad. Yo la conozco, sé lo que dice. Solo te pido que la leas, ella quería que localizara a su familia en España y tú eres el hijo de su hermano. No ha sido fácil encontrarte, te lo aseguro. Es su voluntad. Creo que no es pedir demasiado.

—Pero... ¿Y tú quién eres?

—Léela, por favor —insistió poniéndose en pie y cruzándose el bolso sobre

el pecho—. Léela. Si te parece, vuelvo el martes y hablamos.

—Dame tu móvil. Te llamaré —afirmó en un intento por evitar que la mujer invadiera de nuevo su espacio privado—. Preferiría...

—Es mejor que no. Vendré yo. Tengo mis razones. No te preocupes.

—Pero...

—Lo entenderás. Confía en mí.

Oxana se había levantado y se encaminaba ya hacia la puerta para marcharse.

Tenía una silueta envidiable, unos ojos bellísimos y una determinación que Santiago anhelaba para sí mismo.

CAPÍTULO 12

MOSCÚ, DICIEMBRE DE 2016

Yelena acababa de retirar los servicios de la comida y Galina contaba los minutos que faltaban para que Vasili hiciera su aparición en el umbral con el semblante grave y las manos en los bolsillos del abrigo. Como siempre.

Irina dormitaba. Era un sueño ligero, como un velo de gasa tendido sobre los párpados. Por una vez, ni tan siquiera se había quitado las gafas que se habían torcido y le daban cierto aire grotesco. Cada vez lo hacía más a menudo, se dormía a todas horas y en cualquier posición. Quizás por eso buena parte de sus noches transcurrían casi en blanco y requería de una diminuta pastilla color rosa que le era administrada justo antes de que las enfermeras dejaran la habitación a oscuras.

—Brrrr —resopló Oxana al entrar en la habitación trayendo parte del frío de la calle sobre su ropa—. Comparado con la calle esto es el paraíso. Te lo aseguro. Si hubiera tenido con quien dejarlo, hoy no hubiera llevado a Nikolay a la guardería. Es un crimen sacar de casa a un crío con este frío.

Irina tardó unos instantes en comprender que se hallaba en el lecho de un hospital y que su vecina, Oxana, acababa de llegar. Sus mecanismos neuronales parecían cada día más lentos, como sin engrasar. Se encogió de hombros. Que la cama de un hospital recordara al paraíso no acababa de convencerla. Se incorporó y se recolocó las gafas sobre la nariz. Se alegraba de ver a la joven. Sonrió.

—Hay nieve por todas partes, Irina. No queda un palmo de acera. Mijail, el del primero, el que tiene la librería junto a nuestro portal, la retiraba hoy de la entrada con una pala. Y yo he resbalado en plena calle y no me he roto un brazo de milagro. Suerte que iba cargada y había cogido el cochecito de Nikolay en lugar de llevarlo en brazos. No quiero ni pensar...

Irina se alegró de la presencia de Oxana. Era agradable tener visitas. En el hospital las horas se hacían eternas. Si hubiera tenido una hija no le hubiera importado que se pareciera a la animosa Oxana Tarasova.

Tras la muerte de Svetlana, las enfermas habían pasado la mañana en

silencio. Incluso Galina había dejado de insistir en entablar conversación en torno a los deberes inexcusables de los hijos devotos para con sus padres, sobre las desventajas de la viudez o la mala calidad y peor presentación de la comida en el centro hospitalario. Tras los primeros intentos fallidos no había vuelto a abrir la boca, parecía especialmente sombría.

Irina había intentado no pensar en su propia muerte, que intuía muy cercana. No había dejado de darle vueltas a un propósito que llevaba unas horas rondando en su cabeza, justo desde que la hija de Svetlana había reflexionado en voz alta sobre el anonimato al que se precipitaría la memoria de su madre después de su fallecimiento. Intentaba decidir si le convenía hablarle de él a Oxana o postergar la conversación hasta haber regresado a casa. Empezaba a decantarse por proceder de inmediato.

El médico había pasado poco antes de la hora de comer, le había hecho preguntas, había comprobado sus constantes y había certificado su mejoría, pero le había explicado a Irina que podía volver a tener otra crisis respiratoria en cualquier momento. No podían ni debían descartar una recaída. Al parecer, el estado de sus bronquios no era tranquilizador, podían colapsarse y propiciar otra crisis grave sin previo aviso.

—A su edad, Asunción, puede ser complicado, muy complicado —subrayó analizando las variables de la enferma.

Irina, que había dejado de insistir en que el médico que anotaba sus apreciaciones en su historial dejase de llamarla Asunción, torció el gesto, pero no abrió la boca.

—Si le parece, estará aquí unos días más. La vigilaremos, nos cercioraremos de que todo esté mejor, pero tiene que entender que en el futuro debe andar con mucho cuidado, su insuficiencia es algo crónico. Necesitará usted una ayuda permanente.

Una ayuda permanente. ¿Quién quiere un extraño en su casa?, pensó Irina al tiempo que asentía. También sabía mostrarse sumisa si lo consideraba conveniente, sobre todo si de lo que se trataba era de alejar una compañía no deseada. Antes de retirarse, el especialista anunció a las enfermas que aquella misma tarde una joven ocuparía la cama libre. Un ingreso previsto. No hicieron preguntas.

Oxana dejó sobre la cama una bolsa enorme con los encargos de Irina. Una bata acolchada color rosa glicina, un camisón a juego y dos pares de medias gruesas de color granate. Por último, un *foulard* color cereza que desplegó con satisfacción ante los ojos de Irina.

—He pensado que te irá bien cuando salgas a caminar. Te lo enrollas al

cuello y casi hace juego con tu bata nueva.

Irina sonrió y acertó a decir.

—Buena idea.

Era verdaderamente bonito.

—Levántate, pruébatela —la animó Oxana sujetándola ya por el brazo.

—No, yo... Ahora no tengo muchas ganas.

—Para probarse ropa no se necesitan ganas. Parece mentira que no lo sepas. No te estoy invitando a correr una maratón.

—¡Ah! También te he traído unas zapatillas nuevas. Me pareció que las tuyas estaban ya... —No continuó. Las zapatillas emergieron desde el fondo de la bolsa—. Todo en tonos rosas y granates, para que parezcas lo que eres, una señora.

Irina rio de buena gana y obedeció.

—Una señora —repitió entre dientes—. A mi edad.

Oxana se libró de la bandolera que atravesaba su pecho, la colgó de la barandilla de la cama y se despojó de abrigo y bufanda. Vestía tejanos y un jersey grueso y entallado de cuello alto. Era alta y esbelta y tenía una melena muy rubia. La raya con la que había pintado sus ojos y que resaltaba el azul de su mirada, se había difuminado y manchaba sus párpados inferiores. A menudo, el frío propiciaba alguna lágrima. Era una mujer joven y muy guapa, una muchacha impetuosa y llena de energía. Irina le deseó interiormente una buena vida. Una vida mejor que la suya. La que hubiera deseado para su propia hija.

La bata le sentaba bien y era cálida y suave al tacto. Las zapatillas le bailaban en los pies, pero eran bonitas y combinaban bien con la bata. No era necesario devolverlas.

—Tampoco recorreré grandes distancias —observó con sarcasmo.

Oxana aplaudió.

—Creo que he acertado en casi todo. Estás muy bien.

El hábito no hace al monje, le habían enseñado en la escuela, pero ya no estaba tan segura. Quizás dejara de sentirse una menesterosa si vestía una buena bata y se enrollaba al cuello un precioso *foulard*. Pensaba que era demasiado tarde para casi todo, también para la coquetería. No se había propuesto convertirse en una anciana vanidosa, pero a estas alturas bien podía permitirse algún gasto.

El entusiasmo de Oxana y la ropa nueva le infundieron ánimos renovados. Sonrió al tiempo que asentía y tomaba una decisión. Consideró que había llegado el momento.

Muy cerca, Galina aprobaba las compras. Vasili no tardaría en llegar.

Irina volvió a tenderse en la cama y Oxana ocupó la incómoda silla del visitante. Justo en aquel instante, la joven reparó en la cama que días atrás ocupaba Svetlana y miró interrogativamente a la anciana.

—Ha muerto esta madrugada. Se ahogaba, se la llevaron y no hemos vuelto a verla.

—Pobre mujer.

—Y pobre hija —comentó Galina—. Se ha quedado tan sola. Y sin poder acompañar a su madre mientras...

Irina resopló.

En la habitación se hizo el silencio unos instantes.

Galina recordó la documentación de Svetlana que la hija había olvidado sobre la almohada y que seguía sobre la mesita, junto a la cama vacía.

—¿Podrías entregar sus papeles en la entrada cuando te vayas? Seguro que su hija volverá a recogerlos. Quizás los necesite para arreglar sus cosas.

—Claro. No me cuesta nada —respondió la joven y guardó la documentación en el bolso antes de sacar de su interior un bocadillo de buen tamaño y una botellita de agua. Parecía hambrienta—. Si vengo a verte no me queda tiempo para comer, por eso he pensado que podría aprovechar y... Ya sabes que la peluquería no cierra a mediodía. Tenemos hora y media para comer. No está mal, pero tardo veinte minutos largos en llegar hasta aquí. No me sobra tiempo.

—Has hecho bien, muy bien. No te preocupes. Te agradezco mucho lo que haces por mí —pronunció Irina en un susurro. No quería que Galina metiera las narices en sus asuntos.

Vasili acababa de entrar en la habitación y saludaba a las presentes mientras se libraba del gorro azul oscuro calado hasta las cejas que le daba cierta pinta de viejo atracador de bancos.

—Buenos días, señoras. ¿Todas bien?

—Que inoportuno eres Vasili —le reprendió Galina indicándole con la mirada la cama vacía de Svetlana—. Que inoportuno y que torpe.

Vasili sacudió la cabeza para airear el escaso pelo y torció el gesto. En un susurro, Galina le explicó que la enferma había muerto durante la noche. Vasili procesó la información y no hizo preguntas. Sacó el diario que llevaba bajo el abrigo, lo abrió y se dispuso a leer.

—Cualquiera diría que eres un mendigo —comentó Galina en tono hiriente.. El diario bajo el abrigo, como si... No sé qué harás cuando yo falte. ¿Por qué no te pones un cartón o vacías media botella de vodka? No tienes remedio, Vasili. Cuélgalo en el armario, por favor. —Remató sus palabras

moviendo la cabeza a derecha e izquierda y acompañando el gesto con un resoplido de impaciencia.

—Cuando entre en calor, Galina. No tengo ninguna prisa, ninguna. No voy a moverme de aquí. Si supieras el frío que hace en la calle... Tengo los pies helados y los dedos ni los noto —contestó frotándose las manos una contra la otra sin perder el buen talante.

Galina siguió aleccionando a su marido salpicando su sermón de pausas breves para intentar seguir el hilo de la conversación ajena.

Irina prosiguió.

—No tengo familia, ya lo sabes. Y de no ser por ti...

—No es nada —contestó Oxana bajando la voz por puro reflejo imitativo—. ¿O no me echas tú una mano con Nikolay? ¿Cuántas veces te has quedado con él cuando he bajado a comprar y no tenía con quien dejarlo? ¿Cuántas le has preparado la merienda? ¿O me has prestado algo? Ya sabes que mi madre murió y con mi padre no puedo contar para nada, está demasiado lejos y pasa con lo justo. Y lo que es peor, le importa bien poco si nos va bien o mal.

—Sí, lo sé, sé que no lo tienes fácil —la interrumpió Irina alzando una mano, no necesitaba ni más reconocimiento ni más explicaciones—. Y he estado pensando en una cosa.

—¿Te vas a poner sería? —preguntó intuyendo que la anciana emprendía una charla trascendente.

—Sí, un poco, sí. Verás, tú no tienes a nadie. Bueno, tienes a Nikolay, quiero decir que no tienes a nadie a quien recurrir en caso de... De un problema, de un apuro... Y yo tampoco, ya lo sabes. Quisiera pedirte algo más, es algo personal. Muy personal.

—Tú dirás.

—Verás, ya sabes que no me queda familia. Ni familia ni amigos. Todos han muerto o están demasiado lejos. No me lo has preguntado, pero seguro que te sorprende que en mis documentos mi nombre sea Asunción. Tú siempre me has llamado Irina. Tú, y todo el mundo.

—Sí, claro que me sorprendió. Cuando busqué tus papeles pensaba que no podían ser tuyos, que todo era un error. Para mí siempre has sido Irina Korovin, eso es lo que pone también en tu buzón. Incluso he recogido alguna carta a ese nombre, Irina Korovin. Quería preguntártelo, pero no me atrevía. ¿Asunción es un nombre portugués?

—No, no. Soy asturiana. Nací cerca de Oviedo. Korovin era el apellido de mi marido. Murió. Tú no llegaste a conocerlo.

Oxana frunció el ceño con cara de no comprender. No conseguía situar

geográficamente la región.

—Sí, en el norte de España, en la costa.

—Ufff —resopló sin dejar de masticar y abriendo los ojos como si acabara de llevarse una gran sorpresa—. Eso está muy lejos. Y tú hablas ruso sin acento, no hubiera dicho nunca que... Además nunca hablas de tu marido, no sabía que habías estado casada.

—Todo tiene su explicación. Y me gustaría tener la ocasión de hablarte de mí, de mi historia, de mi vida. No tardaré en morir y...

Oxana emitió un bufido de protesta.

—No sé ni si yo misma lo entiendo, ¿sabes? Nunca antes me había preocupado, pero de pronto es importante, muy importante para mí. Me entristece pensar que...

De nuevo el silencio.

—Siempre pensé que todo lo que he vivido, lo que he pasado había quedado muy atrás, pero no es así, no lo quiero así. No quiero irme así, como Svetlana, como si no hubiera existido. Y ella tiene a su hija, que la recordará siempre, alguien que la recordará hasta su propia muerte. A mí no me queda nadie. Y no es una exageración. He pensado que una parte de lo que tengo sea para ti, para ti y para Nikolay. Grigory y yo trabajamos durante muchos años, seguro que el dinero te sacará de algún aprieto. Quería pedirte algo a cambio.

La anciana se interrumpió de nuevo, sintió cierto ahogo y permaneció en silencio unos instantes. A pocos palmos Galina también callaba, intentaba seguir la conversación.

Oxana protestó. Casi se atraganta.

—Tú no te vas a morir y yo no necesito tu dinero. No me va tan mal. Tengo un trabajo, es un trabajo de mierda, ya lo sé, pero consigo llegar a fin de mes. Tal y como están las cosas aquí no todo el mundo puede decir lo mismo. De verdad. No quiero tu dinero ni nada. No necesito tu compasión, Irina. Pídeme lo que quieras. Si puedo hacerlo, lo haré. Y si no, te lo diré claro, claro como el agua, pero no me vengas con que...

—No quería ofenderte. No se trata de compasión, te lo aseguro. Si alguien la merece, esa soy yo, Irina Korovin o Asunción Cadavieco, como prefieras. No hay nadie en ningún lugar más cercano a esta anciana que tú y no lo habrá tampoco en el futuro. Es extraño, ya sé que suena triste, pero es así —remató Irina con resignación bajando todavía más la voz—. No te estoy regalando nada, te estoy pidiendo un favor.

Oxana negaba con la cabeza, había acabado el bocadillo y arrugaba el papel entre las manos. La rubia melena danzaba sobre sus hombros e Irina reconoció

en sus labios fruncidos la mueca de Nikolay contrariado. Pasados unos instantes Irina volvió a insistir:

—¿Me vas a negar un favor?

—Está bien. Habla, empieza. Tengo todavía unos minutos —la invitó Oxana antes de apurar el agua de la botella, cruzar las piernas, erguir la espalda y disponerse a escuchar.

—No, no puedo. Hoy, no. Hay cosas que ya no recuerdo y muchas otras no sé ni en qué orden ocurrieron, sería un verdadero embrollo. Pero hay una manera de explicarte mi vida, una manera mucho mejor. Lo pensé hace unos años, un par de años, mucho después de jubilarme. Yo ya vivía sola, como ahora. Casi siempre he estado sola. Dedicué algunas tardes a ordenar mis recuerdos, no tenía otra cosa mejor que hacer. Ya te he dicho que mi vida no fue fácil, necesitaba acabar de comprender.

El esfuerzo fatigaba a la anciana que permaneció un par de minutos en silencio antes de proseguir:

—Investigué un poco. Pensé que, aunque no le interesara a nadie, me ayudaría a hacer las paces con mi vida, con mi familia..., Fue inútil, la paz no llegó, todo sigue igual, el resentimiento, el dolor... Sin embargo...

—¿Las paces con tu vida? —repitió Oxana en voz baja—. Suena grave y complicado.

—Lo fue. Intentarlo fue complicado y muy doloroso.

Irina se interrumpió e inspiró con dificultad.

—Primero anoté todo lo que recordaba, los hechos, algunas fechas, los nombres de la gente, descripciones de sus caras, de los lugares... Busqué información en algunos libros, en diarios, incluso escribí alguna carta pidiendo algún dato. Tienes que entender que cuando todo se complicó, cuando mi familia decidió hacer lo que hizo, yo solo tenía ocho años y no sabía muy bien por qué pasaban las cosas. A esa edad nadie comprende mucho, las cosas pasan y tú las ves pasar.

—¿Pero qué es lo que hizo tu familia?

—Ya lo entenderás. No te impacientes. En aquel momento, en 1937, quizás era lógico, estoy segura. Pero yo era una cría y no comprendía las causas lejanas, no tenía ni idea de lo que pasaba en mi país, de las circunstancias que atravesaba mi familia. No entendía nada. Con el tiempo pude comprender algunas cosas. No todas, desde luego. Hay otras que todavía hoy... Y comprenderlas no quiere decir que no me sigan pesando o que ya no me duelan. En fin, organicé todo lo que conseguí saber como pude y escribí unas páginas, no muchas. No te asustes.

—Sí que me lo pones fácil —comentó Oxana riendo—. Organizado y por

escrito. No me asusto, Irina. Aquí donde me ves me gusta leer, dejé la carrera de Derecho a medias, me faltaron ganas para acabar. Además tenía la cabeza en otras cosas. Bueno, ya sabes. Dicen que prometía. Mi padre no me ha perdonado. Ni eso ni nada. Y ya me ves. Después vino Nikolay. No tengo mucho tiempo, pero me gusta leer. Estará en ruso, ¿no? —preguntó abriendo los ojos azules e inclinándose hacia adelante.

La anciana negó con los labios apretados.

—No, no lo está. Está en mi lengua materna, en castellano. Los nombres de la gente, los lugares... Cuando empecé a recopilar mis recuerdos, y más tarde, cuando empecé a escribir, las cosas me venían a la cabeza en mi lengua. Cuando llegué aquí yo ya sabía leer y escribir, además durante años seguí usándola, nos educaban como si fuéramos a regresar al cabo de unas semanas. De hecho, todavía lo haría si tuviera la oportunidad. Piensa que tardé un tiempo en dejar atrás a Asunción Cadavieco y convertirme en Irina Korovin.

—Yo conozco un poco tu lengua, puedo leerla y, si necesito ayuda, te pregunto. La estudié un par de años. Me gustaba.

—Mucho mejor. Me canso solo de pensar en leer en voz alta. Encontrarás el cuaderno en el armario de mi habitación, en un cajón junto a otros documentos y algunas fotografías muy antiguas. Es grande y tiene las tapas negras, lo reconocerás enseguida. Mi marido siempre usaba el mismo tipo de cuadernos, con tapas negras y sin cuadros, solo con líneas. Y siempre tenía alguno por estrenar. Si vienes a visitarme algún día, te ayudaré a leerlo. Cuando lo hagas trae las fotos y algo de dinero. Encontrarás algunos billetes más junto a los papeles. Y si necesitas algo...

—Lo haré, Irina, haré lo que me pides. Intentaré volver mañana —prometió Oxana antes de consultar el reloj, levantarse, acercarse a la enferma y estamparle un beso en la frente.

—Un último favor. Tráeme la radio. Está sobre la mesita de noche.

—Entendido.

Irina no pudo ver cómo echaba a correr, cómo atravesaba pasillos, salas y corredores y, una vez en la calle, se afanaba para no llegar tarde al trabajo. No podía permitírselo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 13

BARCELONA, ABRIL DE 2016

A pesar de que la insistencia de Oxana le incomodaba, la verdad era que la joven había conseguido que sintiera curiosidad por conocer la historia de Asunción Cadavieco y por averiguar si existía entre ambos algún parentesco real. Instantes después de que abandonara el piso, Santiago ojeó el cuaderno de tapas negras y gastadas.

El papel amarilleaba y los renglones eran de un azul desvaído. La escritura de Asunción era regular, ordenada y muy clara, sin titubeos. Escribía siempre utilizando tinta negra. La letra tenía rasgos elegantes y largos trazos que alcanzaban en ocasiones la línea inferior o la superior. La mano de Asunción era firme cuando decidió escribir sus memorias y su caligrafía distinguida y bien asentada, muy diferente de la de Santiago en la que las letras bailaban por separado una danza desmañada y torpe.

Observó que faltaban algunas páginas, probablemente las últimas que escribió. Alguien las había arrancado con mucho cuidado y apenas quedaba algún resto de papel sujeto todavía al lomo. Aun así su ausencia era evidente. Desde la mitad del cuaderno hasta casi el final en el que quedaban un puñado de páginas en blanco, alguien se había tomado la molestia de hacerlas desaparecer. Quizás Oxana tuviera alguna explicación.

La mujer de los ojos azules, la piel alba y los dedos largos era todo un misterio y hacía peligrar la tranquilizadora consistencia de sus hábitos. No sabía qué pensar. Se vio obligado a reconocer, contra lo que dictaba a voces su naturaleza contemplativa, que no le disgustaba el hecho de que Oxana volviera a irrumpir en su vida dos días después tal y cómo había prometido. Recordó haber leído algo referente a la incontestable atracción del abismo, de todos los abismos, de cualquier abismo. Algo que decía que si uno lo miraba fijamente, el abismo te devolvía la mirada. Por el momento, le echaría una mirada de refilón.

Bastaría.

Arrinconó la novela que había comprado aquella misma tarde y que pretendía empezar en breve, se levantó y rescató de una nevera que daba

verdadera grima la última lata de cerveza.

—Joder —lamentó en voz alta su falta de previsión.

Sabía que horas después se bebería el agua de los floreros de haber tenido alguno a mano. Y con un gruñido que recordaba extraordinariamente a un graznido se dejó caer en la butaca y abrió el cuaderno.

A diferencia de las familias de mis amigas, en 1937, la mía era muy pequeña. Solo tres personas: mi madre, mi padre y yo. A menudo me pregunté a qué se debía que no acudiéramos a fiestas familiares, que no recibiéramos visitas ni tuviéramos abuelos, tíos o primos en las proximidades. Nunca pasé días lejos de mis padres.

Mi padre, Rosendo Cadavieco, tenía un hermano mayor, Jacinto, que murió en el 34. Apenas le conocí. Nunca me atreví a preguntar y nunca me explicaron cómo murió. En mi casa, apenas se hablaba de él y, si su nombre salía en la conversación, a mi padre le subían las lágrimas a los ojos y las manos se le hacían puños. Mi madre se mordía los labios y hacía lo que podía por desviar la atención. No siempre lo conseguía. Mis abuelos paternos habían muerto años atrás y solo quedaba de ellos un retrato oscurecido por el tiempo que mi madre había encajado como había podido entre el marco y el espejo picado de su habitación. Asunción, el nombre del que yo renegaría mucho tiempo después, era el de mi abuela paterna.

Era en aquel momento, tras haber recordado a Jacinto, cuando mi padre se levantaba y salía de casa para regresar horas más tarde y no volver a referirse al tema en mucho tiempo. Por aquel entonces no podía comprender el motivo, yo solo tenía ocho años, era una cría. Ahora, demasiado tarde para casi todo y tras haber investigado un poco, no me sorprenden ni el dolor ni la rabia de mi padre. Mi tío Jacinto fue uno más de los caídos en la Revolución del 34 bajo las armas del ejército enviado por la República, gobernada durante un par de años por las derechas, para reprimir la rebelión de los contumaces mineros asturianos.

Mi madre, Leonor Marón, tenía un padre, una madre y una hermana en algún lugar. Nunca supe dónde. Tampoco era un tema que acostubrámamos a abordar en torno a la mesa. Cuando nací no habían muerto, pero ya habían dejado de existir. En mi familia, como en casi todas —aunque eso lo descubrí mucho más tarde— no faltaban los asuntos intocables. Según ella misma me explicó la única vez que me habló de ellos, todo empezó años atrás. Cuando en un baile al aire libre

y al son de una acordeón en una noche estrellada, mi madre se prendó de mi padre, de sus ojos oscuros e inquietos y de sus brazos poderosos a fuerza de pico y de pala. Era muy joven y era un hombre verdaderamente guapo. Se vieron de nuevo en varias ocasiones, siempre a escondidas, y decidió casarse con él de un día para otro. Se armó de valor e informó de ello a sus padres y a su hermana.

En correspondencia a su romántico impulso, y de común acuerdo, dejaron todos ellos de reconocerla como un miembro más de la familia. Probablemente creyeron que acabaría por desistir. Se equivocaban. No la conocían.

Mi abuelo administraba uno de los pozos mineros, nunca llegué a saber cuál de ellos, y consideraba que el obrero de una mina no era digno de convivir con su hija mayor y mucho menos de ser quien contribuyera a la supervivencia de su prestigiosa y adinerada estirpe. Le retiró la palabra, el reconocimiento y le negó la dote sin que ni su esposa, mi abuela materna, ni su hija menor opusieran resistencia alguna. Amenazó con desheredarla si insistía en su propósito, pero mi madre no esperó a ver cumplida la amenaza. Desapareció y la desheredaron de inmediato.

Nunca más volvieron a cruzar palabra. Ni una mísera carta intercambió mi madre con mi abuela Remedios ni con mi tía Ángela, su hermana menor. Ángela contrajo un matrimonio ventajoso con un capitoste del bando vencedor para satisfacción y orgullo de su padre. Me consta —porque así lo pude averiguar muchos años más tarde—, que tuvieron varios hijos, mis primos. No he llegado a conocerlos.

Así de miserable era el país en el que nací y en el que pasé mis primeros años.

Santiago lo ignoraba casi todo de su familia paterna, los Cadavieco. Nunca había oído hablar de Asunción y hubiera jurado que su padre, Andrés —hijo de Rosendo y de Leonor—, que aseguraba ser hijo único; ignoraba su existencia. Nunca había hablado de ella, ni la más leve mención. Andrés Cadavieco se había casado, tras mucho pensarlo, con Elvira Pomar. Santiago nació cuando su padre se acercaba a los cuarenta. Era un padre con cierta pinta de abuelo y con el carácter algo huraño de un viejo resentido.

La lectura de las primeras páginas del cuaderno de Asunción, que había comenzado con un punto de curiosidad, acabó por intrigarle. Le gustaba su estilo desenvuelto y que llamara a las cosas por su nombre, sin ambages, sin pelos en

la lengua.

Un país de mierda, aseguraba Asunción. A ojos de Santiago todavía lo era. El mundo entero le parecía demasiado a menudo un mundo de mierda.

También él, como la autora del relato, había acumulado preguntas que Andrés Cadavieco, su padre, nunca pudo contestar. Preguntas que a su progenitor le pesaron en vida como le pesó durante muchos años el infinito desamparo que le deparó la existencia.

Tras un par de mudanzas, desde principios del 35, vivíamos los tres, mi padre, mi madre y yo, en La Pola de Lena, en los bajos de una casa maltrecha en una calle oscura y algo retirada. Es la primera casa de la que conservo algún recuerdo. He olvidado por completo cómo eran y dónde se encontraban las anteriores. Sé que fueron varias, probablemente serían peores.

Disponíamos de cocina, retrete, una habitación y una alcoba que solo aparecía al anochecer cuando mi madre corría la cortina, gruesa como un telón de teatro y floreada, que separaba mi cama de la mesa y de las cuatro sillas del comedor. Una vitrina acristalada y medio vacía completaba el humilde conjunto.

Yo asistía a la escuela y tenía un par de amigas a las que veía a menudo. Recuerdo que era pobre, pero razonablemente feliz. Conservo buenos recuerdos de aquella casa, de aquel barrio y de aquella escuela.

Mi padre vivía pendiente de las noticias que llegaban del frente que, según le oía decir, con el semblante grave y el ceño fruncido, estaba cada vez más cerca. Yo no sabía qué era el frente, solo que era temible y que a mi padre le preocupaba y le robaba el sueño y la sonrisa. Aquellos fascistas cabrones avanzaban y ocupaban ya buena parte del país. Se acercaban.

Como cualquier adulto bien informado podía prever, la relativa tranquilidad en la que discurrían nuestros días no duró mucho. También yo lo intuía. A primeros de enero del 37 mi padre abandonó la mina, desapareció. Tomó las armas y se unió a los defensores de la República. Era su deber, el deber de todos, repitió muchas veces para atajar las lágrimas de mi madre y mis inútiles protestas. No puedo hacer otra cosa. Si pudiera... juraba él humillando la mirada.

Sabiendo lo que ahora sé, no lo juzgo. No me atrevo.

Solo regresó un par de veces pocos días después para traer algo de comida y estamparnos un beso en la frente. En una de aquellas fugaces ocasiones llegó muy apenado. Con lágrimas en los ojos

hablaba del reciente bombardeo de Durango, de las víctimas y de la fuerza imparable del ejército fascista. Temblaba de dolor y de ira y no dejaba de maldecir a los malnacidos golpistas, a los fascistas que querían joderlo todo y que todo lo que querían era vernos muertos.

Mi madre me mandó a jugar a la calle sin mediar explicación. Obedecí de inmediato. Me alegré de poder dejar atrás el dolor de mi padre y la preocupación de mi madre, que le sujetaba las manos sobre la mesa para que no le temblaran y le besaba la frente cada vez que se levantaba para servirle una taza de café aguado o un par de galletas que no conocían el azúcar.

Me limité a subir un par de plantas. Era lo que se esperaba de mí y lo sabía. Pasé horas en casa de una amiga, Sabina, cuyo padre, tuberculoso a Dios gracias, no podía marchar al frente. Nunca antes la enfermedad había deparado tanta dicha a una familia. Tardé años en comprender el porqué del «tuberculoso a Dios gracias» que la madre de Sabina, buena amiga de la mía, pronunciaba en voz baja. La tuberculosis no me parecía ninguna bendición. No lo era, como comprobé mucho más tarde.

Fue ella la que me preguntó en un susurro y revolviéndome el cabello:

—¿Ha venido tu padre, verdad?

Asentí.

—Pasa, hija, pasa, no te quedes ahí —me invitó sin abandonar su tono habitual, el de las palabras pronunciadas solo a medias.

Mi padre estuvo en casa un par de días. El tiempo justo para reponerse y colmarnos de abrazos. De nuevo hubo llanto cuando se marchó con las primeras sombras de un atardecer de primavera. Bastó aquella visita para que pocos meses después mi madre evidenciara los primeros signos de un nuevo embarazo. Hubo desesperación, rabia y nuevas lágrimas que tampoco entendí entonces. Estábamos solas y el mundo era un misterio.

No volví a verle.

Santiago abandonó la lectura unos instantes y rebuscó en el cajón en el que guardaba los documentos de sus padres desde que a la muerte de su madre, Elvira Pomar, se encargara de vaciar la vivienda familiar. Revolvió hasta encontrar lo que buscaba. Según constaba en el último DNI de su padre, este había nacido el 27 de noviembre de 1937. Perfectamente podía haber sido

concebido a principios del 37 en una de aquellas visitas furtivas del abuelo Rosendo a su propia casa.

De un trago, Santiago vació media lata de cerveza. Tuvo la escalofriante sensación de que no podría retirar la mirada del puto abismo.

—Joder, joder, joder —exclamó con cierta sensación de vértigo que no supo a qué atribuir—. Joder.

Hacía meses que hablaba solo, pero el asunto nunca había llegado a preocuparle.

Mi madre era un alma en pena y yo no sabía cómo podía ayudarla. A mi alrededor, las cosas no andaban mucho mejor. A finales de julio, unos días después de que los maestros dieran por acabadas las clases, una mujer vino a buscarme. Mi madre me acompañó hasta la calle y le entregó a la mujer una maleta con mis cosas. Yo no entendía nada y apenas me atrevía a preguntar. A mis pocos años había aprendido que los adultos no siempre respondían con la verdad.

—Serán unos días. Os van a cuidar muy bien. Estaréis a salvo, Asunción, serán unas vacaciones. Ya lo verás. Habrá niños y niñas como tú. Lo pasarás bien —me aseguró con la voz temblona y la mirada más allá de mis ojos.

Yo escuchaba y seguía sin comprender. Me alarmaba su voz titubeante y su falsa convicción.

—Y antes de que te des cuenta estarás aquí otra vez y lo esperaremos juntas —añadió pasándose una mano por el vientre ceñido por un mandil.

Su embarazo apenas era visible, solo caías en la cuenta si sabías que esperaba un hijo. Mi madre me había explicado que, dentro de un tiempo, unos pocos meses, nacería una criatura muy pequeña y que mi deber, como hermana mayor que era, sería cuidar de ella.

—Serán unos días, Asunción, no muchos. Ya lo verás.

Hice cuanto pude por creerla, pero no lo conseguí. No era su manera de hacer las cosas. Mi madre siempre iba de cara. ¿Vacaciones? Era una idea extravagante. Mi familia nunca hacía vacaciones. La palabra no existía en nuestro vocabulario ni en el de mis amigas.

—¿Y tú?

—A mí no va a pasarme nada. No te preocupes. Estaré bien. Te esperaré. Tú intenta pasarlo bien. Estaremos aquí, esperando —añadió estampándome un beso en la frente. Y me estrechó contra su cuerpo

como si se acabase el mundo.

Recuerdo cómo se agitó mi hermano en su vientre, como si me recibiera con un leve golpe a la altura de mi barbilla, como si, a su manera, también se despidiera de mí. Quizás solo fueran imaginaciones mías. Sentí miedo. Ahora sé que no fue así, el embarazo de mi madre apenas se notaba todavía y difícilmente pude advertir el movimiento del feto en el interior de su vientre. Demasiado pronto. Sin embargo, conservo ese recuerdo, quizás un falso recuerdo, una sensación imaginada. Quién sabe.

Acompañé a la desconocida que me indicó que subiera a un autocar. Un vehículo enorme en el que aguardaban ya un puñado de críos como yo. Reconocí en una de las primeras filas a Araceli, una de mis compañeras de la escuela. Me apresuré a sentarme junto a ella. No éramos amigas, apenas nos habíamos tratado, era hija de un zapatero remendón que hacía semanas que no abría el negocio. Supuse que también él estaba en algún lugar, no muy lejos, cumpliendo con su deber, luchando contra el fascismo.

Araceli no tardó en poner su mano sobre la mía. Buscaba consuelo. No supe dárselo y su miedo se sumó al mío, nos envolvió. Cuando el autocar arrancó no quise mirar atrás.

¿Dónde estaría mejor que en compañía de mi madre?

Araceli y yo permanecemos así, con las manos muy juntas, hasta llegar a una casa enorme, casi un palacio, sin otros edificios alrededor que pudieran hacerle sombra. Al menos esa impresión tuve. Una casa que custodiaban un par de milicianos con fusiles al hombro y cara de cansados.

Habían cubierto las ventanas del piso inferior con tablones. Las que pertenecían al sótano y se abrían casi a ras de tierra las habían cegado con sacos terreros. Nos indicaron que debíamos coger la maleta y bajar. Ambas obedecemos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Bajamos del autocar cogidas todavía de la mano.

En una sala muy grande y oscura por la falta de luz natural nos asignaron un jergón sobre el suelo y una chica, que intentaba parecer risueña y resultaba aterradora, nos acompañó hasta el sótano. Nos repitió muchas veces que estuviésemos donde estuviésemos debíamos correr en dirección al sótano si oíamos la alarma. Era la señal para proceder al confinamiento, ninguno de nosotros entendió el término utilizado, pero quedaba claro que debíamos bajar al sótano cuanto

antes y quedarnos allí hasta nueva orden. El que no lo hiciera sería castigado con severidad, aclaró sin concretar en qué consistiría el castigo. Recuerdo que Araceli arrancó a llorar muy bajito. No supe qué decirle y le sujeté la mano.

—Es por las bombas, ¿sabes? Son peligrosas. Pero nosotros os cuidaremos. Aquí estaréis a salvo —le explicó la joven acuclillándose hasta quedar a nuestra altura.

El llanto de Araceli arreció y la joven se levantó frotándose las manos en un gesto de impotencia que no resultaba tranquilizador. Poco después, Araceli retiró las lágrimas que alcanzaban sus mejillas con el canto de la mano, pero no consiguió dejar de llorar. Justo en aquel instante y sin saber cómo, me convertí en su hermana mayor.

—No nos pasará nada. Ya lo verás. Dentro de unos días volveremos a casa —le aseguré por decir algo. El silencio me pareció peor, mucho peor. En adelante siempre intentaría llenar los silencios. Hubo muchos.

Resulta difícil saber cuánto tiempo estuvimos allí, en el caserón de Rocés, quizás fueron dos o tres semanas, quizás un mes entero. Ni un solo día nos libramos de bajar al sótano con el corazón desbocado esperando escapar de las bombas. Araceli y yo lo hacíamos de la mano. No era difícil, nunca andábamos lejos. Durante el día apenas nos separábamos y nuestros jergones se hallaban uno al lado del otro. En aquellos momentos, mientras esperábamos oír el escándalo de las bombas sobre el pueblo cercano, Araceli rezaba con la cabeza baja. Yo, que no había tenido ocasión de aprender a rogar favor alguno a la divinidad, pensaba en mi madre y la imaginaba sola en nuestro piso acunando ya al recién nacido. Mi percepción del paso del tiempo era la de una niña de ocho años.

Recuerdo que temblaba de miedo y que ignoraba que faltaban meses para que mi hermano viniera al mundo. No veía el momento de regresar a Pola de Lena convencida como estaba de que la criatura ya había nacido en mi ausencia. Me dolía infinitamente aquel alejamiento que no conseguía entender. Si querían que fuera su hermana mayor, si esperaban que velara por él, ¿por qué mi madre me apartaba de su lado? No podía saber que la guerra había alterado definitivamente el curso de nuestras vidas.

También conservo algún buen recuerdo de aquellos días. Por fortuna siempre los hay, incluso en las peores rachas. Durante las horas

de calma y cuando bajo la tutela de un par de maestras muy jóvenes habíamos barrido, retirado platos y cubiertos o tendido la ropa recién lavada, jugábamos a la cuerda, al cascayu o a pillar en los descuidados jardines de la casa. Los mayores se escondían con sigilo en el caserón y a veces tardaban horas en aparecer. Araceli y yo nunca lo hicimos. Demasiados pasillos, largos corredores que se nos antojaban infinitos, estancias vacías y oscurecidas por las tablas que cegaban balcones y ventanas y mil y un ruidos que no conseguíamos identificar.

Toda actividad acababa cuando se ocultaba el sol. Las luces no se encendían nunca. O en muy pocas ocasiones. Durante algunas horas todo eran tinieblas. Por fortuna era verano y el sol se retiraba tarde. Transcurridos unos días comprendí que la luz era un reclamo para las bombas, por eso, con el anochecer, andábamos siempre a oscuras. Con la edad he llegado a entender algunas cosas que por aquel entonces no dejaron de ser verdaderos enigmas. Cosas como la oscuridad en la que nos movíamos con la caída de la noche, que me resultaban intimidantes.

No llegamos a familiarizarnos nunca con aquella gran casa en la que esperábamos estar solo de paso. Y así fue. Días más tarde, en el mismo autocar en el que habíamos llegado hasta allí, fuimos evacuados. Todos. Una chiquillería alterada por la novedad recogió a toda prisa sus escasas pertenencias y, comandada por las maestras y las auxiliares, subió al autocar con destino a Gijón.

Tanto Araceli como yo viajamos convencidas de que nuestros padres nos estarían esperando a nuestra llegada. Las vacaciones se habían acabado y regresábamos a nuestras casas. No quisimos comprender que las cosas no solo no iban bien, sino que iban de mal en peor. Aunque algo habíamos oído, nos negábamos a considerar otra posibilidad. Benita, una de las maestras que cuidaba de nosotros, lloraba en silencio mientras nos indicaba que sujetáramos nuestros bártulos sobre las rodillas.

A día de hoy, mientras escribo estas líneas, sé que en el verano del 37 los fascistas avanzaban, que las bombas seguían cayendo sobre los pueblos vascos y asturianos y que lo hacían cada vez más cerca. En el frente norte las cosas pintaban muy mal para los defensores de la República. También sé, porque muchos años más tarde encontré su nombre entre el listado de bajas, que mi padre ya había muerto cuando abandonamos el caserón de Roces con destino a Gijón.

Solo localicé su nombre en un listado, ni el lugar ni las circunstancias de su muerte, solo su nombre y poco más:

«Rosendo Cadavieco, 37 años de edad, caído en combate».

Mi padre se jactaba de tener tantos años como habían transcurrido del siglo, era para él un orgullo, una especie de responsabilidad histórica. Pobre. He pensado mucho en él. Llegué a quererle tanto como lo he añorado durante el resto de mi vida. Históricamente hablando, de nada sirvió que Rosendo Cadavieco rindiera la vida agarrado a su fusil. Fue en vano. Las mejores intenciones no consiguieron alterar el curso de la Historia.

Fue aquel un viaje no muy largo que acabó junto a una casa todavía mayor que la anterior, una verdadera mansión, la Quinta Bauer, a las afueras de Gijón, en el barrio de Somió. Creo que también la conocían como el Palacio de los Figaredo. Así se refieren a él las páginas de internet que he localizado con ayuda de la amable bibliotecaria de mi barrio, una madura bielorrusa de voz muy aguda y ojos redondos y pequeños como botones diminutos, que me ha enseñado lo poco que sé.

Y era casi un palacio rodeado de jardines inmensos con plantas exóticas que ninguno de nosotros podía reconocer. Recuerdo una fuente y un estanque vacío junto la entrada, las cocheras aledañas, la enorme cocina, el planchador, el taller de costura, los despachos de la dirección del refugio situados en el primer piso y las habitaciones de las chicas en el segundo. Y recuerdo, como si pudiera verlo, como si lo tuviera ahora mismo ante mis ojos, un enorme telescopio que día y noche enfocaba el cielo y por el que nunca me atreví a mirar.

Era un edificio de una pomposidad algo cursi que acogía el refugio infantil Rosario Acuña. Con los días aprendimos que los mayores que nos acompañaban también lo llamaban «el hospicio» o «el orfanato». Saberlo no resultaba tranquilizador.

Un lugar hermoso a su manera de no haber sido porque no estaba mi madre, ni la de Araceli, ni ningún pariente de los niños asustados que aquel día bajamos del autocar. No podíamos saber que muchos de nosotros permaneceríamos allí hasta que acabara aquel fatídico verano del 37 bajo la tutela del gobierno de la República en calidad de huérfanos de combatientes. Sabíamos en qué consistía combatir, pero muchos de nosotros no teníamos ni idea de que fuéramos huérfanos.

Santiago vació la lata de cerveza y cerró el cuaderno con un resoplido. Malos tiempos. Huérfanos de combatientes que pasarían poco después, con el triunfo de los golpistas, a convertirse en huérfanos de desafectos, en críos proscritos. Fuera quien fuera Asunción, tanto si era la hermana mayor de su padre como si no, le habían jodido la vida, eso estaba claro.

Se levantó, estiró las piernas y, casi de refilón, advirtió que el súper paquistaní seguía abierto. Cogió las llaves, comprobó que llevaba un billete en el bolsillo y se apresuró en dirección a la calle. El joven que atendía el mostrador desde el atardecer hasta casi la medianoche, como un vampiro silencioso y diligente, le cobró las cervezas sin mediar palabra. Era el primo de la joven y apenas sonreía.

CAPÍTULO 14

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Por fortuna, Santiago había tenido la precaución de conectar la alarma del despertador antes de abandonar el cuaderno sobre las rodillas y dejarse vencer por el sueño. Abrió los ojos con la sensación de tener un trozo de corcho a la altura de las meninges. Un corcho en el que empezaba a hacer mella la vaga aceptación de que Asunción Cadavieco podía efectivamente ser su tía, la hermana mayor de su padre. El cuaderno de tapas negras aguardaba en el suelo junto a sus pies.

Recordaba haberse adormecido en la butaca poco después de haber vaciado la tercera cerveza, acompañado por los recuerdos de la estancia de Asunción en la Quinta Bauer revestidos de pesadilla. Un sueño plagado de bombas, de miedo y de temores infantiles desfigurados por el tiempo, pero perfectamente lógicos.

Según consiguió saber gracias a los datos recuperados en horas de oficina a través de la red, la mansión, el Palacio de los Figaredo, continuaba en pie. Un vistoso palacete señorial que, durante la República, hizo las veces de orfanato y al que fueron a parar muchos de los hijos de los mineros o de los obreros de las fábricas que habían perdido la vida durante la guerra, los hijos de las viudas que habían enfermado y aquellos cuyas familias no podían alimentar. Al parecer, se les reunió en la Quinta con la intención de mantenerlos a salvo de bombas y obuses bajo la supervisión de maestros y personal auxiliar.

Los de Asunción no eran malos recuerdos, eran evocaciones de infancia en las que la soledad, la preocupación, el desconcierto y el temor a lo desconocido planeaban sobre cada pasaje. También era una constante la cercanía de Araceli, la mutua compañía, una extraña forma de consuelo recíproco.

En el trabajo, el día transcurrió como era habitual, entre los comentarios de Rosa, que seguía intentando interferir en su vida, una reunión inacabable en la que las recriminaciones volaron como puñales afilados sobre las cabezas y la evaluación negativa de un edificio cuya compra bien podía acabar de arruinar a la empresa. Cuando se ausentó de su mesa con la intención de encender un pitillo en la calle, lo hizo con la tranquilidad de saber que Oxana, la desconocida,

la intrusa, no estaría allí y, en la mente, la leve sombra de un deseo: volver a verla.

Se sentía confuso, hecho un lío. No conseguía reconocerse a sí mismo.

A mediodía entró en el restaurante de siempre y ordenó ensaladilla y calamares a la plancha. Pensó que era mejor una comida no demasiado contundente para que la probable cabezada en la butaca fuera solo eso, una cabezada.

—Tengo algo de prisa —le susurró al propietario que se limitó a asentir y a advertirle a su hijo:

—Brillo, Aarón, brillo.

Y Aarón, con el cráneo a medio rasurar y gesto de profundo hastío, se perdió en la cocina para volver a salir con un plato de ensaladilla al tiempo que su padre le servía una caña.

Tras el café caliente y áspero como papel de lija, se apresuró a abonar la cuenta y a pasar por el súper de la chica sonriente y agenciarse unas cervezas. Una música remota, que a Santiago se le antojaba machacona y falta de encanto, sirvió de fondo al saludo de la joven, que se cubría el cabello con un pañuelo de color rojo sangre que le favorecía extraordinariamente.

—Estás muy guapa hoy... —comentó, y le sorprendió su propio atrevimiento.

—Nezha —pronunció ella al tiempo que humillaba la mirada complacida.

Santiago no era persona que acostumbrase a expresar sus emociones con naturalidad. De hecho había llegado a sospechar que carecía de ellas. Algo relacionado probablemente con sus herméticos genes paternos. Su padre, Andrés, era un hombre de una inexpresividad proverbial, de sentimientos amortiguados, una verdadera piedra pómez. Era algo mayor que los padres de sus amigos y mucho menos jovial. Por su aspecto y su rictus severo, en algunas ocasiones, la gente lo tomaba por su abuelo. Su esposa, Elvira, le repetía hasta la extenuación que debía sonreír un poco más, saludar, dar algo de conversación. Parecerías más joven, añadía sin éxito.

Intentó repetir su nombre; pero algunas de las letras parecían aspirarse hasta desaparecer: Nezha. No lo consiguió y la chica inclinó la cabeza en un gesto que indicaba que la pronunciación tenía un amplio margen de mejora. Santiago remató su torpeza con un «buenas noches» a las cuatro de la tarde y una huída acelerada e indigna en dirección a su portal, el número 23.

Nezha agitó la mano en el aire como si despidiera a un pasajero a punto de subir a un tren de larga distancia. Ambos eran torpes, aunque la chica tenía disculpa: era una recién llegada y todavía experimentaba con la curiosa

gestualidad de los autóctonos. Unos tipos que le parecían simpáticos, pero verdaderamente extravagantes.

En el taller de costura nos enseñaron a coser bolsas para los pobres niños que se marchaban a la URSS. Coser me tranquilizaba y me permitía pensar en mis cosas. Eran tantas y tan confusas... También mi madre, meses atrás, intentó enseñarme a coser. Durante nuestra estancia en la Quinta Bauer en más de una ocasión interrumpimos la labor por la proximidad de las bombas y corrimos a refugiarnos en la boca de una alcantarilla, casi a cielo abierto, a la que se accedía fácilmente. Hacinados, temblorosos, conteniendo el llanto, los niños permanecíamos allí, a la entrada del colector, hasta que finalizaba la alarma por bombardeo. Araceli y yo siempre de la mano.

El personal que velaba por los niños intentaba no alarmarnos, por eso apenas nos llegaba información, solo nos enterábamos de lo que conseguíamos atrapar al vuelo y que no siempre llegábamos a comprender. Y siempre eran malas noticias. De ese modo supimos que habían bombardeado dos barcos con víveres en El Musel, el puerto de Gijón. Era evidente que el frente estaba cada vez más cerca y los responsables del refugio apenas acertaban a disimular su propio miedo. También recuerdo que nos vacunaron contra el tifus.

Un día del mes de septiembre, cuando seguía esperando la aparición de mis padres y el regreso a Pola de Lena, nos ordenaron de nuevo meter todo lo que nos pertenecía en nuestra maleta. No hubo más explicaciones. Algunas mujeres con mono azul y pistola al cinto colaboraron en nuestro traslado. Una de ellas, una joven de ojos verdes muy pecosa, me resultó familiar, pero no conseguí recordar su nombre.

Obedecimos.

Algunos aseguraban que recogíamos para volver a casa, otros que nuestros padres estaban a punto de llegar para llevarnos con ellos, los más pesimistas sospechaban que el frente estaba a muy pocos kilómetros y que nos trasladaban de nuevo. Lo cierto era que la realidad era mucho peor que la más pésima de nuestras suposiciones. Yo no sabía qué pensar, sentía miedo, creo que vivía con miedo. Araceli no se separó de mí, permaneció el día entero silenciosa, casi ausente. Cada uno de nosotros pensaba en sus cosas. En sus padres, en sus hermanos los que los tenían, en los abuelos.

Nadie: ni cuidadoras ni auxiliares ni cocineras... Nadie tenía respuesta a nuestras preguntas o bien evitaban ser los primeros en

contestarlas.

Esperamos, una junto a la otra, hasta que, al atardecer, llegaron a la quinta varios autocares que fueron recibidos con verdadero alborozo por los niños que creían que nos llevarían de regreso con nuestras familias. Algunos aplaudían y saltaban de puro contento. Sin embargo, ninguna de las maestras parecía feliz y algunas hablaban en susurros. Pude ver cómo Benita se retiraba una lágrima con la punta del pañuelo, erguía la cabeza, se aclaraba la voz y ordenaba que subiéramos al autocar sin perder un minuto. Lo hicieron primero los más pequeños en compañía de alguna maestra y de un puñado de ayudantes. Más tarde fuimos nosotras las que ocupamos los asientos de un autobús enorme y muy ruidoso. Era una de aquellas tardes en las que ya empezaba a refrescar.

Recuerdo haber viajado junto a la ventanilla y haber dejado vagar la vista en el paisaje más allá de la carretera. Intentaba en vano distraer el pensamiento depositando mi atención en los detalles que podía distinguir a la escasa luz del crepúsculo. No reconocía casas ni cruces ni caminos, Araceli me sujetaba la mano y miraba hacia adelante. El autobús recorrió el trayecto sin encender las luces en ningún momento. Aunque no abrí la boca para no alarmar a Araceli, recuerdo que pensé que nos hallábamos en peligro. No había otra explicación. Probablemente ella pensaba lo mismo. Apenas se advertía lo que teníamos a pocos metros. De haber recorrido el trayecto a pie lo hubiéramos hecho casi a tientas.

—Es para que no nos vean los aviones —susurró alguien a mi espalda—. Por las bombas.

Araceli se sobrecogió y yo le apreté la mano. Seguía ejerciendo de hermana mayor. Por entonces no sabía que había asumido un papel que desempeñaría durante muchos años.

Cuando el vehículo se detuvo tras atravesar, también sin luces, la ciudad sumida en las sombras, era ya noche cerrada. Acabábamos de llegar a Gijón, estábamos en El Musel, aunque no podíamos saberlo. Ni Araceli ni yo habíamos pisado antes el puerto.

Recuerdo perfectamente a una tropa de críos bajando de los autocares en un silencio absoluto, casi solemne. Un silencio extraordinario que no tardó en romper el grito de algunos padres que aguardaban en el muelle. Padres que empezaron a vocear el nombre de sus hijos para localizarlos cuanto antes. No disponían de mucho

tiempo y lo sabían.

Llegaron otros autocares y bajaron otros niños a los que no había visto en mi vida. De todas las edades. Algunos muy pequeños en brazos de sus hermanos mayores, otros casi adolescentes que miraban con desconfianza los barcos amarrados. Hombres y mujeres se aproximaban a cada nuevo vehículo con los nombres de sus hijos en los labios.

En el muelle, solo sombras. Bultos, formas extrañas, tétricos volúmenes que abrían los brazos, los agitaban para llamar la atención de los recién llegados o arrancaban a correr hacia ellos. Y allí estaba mi madre, Leonor Marón.

Se acercó corriendo y gritando mi nombre tan alto como pudo, como hicieron los demás. Hombres y mujeres temblorosos que miraban a sus hijos como si lo hicieran por primera vez. Me sorprendió ver su vientre algo más abultado de lo que recordaba, pero me sorprendieron mucho más las lágrimas en sus ojos y su rostro tan desmejorado. No parecía feliz de volver a verme. Lloraba. Me asusté.

Mi madre parecía el espectro hinchado de sí misma y en su rostro marchito habían aparecido surcos a ambos lados de su boca y entre las cejas. No era la mujer joven y dichosa que recordaba. No era la misma que cantaba mientras recogía la ropa, la plegaba delicadamente o removía el contenido de una olla. Era otra. Una mujer que había envejecido décadas en pocos meses.

Repetía:

—Asunción, hija. Hija mía. Asunción, mi vida.

Y lo hacía una vez y otra mientras me abrazaba como si se acabara el mundo. Yo no podía saber que el mundo, mi mundo tal y cómo lo conocía, estaba agonizando. Se acababa. Sus lágrimas mojaron mis mejillas, mis ojos, el arranque de mi cuello. No pude evitarlo. Yo también lloré al contacto con sus brazos. De felicidad, de alivio, de extrañeza. Quise convencerme de que por fin estaba junto a ella y a punto de volver a casa. Había esperado tanto tiempo. Era casi feliz y lloraba. No podía controlarlo. Dejé de intentarlo. Me abandoné.

Mi madre cargó con mi maleta y buscó la proximidad de una de las pocas luces que permanecían encendidas. Nos sentamos en un repecho del muelle casi en tinieblas. Mi madre me miraba como si no me reconociera.

—Parece que has crecido —susurró—. Estás todavía más guapa.

Imagino que yo hacía lo mismo, que la examinaba para convencerme de que era ella la que estaba allí, a mi lado, la que me abrazaba y se derramaba en lágrimas que intentaba retirar con un pañuelo arrugado que guardaba en su bocamanga. No le dije que me parecía más vieja y mucho más triste. Que no parecía ella. De hecho solo los ojos y la boca pertenecían al recuerdo que yo conservaba de mi madre. El resto parecía no corresponderle. Un error.

—Si tu padre pudiera verte, Asunción. Estás tan guapa. Y tan mayor.

Pensé, como era lógico, que mi padre andaría todavía en el frente —que no tenía forma alguna de situar, pero que no estaría muy lejos— con el fusil al hombro cumpliendo con su obligación: detener el avance del fascismo.

Mi madre, que sabía de su muerte en combate, no despejó el malentendido. He pensado mucho en ello y todavía no sé si hizo bien. Su intención era buena, por eso, todavía hoy, intento disculparla.

A unos pasos, Araceli aguardaba la aparición de alguien de su familia. Permanecía en pie mirando alrededor, escarbando con la mirada entre las sombras, hurgando entre los bultos sin perfil. Desconsolada.

Águeda se acercó a ella, le estampó un beso en la coronilla, repasó un listado y le colgó al cuello un letrero, un cartelito. La auxiliar, en la que ambas habíamos aprendido a confiar, tenía el rostro grave y los labios sellados. Nos miró y se acercó a nosotras, a mi madre y a mí. Repitió el gesto de comprobar algo en un listado, anotó algo en él y me colgó al cuello un cartón que rezaba: URSS.

Junto a nosotras un hombre que se apoyaba en una muleta le aseguraba a su hijo, un chico de unos 13 o 14 años, que había empezado a protestar:

—Allí te cuidarán, recibirás una educación, comerás como Dios manda. Te harás un hombre. Cuando esto acabe volverás, y yo estaré muy orgulloso de ti.

El chico no parecía convencido. Discutía. Afirmaba que sabía cargar las sacas de la harina, que ya era un hombre, que no necesitaba alejarse para ganarse el jornal. Recuerdo que miré a mi madre buscando en su mirada una explicación.

—Te marcharás unos días, Asunción. Todos os vais a marchar. Solo serán unos días. Unas semanas, quizás, hasta que todo esto acabe.

Estarás a salvo. Aquí las cosas están mal, ya lo sabes. Y van a peor. Es todo muy complicado. Los fascistas están cada vez más cerca y no sabemos cómo acabará.

—No quiero irme, mamá, quiero estar aquí, contigo.

No podía creer lo que estaba oyendo. Empecé a temblar de frío y de espanto.

—Estoy sola y no sé qué puedo hacer. No quiero que te pase nada, y creo que con Don Pablo estaréis a salvo. Yo solo quiero que estés bien. Volverás muy pronto, Asunción. Os tratarán bien. Tendréis todo lo mejor. Os enseñarán a ser mejores personas.

Comprendí que nos separábamos de nuevo. Juré y volví a jurar que yo era buena, le dije que podía preguntar a las maestras, a quien quisiera. Apenas me habían reñido y nunca, nunca me habían castigado. Prometí esforzarme todavía más, obedecer, hacer mis tareas. Lo cierto es que no se me ocurría cómo podía ser mejor. No pude dejar de llorar. Tampoco pude hacer preguntas. Acabé por aceptar sus palabras, sus intenciones. Acaté su voluntad. Creo que me rendí ante su devastación.

Dejé de replicar. Ni siquiera me dijo adónde iba. No hubiera servido de mucho, yo solo era una cría. No hubiera sabido situar el país en un mapa. Quise creer que ella no me mentía, que quería lo mejor para mí.

Don Pablo era Pablo Miaja, un maestro procedente de Oviedo de larga trayectoria republicana que se hallaba al frente de la curiosa tropa de críos abrumados por el desamparo. Bajo su mando un total de casi mil cien niños asustados y más de cuarenta maestros no mucho más tranquilos.

—Si pudiera hacer otra cosa, te aseguro que...

Hubo otras, pero esas son las últimas palabras que recuerdo. «Si pudiera hacer otra cosa...». Permanecimos allí en silencio, llorando. Mi madre, atrapada por la vida; yo, aterrorizada.

Araceli se aproximó a nosotras, se sentó junto a mí. También ella lloraba, pero sus razones eran otras. A nuestro alrededor la gente deambulaba entre formas espectrales, nerviosa, desesperada. Hombres y mujeres continuaban llegando al muelle intentando localizar a alguna criatura de las que se arracimaban asustadas junto a las esforzadas ayudantes que intentaban en vano que los niños se tranquilizaran. Era una verdadera riada de gente apresurada, angustiada, terriblemente

amedrentada por una situación que escapaba a todo control. Padres que despedían a sus hijos. Críos de todas las edades encogidos, aterrorizados, se arrimaban a sus familiares, se agarraban a sus faldas o a sus chaquetas y se resistían a romper el abrazo.

Junto a nosotras, Araceli seguía intentando reconocer entre la multitud el rostro de alguno de sus familiares.

Embarcamos con las primeras luces el 24 de septiembre del 37 en un carguero, el Deriguerina, alquilado por el Partido Comunista Francés que partía rumbo a Burdeos y cuya tripulación estaba formada por voluntarios venidos de todo el mundo. Aunque eso, como tantos otros detalles, lo averigüé mucho después consultando biografías de otros evacuados o de los adultos a cuyo cargo fuimos confiados por nuestros familiares vivos más cercanos.

Mi madre nos abrazó a ambas y se quedó en el muelle. Sola. Completamente sola. Muy cerca del agua. Con los ojos arrasados, un vientre que me pareció enorme y que no debía serlo tanto y las manos temblorosas. Nosotras subimos a bordo casi al final, junto a las últimas criaturas a las que hubo que arrancar de los brazos de sus padres, cuando por fin Araceli aceptó que nadie llegaría para asegurarle lo que necesitaba oír de labios de sus familiares: que todo iría bien.

A lo lejos creo recordar el ruido de los obuses, pero ha pasado tanto tiempo y es todo tan confuso que quizás solo sea una invención, como un acompañamiento sonoro, un elemento más del espantoso *atrezzo* de la despedida. También he leído que los depósitos de combustible de El Musel ardían cuando desatracamos. Es posible, pero yo apenas recuerdo nada más allá de los ojos de mi madre, de su vientre, de sus manos enflaquecidas y temblorosas y de su voz rota.

Recuerdo un dolor infinito al separarme de mi madre para subir al barco tirando de Araceli. No pude despedirme ni agitar la mano desde la borda. Educadoras y auxiliares nos condujeron directamente a la bodega repleta de criaturas asustadas. Fuimos casi las últimas que encontramos acomodo en la apestosa bodega. Los pocos que embarcaron detrás fueron alojados en cubierta. Nuestra suerte pudo haber sido todavía peor.

Olía muy mal, en el aire se mezclaban los aromas de cuanto el barco había llevado de un lado a otro en su larga historia como mercante: pescado en salazón, cereales, tabaco, vino... Intenté taparme la nariz, pero no pude. Una de mis manos sujetaba mi maleta y la otra

arrastraba a Araceli que se resistía todavía a caminar porque no había podido hablar con sus padres.

—¿Y si yo no tengo que ir a ningún sitio? ¿Y si mis padres están a punto de llegar? Igual vienen para llevarme a casa. ¿No lo entiendes? —repetía mientras mostraba el cartoncito en el que podía leerse: URSS.

Y solo yo podía escucharla mientras el letrero se balanceaba sobre su pecho.

—¿Y si yo no tengo que ir a la URSS? —preguntaba inútilmente a las auxiliares—. ¡Puede ser un error!

Habían cubierto el suelo de la bodega con mantas y paja para que nos sirviera de cama y de abrigo y nos acomodamos muy juntas en un espacio diminuto y pestilente junto a las escaleras. No quedaba mucho más. Águeda, la joven cuidadora a la que ambas preferíamos, nos indicó con todo el cariño que pudo reunir:

—Aquí estaréis bien.

Mi madre había dicho algo parecido pocos minutos antes: «Estarás bien, a salvo».

Tanta seguridad empezaba a sonar a mentira. Nos sentamos sobre las mantas junto a nuestras maletas. Araceli, rendida, acabó por dormirse apoyada en la suya y dejó escapar mi mano. Yo me tendí junto a ella hecha un ovillo. Resultaba difícil estirar las piernas para descansar. No había espacio. Creo que dormí un par de horas, quizás algo más. Nos despertamos ambas con el sol en ascenso al cielo. Nos alertaron las voces de las auxiliares que repartían un cacillo de leche y una galleta. A pocos pasos, desde uno de los escalones, una de ellas establecía turnos para usar el excusado. La bodega entera apestaba. El hambre se sumó al miedo.

En el Deriguerina no había comida para tanta criatura y, durante el viaje, apenas consiguieron satisfacer nuestro apetito a base de pellizcos de pan y algo queso. También el agua escaseaba. Una de las niñas mayores, Rufina, a la que Araceli y yo conocíamos de Rocés, apenas había podido dormir y aseguraba haber visto ratas recorrer la bodega. Rufina no acostumbraba a mentir.

—No digas eso. ¿No ves que las asustas? —la reprendió Águeda. No dijo que fuera mentira.

El timbre del móvil interrumpió la lectura cuando ya le pesaban los

párpados.

—Joder —exclamó tomando plena conciencia de que había adquirido el penoso hábito de hablar solo. Reconoció el número en la pantalla parpadeante—. Joder.

—¿Santi?

Solo Andrea le llamaba así. Ni durante su infancia ni años más tarde, cuando de adolescente acomplejado pasó a joven desconcertado y errático, le habían llamado Santi. En la escuela, a menudo mentaban su apellido, Cadavieco, o alguna de sus inmediatas y enojosas derivaciones: Caraviejo, Cadaviejo, Cagaviejo, Nadaviejo... Todavía no había conseguido decidir si el apelativo le gustaba o si simplemente le resultaba extraño. Sobre todo cuando llevaba semanas sin escucharlo. En cada uno de los empleos que había desempeñado había sido Santiago, sin diminutivos ni familiaridades no correspondidas.

—¿Santi? —insistió.

—Sí, dime.

—Solo quería saber cómo estabas. Hace tantos días que no sé nada de ti...

—Bien. Estoy bien. Como siempre.

—Ya. Bien.

—¿Es sarcasmo?

—No, no lo es. Pero no es eso lo que tengo entendido.

—¿Y qué es lo que tienes entendido?

—Bueno, que no estás precisamente en tu mejor momento.

—¿Mi mejor momento? ¿Y quién te anda informando sobre mis buenos y mis malos momentos? Algún gilipollas, seguro —comentó en un tono tan agrio que amilanó a su interlocutora.

—Verás, me encontré a Rosa y...

—Rosa. Lo dicho. Cómo no. La bienintencionada Rosa. Me cago en la puta. Te la encontraste al otro lado del cable. No tiene otra cosa que hacer que...

Mientras replicaba airadamente planeó una charla con Rosa en el corto plazo para dejar claras algunas cosas. En palabras de su padre: «Para ponerle las peras a cuarto».

—Solo quería saber si te gustaría que comiéramos juntos algún día. Salir siempre va bien.

—Como cada día fuera de casa. Cada día —comentó con acritud—. No creo que necesite salir a comer.

—Quiero decir en compañía. Ya me entiendes.

—No sé si te entiendo.

—¿Quieres que nos veamos, o no? —insistió Andrea agotando sus reservas de paciencia.

—Quizás la semana que viene. Estos días estoy ocupado.

—¿Ocupado? —preguntó la joven con sorna.

—Sí, ocupado.

—¿Puedo saber en qué?

—Ocupado rascándome los huevos —respondió exasperado.

—¿Por qué eres tan desagradable?

—Si quieres hablamos la semana que viene —sugirió para cortar la comunicación cuanto antes.

—Ok. ¿Me llamas?

—Ya veremos.

—Tú siempre tan atento. —Y en sus palabras había una buena dosis de resentimiento.

—Joder —exclamó de nuevo tras haber interrumpido la desagradable conversación.

Recuerdo que en el Deriguerina las letrinas se abrían directamente al mar. También recuerdo que sentí un miedo atroz a caer a través de aquel agujero oscuro en mitad de la noche y algo más tranquilizador, pero en frenético movimiento, durante el día. La posibilidad de caer e ir a parar al océano se convirtió en una obsesión.

Tras lo que me parecieron muchas horas de navegación, el Deriguerina se llenó de susurros y de alguna que otra voz destemplada. Ninguno de nosotros podía saber que nos había avistado un crucero en poder del bando nacional; se trataba del Almirante Cervera, uno de los barcos de la armada que controlaba la costa del Cantábrico para que ninguna nave burlara el bloqueo marítimo ordenado por los fascistas. Un buque que había participado, entre otras muchas gestas militares, en el bombardeo de Gijón y que obligó al capitán del Deriguerina a alterar el rumbo previsto. De nuevo, el miedo sobrevoló nuestras cabezas.

El forzoso cambio de trayectoria, bien documentado en las memorias de algunos de los adultos que nos acompañaron en nuestra estancia en tierras bolcheviques; nos obligó a fondear mucho más al norte, en la desembocadura del Loira, en Saint Nazaire. Durante horas, esperamos la autorización de las autoridades portuarias para atracar mientras contemplábamos, desde la borda y a lo lejos, a los últimos bañistas franceses que aprovechaban los días soleados de principios de

otoño. Era gente que parecía pasarlo bien, niños que no tenían miedo, que saltaban, rompían las olas con sus cuerpos dorados y gritaban ajenos a nuestro dolor. Algunos agitaban las manos en el aire. Todavía recuerdo la intensidad de la envidia que experimenté mientras, triste y hambrienta, aguardaba con la mano de Araceli cobijada en la mía.

En Saint Nazaire nos indicaron que debíamos a desembarcar. No hicimos preguntas. A la mayoría nos trasladaron al Kooperachi. De nuevo otro carguero no mucho mejor, de nuevo otra bodega sucia y maloliente y las mantas que arañaban la piel. En el Kooperachi llegamos a Londres, aunque, de haber dependido de nosotros, pobres ignorantes, bien hubiéramos podido hallarnos en un muelle en La Habana o en Madagascar. Algunos de los niños fueron obligados a poner pie a tierra junto a un grupo de maestros y fueron trasladados a otra embarcación, el buque soviético Felix Dzerzhisky. Ni Araceli ni yo nos movimos del barco. Tampoco Águeda, afortunadamente. Era tanta la necesidad que teníamos de confiar en un adulto, que estábamos aprendiendo a no recelar de ella.

Yo seguía teniendo hambre y miedo, me sentía sucia y lo estaba y, aunque no había tenido nunca piojos, experimentaba una repugnancia difícil de entender ante la posibilidad de que se alojaran en mi cuero cabelludo. Hubiera dado cualquier cosa por un buen baño en el balde de mi casa y por las manos de mi madre levantando espuma de mis brazos y de mis piernas y frotando mis rodillas.

Horas después de haber partido de Londres —creo haber leído en alguna parte que cuando surcábamos ya aguas alemanas, pero para una cría todas las aguas son iguales y se mueven— nos sorprendió una galerna.

Dejé de sentir hambre y solté la mano de Araceli. Toda yo era pura náusea. Pensé que no tardaría en morir y deseé poder despedirme de los míos. No podía tratarse de otra cosa. Todo se movía a mi alrededor. Vomité cuanto conservaba mi estómago y un poderoso ácido que guardaba en mi interior devoró mi garganta y el principio de mi esófago. Me sentía tan mal que no dejé de llamar a mi madre en voz baja durante horas.

Águeda no pudo hacer mucho por consolarnos, recostada en una de las paredes de la bodega intentaba sobrevivir al mareo. Blanca como una pared encalada y con las manos a la altura del vientre, no conseguía hablar y sus esfuerzos por sonreír resultaban patéticos y

nada tranquilizadores. En la bodega, el olor se hizo insoportable.

Pensé que si mi madre, que quería lo mejor para mí, hubiera sabido de la galerna seguro que no me habría dejado embarcar.

La tempestad en el mar fue un verdadero infierno y su recuerdo, pasados sesenta años, todavía me estremece. A lo largo de mi vida he esquivado los barcos tanto como he podido. No siempre lo he conseguido. Oí decir que un marinero había caído al mar durante la tormenta, pero no puedo asegurarlo. Algunos de los miembros de la tripulación del Kooperachi eran chinos, llevaban el pelo recogido en una coleta y su presencia nos amedrentaba todavía más. Nos miraban, torcían la cabeza y sonreían mientras alzaban los pómulos y hacían desaparecer sus ojos del rostro. Se reían de nosotros, de nuestros estómagos siempre revueltos y de nuestras caras del color del agua de los baldes, también algunos marineros soviéticos lo hacían. Afortunadamente el mar se tranquilizó al abandonar el Mar del Norte y alcanzar el Báltico.

Llegamos a las proximidades de Leningrado, la actual ciudad de San Petersburgo, el 3 o el 4 de octubre, sobre la fecha no hay acuerdo en las memorias consultadas y yo desde luego no podría asegurarlo. Solo recuerdo que nos dejaron subir a cubierta y que nuestras ropas no conseguían protegernos del frío. Nos escoltaron dos barcos de guerra soviéticos que nos esperaban a pocas millas y, desde minutos antes de atracar, pudimos oír la música que sonaba ya en el muelle. Apretados como en una conejera, cientos de niños contemplamos impresionados la multitud vociferante reunida en el puerto. Los que teníamos un pañuelo empezamos a agitarlo en el aire, otros simplemente gritaban saludos que se perdían en la distancia. Desde el muelle, los cientos de pañuelos en movimiento nos hicieron sentir reconfortados. Por unas horas dejamos de ser víctimas para sentirnos héroes.

Héroes, hijos de héroes.

Así fuimos recibidos. Recuerdo canciones de letras indescifrables con acompañamiento instrumental de trompetas y tambores, banderas soviéticas por todas partes, comida en abundancia, rostros sonrientes de desconocidos de piel muy blanca e incluso el abrazo de alguna mujer que me salió al paso y que me dejó todavía más amedrentada. ¿Y si aquella mujer pensaba que yo era su hija? ¿Y si pretendía llevarme a su casa? No entendía lo que me decía e ignoraba lo que pretendía. Todo era tan festivo y resultaba tan confuso que no sabía

qué pensar.

Éramos los hijos evacuados de hombres y mujeres heroicos, una caterva de críos sucios y desarrapados que engullían cuanto podían porque sus estómagos conservaban memoria del hambre. Hubo palabras de acogida en nuestra lengua y vehementes deseos de paz y de victoria para los nuestros. Lo que los soviéticos entendían por un buen recibimiento. Y así era. Una acogida inmejorable que nos arrancó alguna sonrisa y reavivó la confianza en las palabras pronunciadas por nuestros padres y madres en El Musel: «Os tratarán bien. Tendréis todo lo mejor. Os enseñarán a ser mejores personas».

Hice lo posible por corresponder con un ensayo de sonrisa y entoné *La Internacional* junto a los demás; todos conocíamos la letra, por algo éramos hijos de héroes. Poco después, uno de los maestros se arrancó con un sentido *Asturias, patria querida* y, de inmediato, lo acompañaron críos y adultos. La canción, tan unida entre los míos a la lucha antifascista, arrancó lágrimas a los evacuados. No importaba que algunos no fueran asturianos. También arrancó las mías, aunque yo no lloraba por Asturias, una tierra que apenas había empezado a vislumbrar y a amar. Ignoraba que la escena se repetiría a menudo en el futuro al acabar un concierto infantil, una obra de teatro o la lectura pública de un recopilatorio de redacciones o de poemas.

Santiago cerró el cuaderno unos instantes y recordó a su padre. También él, ensimismado y con el pensamiento muy lejos, tarareaba a menudo la melodía entre dientes mientras conducía o dejaba correr las horas haciendo solitarios con una baraja de cartas. Nunca se sumó a ninguna partida. No era un hombre de trato fácil. Con el tiempo, Santiago llegó a reconocer el himno asturiano y a identificar la tonada que repetía su taciturno progenitor. La única que, según recordaba Santiago, había traspasado la fortaleza de sus labios.

Recordó su muerte poco tiempo atrás, a los 74 años. Un primer ictus que paralizó su pierna izquierda, desbarató su rostro y le privó del habla. Unos meses después, otro accidente vascular le acarreó la muerte. Falleció en silencio, como había vivido. Santiago, hijo único de aquel hombre tan propenso al silencio y a la melancolía, no llegó a saber si guardaba secretos que desaparecieron con él o si, sencillamente, no había nada que contar. Aquel hombre que replicaba a la menor ocasión con un «No me hagas hablar» se apagó sin desvelar apenas nada de su infancia ni de su adolescencia.

Fuimos conducidos a un alojamiento provisional en el que

permanecimos unas semanas hasta que acabó el acondicionamiento de las Casas de Niños. No recuerdo gran cosa. Solo que por fin pude bañarme, pero las condiciones poco tuvieron que ver con las que llevaba días deseando. Nos llevaron a la «sala higiénica», nos indicaron que debíamos desnudarnos y lo hicimos. Nos duchamos completamente desnudas en presencia de las auxiliares que nos acompañaban desde Gijón y de las rusas que nos ayudarían en adelante. No pude dejar de sentir vergüenza. Las chicas mayores insistieron en vano en no despojarse ni de las bragas ni de los sujetadores. Los chicos protestaron con acritud al comprobar que las mujeres rusas les acompañarían durante la ducha. Las rusas no entendían nada. Algunos insistieron en su negativa, otros se limitaron a girarse y obedecer a regañadientes. Finalmente todos nos duchamos a conciencia mientras las rusas, menos recatadas, se reían de nuestro pudor.

Las cuidadoras rusas comprobaron si traíamos sarna, piojos o liendres. Agueda decía que revisaban nuestro cabello por si traíamos miseria. Solo muchos años después he comprendido con cierta perplejidad con cuanto eufemismo bregamos en nuestra infancia. Las rusas raparon muchas cabezas tras intentar explicarnos que no quedaba otro remedio. Ni la mía ni la de Araceli pasaron por ese suplicio. Las niñas sometidas al calvario lloraban sin consuelo al perder coletas y trenzas y los chicos se resistían cuanto podían. Algunos tuvieron que ser inmovilizados por maestros y auxiliares.

Nos dieron a cada uno una caja de carbonato y un cepillo para los dientes, una pastilla de jabón y ropa limpia para combatir el frío. No sé si he señalado que a nuestra llegada a la ciudad, a principios de octubre, hacía mucho frío, más del que ninguno de nosotros había soportado nunca. Las bragas que nos correspondieron recordaban a unos calzoncillos y ninguna de nosotras quería ponérselas. Divertidas por nuestras caras de extrañeza, las auxiliares rusas nos enseñaron con la mayor naturalidad que ellas las usaban y acabamos por obedecer. Muchos chicos se negaron en un principio a ponerse los calzoncillos largos, decían que no querían usar medias como las mujeres.

Nuestras pertenencias se quedaron en nuestras atropelladas maletas, en las bolsas que las chicas habíamos cosido con ese propósito o en hatillos con nuestro nombre. Era un verdadero placer vestir ropa que olía bien. Era extraña, diferente, pero no olía a sudor ni

a orines ni a miseria.

Desayunamos abundantemente. Recuerdo aquel primer desayuno en Leningrado y todavía siento en el estómago la alegría anticipada que experimenté al contemplar los cestos a rebosar de pan, los enormes tacos de mantequilla y los quesos enteros dispuestos en las mesas. También nos sirvieron caviar, pero apenas lo probamos. Recuerdo que su aspecto me repugnó y que su olor me revolvió las tripas. Araceli lo escupió en el plato. Águeda la reprendió severamente.

—Tonterías, no, Araceli. Esta gente te está dando todo lo que tiene.

Y así era.

Pero, en realidad, las auxiliares rusas se reían de nosotros. Nos estaban poniendo a prueba. Ya habían comprobado que a los niños que habían llegado en expediciones anteriores les disgustaba el olor y les asqueaba su sabor salado.

Recuerdo que aquella mañana comí como si se me acabara la vida. Hacía días que no quedaba en paz con mi estómago. Incluso Araceli, que no levantaba cabeza desde que salimos de El Musel, se hartó de leche y de sopas de pan.

Los médicos soviéticos nos examinaron uno por uno. Intentaban en vano averiguar cosas sobre nuestro estado físico en una lengua que nos hacía sonreír. Hacían muecas mientras se señalaban el estómago, los ojos o la cabeza. Algunos chicos se burlaban de ellos y se negaban a ser atendidos por doctoras rusas. Algunas reaccionaban indignadas. Es justo reconocer que procedíamos de un país cuyas costumbres, a ojos de los soviéticos, eran curiosas y poco avanzadas. Con el tiempo, nos dimos cuenta de que la miseria económica y moral anidaba en nosotros y que nuestros hábitos no habían escapado a ella. Algunos de nosotros llegábamos a mostrar comportamientos mezquinos. De los adultos españoles, casi ninguno hablaba ruso, los que se hacían entender siempre andaban ocupados corriendo de un lado para otro e intentando mediar entre los niños y las educadoras rusas o el personal sanitario. Disculpaban como podían nuestra descortesía y los numerosos hurtos de comida. Teníamos tan presente el hambre que eran muchos los que guardaban en sus bolsillos algo de queso, de chocolate o un cuscurro de pan. Águeda chapurreaba el francés y conseguía entenderse, mal que bien, con el personal de más edad.

En Leningrado, los médicos cabeceaban cuando comprobaban el estado de nuestros dientes o la extrema delgadez de algunos de nosotros. Diagnosticaron algún principio de raquitismo. Apartaron a unos cuantos del resto. El algún caso, llegaron a separar a hermanos que habían salido juntos desde El Musel. Algunos se resistían, lloraban, se aferraban a las manos del hermano o de la hermana que intentaba retenerlos. Araceli arrancó a llorar al ver a una niña que se negaba a alejarse de su hermano mayor, un chico larguirucho y muy flaco, al que acababan de aislar. El chico sollozaba. Ambos habían estado con nosotras en la Quinta Bauer.

Los señalados no se unieron al resto en el gran patio de la casa provisional que ocupábamos. Permanecieron inmóviles, silenciosos y arrimados a una pared, vigilados de cerca por las cuidadoras que los custodiaban. Algunos tosían o lloraban sin hacer ruido. A través de los enormes ventanales pude comprobar que todos estaban terriblemente asustados. Aquellos desafortunados nunca regresaron junto al resto de la expedición; sé —porque lo leí años más tarde en sus memorias— que los sanitarios soviéticos aislaron a los niños tuberculosos. Posteriormente fueron enviados a sanatorios en Eupatoria, en la península de Crimea, donde muchos de ellos consiguieron curarse.

No recuerdo mucho más de los primeros días. Solo que pensaba que en cualquier momento nos avisarían para volver a embarcar de regreso a casa y no entendía por qué se tomaban tantas molestias si nuestra estancia iba a durar cuatro días. Así se lo repetía a Araceli cada vez que apuntaba una lágrima o cuando Águeda, o cualquiera de las educadoras, se dirigía a nosotras. Nos lo repetíamos unos a otros y no pensábamos en otra cosa que no fuera hacer las maletas para emprender el retorno. Recuerdo pensar continuamente: esta tarde, mañana, la semana que viene a más tardar. No se me pasaba por la cabeza la posibilidad de recibir el nuevo año en tierra soviética. Estaba convencida de que la evacuación duraría poco, unos días. Mi madre no mentía nunca. Y, aunque no quería volver a poner el pie en un barco, aguardaba la orden de recuperar mi maleta y partir como se espera el agua en mayo.

Muy pronto nos agruparon de nuevo y nos destinaron a las Casas de Niños que habían acondicionado para nosotros. No era una buena señal, pero me resistí a entenderlo. Algunos pensaron que iniciábamos la vuelta a casa, también yo, hasta que la cariñosa Águeda me sacó de

mi error con toda la delicadeza de la que fue capaz. Procuró que Araceli y yo permaneciéramos juntas. Nunca se lo agradecemos bastante. No tuvimos oportunidad.

Nos llevaron a ambas a Pushkin, a 25 quilómetros de Leningrado, a la Casa de Niños número 11.

—Es un lugar muy bonito. Os gustará. Es como un campamento de vacaciones. Estaréis bien.

Recuerdo que sentí un escalofrío. Todavía ahora detesto la palabra «vacaciones». En algo no mentía, era un lugar verdaderamente hermoso.

Las Casas de Niños dependían del Comisariado del Pueblo para la Instrucción Pública y las decisiones que nos concernían se tomaron de común acuerdo con algunos de los máximos dirigentes del PCE. Por lo que he leído años más tarde, jugaron algún papel en todo ello personajes tan relevantes como Dolores Ibarruri, José Díaz o Enrique Lister. Al parecer se encargaron de representar los intereses de los niños evacuados en el país que nos acogía.

Dada nuestra corta edad y el total desconocimiento de la lengua rusa, nuestra vida estuvo plagada de malentendidos durante mucho tiempo. De hecho, tardamos semanas en pronunciar más o menos correctamente el nombre de la localidad en la que vivíamos. Por aquel entonces yo no podía saber que el pueblo junto al que se encontraba la Casa número 11 en la que nos alojaron, y en cuyo parque se levantaba la estatua de un hombre sentado en un banco leyendo, llevaba el nombre del escritor que tanto llegaría a admirar años después. El hombre inmóvil en el banco no era otro que mi admirado Pushkin.

La casa era un gran inmueble que había sido un museo hasta nuestra llegada y que habían acondicionado para impartir clases y disponer algunos juegos infantiles para nosotros. En el descansillo de la escalera principal, un cuadro enorme con la efigie de Stalin que sostenía sobre las rodillas a una niña de rasgos achinados y la leyenda: «Gracias al camarada Stalin por nuestra feliz infancia».

El edificio estaba rodeado de un gran parque por el que pasaba un río. Era un parque inmenso, muy hermoso. Más allá se extendían bosques y praderas infinitas, y escribo infinitas porque, aunque las recorrimos muchas veces, nunca llegué a saber qué había al otro lado. No acababan nunca. Sin duda hubiera sido un buen lugar, un lugar inmejorable para crecer si miles y miles de quilómetros no nos

hubieran separado de nuestras familias. Durante los primeros meses que pasamos en Pushkin se extendió el rumor de que el responsable de los evacuados, Pablo Miaja, había partido hacia México. Tampoco aquel dato resultaba tranquilizador.

La vida en la Casa número 11...

Se levantó con un resoplido y se dirigió a la nevera. Necesitaba una cerveza helada para proseguir la lectura si no quería rendirse al sueño de media tarde. Al pasar ante su habitación pensó que debía cambiar las sábanas. Igual hacía dos o tres meses que no lo hacía. De hecho no recordaba la última vez. Se dijo que no había prisa, puesto que pasaba noches enteras mal acomodado en la butaca, y se concedió una demora. A través de una fisura en sus convicciones mejor asentadas se coló la desasosegante sensación de estar abandonándose.

Cambiaría las sábanas un día de estos, se prometió a sí mismo. Más o menos cuando se apuntara a un gimnasio o se pusiera a dieta.

La vida en la Casa número 11 estaba perfectamente planificada y tutelada por su director y por auxiliares, educadores y profesores de ambos sexos y de origen tanto español como soviético. Entre los españoles, recuerdo a Celso, a Balbina, a Olimpia, a Lucía, a Antonio, a Eloísa y, cómo no, a Águeda Moral.

En general, los hombres y las mujeres rusos eran amables con nosotros, los desafortunados hijos de los héroes españoles antifascistas. Las mujeres rusas eran muy afectuosas y a menudo estampaban besos a los niños y las niñas a su cargo. Besos que no siempre eran bien recibidos. Algunas criaturas incluso lloraban o salían corriendo para no recibir los achuchones de las vehementes cuidadoras rusas. La mayoría retiraban de inmediato la humedad del beso con la mano y acompañaban su gesto de una mueca de repugnancia. También yo lo hice en más de una ocasión. Águeda me reprendió por ello y lo hizo con acritud, me dijo que era una desagradecida.

Hasta entonces solo mis padres me habían besado y yo aborrecía la cercanía de los labios de una desconocida, era un automatismo. Intenté corregirme, sonreír, quise con todas mis fuerzas ser una persona mejor. Era lo que mi madre esperaba de mí.

El personal de la Casa se completaba con un par de cocineras, un médico y una enfermera. Las cocineras, dos mujeres que llegaban del pueblo, eran dos hermanas gruesas como barriles y risueñas como

pájaros cantores que intentaron adaptar los platos que servían a nuestros extraños gustos culinarios. Tenían buena voluntad, pero no siempre lo lograban. Sin embargo, tanto si lo conseguían como si no, rompían a reír con la mínima excusa, era su manera de salvar distancias. Una de ellas se llamaba Ekaterina, pero todos la llamaban por su diminutivo, Katia, y tenía unas manos de dedos cortos y rollizos y singularmente diestros. A la mínima ocasión te aplastaba contra su pecho en un incómodo abrazo. Los chicos hacían muecas cuando eran atrapados por Katia, los más descorteses se apartaban en un arranque, dejándola desairada y confusa.

En Pushkin recibimos abrigos, gorros, bufandas, botas de goma, guantes... Todo cuanto necesitábamos acababa por aparecer. Algunos de los evacuados, los más mayores, que nunca habían conocido nada igual; acabaron por abusar de la generosidad soviética y no hacían más que quejarse, reclamaban zapatos nuevos al mínimo desperfecto y empezaron a revender lo que les daban para procurarse algún capricho.

A Águeda, que militaba en el PCE y confiaba en un mundo nuevo y mejor al que accederíamos a través de la educación, la mortificaban esas exigencias, el pillaje y el comportamiento descortés de algunos de nosotros. No dejaba de reprender a los ingratos ni de evidenciar sus malas artes. Algunos acababan por burlarse de ella ante sus ojos. Era entonces cuando fruncía el ceño, bajaba la cabeza, musitaba alguna imprecación y la mujer amable que conocíamos se transformaba en una persona taciturna que tardaba horas en volver a abrir la boca. En alguna ocasión le asomaron las lágrimas a los ojos y la oímos murmurar: «El mal ya está hecho. Ya no hay remedio». Solo muchos años más tarde entendí a qué se refería.

Auxiliares y educadores españoles ejercían de madres y padres substitutos, cada uno tenía veinte o treinta niños a su cargo y se ocupaban de darnos apoyo, de velar por nuestra salud y por nuestra educación y de no permitir que olvidásemos nuestras tradiciones. Esto último constituía una verdadera obsesión. También ellos parecían creer a pies juntillas que el bando republicano acabaría por ganar la guerra y los evacuados regresaríamos de inmediato a nuestras casas. Bajo su tutela representamos obras de teatro, zarzuelas, aprendimos canciones y bailes populares, memorizamos refranes... Eran también los encargados de alertar sobre posibles nuevos casos de tuberculosis y de lidiar con los frecuentes desarreglos intestinales que padecíamos. Cada

uno de nosotros tenía una cartilla con su nombre y en ella se apuntaba su historial.

Deporte, ducha, hacer las camas y desayunar, así empezábamos la jornada y, en aquellas ocasiones en las que olvidábamos nuestra condición de expatriados, la verdad es que resultaba incluso divertido. Posteriormente cada uno, según su nivel, se dirigía al aula a la que había sido asignado. Todas las clases, a excepción de las de Lengua e Historia rusa, se impartían en castellano. Por tratarse de un régimen laico no recibíamos clases de Religión. Hijos como éramos de comunistas, socialistas y anarquistas, no reclamamos nada. Tampoco nadie puso mucho interés en aprender el ruso dado que nuestra estancia en aquella tierra extraña iba a durar muy poco, unos meses como mucho, y el esfuerzo carecía de sentido.

Los problemas de comunicación se salvaban a base gestos exagerados, de dibujos o de recurrir al francés que algunos miembros de la expedición española habían aprendido en la infancia. Muchos educadores circulaban el día entero libretita en mano para esbozar un dibujo identificable con cuatro trazos.

Más allá de la jornada escolar, se organizaron cuadrillas para trabajar en los huertos que proveían la Casa. Buena parte de lo que llegaba a la mesa procedía de lo que nosotros mismos, bajo la supervisión de los educadores soviéticos, cultivábamos. Le llamaban «economía auxiliar». También se crearon los círculos: el círculo de música, el de danzas populares, el de costura, el de teatro, el de deportes, el de billar...

Me uní al círculo de pintura, siempre me había gustado dibujar. En mi casa, cuando disponía de algunos lápices, lo hacía. Podía pasar horas enteras. Mi madre decía que me daba un lápiz y no tenía hija. Araceli, que no tenía buena mano y no conseguía reproducir nada a derechas, se apuntó conmigo. Para mí, eran las mejores horas del día. Mi mente se trasladaba a mis ojos y a mis dedos y durante un tiempo olvidaba que estaba muy lejos, desplazada.

Fue durante una de aquellas clases que tanto apaciguaban mi ánimo cuando una de las educadoras soviéticas, una ucraniana de ojos muy grandes, la que dirigía aquel círculo, se acercó a mí y señaló mis ojos casi entornados. Yo intentaba reproducir un cuenco de barro situado a tres o cuatro metros de distancia. Me alarmé. Araceli me miró como si yo hubiera hecho algo malo. Calina empezó a hablar en

ruso, señalaba mis ojos obstinadamente y me hacía preguntas que yo no conseguía entender. Con la ayuda de una auxiliar soviética que chapurreaba mi lengua conseguí comprender que me preguntaba si había perdido mis gafas durante la evacuación. Negué. Nunca había usado lentes.

Al parecer advirtió que entornaba los ojos sin necesidad. Yo lo hacía para enfocar, mi vista no era buena. Ella anotó mi nombre en un papel.

Pocos días después otra mujer evaluó mi visión, me hizo reconocer dibujos en un cartel. Eran dibujos de animales cuyo sonido yo debía imitar para demostrar que podía identificarlos. No alcancé a distinguirlos todos. Una semana más tarde me entregaron unas gafas con montura de concha que me parecieron espantosas. Dignas de una anciana. Me resistí a usarlas durante unos días, aunque Araceli aseguraba que eran bonitas y que me quedaban bien.

Mentía. Ambas lo sabíamos.

Las olvidaba por todas partes con la intención de perderlas, pero me obligaban a usarlas durante las clases y en el círculo de pintura. Debo reconocer que con ellas descubrí un mundo diferente, un universo de perfiles definidos, de rostros expresivos, de siluetas contorneadas y de paisajes contrastados. También mis pinturas mejoraron. Acabé por acostumbrarme a ellas. Hoy me sería imposible escribir estas líneas sin ayuda de mis gafas.

Pocas semanas después, en el mes de diciembre y con la llegada del invierno, Águeda empezó a sentirse mal. Tosía, se llevaba la mano al pecho y se encogía sobre sí misma como para recogerse. Le dolía, era evidente, y andaba siempre cansada, exhausta. Se levantaba algo más tarde que los demás y siempre con unas décimas de fiebre. No tenía humor para nada y recorría salas y corredores muy despacio, como lo haría una mujer muy vieja, como lo hago yo ahora. Cuando sus compañeros reconocieron los síntomas no tardaron en aislarla. Fue enviada a Crimea.

Nos despedimos de ella en la enfermería a través del cristal de una puerta. Nos enviaba besos con la mano y, con un gesto, nos prometía que no tardaría en regresar. Tenía unas profundas ojeras y el rostro parecía el de una mujer mucho más frágil. Ya no era la maestra a la que nada amedrentaba. Le costaba respirar y continuamente se humedecía los labios con la punta de la lengua. Intentaba sonreír. Fue

uno de los peores días que recuerdo. No volvimos verla.

Una señal sonora le anunció que acababa de llegar un mensaje a su teléfono móvil. Interrumpió la lectura, se puso en pie y buscó el aparato que acabó por localizar bajo la novela abandonada en el suelo la tarde anterior.

Pudo leer:

«Nos vemos mañana.

Paso por tu casa hacia las 20 h.

O.».

Y, aunque Santiago prosiguió la lectura, apenas logró retener algo de cuanto Asunción explicaba de la vida cotidiana en la Casa número 11. Hablaba de juegos y de deportes, de los niños soviéticos, mucho más disciplinados que los españoles, con los que raramente confraternizaban porque no conseguían hacerse entender, de los partidos de fútbol que disputaban unos contra otros, de las tropelías de algunos de los evacuados y del frío extremo de los alrededores de Leningrado.

Sobrevoló las primeras navidades lejos de casa y la entrada de año, las primeras vacaciones escolares en las que los niños y las niñas, con un pañuelo rojo al cuello y organizados como pioneros, fueron distribuidos por los campamentos de verano de Crimea. Por curiosidad, se detuvo unos instantes en las líneas que Asunción dedicaba a las noches blancas.

Cuando se acercó el solsticio de verano los días se alargaron y no acababan nunca, los soviéticos las llaman «noches blancas». No había manera de arrastrar a los niños españoles a la cama. Muchos se negaban a meterse entre las sábanas durante las horas de luz e insistían en esperar a que oscureciera. Los adultos soviéticos se desesperaban. La verdad es que era una sensación muy extraña. Costaba Dios y ayuda conciliar el sueño; que acababa por llegar de puro aburrimiento. Años más tarde, cuando pasé madrugadas enteras despierta o velando algún herido, comprobé que, en Leningrado, tal y como ocurre en las ciudades de las latitudes más altas, durante unos días no llegaba a anochecer del todo.

Seguían páginas y páginas en las que Asunción hablaba del desánimo, de la decepción y de la espera angustiosa e interminable.

A Santiago le resultaba difícil mantener la atención en la lectura, su pensamiento insistía en centrarse en la próxima visita de la rubia y enigmática Oxana y en elucubrar sobre sus misteriosas intenciones.

De entre todos, solo algunos párrafos sueltos consiguieron captar su interés:

Durante los primeros meses llegaron a Pushkin cartas desde Asturias. Araceli y yo escribíamos a casa siempre que nos lo permitían. Ella recibía correspondencia con cierta regularidad. Su hermano mayor, Agustín, el único en la familia que sabía leer y escribir, le hablaba de su hermana que ya dejaba de ser un bebé, de su abuelo enfermo, del hambre y de la miseria... Las cartas nos llegaban con mucho retraso a través de la Cruz Roja Internacional. Nada decía Agustín del frente ni de los bombardeos. Siempre acababa con la promesa de vencer muy pronto al fascismo.

Araceli les rogaba que embarcaran, que se reunieran con ella en Pushkin. Argumentaba que había comida para todos y que el abuelo acabaría por restablecerse.

Yo solo recibí una carta de mi madre. Solo una. Estaba fechada a mediados de octubre del 37, poco después de nuestra partida y semanas antes de que naciera mi hermano. Me hacía preguntas sobre mi vida en la URSS, quería saber de mi salud, de mis amigas, me decía cuánto me quería y cuánto me añoraba y me prometía que regresaría pronto a su lado. No hablaba de mi padre, no decía si había vuelto a casa o si andaba todavía luchando contra el fascismo.

Me rogaba que no tardara en escribir.

Lo hice aquella misma tarde.

No sé qué fue de esa única carta. No recuerdo ni cómo ni dónde la extravié. A veces pienso que me hubiera gustado conservarla como una prueba de la existencia de mis padres, la demostración tangible de que en algún momento y en algún lugar alguien había tenido un pensamiento para mí. Durante un tiempo aquellos pocos renglones desmañados que ni tan siquiera recordaban a la bella letra de mi madre, obraron el milagro de mantener viva mi esperanza. Pero pasaron los meses, los años... Todos, uno detrás de otro. Escribí muchas cartas, todas parecidas. Les pedía unas líneas, pocas, necesitaba saber que seguían con vida, que esperaban mi regreso, que pensaban en mí. También yo les supliqué mil veces que se reunieran conmigo. No recibí ni una nota. Nada. Llegué a odiar a aquella criatura que se había apoderado de todo el amor de mis padres.

El silencio acabó con todo. Acabó conmigo.

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

No es del todo cierto. Generalmente la vida dura más.

Mucho más.

Santiago abandonó la lectura y se puso en pie. Necesitaba estirar las piernas y se acercó al balcón desde el que podía ver declinar el sol de media tarde. En el otro extremo de la plaza, justo en el umbral del súper, Nezha sostenía el móvil junto a su oreja y reía. Había cierta coquetería en su gesto. Era una joven encantadora y Santiago, al resguardo de los postigos, la contempló unos instantes. Justo hasta que una mujer entró en el local y la chica se apresuró a interrumpir la conversación y a seguirla hacia el interior.

Deseó ser capaz de hacer reír a una mujer de aquella manera. Nunca había sido hábil en el trato. Era sarcástico, casi vitriólico y propenso al pesimismo. Su sentido del humor era como un puñal desenfundado y no siempre le ayudaba a hacer amigos. Casi nunca. Andrea, una mujer amable, aseguraba que su sentido del humor era muy especial, para iniciados con redaños.

—Vamos, que no tienes puta gracia —le aseguró justo antes de largarse cuando aparcó las formas justo al lado de los planes de futuro que había previsto para ambos.

Hacer reír a una mujer estaba más allá de sus posibilidades.

Buscó otra cerveza, la destapó y tras el primer sorbo, que siempre era el mejor de todos, dejó vagar el pensamiento, que regresó a Oxana y se recreó en el azul de sus ojos y en la perfecta curvatura de sus labios. Decidió bajar a la calle y pasear para despejarse. Otra cerveza sería fatal. Necesitaba airear la mente y estirar las piernas antes de proseguir la lectura. Algo en su interior le pedía que se mantuviese en forma. Dos vueltas a la manzana serían suficientes, no era hombre de cometer excesos.

Se acercaba el crepúsculo, una buena hora. Un momento entre dos estados opuestos: la luz y la oscuridad. Así se sentía Santiago a menudo, braceando entre dos aguas. No sería aquella una «noche blanca» como las que Asunción había conocido.

Al poner en pie en la calle y, sin pretenderlo, buscó a Oxana con la mirada. No vio en las proximidades su silueta esbelta ni su melena airosa.

Quizás debería empezar a preocuparse.

CAPÍTULO 15

BARCELONA, ABRIL 2016

Lo que iba a ser un breve garbeo se prolongó más de una hora. Sin haberlo previsto y con la preocupante sospecha de andar persiguiendo entre los paseantes a una desconocida rusa de piel muy blanca, Santiago se acercó a un parque y se sentó en un banco frente a un improvisado campo de fútbol. Ni rastro de Oxana en los alrededores. No sabía si alegrarse o lamentarlo. Estaba hecho un lío.

Un puñado de críos cubiertos de polvo pateaba un balón entre gritos y empellones y en el banco cercano una joven de piel cobriza atendía la conversación de una anciana anclada junto a ella en una silla de ruedas. Parecía tener el pensamiento en otra parte, quizás a miles de kilómetros de aquel banco de madera en un parque de barrio.

Nunca en toda su vida se había sentido tan confuso como lo estaba desde que Oxana había aparecido en su vida para invitarle a leer un viejo cuaderno de tapas negras. Ignoraba qué pretendía, pero sospechaba que no conseguiría estar a la altura de sus expectativas. Estaba acostumbrado a minimizar los problemas, a restarles importancia y a aparcar las preocupaciones en algún remoto rincón de la mente. Del consciente al inconsciente en un abrir y cerrar de ojos. Esa era otra costumbre que Andrea no soportaba: la de dejar discurrir la vida sin implicarse demasiado, esquivando las complicaciones, sorteando cualquier posible quebradero de cabeza.

No se reconocía a sí mismo cavilando durante horas sin avanzar en ningún sentido, sin superar el bucle mental que le desquiciaba.

Cuando los críos, espoleados por sus madres, empezaron a retirarse y sobre el parque apuntaba ya la noche, decidió abandonar el banco e incorporarse al camino de tierra para regresar a casa. Lo hizo sin pensar y en el peor de los momentos: un ciclista estuvo a punto de arrollarlo. De hecho, el manillar le golpeó la cintura y el codo del ciclista se le clavó a la altura del hígado. El joven, que usaba una camiseta fosforescente de un verde más propio de una pesadilla inducida por algún ácido y un casco de la misma tonalidad, mantuvo con dificultad el equilibrio y se vio obligado a poner un pie en el suelo.

—¿Es que no me has visto, gilipollas? —le increpó.

La respuesta era no. Resultaba evidente que si lo hubiera visto no hubiera interferido su trayectoria. No consideró necesario explicitarlo.

—¿Eres idiota, o qué?

Masculló una disculpa que el ciclista no pudo oír. Salir al paso de una bicicleta en un parque dejaba bastante que desear como forma de suicidio. Santiago se abstuvo de responder con el corazón percutiendo a toda pastilla y reordenando a duras penas el pensamiento para sobreponerse al susto. Quizás sí que era un idiota, pero el sarcasmo no era una prioridad en aquel momento. Solo un vicio, un mal vicio. Estaba demasiado ocupado intentando recuperar la cadencia de sus constantes vitales y aparentando que el incidente carecía de importancia de cara a la galería. Que la chica que escuchaba pacientemente el parloteo de la anciana mientras manipulaba su móvil se hubiera acercado al trote para interesarse por él, lo sujetara por el antebrazo e insistiera en acompañarlo de nuevo al banco hasta que se recuperara del susto era una prueba fehaciente de que no lo había conseguido.

Plantado en mitad del carril-bici con las piernas abiertas y todavía temblorosas se mantuvo firme y negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias. Solo ha sido el susto —aseguró con una hebra de voz y el rostro sin asomo de color.

Por un momento pensó que el ciclista irascible de los brazos en jarras y la mirada en llamas arrojaría la bicicleta al suelo y se acercaría para pasar a las manos. Valoró la posibilidad de echar a correr. No lo hizo, no podía poner a prueba unas piernas que apenas le sostenían. Afortunadamente, el hombre airado se ajustó el casco que parecía emitir luz propia, sujetó el manillar y se alejó pedaleando. La chica se retiró poco después reclamada por la anciana que no acababa de entender lo que había sucedido.

Santiago se apresuró en dirección a la salida del parque. Comparado con el atropello al que acababa de sobrevivir, el desconcertante cuaderno de tapas negras era un reducto de seguridad. Cuando pasó frente al súper comprobó que Nezha ya había sido sustituida por el joven sigiloso de la camisa extralarga y los pies en chancletas que no apartaba la mirada de la pantalla del ordenador.

De nuevo en su casa y al resguardo de cualquier mirada de reprobación abrió una lata de atún, sacó de la bolsa un par de rebanadas de pan de molde y acompañó la cena con una cerveza muy fría frente al televisor. Ni una noticia buena ni el más leve signo de mejora en el panorama internacional. En la distancia corta el asunto tampoco prometía. El mundo entero iba de mal en peor. Le asqueaba. Decapitaciones colectivas retransmitidas parcialmente, inmigrantes

nafragando a pocas millas de las costas europeas, desahucios, mujeres muriendo a manos de sus parejas... Un disparate pavoroso. No tardó en agobiarse y apagar el aparato mascullando imprecaciones.

Reanudó la lectura del cuaderno de tapas negras sobrevolando las páginas referidas al día a día en la Casa de Niños. Sentía escaso interés por la vida cotidiana de los evacuados. Quería concluir antes de que Oxana apareciera horas después.

Estábamos allí de paso, la Unión Soviética nos acogía de forma provisional a la espera de un inminente regreso a casa. Y, aunque nuestra estancia duraba ya muchos meses y no tenía una fecha de caducidad concreta, así se consideraba todavía en el 39. En cualquier momento emprenderíamos el camino de vuelta. Siempre andábamos pensando en regresar lo antes posible, siempre reverdecido mentalmente el plazo, siempre suscribiendo nuevas dosis de confianza. Incluso aquellos que mejor se habían adaptado, los que aparentemente no sentían añoranza de los suyos, hablaban de un regreso que no podía demorarse mucho más.

Los soviéticos no conseguían entender nuestras ganas de partir, como tampoco lograban comprender los frecuentes actos de indisciplina de algunas criaturas o su picardía rayana en la infracción y en la deslealtad. Tampoco lo entendían las pocas niñas rusas con las que tuvimos algún trato durante los primeros años. Rina, una niña grandota, de piel lechosa y ojos rasgados, y Liuba, su hermana menor, de parecida piel y pómulos elevados; nos miraban sin comprender por qué no deseábamos quedarnos en Pushkin. Aquel era un lugar espléndido en el que no nos faltaba de nada y, sin embargo, insistíamos en regresar lo antes posible a nuestro país, en el que la guerra continuaba y no había más que miseria. Creían que estábamos locas.

Había días que iniciábamos la jornada comentando la evolución de la guerra en España. Nos explicaban las victorias republicanas y pasaban por alto las del bando nacional. En un mapa de España señalábamos con banderitas la línea del frente. En contra de lo que nos decían para no desanimarnos, la zona republicana era cada vez más pequeña, apenas unas manchas. Noticias como la toma de Teruel nos alegraron durante unos días.

Recuerdo el día, a principios de abril de 1939, que llegó a Leningrado la desoladora noticia de que el ejército nacional había derrotado definitivamente al republicano. Aquel día retiraron las

banderitas. Todo había acabado. El año anterior habíamos celebrado con toda la pompa el 14 de abril. Hubo baile, música, discursos de españoles y soviéticos y algún plato especial en la mesa... En el 39 nadie encontró un motivo para la celebración.

Y aunque entonces no llegué a entender la verdadera dimensión de la derrota, aquel fue el día más triste en mucho tiempo. Faltaba muy poco para mi décimo cumpleaños.

Hubo llanto, desesperación y preocupación de los desplazados por sus familiares y amigos, todos ellos anarquistas, socialistas, comunistas, sindicalistas o republicanos que se habían quedado en España y cuya suerte no podía ser buena. Los soviéticos intentaban inútilmente consolar a sus compañeros. Era un imposible. Maestras, educadoras, auxiliares... todas andaban el día entero con el rostro sombrío y arrasado por las lágrimas. Muchas de ellas tardaron semanas en recuperar el ánimo. Durante unos días quedaron interrumpidos los juegos y los círculos de habilidades funcionaron a medio gas.

Araceli regresó a su mutismo.

No tuvimos más remedio que comprender que el año y medio que llevábamos en tierra soviética se prolongaría todavía más. Mucho más. Que tardaríamos en utilizar las maletas que nos había facilitado el gobierno soviético a nuestra llegada y que permanecían siempre a nuestro alcance por si el anhelado regreso se hacía realidad.

A partir de entonces los maestros que habían empezado a estudiar la lengua rusa con cierta desgana se emplearon a fondo, también algunos de los alumnos de más edad.

También yo lloré cuando desaparecieron las banderitas y, tras ellas, el mapa. No había recibido más noticias de casa, casi había dejado de esperarlas. Solo aquella carta del 37 en la que mi madre se interesaba por mi vida como desplazada. La comunicación era difícil, la correspondencia resultaba comprometida, pero la gente se las ingeniaba para hacer llegar algunas líneas a sus familiares que estos recibían meses después. Algunos desplazados recibían cartas que llegaban previo paso por Francia o México. Se enviaban a menudo a través de emisarios. Era bien sabido que un hijo en la URSS podía significar la perdición de sus padres.

Yo estaba convencida de que ya me habían olvidado, de que mi hermano o mi hermana había usurpado el lugar que me había pertenecido en mi casa y en el corazón de mis padres. Sentía cada vez

mayor resentimiento.

Leyó sin demasiada atención los párrafos dedicados a la alimentación y reparó en el hecho de que los soviéticos hervían el agua antes de beberla, lo que provocaba el rechazo de los niños españoles, que se quejaban de que siempre estaba caliente. Sobrevoló la epidemia de escarlatina, las clases de tiro impartidas contra los retratos de Hitler y Musolinni y la sorpresa de los niños españoles al comprobar que las mujeres rusas no solo se licenciaban en Medicina o en Arquitectura; también conducían camiones y gobernaban autocares y tractores.

No pudo evitar una sonrisa. Tenía colegas en la inmobiliaria que todavía desconfiaban del edificio confiado al talento de una mujer. A veces, el tiempo parecía haberse detenido muy atrás.

No le interesaron los viajes escolares a Moscú con objeto de visitar el cadáver embalsamado de Lenin o la catedral de San Basilio ni las vacaciones en los campamentos de pioneros de Luga o Siberskaya. También pasó por alto las impresiones de Asunción al viajar en el metro de la capital durante un viaje con el que se premiaba a aquellos que obtenían las mejores notas. Leyó por encima las líneas que dedicaba a los trineos de madera a los que no conseguía aficionarse porque le parecían peligrosos, a las pistas de patinaje sobre los lagos helados y a las visitas a los museos que tanto la impresionaron.

Stalin se opuso a devolver a los niños evacuados a una España franquista, aseguraba que no podía traicionar así la confianza de unos héroes. Tampoco los dirigentes comunistas exiliados en la URSS apoyaban nuestro retorno. Por lo que pude saber después, las autoridades franquistas se referían a nosotros como «los amigos del comunismo». Nos habíamos convertido en proscritos.

Yo me moría de ganas de regresar, necesitaba averiguar las razones de un silencio que no conseguía comprender. Araceli atravesaba un sinvivir. Ignorábamos que lo peor estaba por llegar.

El 22 de junio de 1941, Molotov, el ministro de Asuntos Exteriores, se dirigió por radio a los ciudadanos de la Unión Soviética para anunciar que las tropas alemanas —el fascismo traidor— habían penetrado en territorio ruso: «Hoy a las cuatro de la mañana, las tropas alemanas han atacado nuestro país sin ningún tipo de reclamación previa a la Unión Soviética y sin declaración de guerra, lanzándose sobre muchos puntos de nuestras fronteras y bombardeando con sus aviones nuestras ciudades», decía el comunicado dirigido a los

perplejos ciudadanos soviéticos.

Ninguno de nosotros, ni adultos ni niños, podía imaginar el terrible alcance de sus palabras. Acababa de iniciarse la Operación Barbarroja y lo peor estaba por venir, pero no podíamos saberlo. Nadie podía saberlo. En la URSS había estallado la Gran Guerra Patria que duraría cuatro largos años.

Casi dos semanas después, el 3 de julio, fue Stalin el que envió un mensaje a la población con su poderoso acento georgiano y la voz apagada. Por aquel entonces, habíamos aprendido a distinguir las variantes del ruso más marcadas y a comprender lo esencial. Sus palabras fueron desalentadoras. Stalin admitió que, pocos días después del inicio de la guerra, las pérdidas eran ya considerables y que los ejércitos del Reich se habían apoderado de Lituania, Letonia, Bielorrusia occidental y gran parte del oeste de Ucrania. Un avance imparable, un desastre de proporciones catastróficas.

Recuerdo sus palabras y recuerdo el miedo que sentí al oír las de labios de aquel hombre de bigote imponente que, tal y como rezaba el cuadro que presidía la entrada a la Casa de Niños número 11, procuraba hacer feliz nuestra infancia:

«Nuestro país corre grave peligro».

Y en aquellos días del verano de 1941 se hizo evidente que los nazis avanzaban a gran velocidad hacia las principales ciudades rusas. Las noticias eran alarmantes. Una de aquellas ciudades que los alemanes se proponían ocupar era Leningrado, situada en la Rusia europea y muy cercana a las Repúblicas Bálticas que ya habían caído en poder de los alemanes. El miedo se apoderó de la población.

Pocas semanas más tarde empezaba el sitio de Leningrado. Las tropas alemanas cercaban la ciudad, llegó el hambre y el frío, llegaron las bombas, cundió la desolación, se propagó el tifus...

Algunos de los niños mayores albergados en la Casa número 11 quisieron apuntarse voluntarios para combatir al fascismo. Los responsables no lo permitieron, ni tan siquiera consideraron la posibilidad. Durante unos días permanecieron enfurruñados y soltando improperios por los rincones. Rezongaban hostiles, profundamente dolidos en su amor propio. Eran hombres y querían ser héroes, como sus padres, como sus hermanos. Uno de ellos llegó a decir con la jactancia que solo se espera del joven o del ignorante: «Si después pierden la guerra, que no se quejen».

Recuerdo que me hizo reír. Algunos asintieron. Así de ignorantes éramos todos. Así de jóvenes.

También algunas de las chicas que habían cumplido los trece o los catorce años se ofrecieron para ayudar a las enfermeras en el frente. Tampoco ellas fueron aceptadas. Sí lo fueron los chicos y las chicas mayores, aquellos que al cumplir los quince años habían pasado a las Casas de Jóvenes y habían iniciado sus estudios de Bachiller para acceder después a la universidad o los que acudían a las escuelas de artes y oficios. En un principio se les impidió alistarse en el ejército regular, pero se les permitió enrolarse como guerrilleros, formar parte del ejército de los bosques, la resistencia. Más tarde, cuando las bajas en el frente oriental se contaban ya por miles, los mandos militares olvidaron sus reparos: los que así lo deseaban se incorporaron al ejército.

Muchos murieron meses más tarde en el frente o en alguna emboscada luchando por la causa que habían heredado de sus padres: combatir el fascismo. También fallecieron algunas de las chicas que participaron como auxiliares sanitarias.

Desaparecieron de la Casa de Niños muchos de los educadores y de los auxiliares, tanto españoles como soviéticos. Quedaron muy pocos. Cuando los alemanes alcanzaron las proximidades, en Pushkin, como en la vecina Leningrado, empezó a escasear la comida, la leña, las medicinas... El invierno del 41 fue atroz, se alcanzaron los 40 grados bajo cero y la gente empezó a morir de hambre, de frío, de escorbuto... Los que no podían enterrar a los suyos los arrastraban en trineos hasta el montón de nieve más cercano. El sepulturero pedía una hogaza de pan además del dinero acostumbrado. No todo el mundo podía permitírselo. Si el que moría era uno de los nuestros renunciábamos a nuestro pan.

En la Casa de Niños, la rutina quedó fatalmente alterada, muchas de las clases dejaron de impartirse y los círculos desaparecieron para dejar paso a tareas que proporcionasen algo de dinero para abastecer tantas bocas. Desayunábamos hojas de pino amargo cocidas, algo de té y, con suerte, algo de pan que a veces incorporaba un poco de serrín. No había leña ni carbón, dormíamos de dos en dos sobre las colchonetas y nos abrigábamos con la sobrante.

Los supervivientes del sitio, dicen en sus memorias que desaparecieron todos los animales de Leningrado, incluidas las ratas, y

que se llegó a practicar el canibalismo. Nuestras condiciones no eran peores que las de los soviéticos amenazados por el avance alemán. Algunos niños rusos, cuyos padres participaban en la defensa del país o habían enfermado pensaban de nosotros que éramos afortunados. Y no les faltaba razón. Durante la noche, Araceli se abrazaba a mí y yo podía notar cómo temblaba. Se había convertido en mi hermana menor a pesar de que ambas teníamos la misma edad, habíamos nacido con unas semanas de diferencia. Yo en abril, ella a finales de mayo.

Araceli fue la primera en menstruar. No le resultó fácil mantener la compostura al ver la sangre. Por suerte las educadoras nos habían explicado en qué consistía y sabíamos que no era grave y que no llegaríamos a desangrarnos. También ambas, cada una en su momento, echamos en falta a nuestra madre para asegurarnos que aquella mancha roja en nuestras bragas era un signo de madurez y nada tenía que ver con una enfermedad grave ni con la muerte por hemorragia. Fui yo la que pronunció palabras parecidas. Pensé en lo que me habría dicho mi madre. Araceli siguió siendo mi hermana menor hasta que nos separamos pocos años después.

La bella ciudad de Pushkin, muy cercana a Leningrado, quedó también sitiada por las tropas alemanas. Sus habitantes, como los de la ciudad mayor, sufrieron un interminable asedio cuyo propósito era vencer su heroica resistencia.

Cuando a finales de 1941 se congeló el lago Ladoga, única puerta de entrada posible de suministros, se abrió para todos el camino de la vida y llegaron víveres, armas, medicinas... La situación en la Casa de Niños mejoró un poco y en la mesa apareció el pan, algo de tocino y huevos. Las sopas empezaron a tener algo más que hojas de pino y pudimos conjurar el hambre por un tiempo. Para ser justa debo afirmar, porque así me consta, que el resto de los habitantes de Pushkin no vivía mejor que nosotros. Nos daban cuanto podían y siguieron haciéndolo hasta que meses más tarde se inició la desbandada, el sálvese quien pueda.

Algunos pupilos de las Casas de Jóvenes volvieron para ayudarnos. Cortaban leña, araban los campos y las chicas ayudaban a cuidar de los más pequeños.

Por aquel entonces yo intentaba dejar de pensar en mi casa, ya no esperaba cartas ni mensajes. Habían transcurrido más de cuatro años de silencio y llevaba meses esforzándome por no recordar. Empezaba a

conseguirlo y me sentía orgullosa de mí misma. Intenté fortalecerme, volverme dura, como protegida por un caparazón. Si mis padres no me necesitaban, si no se acordaban de mí, yo les demostraría que también era capaz de olvidarles. Cabía la posibilidad de que mi padre o mi madre hubieran muerto o de que estuvieran presos. Otros chicos habían recibido noticias parecidas. Me resistía a pensar en ello. Cuando me sentía más frágil, cuando más me dolían la distancia y el olvido, solo entonces pensaba en lo peor. Para la niña de doce años que era yo, pensar en la prisión, la enfermedad o la muerte violenta de mis padres casi era un alivio. Me reconfortaba.

Quizás, si alguien lee estas páginas alguna vez, crea que fui cruel, mezquina, un alma miserable. ¡Cómo puede alguien desear la muerte de sus propios padres! Nada más lejos. Solo tenía doce años, estaba asustada, resentida y completamente sola a miles de kilómetros de distancia.

—¿Cómo van a llegarme las cartas de casa? —preguntaba Araceli a Lucinda, una de las maestras españolas hacia la que sentíamos cierto apego. No había respuesta ni para ella ni para nadie.

Con la cercanía de la primavera, la nieve —que en Pushkin se acumulaba por todas partes— empezó a fundirse y, como consecuencia, comenzaron a aflorar los primeros cadáveres que no habían recibido sepultura y, con ellos, los primeros casos de cólera y de tifus. La alarma se extendió por toda la ciudad y alcanzó hasta el último rincón. Los responsables soviéticos de la Casa número 11 apenas nos permitían poner el pie en la calle. Ya no solo eran las bombas, que podíamos escuchar cada vez más a menudo, también cundió el temor al contagio, se propagaron el pillaje y la rapiña y se materializó el intercambio de favores... Se rumoreaba que algunos hombres soviéticos pagaban con pan o con tocino a algunas chicas españolas a cambio de sexo furtivo. Espero que nadie se atreva a juzgarlas. ¿Qué no haríamos por conservar la vida?

Muchos de los chicos, los más atrevidos, organizaban expediciones a las casas y a las tiendas cercanas y robaban cuanto podían. Alguno perdió la vida al enfrentarse a un propietario iracundo. Pudimos comprobar cómo algunos de los que tan bien nos habían acogido años atrás, hartos de privaciones, recelaban ahora de nosotros, los hijos de los héroes. El país entero se había llenado de héroes famélicos, mutilados y muertos.

En marzo de 1942 nos ordenaron que recogiéramos nuestras cosas y que separáramos solo lo imprescindible. Y así lo hicimos. Sin preguntas. Abandonábamos Puskin y nos trasladábamos a Leningrado esperando poder burlar el cerco alemán. Un asedio que duró 900 días (872 exactamente según las crónicas) y que se saldó con casi un millón de muertos.

Un verdadero infierno.

En Leningrado los bombardeos eran pavorosos. Las bombas incendiarias caían por todas partes. Los chicos y chicas mayores, los que estaban a punto de entrar en la Casa de Jóvenes, montaban guardia en azoteas y desvanes. Las bombas caían y giraban muy deprisa de forma que el roce acababa provocando una llama. Los más atrevidos las recogían con una gran pala metálica y las lanzaban a un balde con agua o con arena. Para algunos se convirtió casi en un juego. Eran los cazadores de bombas. No había mejor manera de evitar un nuevo incendio. Todos, a excepción de los más pequeños, pasamos a ser obreros. Araceli y yo ayudamos a dismantelar una fábrica textil.

Noches después, subimos a un autobús para ser evacuados. Era el mismo episodio que habíamos vivido en el 37 con el agravante de que en esta ocasión debíamos atravesar el Ladoga, cuyo deshielo se había iniciado pocos días atrás. Era arriesgado, muy arriesgado, pero no había otro remedio. Pushkin y Leningrado se habían convertido en trampas mortales, en gigantescas tumbas colectivas.

—¿Cómo van a llegarme las cartas de casa? ¿Cómo sabrán a dónde enviarlas? —insistía Araceli mientras dejábamos atrás la ciudad. Hablaba por hablar, había dejado de esperar una respuesta.

Lucinda nos acompañó durante el trayecto asegurándonos que no podía pasarnos nada, que el hielo resistiría. Parecía tranquila y nos hablaba en susurros, como si fuera nuestra confidente. O nuestra amiga. Era la hermana mayor de Herminia, una de las chicas que habían sido enviadas a Crimea durante la primera revisión médica, y se maldecía a sí misma por haber pedido que la enviaran a Pushkin meses después, cuando se restableció. El hambre y el frío pasaban factura a Herminia, que tenía una constitución enfermiza. Su rostro demacrado era todo ojos y dientes. Lucinda se culpaba por ello desde que empezó la guerra.

El resto de nuestros acompañantes, especialmente los soviéticos que tenían constancia de accidentes mortales en el Ladoga, parecían

horrorizados, sabían que el hielo podía abrirse en cualquier momento bajo el peso de un autobús cargado hasta los topes. Algunas mujeres gritaban a la menor sacudida y eran muchos los que mascullaban alguna plegaria o se persignaban mientras permanecían bien atentos a cualquier ruido que señalara que el hielo se resquebrajaba bajo las ruedas del vehículo.

Araceli me clavó la mano en el brazo, pero no importaban los cardenales que aparecerían al día siguiente, solo salir de allí con vida. Yo, tiesa como el palo de una escoba, me sobrecogía a cada chasquido y no podía evitar cerrar los ojos y contraer cada músculo al menor ruido.

Sin saber cómo, ni mucho menos porqué, me vino a la memoria una oración que le había oído musitar a mi madre, la única que recordaba. Ella, más o menos creyente por la formación que había recibido, nunca me la hizo repetir por no contrariar a mi padre. Yo, que no había aprendido a rezar, la recordé en aquel momento y la repetí en un susurro muchas veces durante aquella noche. Decenas de veces. Todavía intento comprender por qué lo hice.

Jesusito de mi vida,
dueño de mi corazón
perdóname mis pecados,
tú bien sabes los que son,
si me muero en este día
sírname de confesión,
para en este mundo paz
y en el otro, salvación.

Milagrosamente alcanzamos la otra orilla sin ningún percance, solo un par de los más pequeños, que se habían orinado de puro miedo, gimoteaban avergonzados. Me acerqué y les repetí muchas veces que aquello no tenía la menor importancia, no cuando estaba en juego la vida. Les aseguré que incluso los más valientes tenían miedo. Se frotaron los ojos con las mangas y poco a poco dejaron de llorar. Seguía ejerciendo de hermana mayor. De madrugada dejamos atrás Leningrado en un tren nocturno de carga.

«Hay personas a las que la historia les había jodido bien la vida», pensó

Santiago. Infancia, adolescencia, primera juventud... Una cabronada. Sin percatarse de ello cabeceó como si lo lamentara ante un interlocutor imaginario en el curso de una conversación. En tan solo unos meses había adquirido hábitos de personas que llevan viviendo solas mucho tiempo. En ocasiones se le escapaba una sonrisa, un breve comentario o una mueca de aprobación o de desagrado. Todo ello quedaba suspendido en el aire, destinado al mundo entero en general y a nadie en particular. Hacía meses que vivía solo y que no tenía ningún interlocutor a tiro. De haber reparado en ello lo habría considerado patético.

Comprobó que apenas quedaban unas veinte hojas del cuaderno de Asunción, todas ellas cubiertas por su letra ordenada y pulcra. El resto de las páginas había desaparecido. Alguien, quizás la misma autora, había censurado su contenido y había arrancado las páginas «comprometedoras». Una lástima, pero también un acicate. Un estímulo añadido al evidente interés del texto si, como afirmaba Oxana, este había sido escrito por su tía, la desconocida hermana mayor de su padre. Podía abandonar la lectura y acabar mañana mucho antes de la hora a la que esperaba recibir la visita de la bella desconocida.

La verdad es que, a juicio de Santiago, las palabras de Asunción parecían reales, de una autenticidad conmovedora. También su documentación, el intervalo temporal en el que transcurrió su vida, sus circunstancias y, evidentemente, sus apellidos al nacer, Cadavieco Maron. Se sentía inclinado a creer en las palabras de Oxana, cuya proximidad había conseguido alterar la esponja de mar que Santiago tenía por materia gris. Al menos así lo aseguraba Andrea, su ex, que afirmaba que lo absorbía todo sin ofrecer nada a cambio. Una esponja, un vampiro... Una esponja-vampiro... Como en un cómic de última generación, se dijo, y de nuevo cabeceó y sonrió para nadie.

Se puso en pie y se acercó al balcón. La temperatura había bajado y un escalofrío recorrió su espalda como si una lagartija a la carrera la atravesara de arriba abajo. La posibilidad de tener un ser vivo entre sus omoplatos le causó asco y no pudo evitar sacudirse como para expulsar de allí al maldito animal. Un observador apostado en un balcón detectaría en su conducta signos evidentes de trastorno mental, pensó.

No importaba.

A pocos metros, el primo de Nezha, con el móvil bien arrimado a la oreja y apoyado en el umbral, aguardaba a los compradores de última hora, los que regresaban de la universidad o del trabajo. A los pobres infelices que, derrengados, arrastraban el alma hasta su casa demasiado tarde para casi todo. Su camisa larga y blanca destacaba en la noche ya cerrada, también los retazos

visibles de las palmas de sus manos.

Por una vez, recordó dejar el móvil cargando antes de acostarse. Tenía un buen motivo. Oxana podía intentar comunicarse con él. Se había comprometido a llamar si un imprevisto alteraba sus planes. Santiago no podía ni imaginar en qué tipo de imprevisto podía pensar Oxana.

CAPÍTULO 16

BARCELONA, ABRIL 2016

Le alegró saber que Rosa tenía visita médica y que llegaría al despacho a media mañana, tal y cómo le recordó Susana, la joven y extrovertida recepcionista de la sonrisa indeleble y uñas color turquesa, mientras se llevaba a la boca la botella de agua de la que nunca se separaba. A ojos de Santiago era como un camello haciendo aprovisionamiento.

—Estará aquí a eso de las diez y media o las once. ¿No te acuerdas que lo dijo ayer antes de salir?

Y Santiago, que no lo recordaba, cabeceó en señal de asentimiento. Acababa de procesar la información. La ausencia de Rosa equivalía a un buen rato de libertad de movimientos. El informe que debía elaborar no podía ser más inútil, tampoco más tedioso. Un puro trámite. Rellenar casillas cuyos datos obraban en su poder. La decisión de no emprender la compra del local en cuestión, de grandes dimensiones y ubicación inconveniente, ya había sido tomada, pero acostumbraban a archivar la argumentación para afrontar futuras reclamaciones. Con Rosa ausente durante un par de horas y sin testigos en las proximidades decidió dedicar un rato a avanzar en la lectura. Más tarde remataría el informe en un momento.

Abrió el cuaderno de tapas negras justo al lado del teclado del ordenador tomando la precaución de tener a mano el papeleo en el que se suponía que debía centrar su atención. En caso de una visita inesperada siempre podría ocultarlo y simular que consultaba algún dato.

En el centro de cada vagón una estufa metálica permitía resistir las bajas temperaturas de la recién estrenada primavera rusa. En el vagón en el que nos cobijamos Araceli, Lucinda, Herminia y yo, el viento se colaba sin problemas por las grietas que dejaba la madera y, aunque parecía increíble que tal cosa pudiera suceder, el frío aumentaba cuando el tren cogía velocidad. Llevábamos encima toda nuestra ropa y apenas podíamos movernos.

Los pasajeros se hacinaban muy cerca de la estufa, tanto como les

resultaba posible sin quemarse. Los más fuertes rozaban el metal caldeado. Nuestro mayor problema era mantenerla encendida en todo momento. Cuando faltaba la leña arrancábamos algún tablón de los que el vagón parecía poder prescindir, algún banco, un soporte... Lucinda no encontraba palabras de ánimo para nosotras y Herminia apenas hablaba y solo se movía cuando era imprescindible. Pensé que nuestro final había llegado en aquel vagón en el que la temperatura nocturna era insoportable. Un infierno helado. Recuerdo que, tras un par de días de viaje, una ventisca obligó al tren a detenerse durante tres días. No quedaba comida ni leña y nos amontonábamos unos contra otros. Algunos, los más osados, hablaron de alejarse unos kilómetros en busca de alguna aldea. Los responsables del grupo de niños evacuados no autorizaron la salida. Debo decir que, a fuerza de penalidades, muchos de nosotros habíamos dejado la niñez muy atrás.

Apenas distinguíamos algo a pocos metros y, cuando por fin amainó, pudimos comprobar que habíamos estado detenidos en mitad de la nada más absoluta. Una gran extensión de tierra sin cultivar enmarañada todavía por la nieve. Eso era todo cuanto había en muchos metros a la redonda. Nada.

Durante las paradas, muy frecuentes por diferentes motivos no siempre lógicos, las incursiones en busca de comida y de leña eran continuas. Verdaderas expediciones de pillaje. Nos iba la vida. Las educadoras hacían la vista gorda o bien participaban en ellas activamente, los educadores las alentaban. No solo debían educarnos, eran responsables de mantenernos con vida. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Abandonábamos el tren y nos acercábamos a casas y poblados. Hubo robos y altercados y más de un chico recibió una paliza por intentar sustraer un pan, un pedazo de tocino o los huevos de un corral. El hambre nos hizo valientes, héroes a nuestra manera. También Araceli y yo arramblamos con alguna cosa, no recuerdo qué, solo que tras conseguirla nos abrazamos y nos pusimos a reír como tontas. Creo que experimentamos cierta forma de euforia. La vida es un asunto extraño.

El viaje duró casi un mes y fue una larguísima pesadilla de hambre, frío, suciedad, piojos y estallidos de violencia de mayor o menor gravedad. Cuando las cosas van mal suele aflorar lo peor de la gente. Hubo reyertas entre los evacuados, alguna de cierta gravedad, y

un chico murió de un disparo en una aldea sin que nadie se molestara en localizar al agresor. Allí quedó su cadáver. Tras liberar de nieve un espacio junto a las vías, fue enterrado casi a flor de tierra. Poco después, una de las chicas españolas, cuyo nombre ya no recuerdo, fue atropellada por el tren en un desgraciado accidente tras recibir un empujón. La obligaron a quedarse en una de las ciudades cercanas a las vías. No volvimos a saber de ella. También se escampó el rumor de que una chica había perdido una pierna mientras hacía sus necesidades oculta por el tren.

No teníamos ni idea del destino que nos aguardaba y habíamos dejado de preguntar. Solo nos preocupaba mantener encendida la estufa y tener algo, cualquier cosa, que llevarnos a la boca. De poco hubiera servido un nombre, un dato, un referente geográfico. La URSS era el país más extenso de la tierra y, en buena medida, uno de los más inhóspitos.

Apenas recordaba a mi familia.

—¿Un diario?

Rosa acababa de entrar. Dado que Santiago todavía no había tenido tiempo de contrariarla, el ruido de sus tacones resultaba imperceptible y no pudo reaccionar. Solo se irguió como si hubiera recibido una puñalada por la espalda y retiró el cuaderno de la mesa.

—No te avergüences, no tienes por qué —le animó Rosa malinterpretando su gesto, como ya era habitual—. Esa es una buena idea, ¿sabes? Llevar un diario te ayuda a ordenar las cosas, los problemas, a poner en orden tu cabeza —aseguró mientras rescataba el móvil y colgaba el bolso en el perchero—. Yo lo hice hace muchos años. Escribía un diario. Todavía lo conservo. Pero me faltó constancia.

«Y cosas interesantes que escribir», pensó Santiago que cerró el cuaderno antes de que la entrometida se aproximara e intentara ojearlo. No abrió la boca. Si le hubiera llevado la contraria o si se hubiera limitado a señalar que él no llevaba ningún diario, el soliloquio sobre las indiscutibles bondades de la introspección escrita podría haberse prolongado *ad infinitum*. No se sentía preparado para algo así. Cabeceó dando pie a que su gesto ambiguo fuera interpretado a conveniencia.

Como era de esperar, Rosa lo hizo como un asentimiento y se felicitó a sí misma. Estaba reconduciendo al hombre rarito y algo alelado que tenía como compañero de despacho. El mismo ser de otro planeta que minutos después se

levantó con el cuaderno cerrado bajo el brazo y se dispuso a salir.

—Oye, no seas tan desconfiado, no hace falta que te lo lleves. Tus intimidades no me interesan hasta ese punto.

La verdad era que si algo le interesaba a Rosa era precisamente su vida íntima, pero Santiago no buscaba un enfrentamiento abierto y no entró al trapo. Encogiéndose de hombros, se disculpó:

—No, no es eso. Es que quería acabar unas líneas y aprovecharé el desayuno para... —Y puso en sus palabras escaso convencimiento. No era bueno improvisando.

—Ya... Unas líneas. Anda, lárgate. Piérdete y el que te entienda, que te compre.

Cuando tenía ya un pie en el corredor, Rosa llamó su atención.

—¡Eh, cantamañanas! Te dejas el boli. Y el tabaco.

Y el cantamañanas volvió sobre sus pasos, cogió el primer bolígrafo que encontró y el paquete de tabaco que guardaba siempre en el primer cajón. Una sombra de rubor se asomó a su rostro.

Bajó las escaleras de dos en dos, no tanto por la urgencia de seguir leyendo como por dejar atrás el triste episodio que acababa de protagonizar, y salió a la calle. El cielo estaba tan azul que pedía a gritos un vistazo. Santiago no se percató.

Pidió un café y se sentó en una terraza cercana. A pocos pasos, un grupo de colegas departía entre risas. Lo reconocieron. Una de las chicas llegó a señalarlo discretamente, otra hizo como si no lo hubiera visto. Bajó la mirada, siempre podía alegar que andaba distraído, a sus cosas. Era creíble. Ninguno de ellos le llamó para que acercara su silla.

—Que se jodan —masculló.

Y se sentó de espaldas a sus compañeros.

Tras un viaje endiablado y mil veces interrumpido por la falta de combustible, las amenazas alemanas o la climatología, llegamos a Sarátov, una ciudad junto al Volga relativamente cercana a Stalingrado, a unos 300 kilómetros. En Rusia, 300 kilómetros son una distancia menor. En la actualidad la llaman Volgogrado, pero para mí siempre será Stalingrado. Dejamos en el camino un rastro de muertos enterrados junto a las vías o apenas ocultos bajo una nieve en retirada.

Una vez oí decir que la historia de algunos países se hallaba recogida en los libros, pero que en Rusia la historia se escribía con una pala. Algo de verdad hay en ello cuando todavía hoy se descubren cadáveres de franceses o de alemanes muertos en algunas de las

incursiones invasoras.

En el *oblast* —la provincia— de Sarátov habitaban muchos alemanes, descendientes de los hombres y mujeres que Catalina la Grande había invitado a colonizar una región de pasado conflictivo con el propósito de impulsar su desarrollo económico. Muchos luteranos alemanes se instalaron allí, sobre todo en las proximidades de Sarátov. Según leí mucho más tarde, en el s. XIX eran un millón y medio los habitantes de etnia germana. Ser alemán o descendiente de alemanes, equivalía a ser «enemigo del Estado». En plena Guerra Patria aquella no era la mejor circunstancia. Poco después de que se pusiera en marcha la operación Barbarroja fueron obligados a abandonar sus propiedades y se revocó su ciudadanía soviética. Miles de ellos acabaron en los campos de concentración de Siberia. Acabada la guerra, muy pocos consiguieron regresar. Era una tierra dura con sus gentes.

Desde Sarátov, y por intermediación de un miembro del Partido Comunista Español exiliado en el 39, nos dividieron en grupos de características similares y nos trasladaron en camiones a un *koljós*; Araceli y yo alegamos que éramos hermanas y que no podíamos separarnos. Lucinda calló, se convirtió en nuestra cómplice, y conseguimos subir al mismo camión y recalar en la misma granja. Lucinda y Herminia, que presentaba febrícula y apenas conseguía caminar, nos acompañaron. Éramos un puñado de chicas, unas veinte, y varias educadoras. Araceli y yo éramos las más pequeñas. Yo, que era algo más alta, había mentido sobre mi edad para poder explicar que era mi hermana menor. Nadie se preocupaba ya de nuestra documentación.

Nos acomodaron en el suelo, de nuevo sobre colchonetas de paja, en un almacén de grano en el que no quedaba grano y sí algunas ratas que correteaban de un lado a otro y que años atrás habían dejado de asustarnos. Nos proporcionaron una estufa de leña cuya alimentación corría a nuestro cargo y nos indicaron que a la mañana siguiente, tras las clases, ayudaríamos en el campo.

Aquella noche cenamos patatas hervidas, pan, carne seca y una taza de leche, y dormimos varias horas seguidas por primera vez en mucho tiempo. Por la mañana, nos facilitaron baldes de agua para asearnos y comprobé que volvía a tener la menstruación tras varios meses sin el menor rastro.

Apenas teníamos libros, ni en español ni en ruso, pero las educadoras se repartieron las asignaturas y recibíamos algunas clases cada mañana con el propósito de que al acabar la guerra pudiéramos orientar nuestras vidas hacia el Bachillerato o la escuela de oficios tal y como era preceptivo en Rusia. A mí me gustaba aprender y ya escribía casi correctamente el ruso, había decidido que quería pintar. Me ilusionaba. Araceli apenas pensaba en su futuro, solo suspiraba por volver a casa. Decía detestar aquel país y a sus gentes y se resistía a pensar en el porvenir.

Dos o tres días después, Herminia enfermó de gravedad, las décimas se convirtieron en una fiebre alarmante y apenas conseguía ponerse en pie. Diagnóstico: neumonía. La trasladaron en el camión a un hospital en Sarátov y Lucinda partió con ella.

Nos repartían por los campos y allí nos quedábamos, trabajando codo con codo con los campesinos del *koljós*, desde el mediodía hasta el atardecer. Entre los surcos comíamos algo de pan y queso y con suerte alguna fruta durante una breve pausa. La comida era escasa y el pan a menudo resultaba difícil de engullir. Durante los meses que pasamos en el *koljós* hicimos cuanto nos ordenaron. Cientos de hombres de la región habían sido reclutados y se hallaban muy lejos, algunos habían regresado heridos o mutilados y muchos perdieron la vida a miles de kilómetros o en la defensa de la cercana Stalingrado. Faltaban brazos y víveres.

Sembramos y recogimos patatas, manzanas, remolachas... Segamos el cereal, hicimos de espigadoras, ensacamos el grano... Un par de chicas que habían cumplido recientemente los quince años aprendieron a conducir tractores. Me hubiera gustado hacerlo. Lo más penoso de todo cuanto nos encomendaron era arrancar los girasoles. Grandes plantaciones de girasoles habían sido sustituidas por extensos campos de trigo del que nunca había bastante, pero las plantas de girasoles insistían en brotar y crecer a expensas del cereal. Nuestro trabajo consistía en localizarlas a ras de tierra y arrancarlas para evitar que se desarrollasen. En cuclillas, separando las espigas, observando atentamente cada palmo y siempre con las gafas en la punta de la nariz trabajábamos en campos infinitos y acabábamos con las manos doloridas y sangrando.

Los campos eran tan grandes que podías pasar medio día sin hablar con nadie y viendo las figuras de tus compañeras a lo lejos. Las

horas se hacían interminables y el tiempo no corría. El sol apenas se movía y el cielo era un páramo interminable.

Acabada la jornada y durante el buen tiempo nos bañábamos en un riachuelo de aguas transparentes, un afluente del Volga cuyo nombre no recuerdo. Era, sin duda alguna, el momento más feliz del día. El agua, que siempre bajaba muy fría, era motivo de juegos y de risas. Incluso Araceli, siempre taciturna, se divertía cuando bajábamos al río y participaba como todas en las batallas de agua, y se reía cuando un resbalón o un traspíe provocaban una caída involuntaria. Para cenar casi siempre hervíamos patatas y al día siguiente intentábamos una sopa con las mondas y algo de col o de nabo. Había días peores.

Cuando no recibíamos la orden de ayudar en los campos, cosíamos y tejíamos para ganarnos la vida. La leña era escasa y en las proximidades de Sarátov durante muchos meses las noches eran muy frías. Conseguirla no siempre era fácil. Por otra parte necesitábamos zapatos, ropa, jabón... Necesitábamos rublos.

Regresó el trueque, el pillaje y sé que algunas de las chicas mayores, españolas y soviéticas, ofrecían su cuerpo a cambio de comida o de algún rublo. Nadie las criticó por ello. Era tanta la penuria, la suciedad acumulada y el hambre, y tan agotador el trabajo, que aparcamos nuestra moral de origen católico. Yo diría que la enterramos transitoriamente. Muy hondo, allí donde no pudiera levantar cabeza durante un tiempo. La moral no sirve para nada en tiempos de guerra. Es un estorbo. También lo hicieron las pocas educadoras que permanecieron con nosotras y que nunca reprendieron a nadie por intentar mantenerse con vida.

Luchábamos por nuestra supervivencia. Éramos los hijos e hijas de los héroes españoles. Muchos de los chicos que habíamos conocido y algunos maestros estaban en el frente, decenas de ellos ya habían caído, aunque por entonces ninguna de nosotras podía saberlo.

Dos semanas después de su marcha regresó Lucinda. Apareció al anochecer cuando volvíamos del río. En su rostro desmejorado y en sus ojos todavía llorosos pudimos leer lo que ya temíamos: Herminia no había podido superar la enfermedad. Había muerto tres días atrás en un hospital en el que apenas quedaban médicos y en el que las enfermeras se ocupaban como podían de los heridos que llegaban del frente. Lucinda repartió las cosas de su hermana entre nosotras. A

Araceli le correspondieron los zapatos, a mí un jersey rojo y grueso, el que Herminia llevaba durante el viaje. Todavía olía a Herminia, a enfermedad, a agotamiento y a fiebre. Le agradecí a Lucinda que pensara en mí, pero sabía que haría lo posible por no usarlo.

No recuerdo cuándo recibimos la visita de un responsable del PCE encargado de supervisar las condiciones de vida en el *koljós*. Era vasco, muy delgado, mucho más moreno que cualquier hombre soviético. Por su aspecto no parecía vivir mucho mejor que nosotras. Poco pudo hacer para aliviar el hambre y el exceso de trabajo. Trajo algo de chocolate y un puñado de cartas escritas muchos meses antes y que finalmente habían llegado a su destino gracias a la intervención de la Cruz Roja Internacional. Algunas de las destinatarias habían muerto. Ninguna para Araceli ni para mí.

Se limitó a aconsejarnos que no abandonáramos el estudio, que nos esforzáramos en aprender cuanto pudiéramos. No podía hacer mucho más.

—España os necesitará en el futuro. Necesitará gente bien formada cuando pongamos fin a la dictadura, gente preparada para liderar el progreso. Debéis esforzaros por convertirnos en personas valiosas, en especialistas para la industria, en ingenieros, médicos, arquitectos... La preparación que os llevéis de aquí es un tesoro para vosotros y lo será también para vuestro país.

También nos aseguró que el gran país que nos acogía no tardaría en vencer y expulsar a los fascistas. Y, aunque acabó teniendo razón, nadie creyó en sus palabras. Habíamos oído muchas promesas a lo largo de nuestra todavía corta vida. Y todas, de la primera a la última, habían resultado falsas. Puros espejismos, meras quimeras, bienintencionadas utopías de un mundo mejor, más justo. Nos habían hablado tantas veces de esa paz que siempre acababa por burlarnos, de ese bienestar que acabaría por llegar más pronto que tarde y de esa libertad que merecíamos; que nos limitamos a asentir y a aplaudir tibiamente cuando dio por acabado su parlamento. Nuestra educación soviética nos ayudaba a confiar en nuestros líderes.

Se fue como había venido.

Santiago resopló. Una vida nada fácil. Se llevó la taza a los labios e hizo una mueca de disgusto antes de volver a dejarla sobre la mesa. El sobre de azúcar permanecía intacto sobre el platito. Lo rasgó y lo vació en la taza antes de

volver a intentarlo. Esperaba que ninguno de sus compañeros de trabajo hubiera advertido su despiste.

En agosto del 42 los alemanes llegaron a las puertas de Stalingrado y se inició una larguísima batalla calle por calle, edificio por edificio, casa por casa. La proximidad de las tropas y la llegada de los refugiados que huían ante el avance alemán complicaron todavía más nuestra situación. Familias enteras fueron acogidas en el *koljós* al que nos habían destinado, gente que había dejado atrás casa y tierras. Algunos habían prendido fuego a sus establos, a sus graneros repletos y a las cosechas en los campos por indicación de las autoridades del *oblast* antes de salir corriendo con lo poco que pudieron salvar. Todavía traían lágrimas de dolor en los ojos.

La tierra quemada era otra forma de lucha y podía significar para muchos la muerte a largo plazo. Gente que había sacrificado todo cuanto tenía, todo cuanto había conseguido reunir a lo largo de generaciones, para entorpecer el aprovisionamiento alemán y dificultar su penetración en territorio soviético. Gente que había contribuido a la guerra con su propia ruina. Algunos habían perdido a sus hijos en el frente y ahora sacrificaban lo poco que tenían.

Llegaban caminando o en carretas, cansados, hambrientos y cargados de criaturas. A los que procedían de localidades cercanas a menudo los seguían sus animales. No teníamos casi nada que compartir con ellos. El espacio y poco más. Algunas ovejas y alguna cabra fueron sacrificadas durante los primeros días. Fue un respiro para todos, casi un festín.

Adultos y niños se acomodaron con nosotras, refugiados acogidos por los refugiados que llegaron antes, y se sumaron a las tareas del campo. Supuso un alivio. Poco después, apenas unas semanas, las chicas españolas recibimos de nuevo la orden de evacuar. Era el invierno del 1942 y aquel parecía el cuento de nunca acabar, el sentido de mi vida. Evacuar, salir corriendo y de la peor de las maneras.

Y siempre sin noticias de casa.

Así lo hicimos. Las familias campesinas siguieron en el *koljós*. Se despidieron de nosotras con besos y abrazos. No parecían felices de quedarse, tampoco nosotras lo estábamos al partir. Llevábamos poco más que lo puesto. En la estación de Sarátov nos esperaba Federico, el miembro del PCE que meses atrás nos había recomendado estudiar, estudiar y estudiar. Se encargaba de nuestra documentación y de

nuestro acomodo. En esta ocasión, con los alemanes en Stalingrado, no le quedaron arrestos para formular nuevas promesas.

Subimos a un tren con destino a la capital y Federico nos acompañó. Solo sabíamos que nos dirigíamos a Moscú.

El tren era de pasajeros y el viaje resultó algo más corto y menos penoso que cuando, meses atrás, salimos de Leningrado para atravesar el país de norte a sur. El hambre, más o menos la misma; y el miedo, quizás todavía mayor, pero también lo era la perspectiva de una vida algo mejor, menos esforzada, algo más fácil.

Vació la taza de café, pagó y salió al trote camino del despacho. No quedaba nadie en la mesa cercana. Ni tan siquiera se había dado cuenta de que se habían ido. Nadie se había tomado la molestia de decirle adiós.

Rosa hablaba por teléfono cuando Santiago se parapetó tras su mesa y afrontó el trabajo pendiente con una mueca de disgusto. Como siempre, Rosa hablaba demasiado alto. La miró con una mirada de alto voltaje, es decir, como si pudiera arrancarle la cabeza de un vistazo. Rosa no se percató de ello y continuó a lo suyo que, dado el elevado volumen de la conversación, era lo de todos.

Remató el informe y le asignaron la inspección de un edificio a medio construir. Debía calibrar su viabilidad antes de darle algo de aire a la constructora. Un aire que tenía la forma de medio millón de euros. Se alegró de pisar la calle y se presentó en la obra casi de buen humor. Lo recibió un aparejador que le tendió un casco de uso obligatorio. Se lo encasquetó como pudo rezongando y, como siempre, quedó varios centímetros elevado por encima de su cabeza. Los putos cascos siempre le hacían sentir que tenía la cabeza demasiado grande o que le daban el que correspondería a un bebé solo por fastidiar. Le habían explicado que habían sido diseñados así, que el propósito era amortiguar el golpe y que no encontraría otro que se adaptara mejor. Se negaba a aceptarlo.

Tomó cuatro notas que apenas coincidían con los halagüeños comentarios de su acompañante, que vaticinaba, sin la menor sombra de rubor, no solo una finalización rápida de las obras, también una venta de los sesenta pisos por construir todavía más rápida. ¿Era el único bicho viviente en el jodido planeta que no se había enterado de que estábamos en crisis y de que la burbuja inmobiliaria había estallado años atrás salpicando el país entero de cadáveres financieros? Quizás lo tomaba por tonto y pensaba que no resultaría difícil engatusarle. Lo más probable es que no viera otra forma de salir del apuro.

—Yo calculo que puede estar todo vendido a finales del año próximo y que podremos cerrar el 2017 en positivo —remató como si de verdad fuera posible.

Se las vio y se las deseó para no largar un comentario mordaz justo antes de retirarse. Las ganas no le faltaron, pero por una vez se impuso la cortesía y un resto de compasión que encontró agazapado en algún rincón de su mente. Asintió con poco convencimiento para que su interlocutor no se hiciera ilusiones.

—Bien. Creo que ya lo he visto todo —se despidió cerrando la libreta en la que había constatado el estado aproximado de la obra.

—¿Reconocerá usted que el edificio tiene posibilidades? No me diga que no es un buen negocio.

Y no se lo dijo.

—Puede serlo, pero tiene sus riesgos.

—Desde luego, pero si se sabe gestionar... —continuó el aparejador frotándose las manos contra las perneras del pantalón como si le sudaran escandalosamente. Parecía ignorar que si se hubiera gestionado bien no estaría suplicando, en nombre del constructor, la inversión de un capital no previsto. Si el proyecto naufragaba, la tripulación, del primero al último, se hundía con él.

—De eso se trata, de gestionarlo bien —zanjó Santiago alargando la mano para encajar, más por obligación que por devoción, y despedirse sin dejar entrever cuál sería su dictamen. No se equivocaba. Estrechar aquella mano sudorosa era como sujetar un puñado de sardinas frescas.

No regresó al despacho, se sentó en la mesa que ocupaba habitualmente en el restaurante de comida casera y esperó a que un Aarón con camiseta imperio —todo vuelve, incluso lo que debería desaparecer de una vez por todas—, le trajera una tortilla de alcachofas.

Juraría que el chico rapeaba en voz baja mientras servía las mesas, al tiempo que su padre hablaba a gritos, teléfono mediante, con el proveedor de cerveza de barril. Pocos comensales y la mesa entera para él. Abrió el cuaderno. Le quedaban pocas páginas por leer, pero la curiosidad acuciaba.

Un incidente que ocurrió durante el viaje en tren pulverizó mi ánimo y me hizo sentir todavía peor, más desafortunada. El mundo entero se me vino encima, por eso le dedicaré unas líneas en estas páginas. Era el segundo día de viaje. Nos habíamos aseado como habíamos podido y yo había dejado mis gafas sobre un asiento junto al mío, era el asiento de Araceli. Siempre me las quitaba para peinarme y sujetarme el pelo en una cola de caballo. Por aquel entonces, a los miopes nos llamaban cortos de vista y, como tal, vivía siempre con el

temor a perder mis lentes. Mi graduación había aumentado con el paso de los años y no podía vivir sin ellas. Cuando Araceli regresó dejó su bolsa en el soporte superior y se dejó caer en su asiento con un suspiro.

—¡Qué ganas tengo de llegar a algún sitio!

No reaccioné a tiempo. Cuando quise impedirlo, ella se alzaba ya de un salto.

—Lo siento, Asunción. Lo siento. No me he dado cuenta. Lo siento —repetía mientras sujetaba mis gafas entre sus dedos. Y era cierto, lo lamentaba con toda su alma. Se había quebrado el puente y uno de los cristales se había roto en mil pedazos. Habían quedado inservibles. Yo, que había dejado de llorar muchos meses atrás, cuando dejé de esperar noticias de mi casa, las recogí y no pude reprimir el llanto.

No quería pensar en mi vida a tientas. Era difícil imaginar algo peor.

—Por favor, perdóname. Yo no quería... Yo... Perdóname, Asunción, perdóname, por favor.

Cabeceé, intenté decirle que no había sido culpa suya. No conseguí hablar. El llanto me ahogaba. No podía hablar, apenas conseguía respirar, y solo distinguía las líneas más marcadas de su rostro. A mi alrededor todo se había difuminado.

Alertado por las voces de Araceli, Federico, que viajaba en el mismo vagón, se acercó a nosotras. Averiguó lo que había ocurrido y me prometió que en Moscú solucionaríamos el tema. Intenté creer en sus palabras. Asentí para evitar su compasión y la de los demás. Llegué a asegurar que podría arreglármelas sin ellas. No le creía. Araceli, desconsolada, tampoco.

Solo el miope que ha usado gafas durante muchos años puede comprender lo que significa la pérdida. Una verdadera tragedia.

No podía ni imaginar el viaje hasta Moscú viendo poco, muy poco, distinguiendo los rostros solo cuando la persona estaba muy cerca, identificando con dificultad las siluetas, andando por la vida con los ojos entornados. Sin las lentes todo se emborrona, nada se concreta, los rostros guardan vagos parecidos, las letras lejanas apenas se distinguen y no tienes la seguridad de acabar de comprender lo que ocurre a unos metros. Entrecerrando los ojos en todo momento y, aun así, sin conseguir que nada se defina. Un calvario.

Prescindir de las gafas era la inseguridad total, la indefensión. En

la actualidad siempre tengo unas lentes de repuesto en un cajón para no volver a pasar nunca más por algo parecido.

Al llegar a Moscú nos alojaron en una gran escuela vacía. Un espacio inmenso y desconocido. No éramos las primeras en llegar y coincidimos con algunas de las chicas que viajaron siendo niñas en el Deriguerina. Hubo saludos y abrazos, Araceli me ayudaba a recordar y yo entrecerraba los ojos para enfocar y conseguir reconocer a las chicas que me rodeaban y que se alegraban de vernos con vida. Algunas me abrazaban. No siempre pude identificarlas. En alguna ocasión tuve que excusarme.

Durante unos días apenas tuvimos nada que hacer. Nos ocupábamos de lavar nuestra ropa, de coser lo roto o lo rasgado y de conseguir provisiones. No era fácil. Yo no podía coser y Araceli se ocupó de mis remiendos. Continuaba excusándose y yo me sentía cada vez más irritada y más desamparada.

Federico llegó una mañana y me dijo que debía acompañarle, que quizás podríamos encontrar unas gafas para mí.

Caminamos durante un buen rato. Yo apenas me separaba de él, procuraba seguir muy de cerca el ritmo de sus pasos. Me detenía cuando él lo hacía y echaba a andar al mismo tiempo. Apenas distinguía las formas de los paseantes y me aterraba la circulación en las calles. A mediodía llegamos a un edificio en el que distinguí una enorme Cruz Roja. Me indicó que debía pasar y ambos nos acercamos a un mostrador en el que una chica, a la que Federico llamó Duña, nos invitó a acompañarla hasta una habitación cercana.

—Esto es lo que hay.

Y señaló un anaquel en el que descansaban varias decenas de lentes de diferentes formas y graduaciones. Imaginé que pertenecían a soldados o a civiles que habían muerto en algún hospital. No pregunté. Prefería no saberlo y no deseaba escuchar una mentira.

—Pruébate las que quieras. Me gustaría poder ofrecerte algo mejor, pero es lo que hay por el momento. Quizás alguna pueda servirte hasta que podamos conseguir unas nuevas.

—Tómate tu tiempo, sé que es un asunto muy delicado —me aconsejó Federico señalando sus propias gafas—. No hay ninguna prisa.

Y salió en compañía de Duña.

Así lo hice. Una detrás de otra me probé las gafas que habían

pertenecido a otros y miré por la ventana con todas ellas para comprobar si conseguía leer los letreros en la calle. Dudé y repetí muchas veces la misma operación. Era difícil apreciar las diferencias entre algunas. Acabé por decidirme por unas doradas y redondas muy parecidas a las que llevaba Trotsky en alguna de las pocas fotografías que había visto de él y en las que aparecía en los primeros años de la Revolución comandando el Ejército Rojo. También las de Federico eran muy parecidas.

Había elegido bien. Mis lentes «nuevas» me permitían caminar por las calles con paso seguro y, a mi juicio, me quedaban mejor que las anteriores. Estaba contenta. Araceli me recibió con alborozo, me abrazó y suspiró aliviada cuando le aseguré que veía bastante bien. Pude haberle dicho que incluso veía mejor, era cierto, pero no lo hice. A veces la perversidad adopta formas extrañas.

Me hubiera gustado saber a quién pertenecieron antes de que pudiera, o le obligaran, a prescindir de ellas.

Pocos días después, Federico nos acompañó a un hospital, el Policlínico de la calle Bolshaya Ordinka. Más de media hora caminando para ir y media más para volver, siempre en grupo, como las adolescentes asustadas que continuábamos siendo. Algunas habían cumplido los 15 años, pero la mayoría éramos algo más jóvenes.

Dado que carecíamos de formación sanitaria íbamos a encargarnos de la ropa del hospital y lo haríamos a las órdenes de Vera, una enfermera rubia, delgada y muy guapa a la que le faltaban varias falanges en la mano derecha. Algunas de las chicas miraron de soslayo, cuchichearon y se dieron codazos. Vera nos recibió con una sonrisa y, levantando la mano mutilada en el aire, explicó:

—Una granada.

No hubo más risas. Tampoco más preguntas. La admiré profundamente. Todavía admiro su recuerdo.

Era aquel un trabajo algo más llevadero que el que llevábamos a cabo en el *koljós* y nos permitía dedicar cada tarde, a partir de las seis, a recibir clases para completar nuestra preparación académica. Federico, cada vez más enjuto, nos visitaba a menudo y nos aseguraba que muy pronto las fuerzas del ejército soviético expulsarían a los fascistas hasta no dejar ni uno, que estaban preparando el ataque final. Había perdido parte del entusiasmo que adornaba sus palabras aquella lejana primera vez en Sarátov. Era evidente que las cosas no iban bien

tampoco entre los dirigentes del PCE exiliados en Moscú. Por lo que llegamos a saber, las disputas entre ellos eran continuas.

—Demasiados gallos en el gallinero —comentó Federico de pasada cuando le preguntamos si habían dispuesto nuestro regreso o si habían previsto una mejora de nuestras circunstancias.

Parecía cansado y algo fuera de lugar, como todas nosotras. De sus labios supimos que en Kransnoarmeinsk, el ejército nazi había capturado a dieciséis niños españoles. Los habían entregado a la Falange y las autoridades franquistas los habían convertido en una baza propagandística.

El invierno del 43 fue uno de los peores que recuerdo. Así lo creen también, si no me equivoco, los pocos cientos de alemanes que sobrevivieron al invierno en el asedio a las ciudades de la Rusia soviética. El hambre y la falta de leña hicieron enfermar a muchos moscovitas, también a alguna de nosotras. Dos de las nuestras murieron incapaces de superar las privaciones. Como había ocurrido meses atrás, se multiplicaron los robos en las tiendas, los asaltos, el comercio con el propio cuerpo. Nadie se libraba. Todo cuanto no se podía comer ni servía para abrigarse acababa en el fuego. La gente enfermaba y moría sin que la vida en el hospital y en el aula se viera interrumpida. Parecía un milagro, y lo era.

También yo, como casi todas en algún momento, sufrí un problema respiratorio y no pude acudir al hospital durante unos días. Araceli, alarmada, dejó de asistir a las clases por la tarde y permanecía a mi lado tantas horas como podía. Ojerosa y taciturna, también ella parecía enferma. Una tarde se acercó a mi cama y me ofreció a escondidas pan y carne seca. Le pregunté de dónde procedía. No formaba parte de nuestras provisiones, que eran pocas y hacía semanas que no incluían la carne.

—No quieras saber, Asunción. No preguntes —me respondió humillando la mirada.

Y no lo hice. No tenía derecho.

La misma Vera, con su mano cercenada, vino a la escuela envuelta en un grueso abrigo y con una manta de campaña a modo de pañuelo sobre la cabeza y los hombros. Comprobó la fiebre, meneó la cabeza quitándole importancia, auscultó mi pecho ronroneante y prescribió la medicación oportuna que ella misma sacó de la bolsa que traía en bandolera. Las medicinas escaseaban y las que me facilitó

probablemente hubieran ayudado a algún otro desafortunado. Se marchó asegurándome que no era nada grave.

Pocos días después, debilitada y en los huesos, regresé a mi lugar en la lavandería.

A principios del 44 el puñado de chicas españolas que nos alojábamos en la antigua escuela junto a otros grupos de diversas procedencias, fue destinado a una fábrica de Tuschino, a las afueras de Moscú. No volvimos a ver a Vera. La industria rusa debía seguir funcionando, el estado soviético no podía permitirse interrumpir la producción, el frente necesitaba ropa de abrigo, tanques, armas, munición... Y todas las manos eran válidas para conseguirlo. Aprendimos muy pronto qué se esperaba de nosotras.

Santiago sobrevoló el trabajo en la fábrica, condiciones duras, alojamiento precario, penalidades... Aarón acababa de llegar con el postre. Desde su silla pudo advertir el zumbido que salía del auricular que colgaba a la altura del esternón del chico. Había llegado a un delicado pacto con su padre. Este le permitía utilizar un solo auricular, nunca los dos a la vez. Según Gerardo Cárdenas siempre era mejor que conservara un oído sano, y, además, en su local no quería putos zombis. Ya le había pagado a Julián, el camarero recién jubilado, durante muchos años. Demasiados, a su juicio. El mismo camarero que diariamente se acodaba en la barra y se hacía servir el café de la sobremesa por el propietario del local. La venganza, como el café, mejor en caliente, opinaba Julián.

Las continuas broncas padre-hijo eran para Julián objeto de satisfacción y regodeo. Acostumbraba a avivar los desencuentros caminando despacio con las piernas y los brazos rígidos, la boca abierta y la cabeza colgandera, para desesperación de Cárdenas que más de una vez estuvo a punto de señalarle el letrero que llevaba años junto a la puerta de entrada:

«Se reserva el derecho de admisión».

A juzgar por el volumen del estruendo que emitía el auricular libre, a Aarón la música no solo le destrozaría el tímpano, también se llevaría por delante unos cientos de neuronas. Y no parecían sobrarle.

Santiago desvió la mirada del cuaderno y el flan recién llegado desapareció en un instante. El local se llenaba ya de gente cuando lo cerró, se puso en pie y se acercó a la barra para pedir un café corto.

—No puede salir bien.

—¿Qué es lo que no puede salir bien? —preguntó por preguntar.

—Joder. ¿No lo has oído? —Y Gerardo Cárdenas señaló el televisor—. Es lo que digo siempre, si algo funciona no lo toques, joder, no lo toques.

No le faltaba razón.

En la pantalla, imágenes del último entrenamiento del Fútbol Club Barcelona y, como fondo sonoro, el comentario de un periodista sobre algún cambio táctico al que no prestó atención. Con un leve cabeceo le dio la razón al airado emprendedor, véase puteado empresario autónomo, sospechando que, por una vez, Cárdenas la tenía. En el pensamiento, todavía la vida de la desventurada Asunción y la esperada visita de Oxana que se produciría pocas horas después, al atardecer.

Pagó y se acercó al diminuto súper en el que Nezha jugaba con un niño pequeño. Era uno de sus muchos primos. Los tenía de todos los tamaños y todos se parecían entre sí. Ella parecía distinguirlos sin esfuerzo. Lo había sentado sobre su pierna derecha y el crío simulaba que era un jinete sosteniéndose sobre un caballo reticente. Jugaban a rodeos. También él había jugado alguna vez con su tío Jerónimo. Su madre afirmaba que a Jerónimo Pomar, su hermano menor, le habían puesto el mejor nombre del mundo. Según ella le iba como un guante, puesto que siempre andaba haciendo el indio.

La escuálida criatura de ojos negros como boca de pozo reía entusiasmado y daba palmas con las manos muy abiertas mientras la chica lo sujetaba por la cintura. Nezha interrumpió el juego al ver entrar a Santiago en el establecimiento.

—Hola. Buenos días —saludó y descabalgó al niño, que protestó inútilmente y aguardó enfurruñado junto a un único taburete diminuto que cabía tras el mostrador.

Compró pan, queso, jamón, vino, aceitunas, cervezas... Dos bolsas repletas. Pensó que quizás Oxana aceptaría quedarse a cenar. Sin saber cómo ni por qué se sorprendió deseando que así fuera. Había pasado de sentirse acosado a anhelar ferozmente su presencia. No se reconocía a sí mismo.

—¿Tú tienes invitados hoy? —preguntó la chica más por cortesía que por verdadera curiosidad.

—Sí —contestó con un titubeo.

No sabía mentir con convicción y lo de la cena por el momento, no era más que una idea. Una buena idea a su entender. Un deseo que se abría paso en su mente como el agua por la grieta de un embalse.

—Que pases bien esta noche —le deseó la chica al entregarle el cambio.

A su lado, el niño tiraba de su ropa. Quería volver a cabalgar sobre su pierna y quería hacerlo ya.

Tras guardar la compra y echar una última ojeada al móvil para comprobar que no lo había silenciado, como tenía por costumbre, se acomodó en la butaca. Apenas le quedaban unas diez o doce páginas por leer y varias horas por delante hasta la visita de Oxana. Calculó que le sobraría tiempo para dar una cabezada y asomarse al abismo de las páginas arrancadas.

No tardó en amodorrarse, inclinar la cabeza sobre su hombro derecho y dormir profundamente. Un hilo de saliva se escapó de sus labios entreabiertos y humedeció la camisa allí donde apoyaba la barbilla. Durante la siesta, que se alargó más de una hora, se sintió agitar, balancear y caer como si el suelo sobre el que descansaba la butaca hubiera emprendido un baile descontrolado o como si su cuerpo se hallara atrapado en una estúpida atracción de feria.

Sin pretenderlo, había regresado en sueños a la pierna del tío Jerónimo, que subía y bajaba a trompicones y le obligaba a sujetarse de cualquier manera y a intentar mantener el equilibrio a toda costa, como lo haría sobre un toro mecánico. No llegó a ver su cara, pero al despertar no tuvo la menor duda. Lo que en su niñez había sido un juego divertido, uno de los placeres infantiles que mejor recordaba, se convirtió en una pesadilla de la que despertó sudoroso, algo mareado y con el corazón a todo trapo.

Sacudió la cabeza para despejarse y rozó la saliva ya fría sobre su hombro. No pudo evitar una mueca de desagrado. Tardó en entender que había vuelto a dormir con la boca entreabierta. Se puso en pie, estiró los brazos y, al hacerlo, el cuaderno, que descansaba sobre sus piernas, fue a parar al suelo. De entre las páginas por leer apareció una foto pequeña, poco más que un cromó y en su reverso una fecha y una dedicatoria en ruso. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué decían las líneas escritas por Asunción. La letra era muy parecida a la del cuaderno, quizás algo más redonda, pero ordenada y de trazo muy pulcro. Probablemente había sido trazada en tinta azul que el tiempo había oscurecido.

Era el rostro de Asunción con las gafas doradas y redondas y tendría entonces diecinueve o veinte años, como pudo deducir por el año anotado bajo la dedicatoria junto a su firma: 1948. Era una foto de estudio con los bordes dentados y un sello ilegible en una esquina. Lucía el pelo castaño cortado por debajo de la barbilla y su rostro insinuaba una sonrisa. Era una sonrisa contenida, como si no se atreviese a sonreír o como si, a fuerza de dificultades, hubiese olvidado cómo hacerlo. Vestía una blusa clara con un lazo oscuro al cuello y se sujetaba el cabello a la altura de la sien con un pasador en forma de golondrina.

Asunción no era una mujer guapa, es posible que los hombres no se giraran a su paso, sin embargo, había algo muy atractivo en aquella chica de rostro

avispado. Algo que capturaba la mirada como exigiendo ser explorada, contemplada sin prisas, con detenimiento.

Así lo hizo. La miró durante un buen rato. Y pudo reconocer en aquella cara de una mujer casi adulta, las cejas espesas y rectilíneas de su padre, su nariz estrecha y achatada en el extremo, su labio superior grueso y algo adelantado y su barbilla empinada. Pero lo que recordaba a su padre eran sus ojos oscuros y siempre inquietos, los ojos del que no ha conocido nunca la paz duradera.

El 9 de mayo de 1945 Wilhelm Keitel, un mando militar alemán, firmó la rendición incondicional del ejército nazi ante el mariscal Zhúkov en Berlín, poniendo fin a la Gran Guerra Patria. Fue un gran día, el mejor que recuerdo. Federico se presentó en la escuela muy pronto aquella mañana y lo hizo gritando que ya era oficial, que la guerra había terminado. Trajo para nosotras un bizcocho y algo que, según dijo, era lo más parecido al vino que había podido encontrar. Era dulzón y no embriagaba, un mosto. Lo recuerdo mientras escribo estas líneas como si acabara de llevármelo a la boca. Reímos, lloramos y bailamos, como el resto del pueblo soviético. Como los rusos, todas nosotras salimos a las calles en la primavera moscovita del 45 y lo hicimos exultantes, esperanzadas. Como los rusos, también nosotras merecíamos la paz.

A partir de entonces, empezó el enorme esfuerzo colectivo de la reconstrucción: la lenta reactivación de las industrias, la recuperación de los campos yermos, la recomposición de las vidas fatalmente alteradas. Todo por hacer, todo por conseguir. Trabajar para vivir y para levantar el país. Estudiar, salir adelante. Trabajar, trabajar, trabajar. No hacíamos otra cosa. Fueron años en los que apenas conocimos el descanso ni nos atrevimos a soñar con la ociosidad. Trabajo por todas partes. Araceli y yo superamos las pruebas para acceder al bachillerato y lo cursamos con esfuerzo y en ruso, lengua que ya conocíamos bastante bien aunque todavía había términos cuyo significado necesitábamos consultar.

Araceli recibió a finales del 45 la primera carta con noticias de su casa, que llegaba tras un larguísimo silencio y después de dar media vuelta al mundo. Le aseguraban, a través de uno de sus tíos que también había abandonado el país y viajado a México, que estaban bien, aunque pasaban miedo y privaciones, y que esperaban volver a verla muy pronto, lo antes posible. ¡Lo antes posible! En lugar de alegrarse por las buenas noticias, durante días no levantó cabeza.

Nostálgica, triste por la distancia y la forzosa y cruel separación, apenas respondía a las preguntas y dejó de participar en las conversaciones. Tardó días en sonreír y en volver a coger los libros.

Yo, resignada a no volver a saber nada de los míos, enfrentaba la vida como si no tuviera un pasado en ninguna parte. Ni familia ni una tierra a la que regresar. No hace mucho leí una cita que me hizo pensar. No recuerdo a quién pertenecía. No importa. Decía algo así como que ser una persona y no conocer la propia historia era como ser una hoja y no saber que cuelgas de un árbol. Yo me esforzaba por ser esa hoja y por ignorar el árbol que la sostenía. Si me preguntaban decía que era rusa, de Sarátov, y que mi nombre era Irina. Siempre me gustó el nombre de Irina, por eso lo escogí para aquellas ocasiones en las que no era necesario responder con la verdad.

Araceli no podía entenderlo.

—Eres asturiana, como yo. Y te llamas Asunción Cadavieco. ¿A quién quieres engañar?

Era obvio que, si alguna cosa pretendía, era engañarme a mí misma.

En el 47, tras haber cursado y superado el Bachillerato, Araceli se decantó por estudiar para maestra, yo seguía queriendo ser pintora y así lo hice constar en mi solicitud. Soñaba con dedicarme a pintar y creía que podía conseguirlo, era el deseo que me había animado a no desfallecer. Pintar, ilustrar libros, dibujar retratos a carboncillo, colorear bellos paisajes, imaginar mundos inventados y felices... Tenía facilidad, algunos hablarían de talento, lamentablemente ya nunca lo sabré. No tuve oportunidad.

Federico se presentó en la residencia para chicas en la que nos habíamos instalado desde el final de la guerra, poco después de que formulara por escrito mi deseo de iniciarme en la pintura. Retiró las gafas de sus ojos y, con el semblante grave propio de las malas noticias, me hizo saber que la España del futuro, la España republicana y socialista, no necesitaría artistas, necesitaría médicos, ingenieros, arquitectas, enfermeras... No era la primera vez que escuchaba palabras parecidas.

—La España del futuro, necesitará hombres y mujeres que la levanten. Tú debes formarte para estar entre los escogidos. No es una decisión que puedas tomar tú, es algo que incumbe a tu país. El partido te trajo aquí, el partido te facilitó una formación y te mantuvo a salvo y

el partido sabe lo que te conviene y lo que le conviene a tu país. —Y al hablar había dejado de mirarme para fijar la vista en sus manos. Quizás se avergonzaba de las palabras que se veía obligado a pronunciar.

Suspiró, dio la conversación por acabada y abandonó la habitación. Imagino que le pesaba tener que contrariarme en algo tan importante, pero apenas lo advertí. Estaba furiosa, resentida, me hervía la sangre. Le deseé todos los males de este mundo y aporreé la mesa hasta acabar rendida. No volví a mirarle a la cara. Más tarde comprendí que Federico solo era el emisario y que, para bien y para mal, el partido estaba siempre y en todos los casos por encima de las individualidades. Él no era un individuo, solo una pieza en un engranaje complejo que chirriaba por todas partes y cuya idea de justicia no siempre podía compartir. Yo, tampoco.

Solo volví a verlo en un par de ocasiones y apenas cruzamos unas palabras. Sé que se marchó a Cuba años después para contribuir a la revolución castrista.

Araceli cambió de residencia para alojarse en una algo más cercana a su centro universitario y nos separamos por primera vez desde el año 37. Toda una década apoyándonos la una en la otra. Era irremediable que la vida acabara distanciándonos, y quizás era lo que más nos convenía. Pero no fue fácil para ninguna de las dos. Fue ella la que se marchó primero con todas sus cosas en una pequeña maleta, sus libros en una bolsa de lona y las lágrimas anegando sus ojos. La acompañé hasta el autobús que la conduciría hasta su nuevo domicilio, otra residencia para chicas. No nos abrazamos, no era necesario, solo nos deseamos suerte. Ambas la necesitábamos.

—Adiós, Irina — se despidió y me guiñó un ojo.

Y me sentí todavía más sola, como si acabara de perder los anclajes que me sujetaban al planeta, como si la hoja hubiera salido volando a merced de un golpe de viento.

Yo acabé estudiando Farmacia y, aunque lo hice a contrapelo, forzada por las circunstancias y sin poner en ello ilusión alguna, la verdad es que no me fue mal. Podría asegurar que acabó por gustarme. Por otra parte, en la Facultad de Farmacia conocí a Grigory Korovin, el hombre al que más he amado en la vida. No fue mi primer amante, hubo otros, pero quizás fue el único hombre al que he amado.

Grigory era un alumno de segundo curso y nos habíamos visto

ocasionalmente en la biblioteca y en las salas de estudio. Siempre de refilón, sin atrevernos a mirarnos a los ojos. Yo me había fijado en él y, según me dijo, él también se había fijado en mí.

Nunca nos habíamos dirigido la palabra hasta que una mañana se presentó en el laboratorio para dirigir una práctica. El profesor titular había enfermado y enviaba a un alumno bien dispuesto y de su confianza, el mejor. A diferencia de mí, Grigory adoraba su profesión, anhelaba investigar en un laboratorio.

—Soy Grigory Korovin y solo sé un poco más que vosotros de qué va todo esto —se presentó.

Reconocí de inmediato al chico alto, de complexión delgada y nariz prominente con el que había cruzado alguna mirada. También él usaba gafas, era corto de vista, como yo, y se parecían a las mías. Ese detalle siempre me hacía sentir algo más segura en mi trato con los hombres, por eso me atreví a sonreírle al reconocerlo al frente de la clase.

Me sorprendió su voz grave, casi cavernosa, en el cuerpo desgarbado de un adolescente. Porque eso era lo que parecía, un adolescente con algo de barba, muy poca, que se esforzaba cuanto podía por dominar un cuerpo de extremidades muy largas y escaso de musculatura. La bata del laboratorio parecía descansar sobre una percha, no sobre el cuerpo de un hombre joven.

Me enamoré de su voz mucho antes que de sus ojos, de su boca o de sus manos de dedos largos y hábiles. Dedos que igual utilizaban un alfiler que inclinaban una probeta, manejaban unas pinzas o preparaban una placa para el microscopio. Mientras seguía sus instrucciones con la cabeza baja, su voz capturaba mi atención y se apoderaba de mi voluntad. Imaginaba que se dirigía a mí en exclusiva, como si estuviéramos a solas él y yo en un aula desierta y bañada por la luz del mediodía. Nada existía que valiera la pena más allá de la voz profunda del joven Grigory Korovin.

El profesor al que substituyó aquel primer día acabó por empeorar y no regresó. Grigory se ocupó de las clases prácticas durante casi un trimestre. Yo había empezado a temer el día en el que el Anatoli Tijonov, el titular de la materia, apareciera en el aula, ya restablecido. Cada mañana atravesaba el umbral con el corazón acelerado y no recuperaba el ritmo hasta que, instantes después, Grigory se plantaba ante nosotros mientras se retiraba un mechón de pelo oscuro que

insistía en ocultarle los ojos y recomponía sus miembros en desorden como el hombre desmañado que era.

—Soy Grigory Korovin y solo sé un poco más que vosotros de qué va todo esto.

Lo repetimos tantas veces en la intimidad de su habitación mientras reíamos y nos amábamos entre las sábanas, sin barreras ni remilgos, que se convirtió en un hábito. Soy Grigory Korovin y solo sé un poco más que vosotros de qué va todo esto. Soy Grigory Korovin y solo sé un poco más que tú de qué va todo esto. Todo un vínculo. Ambos con las gafas sobre la nariz casi hasta el último momento. Para vernos, para reconocernos y para disfrutarnos. Ambos con los ojos adormilados del miope. Ambos hermanos, amigos, amantes, cómplices.

Nos casamos unos años después, en 1950. Un puro trámite. Araceli estuvo conmigo, también algunas de mis amigas de la residencia. A Grigory, de origen ucraniano, lo acompañó un primo suyo, Boris Korovin, que, como él, se había trasladado a Moscú para estudiar. Al día siguiente viajamos a Járkov, una ciudad ucraniana próxima a la frontera rusa a la que no le encontré el menor encanto y que en opinión de Grigory era un verdadero estropicio, un lugar del que salir corriendo.

Allí conocí a su madre, Dimitra, y a su hermana, Aliosha. El padre de Grigory había desaparecido en la guerra. Aunque no tenían constancia de que hubiera muerto, nunca regresó. Su nombre nunca figuró en los listados de muertos ni en los de heridos en el frente.

La madre, costurera, seguía esperando su regreso como si el día menos pensado fuera a verlo materializarse en la embocadura de la calle. A solas y a escondidas, Aliosha me susurró que ella estaba convencida de que su padre había salido con vida de la contienda y había preferido quitarse de en medio. Me aseguró que no era un buen hombre y que su madre haría mejor rogando que no regresara. Desde luego ella esperaba que no se atreviera a asomar la cabeza por la puerta.

Más tarde le pregunté a Grigory, que no quiso hablar de ello y se limitó a alzar los hombros y aludir al mal del pueblo ruso. Sabía que se refería al alcohol. Me alegré de que mi marido apenas lo probara.

Fueron amables conmigo, me agasajaron como pudieron y, aunque conocían mi origen asturiano, siempre me llamaron Irina

porque yo así lo quería. Sin preguntas. Y tuve un nuevo nombre y un apellido que adopté por voluntad propia. Entre mis nuevos amigos pasé a ser Irina Korovin. Asunción Cadavieco solo continuó siendo el nombre que figuraba en la documentación y el que seguían utilizando los dirigentes del PCE y de la Cruz Roja Internacional a los que había dejado de frecuentar. Hice cuanto pude por olvidar que me llamaba Cadavieco Marón.

La hoja se separaba del árbol.

Para mis nuevos amigos, para mis colegas en el laboratorio, para los conocidos que nada sabían de mi pasado fui en adelante Irina Korovin. Poco a poco conseguí tener una nueva vida.

Santiago levantó la mirada aliviado por el rumbo algo más feliz que tomaba la historia de Asunción. Comprobó el móvil. No había mensajes por leer ni llamadas perdidas. Buena señal. Oxana solo tardaría un par de horas. Comprobó lo que quedaba por leer, apenas tres páginas. Se puso en pie, estiró brazos y piernas, y dejó vagar la vista a través del balcón que solo cerraba en los meses de invierno. Le gustaba ver hincharse la cortina, mecerse y perder aire poco después, como si se desinflara. Podía permanecer minutos enteros contemplando la cortina rendida de antemano a cada nuevo golpe de viento.

En la plaza, las criaturas que habían salido de la escuela habían abandonado las mochilas junto a los bancos y se arremolinaban en torno a los columpios. Los más pequeños hozaban con sus palas en el foso de arena. Una brisa leve y tibia agitaba las ramas. Según escribió Asunción, era primavera en Moscú muchos años atrás, en mayo del 45, al acabar la guerra. Una primavera esperanzada. También era primavera en Barcelona, más de setenta años después. Afortunadamente, Santiago no conocía más guerra que la que libraba a diario consigo mismo.

Hacía años que la fuente que funcionaba mediante un pulsador había dejado de funcionar. Algún iluminado en el ayuntamiento había valorado que aquello constituía un gran ahorro para las arcas municipales. «El mundo está lleno de iluminados», pensó, y volvió a acomodarse para finalizar la lectura. Saltó unos párrafos que Asunción dedicaba a su vida profesional en un laboratorio farmacéutico.

Durante años tuve una buena vida. Un buen trabajo, un piso que no estaba mal, no muy lejos del centro de la ciudad y un esposo al que nunca dejé de querer y respetar. Que yo sepa él tampoco dejó de hacerlo nunca. Puedo asegurar que durante un tiempo fui feliz. No

todo el mundo puede decir lo mismo.

Había dejado de esperar noticias de mi casa, pero no de sentir curiosidad por saber qué era lo que les había ocurrido a mis padres y a mi hermano o a mi hermana. Era lógico pensar que, tanto si habían muerto como si seguían con vida, la respuesta a mis preguntas me reportaría dolor, un dolor inmenso. Por ese motivo y, a diferencia de lo que hicieron algunas de mis amigas, entre ellas Araceli, y muchos de mis compañeros de evacuación; cuando por fin acabó la guerra que asoló medio mundo, yo no había solicitado regresar.

La Cruz Roja Internacional se resistía a facilitar el regreso de los niños evacuados a un país en el que quizás sus vidas correrían peligro y no vivirían mejor de lo que lo harían en la URSS. El PCE, que había organizado nuestra salida, tampoco puso las cosas fáciles a los que quisieron volver a sus casas. Sus representantes en la URSS dificultaron el regreso de los expatriados por motivos de seguridad, por un mal entendido «prestigio internacional», por recelo, por una serie de argumentos de mal defender.

Era una forma de evidenciar ante el mundo que en España gobernaba una dictadura y que nadie podía garantizar cuál sería nuestro futuro y de ocultar las muchas penurias que habíamos pasado durante la guerra. El gobierno soviético defendía que los niños les habían sido entregados para velar por su vida y por su futuro y que retornarlos a una dictadura fascista era traicionar la confianza de los padres. Argumentos que no servían a ninguno de los jóvenes que se desvivían por regresar a sus casas.

Por otra parte, las autoridades franquistas se jactaban de no reconocer a los exiliados. No había españoles fuera de España, aseguraban en declaraciones oficiales que levantaban ampollas por todo el mundo. Pasados unos años, en 1949, el gobierno español, a través del embajador británico en Moscú, dio los primeros pasos para reclamar el esperado retorno, el de los niños de la guerra, y el de los soldados de la División Azul.

El hecho indiscutible es que estábamos por todas partes y que no teníamos patria. En la URSS, en México, en Venezuela, en Francia, en Bélgica... Una verdadera diáspora.

El asunto de nuestra repatriación avanzó de manera desesperantemente lenta. No fue hasta la muerte de Stalin, en marzo de 1953, que recibió un empujón definitivo. Malenkov, que presidía el

Consejo de Ministros, impulsó los preparativos. Se iniciaron los trámites para facilitar el regreso paulatino de los que así lo desearan. Trámites desalentadores, penosos, que no siempre se saldaban según esperaban los solicitantes y sus familias, y que siempre resultaban mucho más largos de lo esperado.

Araceli fue una de las primeras en partir, viajó a Asturias en septiembre de 1956. Desde allí me escribió a través de la Cruz Roja Internacional. Según afirmaba, las cosas no iban bien en el país y se sentía vigilada. No había podido averiguar nada de mis padres, solo que ya no vivían en la que era mi casa y que nadie parecía conocer su paradero. Me prometía seguir indagando. Insinuaba que uno de los vecinos, un hombre muy viejo, afirmaba que mi padre no había regresado de la guerra. Pero Araceli añadía que no era un hombre de fiar, que desvariaba. Quizás solo pretendía no entristecerme.

Mi amiga no parecía feliz. Afirmaba que algunos murmuraban de ellos, que creían que eran espías soviéticos y que los miraban con desconfianza. Les obligaban a presentarse a menudo en comisaría y se las veían y se las deseaban para encontrar un trabajo. Algunos habían sufrido largos y penosos interrogatorios y la mayoría se sentían amenazados por las autoridades franquistas. No había trabajo y sí hambre y miedo.

Fue Grigory el que me animó a pedir autorización para viajar temporalmente a España. Decía que necesitaba hacer las paces con mi pasado, que no importaba lo que hubiese ocurrido, que yo tenía un presente y un futuro a su lado. Acabó por convencerme. Pasase lo que pasase, volvería a Moscú, a nuestro piso, junto a Grigory.

Pensábamos viajar juntos y, semanas después, regresar juntos a nuestro hogar en la capital. No nos separaríamos. Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado con mis padres, regresaríamos a casa. Juntos.

—No voy a dejar que te quedes allí. Ni hablar. Ni lo sueñes.

Inicié los trámites para que ambos pudiéramos abandonar temporalmente el país. Sabía que era un asunto largo y plagado de dificultades, pero no podía imaginar hasta qué punto. Por obra y gracia de algún burócrata al que maldije mil veces, una disposición gubernamental convirtió nuestro propósito en un imposible. La norma autorizaba a salir del país a las parejas integradas por un hombre español y una mujer soviética, pero lo impedía en nuestro caso, cuando la mujer era de origen español y el esposo soviético. El marido no solo

no podía abandonar el país en compañía de su mujer, sino que debía autorizar la salida de esta.

Un país que había luchado por la igualdad femenina, que había reconocido derechos para las mujeres que en otros países no habían sido ni planteados, vetó así nuestra salida.

No podía creerlo. Grigory, tampoco. Estaba horrorizado y furioso. Lloré de rabia y de impotencia. No quería viajar sola, no quería enfrentarme a solas a mi pasado. Sospechaba que no tendría fuerzas, Intuía tanto dolor que a punto estuve de desistir. No lo hice. Continué insistiendo, apelé al PCE, a la Cruz Roja. Juramos que regresaríamos antes de un mes. Todo fue inútil. Viajaría sola. No quedaba otra salida.

Poco después, mi esposo, Grigory Korovin, me autorizó por escrito a abandonar la Unión Soviética.

Santiago sacudió la cabeza y sonrió. Asintió sin darse cuenta. Experimentó algo parecido a una satisfacción personal al comprobar que las contradicciones del sistema castigaban al ciudadano fuera cual fuera el régimen que lo cobijara. En el presente eran tantas y de tal gravedad que, a menudo, en la soledad de su butaca, montaba en cólera, cerraba los puños y apretaba los dientes. Gestos completamente inútiles y que no constituían el menor alivio.

Conseguí regresar sola a Asturias en mayo del 1957 y lo hice en el Crimea, en una expedición que alcanzó el Mediterráneo a través del Mar Negro. Habían pasado veinte años. Tras el emotivo recibimiento en el puerto, y después de recibir abrazos de desconocidos que ignoraban quién era yo y qué me traía de regreso, viajé en tren desde Valencia a Bilbao y de allí a Gijón. Araceli se había trasladado a Madrid, vivía con uno de sus hermanos. No pude verla.

No tenía a quién avisar de mi llegada. No me esperaba nadie. Recorrí completamente sola El Musel de un extremo a otro con el corazón encogido y las piernas temblorosas. Me sentía enferma y asustada. Recordaba los besos de mi madre, sus lágrimas, su dolor. Todo mi miedo. No sabía si había conseguido ser mejor persona.

Deseé no haber hecho caso a Grigory. Ansiaba estar en nuestro piso, a su lado, al resguardo de sus brazos, de mi nuevo nombre, Irina, y de su apellido que era también el mío, Korovin. Nuestro piso era mi patria. No tenía otra.

Horas después llegué a Pola de Lena. Volví a ser Asunción Cadavieco Marón, aunque nadie parecía saberlo. Habían pasado

demasiados años. Me marché de allí siendo una niña, ya no lo era. Tampoco yo reconocí a los hombres y las mujeres con los que me cruzaba. Las caras hoscas, las miradas bajas, la pobreza instalada en las gentes, en las casas... Todo me resultaba extraño. Localicé mi casa, la encontré sin dificultad, pero me costó aceptar que el piso en el que vivía se encontraba en el ruinoso edificio ante el que me encontraba. Me pareció mucho más pequeño e infinitamente más deteriorado. Esto último no era una impresión.

A pesar de que sabía por Araceli que mi familia ya no vivía allí, llamé a la que había sido nuestra puerta en los bajos del inmueble. Quizás hubieran dejado alguna indicación. Mi corazón parecía a punto de saltar del pecho y echar a correr escaleras abajo. Tuve que apoyarme en el marco para sostenerme en pie.

Una voz femenina quiso saber quién era yo antes de abrirme. No supe qué contestar, me vino a la cabeza mi nombre actual, el que utilizaba entre mis conocidos. A punto estuve de decir que era Irina Korovin. Rectifiqué a tiempo.

—Asunción, Asunción Cadavieco. Antes, hace muchos años, yo vivía en este piso. Estoy buscando a mi familia.

Me abrió una mujer muy joven de ojos grises, complexión robusta y mejillas coloradas que llevaba un niño apoyado en la cadera y que me miró con desconfianza. No me invitó a pasar. Lo que vi por encima de su hombro era una réplica de lo que recordaba. Apenas había cambiado. La cortina que, a modo de tabique de quita y pon, originaba un nuevo espacio, mi habitación, era ahora de color pardo, como lona militar; y separaba el comedor de una cama de matrimonio. Las paredes, ennegrecidas por la cocina de carbón, no habían sido pintadas recientemente. Un lugar triste, casi miserable.

Me explicó en pocas palabras que vivía allí con sus padres y su marido desde finales del 39. Según me aseguró la familia que la había ocupado antes había desaparecido. No sabía decirme cómo ni cuándo. No llegó a conocerlos. Ellos no eran de Pola de Lena, llegaron al acabar la guerra siguiendo al padre, que encontró trabajo en una fábrica de harinas. No sabía si se habían trasladado ni a dónde. La propietaria les había arrendado el piso en noviembre el 39. Cuando se instalaron, les dijeron que el piso llevaba vacío casi un par de años.

Balbuocé una despedida y le agradecí como pude una amabilidad que no había existido. Salí a la calle como si me persiguieran y que me

quedé allí, varada junto al portal. Me faltaba el aire, me temblaban las piernas y estaba a punto de desmayarme. Por alguna estúpida razón esperaba alguna información que me permitiera seguir buscando. Permanecí allí unos minutos, sobre la acera, apoyada en la pared. Sabía cuál era el próximo paso, pero no conseguía decidir si quería darlo. El deseo de volver a Moscú junto a Grigory era tan intenso que dolía extraordinariamente.

Volví a entrar en el zaguán en el que siempre hacía más frío que en la calle y, en esta ocasión, reconocí el olor y la humedad que emanaba de sus paredes. Era familiar, un recuerdo antiguo. Respiré hondo, tan hondo como pude y subí un par de plantas hasta el piso de Sabina. El timbre no funcionaba y golpeé la puerta con los nudillos. Nadie me abrió. Tampoco advertí ruido en el interior de la vivienda. Ni niños, ni sillas que se arrastraban ni trasteo de ollas y cazuelas. Quizás la familia de mi amiga, como la mía, también había desaparecido.

Insistí varias veces. No quería conformarme. No podía. Desconcertada y abatida me senté en un escalón en el tramo que llevaba a la planta superior y esperé. Pocos minutos después alcanzó el rellano una mujer joven que tiraba de un niño remolón, una criatura de seis o siete años de ojos muy vivos, el cráneo rapado y los mocos colgando. Sabina se asustó al verme. No la reconocí. Tampoco ella a mí. Me acerqué titubeando y dije quien era.

—Soy Asunción Cadavieco y...

La mujer se me acercó con los ojos muy abiertos y cara de perplejidad, dejó escapar la mano del niño que se negaba a avanzar y que se quedó con ella colgando, desconcertado. La madre depositó en el suelo el cesto que acarrea y me abrazó como si me reconociera.

—Asun, ¿eres tú? ¿De verdad?

Sabina siempre me llamaba Asun. En su casa todo el mundo tenía un diminutivo. Ella era Sabi.

Sabina me recordaba. Se había convertido en una mujer muy guapa de caderas anchas y pechos llamativos. Peinaba una melena castaña recogida por una cinta de espuma azul cielo y sus labios, de un rojo natural, me parecieron especialmente hermosos. Nos abrazamos como si se acabara el mundo mientras el niño tiraba de la falda de su madre y le acercaba la mano requiriendo la atención que creía merecer.

Me invitó a pasar a su casa, preparó algo que recordaba lejanamente al café y que era achicoria y nos sentamos una frente a la

otra, mientras Armando —así se llamaba su hijo— se entretenía con un camión de hojalata. El piso apenas había cambiado, los muebles eran los mismos que recordaba, la distribución exactamente igual que la de mi casa, pero sin cortina separadora. En el aparador, reparé en alguna foto que no había visto nunca. No pregunté. Ya habría tiempo.

Me explicó con pesar que su padre murió de tuberculosis en el 39, meses antes de que finalizara la guerra, y su madre, años atrás, de una larga enfermedad. Ella se casó poco después con un ferroviario, el padre de Armando. Le iba bien, era un buen hombre, aseguró. La creí. Su hermano se había trasladado a Zaragoza y trabajaba la tierra de sus suegros.

No le sorprendió que no tuviera noticias de mi familia. Durante unos instantes se resistió a hablar de ello. No era de extrañar. Según me explicó, mi padre había muerto en el frente en el verano del 37, antes de que yo embarcara hacia la URSS. Mi madre apenas levantó cabeza tras conocer la noticia. No salía, no pedía ayuda, tampoco le quedaba dinero. Eran ellos los que, de vez en cuando, le bajaban algo de comer o le acercaban una hogaza de pan. Lloró día y noche al perder, primero a su esposo y después a su hija, a la que dejó marchar muy, muy lejos.

—No podía con tanta pena. Creo que se sentía culpable. Mi madre me explicó algo así. Lamentaba haberte embarcado, se sentía muy sola y se pasaba el día llorando.

Por lo que Sabina sabía, mi madre murió pocos días después de alumbrar a mi hermano. De sobreparto, dijo Sabina. Y, aunque yo no sabía exactamente en qué consistía, no pregunté. No importaba.

—No volvieron a casa. Ni ella ni la criatura. No volví a verla. Nadie volvió a saber nada. No me extraña que no tengas noticias. Mi madre era la única que sabía lo que pasó.

El piso volvió a ser arrendado, la propietaria se llevó algún mueble, el resto se quedó allí. De mi familia nunca más se supo. No hubo noticias de mis abuelos maternos ni de mi tía Ángela. Quizás no llegaron a saber que habían perdido a una hija ni que tenían un nieto que acababa de llegar a este mundo. Si lo supieron, no mostraron el menor interés. Sabina imaginaba que la criatura habría ido a parar donde iban todos los huérfanos, a un hospicio.

—Solo sé que era un chico y que nació sano. Mi madre acompañó a la tuya al hospital cuando se puso de parto y también fue al día

siguiente. Dijo que era un chico muy guapo. Tu madre no respondía a los médicos ni a las monjas que la asistían. No quería hablar ni mirar a su hijo. No llegó a recuperarse del parto y en ningún momento dijo qué nombre debía tener su hijo. Se abandonó, creo que quería morir. Cuando su estado se agravó hicieron llamar a mi madre.

A falta de familia cercana ella había dejado su nombre. La madre de Sabina pensaba que Rosendo, el nombre de mi padre, no era un buen nombre para un recién nacido, dijo que mejor le pusieran Andrés, como a su propio padre. Y así se llamó, Andrés Cadavieco.

—Andrés...

—Sí, Andrés, como mi abuelo —comentó Sabina con una sonrisa—. En otras circunstancias mi madre quizás...

—No te preocupes, sé cómo eran las cosas. Hizo lo que pudo y os lo agradezco —le aseguré.

Y era cierto. Andrés, como el abuelo de mi amiga al que nadie en mi familia llegó a conocer. Verdaderamente, la vida era un asunto extraño.

Descubrí que tenía un hermano en alguna parte. Un hermano que probablemente no sabía nada de mí, Andrés Cadavieco Marón. Quizás podría dar con él. No sería fácil, pero podía intentarlo.

Me despedí de Sabina con uno de los abrazos más sinceros que recuerdo haber dado y recibido. Prometí que le escribiría tanto si encontraba a Andrés como si regresaba a Moscú sin haber dado con él.

Nunca lo hice.

Al día siguiente empecé a visitar los orfanatos asturianos que seguían abiertos y...

Santiago suspiró profundamente y cerró el cuaderno de tapas negras. No quedaban páginas por leer. Alguien en algún lugar había decidido que el contenido restante no debía ser conocido. Sin embargo, hubiera dado algo, cualquier cosa, por saber cómo continuaba la historia de Irina Korovin.

Necesitaba una ducha. Quizás incluso se cambiaría de ropa. Intentaría desprenderse del efecto que causaba habitualmente, el de haber dormido con la ropa puesta.

CAPÍTULO 17

BARCELONA, ABRIL 2016

Apenas quedaba una hora para que Oxana se presentara en su casa y Santiago empezó a sentirse tenso, profundamente inquieto. No recordaba haber experimentado nunca tanta impaciencia.

Ordenó cuatro cosas, pensó que no habría mejor momento para cambiar las sábanas, quitó el polvo y barrió el piso de arriba abajo. Desplegó una actividad que no conocía desde hacía mucho tiempo. Un frenesí de orden y limpieza que se apoderó de su ánimo y que le ayudó a dejar correr los minutos y a aliviar la inquietud. No sabía qué era lo que le angustiaba más: si la evidencia de que poco después la mujer que había conseguido aturdirle hasta ese punto estaría allí mismo, en su casa, o el hecho de que un imprevisto le impidiera llegar.

Todavía adecentaba la cocina cuando sonaron las ocho en el campanario cercano. El estómago casi le dio un vuelco al comprobar la hora en el reloj de pulsera. No era un hombre de naturaleza nerviosa, de hecho no recordaba haber sentido nunca algo remotamente parecido a la ansiedad.

Se desprendió del trapo, cerró los armarios y, frente al espejo del lavabo, se pasó una mano por el cabello. Sonrió, ensayó una mueca y casi se avergonzó de sí mismo, de su puerilidad. Parecía estar experimentando una involuntaria regresión a la adolescencia. El mismo desconcierto, parecido tembleque y el jodido malestar en el estómago. Todo igual. Y, por lo que podía recordar, no había sido la etapa más feliz de su vida.

Las ocho y cuarto y Oxana sin llegar. Se asomó al balcón esperando verla aproximarse a buen paso. No fue así. Las primeras sombras del anochecer crecían en la plaza casi desierta y, en el supermercado, Nezha, apoyada en el umbral del negocio, mantenía una conversación telefónica algo tensa. Levantaba la voz, parecía enfadada. Su silueta de perfiles rojos como la sangre se recortaba en la luz procedente del local.

Apoyado en la barandilla aguardó unos minutos mientras la noche se abalanzaba sobre la ciudad. Un cliente entró en el súper, Nezha cortó la conversación y un joven se marchó instantes después con una barra de pan y una

botella de refresco. La chica no volvió a salir.

A las ocho y media bajó a comprobar el timbre del portero automático. Quizás había dejado de funcionar y Oxana, desanimada, se había marchado. Por lo poco que sabía de ella, que era casi nada, no parecía ese tipo de persona, pero siempre cabía la posibilidad. Con las llaves y el móvil en el bolsillo corrió escaleras abajo hasta el portal. Pulsó el timbre de su piso que emitió el sonido acostumbrado, al parecer funcionaba correctamente. Por si acaso, pulsó también el timbre del ático 1.^a y, cuando la vecina respondió, echó a correr escaleras arriba. No había problema con los timbres y en la pantalla del móvil no aparecían ni mensajes ni llamadas perdidas de números secretos o desconocidos.

No sabía qué pensar.

La vecina salió al descansillo y desde allí insistió en saber quién había llamado. Por fortuna había alcanzado su piso y cerró la puerta con cautela. No quería problemas con los vecinos.

Carecía de información para formular alguna hipótesis y el deseo de ver a Oxana aumentaba en proporción a su retraso. No se reconocía a sí mismo. Recordando el título del libro que Rosa le había recomendado, se sentía como si otra persona hubiera cogido las riendas de su vida, alguien que gobernaba sus actos y sus impulsos. Una mujer joven, rubia y desconocida por la que empezaba a sentir una alarmante fascinación.

Destapó una lata de cerveza y la vació casi de un solo trago. Se acomodó en la butaca y encendió el televisor. Necesitaba distraer la atención y aliviar el nerviosismo. Las noticias servirían. Y para su desesperación pasaron una tras otra, todas malas, algunas peores. Refugiados sin refugio, violencia sin sentido, rifirrafes entre partidos políticos que nunca conducían a nada bueno... Lo de casi siempre. No consiguió retener cuanto había desfilado ante sus ojos. Había fijado el pensamiento en la mujer rubia y ausente; y el oído en el rellano por si conseguía escuchar sus pasos acercándose a la puerta. Tras las noticias, los deportes, que tampoco consiguieron capturar su atención y la segunda cerveza muy fría garganta abajo.

Empezaba a pensar que ya no vendría.

Cerca ya de las diez de la noche, cuando el joven familiar había sustituido a la muchacha en el súper y la noche cerrada apenas permitía distinguir las sombras de los árboles en la plaza ni la pendiente del tobogán; alguien pulsó el timbre en la calle. Santiago dio un respingo en la butaca y se puso en pie casi de un salto con el corazón encabritado.

—Joder.

No preguntó quién pretendía entrar. No era necesario. Se limitó a pulsar el

botón de apertura, a abrir la puerta del piso y a asomarse al hueco de la escalera con el corazón todavía percutiendo en el pecho a toda pastilla. Oxana, vestida con pantalones apretados y camiseta, como en la última ocasión, subía las escaleras de dos en dos y se plantó en el rellano en pocos segundos. Sofocada y alterada por algún motivo que Santiago no podía adivinar, la joven entró en el piso.

Antes de abandonar su bolso en una silla se acercó al balcón y contempló la calle unos instantes. Lo que vio pareció satisfacerla. Retiró la cortina y entornó los postigos antes de dejarse caer en una butaca con un enorme suspiro. Santiago, que no entendía nada, no preguntó. Se limitó a ofrecerle una cerveza, que Oxana aceptó de inmediato.

—Lamento el retraso, he pensado que me seguían.

—¿Te seguían? ¿Quién...?

—Ya lo entenderás, no te preocupes —atajó la mujer—. Todo a su tiempo. ¿Has leído el cuaderno?

—Sí.

—¿Qué opinas?

—Creo que Asunción pudo ser la hermana de mi padre. Todo lo que explica se sostiene, pero sigo sin entender qué es lo que esperas de mí. No sé qué puedo hacer. Ella ha muerto y mi padre también falleció hace unos años. Solo tengo mi sueldo. Yo no...

—¿Eso es lo que crees? ¿Que quiero tu dinero? Te equivocas. No lo necesito. Ya sé que no eres millonario. Quiero que me creas y que me ayudes. Eso es todo lo que quiero.

Santiago cabeceó y, de un sorbo, vació la cerveza.

—Bien. Como ya te he dicho necesito que me ayudes. No conozco a nadie aquí. Si tuviera otra salida quizás no hubiera dado este paso, no me hubiera dirigido a ti de esta manera ni en este momento, pero Irina lo quería así, era uno de sus deseos.

La pausa fue larga, como las que preceden a las noticias importantes, a los secretos revelados.

—Yo soy la nieta de Irina, su única nieta, la hija de su única hija —aseguró con un ligero temblor en la voz y humillando la mirada para volver a alzarla inmediatamente, casi con brusquedad, como si emergiera desde el fondo de un lago—. Como puedes deducir, eres primo de mi madre, somos parientes, aunque nuestro parentesco no sea muy cercano.

A Santiago no le gustó saber que había entre ellos relación de consanguinidad. Pero tampoco le sorprendieron las palabras de Oxana, mientras

leía había valorado esa posibilidad. ¿Qué otro vínculo podía existir? ¿Por qué otra razón alguien como ella recorrería miles de kilómetros para hablar con él, para reclamar su ayuda? Era una lástima. Llevaba horas sintiendo un deseo creciente por una mujer con la que estaba emparentado.

Mal asunto.

—No llevo su apellido, soy Oxana Petrovna Tarasova. No tengo forma de demostrarlo, por eso necesito que confíes en mí. Las circunstancias tampoco me lo permiten, pero necesito tu ayuda.

—No sé qué puedo hacer por ti.

—Lo entenderás. Yo te explico. Dame un momento.

Entornando los ojos se llevó la lata de cerveza a los labios y en su rostro se insinuó un gesto de placer que no pasó desapercibido a Santiago. Era una mujer encantadora y, en aquel preciso instante, hubiera podido entregarle su alma de haber sabido dónde encontrarla. Nunca antes había experimentado algo así, tan parecido a la devoción, a la entrega. A la ceguera total y absoluta. Sintió miedo de sí mismo. De lo que era capaz de hacer, de prometer. Fuera lo que fuera lo que aquella mujer esperaba de él, intentaría complacerla. No quería ni podía negarse.

—Antes de que empieces me gustaría saber cómo has dado conmigo. No sé ni dónde vives ni a qué te dedicas.

—No fue difícil. Tienes un perfil en Facebook. No lo utilizas mucho, yo diría que ni te molestas en entrar, pero Andrea Casares y tus compañeros de trabajo te etiquetan de vez en cuando, sus fotografías, sus comentarios acaban por aparecer también en tu muro.

No se equivocaba. Andrea había creado su perfil y era ella la que había subido algún comentario o lo había etiquetado en alguna publicación, pensaba que acabaría por interesarse, por compartir. El tiempo y la falta de curiosidad de Santiago Cadavieco demostraron que se equivocaba.

—Como comprenderás, no hay muchos Cadavieco y Andrea, tu chica, ella es muy activa y...

—Ya no estamos juntos —precisó.

—Lo sé. Como te decía, Andrea Casares te etiquetó en varias fotos durante un viaje a Asturias. En el puerto de Gijón, en Pola de Lena, en Oviedo... y escribió algo así como: «Regresando a los orígenes». También subió alguna foto de tu familia. Creí reconocer el parecido entre Asunción y tu padre cuyo nombre, Andrés Cadavieco, también había etiquetado. Como ves, no fue difícil. Salté de un perfil a otro. Eso fue todo.

Hizo una pausa y de nuevo se llevó la cerveza a los labios. Santiago la

contempló sin reservas.

—En tu muro hay fotos de viajes, de cenas, de celebraciones con tu empresa... A diferencia de ti, tus colegas sí que suben sus cosas a Facebook y etiquetan a todo el mundo. Como puedes comprender, saber dónde trabajabas fue muy sencillo. Después me aseguré de que eras tú, por eso me presenté y respondiste como era de esperar. Más tarde te seguí un día hasta aquí. Por cierto, ¿nunca comes en casa?

—No si puedo evitarlo.

—Ya —comentó e inclinó la cabeza en un gesto indefinido, como si no supiera qué pensar.

—¿Y mi móvil? No creo que mi número esté en el muro de nadie.

—No fue difícil. Pedí que me pasaran con tu despacho cuando comprobé que habías salido. Atendió el teléfono una mujer y le expliqué que nos habíamos conocido en una cafetería, tú solo pisas cafeterías, y que nos habíamos gustado. Le dije que habías prometido llamarme, pero que no lo habías hecho. Quizás tenías una relación, pero como no llevabas anillo... Le dije que pensaba que quizás habías perdido mi número. Corría el riesgo de que fuera ella la que me pidiera mi número para dártelo a ti. No lo hizo, no desconfió de mí en ningún momento. No sé si eso es bueno. Ya te digo, no me costó demasiado convencerla, es una romántica.

—Rosa —musitó Santiago.

Y por primera vez sintió que tenía algo que agradecerle.

—Así que tú eres la puerta entreabierta, tú eres la señal en el camino, la mujer que no acierto a reconocer, pero que está ahí. —Y cabeceó como si atara cabos.

—No entiendo.

—Nada importante, cosas mías. Cosas de Rosa, tu amiga la romántica —rectificó.

Oxana permaneció en silencio unos instantes. Intentaba relajarse, quizás ordenar sus pensamientos. Santiago observó el tatuaje que azuleaba en su muñeca. Generalmente aborrecía todo tipo de tatuajes, sin embargo sintió el deseo de estampar un beso sobre aquella O. de Oxana.

—No voy a hablarte de mi madre, ni de Irina. Ya sabes lo que tenías que saber. Te hablaré de mí. Vivo en Moscú, toda mi vida he vivido en Moscú. Empecé a estudiar Derecho el año que mis padres se separaron. Poco después mi padre se volvió a casar y se trasladó a Minsk. Dejé la carrera antes de acabar. Ahora trabajo en una peluquería de lujo, soy la administradora, tengo un sueldo decente. Hace unos años conocí a un hombre, un hombre ruso muy rico, Alexei.

Era algo mayor que yo, no mucho. Es mejor que no sepas su apellido, por tu seguridad. Tuvimos una historia, estuvimos juntos unos meses. Nos veíamos a escondidas.

Mantenia la mirada baja, como si le resultara difícil resumir su vida en pocas palabras.

Santiago asintió como si comprendiera, como si nada de lo que pudiera explicarle alcanzara a sorprenderle. Nunca había mantenido una relación parecida, pero era un hombre muy leído y eso le había bastado hasta entonces para interpretar las situaciones más estrambóticas y las pasiones más extremas.

—No vivíamos juntos, él estaba casado. No voy a excusarme, sé lo que debes pensar. Seguí con él a pesar de todo, de su mujer, de sus secretos, de su fortuna, de sus asuntos turbios. Nos veíamos en hoteles o en mi casa. No sé cómo es tu moral ni si eres creyente o... No importa. No acostumbro a arrepentirme de mis actos.

Santiago le restó importancia con un gesto de la mano y la invitó a proseguir.

—Nos veíamos con frecuencia y yo me enamoré de él, y quizás también de sus promesas. No lo sé. Juraba que dejaría a su mujer, que solo esperaba la ocasión, que era cuestión de unos meses. Decía que necesitaba arreglar algunas cosas, hacer algunas transacciones que llevaban tiempo, quería evitar que el divorcio fuera su ruina. Quise creerle y esperé. Pensarás que soy una idiota, pero a veces se pierde el sentido común, solo se ve lo que se quiere ver. Creo que eso fue lo que me pasó.

Santiago negó con la cabeza. No lo pensaba, también él estaba perdiendo el sentido común, tenía la sensación que se le escapaba como el agua por un desagüe.

—No presioné, quise confiar en él. Fue entonces cuando me quedé embarazada. No pienses que le tendí una trampa, no fue así, pero no quise deshacerme de él. No sé muy bien por qué, no puedo explicarlo, pero no quise perder a mi hijo. En ningún momento. Hubiera sido fácil, muy fácil. En mi país está permitido, además el dinero abre todas las puertas y Alexei lo sabe mejor que nadie. Me ofreció la mejor asistencia. Me negué. Alexei y yo dejamos de vernos, él no quería un bastardo, esas fueron sus palabras. Ya no era su hijo, era solo mío.

Había pesar en su voz, y en su gesto de profundo desánimo. Santiago creyó ver apuntar una lágrima junto a la raya azul de sus ojos, como si se encharcaran. No se atrevió a acercarse ni a aproximar su mano a la de Oxana. Permaneció rígido en la butaca situada en ángulo respecto a la de la joven. Pensó que la

distancia de pocos palmos era infinita.

Le dolió.

—Tuve un hijo y lo tuve sola, mi madre se desentendió de mí, no he vuelto a verla. Mi padre estaba a miles de kilómetros y no sabía nada de mi relación con Alexei. Todavía hoy no sabe quién es el padre de mi hijo y a Nikolay solo lo ha visto una vez. Tiene otra vida y ya no formo parte de ella. Lo prefiero así. Alexei es un hombre conocido en mi país, tiene negocios oscuros y relaciones más oscuras todavía. Frecuenta por igual los bajos fondos y las más altas esferas. Mi padre lo detestaría.

Se interrumpió durante unos instantes. Buscaba las palabras más adecuadas.

—Mi país atraviesa años complicados, todavía estamos superando la transición económica. Grandes fortunas aparecen de la nada mientras que la miseria se extiende como una plaga. Y siempre hay quien encuentra la oportunidad de enriquecerse. Alexei es ese hombre, el que se enriquece. Mi padre repetía a menudo una sentencia rusa: «El hombre que se enriquece en un año debería ser ejecutado 365 días antes». Esa es su forma de pensar, imagina lo que diría si supiera que Alexei es el padre de su nieto.

—Entiendo —aseguró Santiago.

—Aquí diríais que es un mafioso ruso. Uno más de los que vienen aquí a gastar su dinero en las tiendas de lujo. Así es. Os habéis acostumbrado, el dinero lo puede casi todo en todas partes, y no preguntáis. Os equivocáis, como me equivoqué yo. Rublos, dólares, euros... el dinero compra la respetabilidad. Nadie hace preguntas. Yo tampoco las hice, no pregunté. No quise saber.

Santiago no supo qué decir y se limitó a acercarle otra cerveza que Oxana rechazó con firmeza. Por un momento lamentó no haber comprado una botella de vodka, quizás estaba acostumbrada a algo más fuerte.

—Irina me apoyó, estuvo a mi lado en todo momento. Me ayudó en lo que pudo, me acogió en su casa durante un tiempo y me prestó dinero. Nikolay pronto cumplirá los dos años y es una preciosidad. Nunca me he arrepentido de mi decisión. Y hasta aquí mi historia. Es de lo más vulgar. Hombre casado deja embarazada a chica tonta que se mete en un aprieto y sale de él como puede —remató la joven con una sonrisa—. De hecho, todavía está intentando salir.

—Por el momento no sé cómo... —murmuró Santiago incorporándose y acercándose un poco a Oxana, como si quisiera prestar mayor atención, no perderse ni una coma.

A diferencia de su propia historia, la de Oxana no le parecía vulgar. Por el contrario, estaba repleta de emociones fuertes, de grandes dificultades y de decisiones de las que alteran por siempre el curso de una vida.

—Tras varios años de matrimonio, Alexei y su mujer no han tenido hijos. A Valentina la operaron cuando era casi una adolescente, él sospechaba que no podía tenerlos, pero no parecía importarle. A ella sí. Se sometió a pruebas médicas y, finalmente, el diagnóstico fue definitivo, concluyente: Valentina no tendrá hijos nunca, ni con él ni con nadie. Saberlo la alteró y llegó a enfermar. Él me habló de una depresión grave y de una tentativa de suicidio. Creo que por una vez no mentía.

—¿Cómo lo has sabido si no os habéis vuelto a ver? —inquirió Santiago receloso.

—Me llamó hace unos meses, a finales de enero. Me dijo que quería reclamar la paternidad de Nikolay, exigía que se lo entregara. Me ofreció dinero, mucho dinero, tanto como para no tener que trabajar nunca más. Una fortuna. Me aseguró que tendría todo lo mejor que se le puede dar a un niño, escuelas, viajes... Todo. Lo había hablado con su mujer, ella estaba de acuerdo, lo había perdonado y esperaba a mi hijo con ilusión. Alexei se negaba a adoptar, quería un hijo propio y entonces, solo entonces, recordó que ya tenía uno. Mi hijo. El bastardo.

—¿Le entregaste a Nikolay?

—No, me negué, no quise ni escucharle. Colgué antes de que acabara la conversación. Tuve tanto miedo...

Las lágrimas superaron la barrera de los párpados y se deslizaron hasta las mejillas. Oxana las retiró con el canto de la mano antes de que alcanzaran su mandíbula y se precipitaran cuello abajo. Suspiró antes de proseguir.

—Llamó muchas veces más, seguí negándome. Me amenazó con matarme, dijo que un huérfano necesitaría un padre y una madre y que para eso estaba él, que era su padre. Conseguiría a Nikolay por las buenas o por las malas. Juró que lo haría. Le supliqué, le rogué, le recordé que nos habíamos amado, que él no había querido saber nada de su hijo... No sirvió de nada. Está acostumbrado a conseguir lo que quiere. Siguió amenazándome durante semanas. Mensajes, notas... Me sentía siempre en peligro, sus hombres me observaban, creo que me seguían a todas partes.

Se interrumpió unos instantes, de nuevo bajó la mirada hasta sus manos, que descansaban en el regazo, y ordenó sus pensamientos antes de proseguir.

—Irina estaba en el hospital, había ingresado varias veces por problemas respiratorios, aquella vez parecía más grave. Irina y mi madre se habían distanciado años atrás, no pisó el hospital. Y yo estaba sola, completamente sola. Tengo amigas, pero no les hablé de ello, no quería implicar a nadie. Tampoco acudí a mi padre, no quería soportar sus reproches y no podía dejar a Irina sola

en Moscú. Estaba atrapada. Pasé noches enteras sin dormir, pretexté una enfermedad y dejé de ir a trabajar durante unos días por si Alexei decidía llevarse a mi hijo en cualquier momento, pero no podía seguir así toda la vida. Tampoco podía cambiar de casa o de ciudad, no hubiera tardado en encontrarme, para él estas cosas son fáciles.

Oxana se interrumpió unos instantes y bajó la mirada. Cuando volvió a hablar lo hizo centrando la mirada en sus manos.

—A principios de marzo volví al trabajo y a dejar a Nikolay en la guardería. No tenía otro remedio. Me convencí de que había desistido. Intenté recuperar mi vida, una vida normal.

Resultaba evidente que no lo había conseguido. Santiago no preguntó. Todo a su tiempo, había dicho ella. Y así sería.

Una pausa para un suspiro antes de continuar.

—Fue entonces, justo a principios de marzo, cuando Irina murió en el mismo hospital donde había ingresado. Pocos días después conocí las disposiciones de su testamento. Era una mujer muy inteligente y sabía lo que quería. No me lo puso fácil.

Oxana adelantó el torso, miró a Santiago y atrapó entre las suyas la mano que descansaba en el brazo de la butaca. Santiago se sintió arder por dentro como si fuera de fósforo. Tuvo miedo, nunca antes había experimentado algo así. Nunca antes había entrado en combustión.

—Por eso estoy aquí. Irina me dejó la mitad de cuanto poseía y la mitad del valor del piso que ocupaba si decidimos venderlo.

—¿Has dicho lo que me ha parecido oír?

—Sí, Irina me dejó la mitad de cuanto poseía, pero no tendré acceso a nada hasta que dé con su hermano o con sus descendientes; a los que les corresponde la otra mitad exacta de cuanto Irina pudo reunir a lo largo de su vida. No podré disponer de ese dinero hasta que no haya localizado a sus herederos y estos acepten su legado. Si no lo consigo, o si no quedara en el mundo nadie de su misma sangre, recibiré la mitad de sus bienes dentro de un año. La otra mitad sería entonces para Igor Dempsky, único hijo de Aliosha, la hermana de Grigory, un tipo al que Irina detestaba. Decía que había recibido sus genes directamente de su abuelo, un mal hombre que amargó la vida a su familia.

—Y, según tú, ¿yo soy ese heredero?

—Exactamente.

—¿Qué esperas que haga?

—Que aceptes la mitad de la herencia ante notario. No puedo esperar un año. Además creo que, de alguna manera, Irina pretendía que abandonara

Moscú, que me apartara de Alexei.

—No parece difícil. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Los ahorros de toda su vida, el equivalente a unos 180.000 euros y un piso, no muy grande en Moscú. La mitad te corresponde a ti. Lo tengo todo pensado, ese dinero bastará para iniciar una vida lejos de Moscú, lejos de Alexei.

Santiago se sentía perplejo, confundido hasta los tuétanos, sin embargo, creyó oportuno pronunciar:

—Entiendo.

—También necesito que me ayudes a ocultarme durante unos días, creo que un piso será más seguro que cualquier hotel. Bueno, a mí y a Nikolay. Me estoy quedando sin dinero. No sé cuánto puede tardar el dinero de Irina. Elizaveta vive en un piso compartido y no podemos seguir allí.

Santiago estuvo a punto de repetir que lo entendía.

No lo hizo.

—Además creo que pueden haberme seguido hasta Barcelona, Alexei puede hacer eso y mucho más. Por eso cambié de apariencia durante unos días, me vestí con ropa de mi amiga, me peiné como ella. Lizaveta atiende a los rusos que visitan la inmobiliaria para la que trabaja en el centro de la ciudad. Pensé que, si Alexei enviaba a sus hombres y buscaban a una mujer que vistiera como yo, no me reconocerían. No sirvió de nada. Hoy... Hoy he creído ver a Yuri en un bar cerca del piso de Lizaveta. Es uno de ellos, uno de sus hombres. Yo le hablé a Alexei de mi amiga y ahora quizás es ella la que esté en un lío. Por eso no puedo volver a su piso. Hace un par de días alguien estuvo preguntando por ella en su trabajo. Afortunadamente sus compañeros sabían lo que tenían que responder. Negaron que hubiera una Lizaveta entre el personal, pero pueden haberla seguido, pueden... No sé cómo lo ha hecho, pero Yuri está aquí y sabe dónde vive mi amiga. Él no me ha visto, sin embargo....

—¿Y qué vas a hacer?

—Mi amiga está ahora con Nikolay, he buscado una habitación en un hostel, la he reservado a otro nombre, Svetlana Korolenko, algún día te lo explicaré. Ni Lizaveta ni Nikolay volverán al piso por el momento. No podemos arriesgarnos. Por eso he tardado tanto, no podía venir hasta aquí directamente. No quería que me siguieran hasta tu casa.

—Puedes quedarte, podéis vivir aquí hasta que todo esto...

—¿Aceptas?

—Creo que tienes razón, que soy el sobrino de Irina. Además a nadie le vienen mal unos miles de euros —añadió restándole importancia a lo que acababa de afirmar. Puedes quedarte aquí esta noche y mañana puedes traer a

Nikolay. Nos las arreglaremos.

Oxana aumentó la presión sobre su mano. Santiago pensó que las llamas le saldrían por la boca, como a los faquires.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 18

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Cuando Santiago asomó la cabeza y comprobó que la joven seguía allí, aparentemente dormida, pensó que su vida no solo había dado un vuelco, sino que había dado un salto al vacío. Sentía que mudaba la piel y la dejaba tirada en el camino, como las serpientes. Oxana, una mujer cuya proximidad bastaba para que sintiese que estaba a punto de estallarle la cabeza, había pasado la noche en su sofá. Bellísima.

Oxana tenía las pestañas rubias, como el cabello, y la piel levemente traslúcida. Sus ojos cerrados eran dos delicadas curvas, como dos sonrisas. No pudo reprimir el impulso y, casi sin darse cuenta, se aproximó para contemplarla de cerca. La nariz airosa, la boca perfecta y rosada, las cejas como las pinceladas de un maestro. Adorable, hermosísima.

Se retiró de puntillas. No podía permitir que abriera los ojos y lo descubriera contemplándola. Demasiado denigrante incluso para él, cuya vida era un verdadero desastre y parecía colgar de un puente roto. Y, si además eran parientes en algún grado, el asunto carecía de futuro.

Preparó café por hacer algo, él siempre tomaba el primer café en el bar. También todos los siguientes.

Oxana despertó poco después y se retiró los restos del sueño frotándose ojos. En su mirada todavía se adivinaba el rastro de las lágrimas. No había extrañeza en su expresión, sino una forma de amable familiaridad.

—Gracias por dejarme dormir aquí. No me siento muy segura en la calle y regresar de madrugada... Además hoy Lizaveta libra por la mañana.

—No es nada. Me gusta tener compañía. —Era mentira, desde luego. Detestaba tener visitas y abominaba de las que pretendían quedarse a dormir, pero pensó que era oportuno decir algo así.

—Comprendo. ¿Quieres un café?

—Sí, claro. Un café estaría bien.

Abrió los postigos y dejó que el sol se colara hasta el último rincón. Oxana se puso en pie y se despezó. Al hacerlo, la camiseta dejó entrever su ombligo y

Santiago se obligó a apartar la mirada. Aquella mujer tenía el extraordinario poder de llegar hasta sus tuétanos, de acelerar su sangre y de elevar la temperatura ambiental sin proponérselo, con un parpadeo y un rectificar la trayectoria de su mirada. No le hubiera extrañado que con un pequeño esfuerzo pudiera invertir la rotación de la tierra o la secuencia de los días y las noches.

Sirvió el café directamente de la cafetera en la mesa del salón que llevaba semanas sin usar. Se alegró de haberle quitado el polvo la tarde anterior. Fue un placer sentarse frente a ella, aproximarle una taza, ofrecerle el azúcar y unos restos de pan tostado que encontró en el fondo de un armario tras desestimar un par de magdalenas que verdeaban. El café era espantoso, un brebaje repugnante. Lo sorbió despacio, como una purga.

—Tú dirás. He telefoneado diciendo que no me encuentro bien.

—Dame unos minutos. El tiempo de tomar el café y pasar por el lavabo.

Y, tras apurar el café y el pan tostado, perderse en el lavabo durante unos minutos y salir de allí con el pelo recogido en una cola, Oxana le explicó sus planes.

Santiago asintió por hacer algo. No conseguía comprender cómo una mujer como aquella podía haberse enamorado de un tipo como el tal Alexei, un hombre sin escrúpulos.

—Debes firmar un documento aceptando la herencia de Irina ante notario, pero debes llevar tu documento de identidad y tu libro de familia y, si lo tienes, también el de tu padre. O cualquier documentación en la que puedan constar sus padres, tus abuelos.

Santiago asintió, lo guardaba todo en un cajón, su padre era una persona ordenada.

—Si vamos hoy mismo enviaremos la documentación a Moscú, a la persona que administra los bienes de Irina con nuestros números de cuenta. Nos ingresarán la mitad a cada uno, pero es posible que tarden unos días. Por eso te pedí que me dejaras quedarme aquí, porque no tengo dónde ir. Puedo pagarte lo que creas...

Negó con determinación. No necesitaba su dinero. Ni se le pasó por la cabeza poner algún reparo.

Definitivamente había mudado de piel y se había encajado la del ayudante de un superhéroe.

—Tenemos que tomar algunas precauciones. Creo que Yuri no me siguió hasta aquí, pero por si acaso...

Salieron con unos minutos de diferencia. Primero él, impostando cara de despreocupación. Más tarde Irina, que no avistó a Yuri en las proximidades. Se

encontraron en el despacho del notario al que accedieron por separado.

CAPÍTULO 19

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Llevaban un cuarto de hora varados en la zona azul sin abandonar el coche ni un instante. Oxana se ocultaba tras unas gafas de sol con las que hubiera podido soldar las tuberías de un rascacielos. Escondía el cabello bajo una gorra negra y se mordía las uñas de pura impaciencia. Santiago se felicitó por no haber vendido el Ibiza que había heredado de su padre y que dormía el sueño de los justos en un descampado a la intemperie. Hacía semanas que no lo había movido.

Lizaveta se retrasaba y no contestaba al móvil. Oxana apenas conseguía controlar la ansiedad. Ninguno de ellos había puesto todavía el pie en la acera, se habían dedicado a esperar su aparición y a escrutar cada rincón de la plaza casi desierta a la que Lizaveta debía acudir con Nikolay.

Necesitaban un buen lugar, un sitio discreto y alejado del piso de Santiago. Se habían citado junto a una plaza arbolada, un lugar muy poco concurrido a media mañana de un día laborable, y esperaban justo en una esquina. Era un lugar sombreado y tranquilo, frecuentado por las familias adineradas que se repartían el barrio de la zona alta. El automóvil apenas podía verse desde los bancos, quedaba casi oculto por los arbustos que circundaban el parque. Santiago se sentaba al volante, Oxana no dejaba de mirar en todas direcciones.

Desde su asiento frente al volante Santiago podía ver a un par de chicas que charlaban sentadas en un banco, a varias canguros que no apartaban la mirada del móvil mientras custodiaban los correspondientes cochecitos de bebé y a dos asistentes de tez oscura procedentes de países remotos que paseaban a ancianos casi exánimes en sus sillas de ruedas mientras conversaban entre ellas animadamente.

La mañana avanzaba y las nubes, cada vez más oscuras, le daban al cielo el color de la hojalata. No tardaría en llover. Lo que por lo general era una buena noticia para Santiago, al que la lluvia le alegraba los días; no se lo pareció en aquel preciso instante en el que la intranquilidad le revolvió el estómago y le agriaba la boca. Era como moverse en el interior de una lata, como sobrevivir

bajo una irregular cúpula de chapa que se elevase a poca altura. En el Ibiza blanco no sobraban ni el aire ni el espacio.

Oxana llamaba por enésima vez a Lizaveta, que seguía sin responder. Maldecía en ruso, respiraba apresuradamente y parecía muy angustiada. De vez en cuando se retiraba las enormes gafas oscuras de los ojos, esperaba distinguir la silueta de su amiga en la distancia. Santiago no era un hombre valiente y el arrojo le llegaba justo para sobrevivir en el medio moderadamente hostil de las reuniones de trabajo y para mantener a Rosa a raya con algún desplante. Poco más. Tuvo la leve sensación de que le faltaba el aire. Sentía el corazón acelerado y los intestinos alborotados.

Bajó la ventanilla, asomó la cabeza y respiró profundamente varias veces. Rosa le había hablado mil veces de las bondades de una correcta respiración. No notó alivio alguno.

Oxana bajó del coche. Quiso retenerla, recordarle que era mejor no dejarse ver. No lo hizo. La joven se alejó unos metros en dirección al centro de la plaza y regresó casi corriendo un par de minutos después.

—Ya vienen. Ha pasado algo, estoy segura, pero ya están ahí.

Una chica alta, muy delgada y con cara de susto se aproximaba a buen paso empujando un cochecito rojo. Traía el ceño fruncido y la zancada larga. En su interior, un niño de pelo ondulado y muy rubio movía la cabeza como si negara. Nikolay recordaba a su madre. Tenía la piel muy blanca y los ojos muy azules, pero su rostro era algo más alargado y sus labios muy finos.

—Ella es Lizaveta, Lizaveta Demidova, mi mejor amiga —la presentó Oxana mientras sacaba a Nikolay del cochecito y le estampaba un beso en la frente.

Lizaveta inclinó la cabeza a modo de saludo y se encargó de dejar el cochecito reducido a su mínima expresión, algo parecido a un paraguas voluminoso.

—Él es Santiago.

La chica no preguntó, tampoco tendió la mano para estrechársela. Era de movimientos rápidos y certeros y Santiago se sintió en franca y manifiesta inferioridad. No hizo preguntas. Lizaveta se limitó a mirarlo de refilón y a fruncir los labios. Parecía contrariada. Ambas se sentaron detrás, Oxana con el niño en su regazo.

Si fijaba la mirada en el retrovisor Santiago podía observar a la recién llegada. Era rubia y tenía el pelo larguísimo y lacio y la elegancia natural de un caballo de raza. Tenía el porte que algunas personas reciben incorporado a sus genes como otras, mucho menos afortunadas, heredan la calvicie, el exceso de

peso o la baja estatura. Vestida de blanco de la cabeza a los pies recordaba a una de aquellas modelos famélicas a las que Santiago nunca había encontrado el menor atractivo y que encarnaban, a juzgar por las evidencias y en contra de lo que pensaban las civilizaciones primitivas, el ideal estético del siglo en curso y de finales del anterior.

Oxana miró al frente a través del cristal delantero. Las primeras gotas estallaban contra el parabrisas mientras las nubes parecían prepararse para un inminente fundido a negro. Inclino la cabeza hacia delante y estampó otro beso en la coronilla de Nikolay, que parecía abstraído contemplando el exterior.

—Yuri ha estado en el piso. Liuba me ha llamado desde una cabina en cuanto ha salido, estaba muy asustada, la ha amenazado, pero ella se ha limitado a decirle que me fui hace unos meses, que ya no vivo allí. Por suerte no estaba sola, Pavel estaba allí con su novio. Ya sabes.

Lizaveta hablaba un inglés que a Santiago le resultaba comprensible. Oxana se sobrecogió.

—Parece ser que ayer volvió y esperó a alguna de las chicas de la inmobiliaria cuando salió a desayunar, se le acercó, se puso violento y la chica acabó por hablar. Y la muy desgraciada no lo ha contado hasta hoy. Por suerte ella no sabía mi dirección exacta por eso lo viste rondando por allí. No sé cómo ha localizado el piso. Debe haber estado preguntando por la chica rusa y alguien... No lo sé, tampoco importa mucho, el caso es que sabe dónde vivo y estoy en un lío.

Lizaveta buscó en el bolso que llevaba cruzado sobre el pecho y sacó un paquete de tabaco. Prendió un cigarrillo, aspiró, bajó la ventana y cientos de gotas atravesaron el humo.

—Ha registrado mi habitación. Suerte que lo sacamos todo a tiempo. No quedaba nada que pudiera comprometernos, nada que llevara mi nombre. Se ha llevado su móvil, el de Liuba, quería conseguir mi número a cualquier precio, por eso lo he apagado y he quitado la batería. En cuanto avise a mis amigos, me libraré de él. No quiero que me localice.

Oxana asintió.

—No puedes volver allí. Ni a la oficina, Lizaveta. No sabes cómo lo siento. Yo no quería perjudicarte. Si hubiera podido hacer otra cosa...

—No te preocupes, estaré bien —aseguró resoplando.

El interior del automóvil se llenó de humo. A Lizaveta parecía funcionarle lo de la respiración profunda.

—Tengo otros planes.

Su aspecto distinguido contrastaba con sus modales desinhibidos, pensó

Santiago, que bajó unos centímetros el cristal de su ventanilla. La joven dio un par de caladas al cigarrillo y lo arrojó a la calzada en la que el agua empezaba ya a encharcarse. Se apagó en pocos segundos.

—Tengo unos días de vacaciones, ya te lo expliqué, de hecho las empecé la semana pasada, cuando dejé de ir a trabajar porque pensamos que Alexei podía...

—Lo siento —repitió Oxana, que descansaba la barbilla sobre los rubios rizos de Nikolay—. En cuanto reciba el dinero de Irina podré compensarte por lo que has...

—No quiero tu dinero, ni el de Irina. No seas tonta. No quiero nada —la atajó con un gesto contundente de la mano que segundos antes sujetaba el cigarrillo—. No te preocupes, iré a la Costa Brava, conozco a un par de chicas que andan por allí. Dicen que hay trabajo, y tienen contactos. No hay tanta gente que hable ruso, inglés fluido y se defienda en castellano. Además, me conviene un cambio de aires. Algo me saldrá, estoy segura. Me iré hoy mismo. Valentina, la encargada de la inmobiliaria, comprenderá, sabe de qué va la historia. Si no encuentro nada le pediré que me asigne a otra oficina, tienen tres más fuera de Barcelona, seguro que habrá alguien que quiera trabajar en la ciudad.

La lluvia arreció sobre sus cabezas y el vehículo entero se convirtió en una caja de resonancia, Nikolay, alborozado, sacudió las manos en el aire mientras Oxana abrazaba a su amiga y Santiago ponía el coche en marcha. Detestaba conducir bajo la lluvia.

Se dirigieron al hostel en el que Lizaveta y Nikolay habían pasado la noche. Santiago recogió el equipaje que habían dejado en el cuartucho anexo a la recepción a nombre de Svetlana Korolenko y, no sin dificultades, lo metió todo en el maletero. Ninguna de ellas abandonó el automóvil.

Sin que el aguacero menguara un ápice, acompañaron a Lizaveta a la estación de Sants mientras ella encendía su móvil unos segundos y enviaba mensajes a sus contactos más íntimos alertándolos de que volvería a contactar en breve. Tampoco salieron del coche para un último abrazo a pie de calle. Lizaveta se alejó tan deprisa como le permitía el *trolley* y una enorme bolsa de deporte en la que arrastraba el mundo entero.

Santiago desconfiaba de cada coche que le adelantaba o del que se situaba a su altura. Era una sensación espantosa. En la Gran Vía, cerca ya de la Plaza de las Glorias y a quince minutos en coche de su casa, Santiago tiró el móvil encendido de Lizaveta a una papelería.

CAPÍTULO 20

BARCELONA, ABRIL DE 2016

—Solo serán unos días, te lo aseguro, nos marcharemos el viernes, cuando Alexei se haya hartado de buscarnos. Espero que se dé por vencido. No quiero perjudicar a nadie más. He pensado en todo. Viajaremos en autocar hasta París, los billetes se compran por internet y lo hice anteayer desde un locutorio, no quería comprometerte más de lo necesario. Además utilizo el nombre de Svetlana.

Santiago consideró que estaba ya bastante comprometido, pero calló, no dijo nada. Nadie le había puesto una pistola en la sien. Había ayudado a la bella desconocida rusa porque había querido, libremente, sin la menor coacción. Por pura debilidad. Ni tan siquiera había influido el hecho de que fueran parientes en segundo grado.

—No te piden casi nada, no dejas huellas. Es lo mejor. Y cuando lleguemos a París...

El viaje en autocar hasta París con una criatura de dos años no sería fácil, pensó Santiago mientras depositaba las llaves del coche sobre la mesa, se quitaba la camisa mojada y se rastrillaba con los dedos el cabello empapado. Intentó secárselo con una toalla, pero solo consiguió alborotarlo. Se sentía desarbolado, necesitaba recuperar sus hábitos, su rutinario día a día. Todavía sentía la respiración acelerada y el estómago como una hormigonera.

Oxana conseguía estimular todas y cada una de sus terminaciones nerviosas, también aquellas que llevaban toda la vida en estado de reposo. La joven rusa intentaba hablar deprisa, pero emplear una lengua ajena no facilitaba las cosas. Le costaba encontrar las palabras adecuadas y formular el tiempo verbal conveniente en cada ocasión. Muy a menudo cabeceaba de pura rabia. A Oxana los pensamientos se le atropellaban en la mente alborotados por la urgencia y acudían en desorden a sus labios. Cambiaba de tema en una milésima de segundo y a Santiago le costaba comprender la deriva de su parlamento.

—No tardarán en ingresarnos el dinero. En cuanto comprueben la documentación.

Debía reconocer que Oxana había pensado en todo, había calculado cada movimiento y había previsto cada dificultad, le había indicado incluso el sentido en el que convenía aparcar el coche junto al parque para salir de allí lo antes posible si pintaban bastos.

Acababan de llegar y Nikolay, que se había dormido durante el trayecto, descansaba ajeno a todo tendido en el sofá. Oxana estaba junto a él. La mirada intensa, brillante, enardecida, la voz exaltada, las manos revoloteando de entusiasmo, el cuerpo entero tenso como cuerda de violín.

—Te dije que no lloraría. Es un ángel. Ya te lo dije.

Era un niño verdaderamente guapo y, abandonado al sueño, la mejor imagen del bienestar y la paz. Oxana se quitó el impermeable y se quedó con un top negro y unos *leggings* del mismo color. Santiago pensó que no había visto en la vida mujer más perfecta ni más deseable. Se sintió incapaz de controlar sus reacciones más primarias, las que sospechaba que se habían esfumado con el correr de los años. Se levantó y se perdió en su habitación con el propósito de sacar una camiseta de su armario. No se reconocía a sí mismo en el hombre capaz de experimentar un deseo tan intenso, tan imperioso. Tan incómodo.

Si se hubiera dejado llevar por los impulsos recibidos directamente desde su cerebro reptiliano hubiera procedido a besar los labios de aquella mujer y a palpar sus pechos sin pedir permiso ni conformidad. Evitó pensar en lo que hubiera hecho a continuación para no aumentar el apuro.

—Desde allí pasaremos a Inglaterra, tengo una amiga en una ciudad pequeña, poco más que un pueblo. Pocos habitantes, muy pocos, y bastante alejado de cualquier ciudad importante. Un rincón en el que empezar una nueva vida. Su marido, Henry, es inglés y tiene un bar y una zapatería, trabajaré allí. Alexei no sabe nada de ella. Nunca le hablé de Dasha, de eso estoy segura.

Se interrumpió y le miró a los ojos.

Santiago se quedó paralizado ante ella con las manos enlazadas a la altura del vientre.

—Puedes venir a vernos, te haré llegar nuestra dirección. Es mejor que por el momento no sepas mucho más, por tu bien y por el nuestro. No sé qué puede pasar. Quizás Alexei consiga dar con nosotros. Si pregunta y llega a saber que Irina ha muerto, quizás... Si yo lo hice, él también puede hacerlo...

Santiago asintió. La idea de perderla de vista le resultaba insoportable.

—Contactaré con mi padre más adelante. Por el momento tú eres casi la única familia que me queda. Me encantará que vengas a vernos.

—¿Y tu madre? Quizás quiera...

—No puedo contar con ella —contestó con un gesto de su mano que

indicaba que aquel tema quedaba zanjado.

Asintió de nuevo. Se sentía como uno de aquellos perros de plástico que algunos conductores colocan en la bandeja trasera y que sacuden la cabeza en señal de acatamiento al menor movimiento del vehículo. Iría a la primera oportunidad.

Casi la única familia que me queda. No había pensado en ello. Tampoco él tenía mucha parentela. El tío Jero tenía una hija, Paula, que vivía lejos, en Holanda. Se había casado con un holandés y residía desde hace años en La Haya, si no recordaba mal. No había vuelto a verla, tampoco al tío Jerónimo. El único hermano de su madre se trasladó a vivir a Alicante, provincia de la que provenía la familia, tras enviudar unos años atrás. Había dejado de recibir sus felicitaciones por Navidad. Quizás no era buena señal. Debería llamarle un día de estos.

Oxana se levantó, necesitaba pañales para Nikolay. Además estaba demasiado nerviosa como para permanecer quieta.

—No deberías... —apuntó Santiago.

—No te preocupes, no me han visto, puedes estar seguro. No nos han seguido. No me localizarán tan rápido.

Santiago se encogió de hombros, probablemente tenía razón, no debía preocuparse, estaba todo previsto.

—Has pensado en todo —observó.

—Sí, así lo espero. —Y sonrió satisfecha de sí misma y de cómo estaban saliendo las cosas.

Santiago la observó con la extraña sensación de ser la estrella invitada en una película de acción. Invitada a mirar y a pronunciar alguna frase sin la menor relevancia.

—¡Ah! Y debes dejar de llamarme por mi nombre. Recuérдалo. Ahora soy Svetlana Korolenko, no lo olvides. Seré Svetlana durante unos días. Lizaveta ya lo sabe. Y todo gracias a Irina, a su dinero, a ti... Además le debo el haberte conocido. Ha estado bien.

Permaneció cabizbaja unos instantes, apenas un par de segundos. Demasiada adrenalina en las venas.

—Me gusta pensar que ella también cambió de identidad, que en cierto sentido nos parecemos. Sus circunstancias eran otras, ya lo sé, lo hizo porque quiso, por soledad, por amor, por la necesidad de olvidar... Pero aparcó una vida para empezar otra mejor, hizo que sus conocidos la llamaran por su nuevo nombre, se negó a responder por ningún otro. Lo consiguió, fue otra. Fue Irina. Era una mujer valiente, era... No sé como... Me gustaría que la hubieras

conocido, me gustaría tanto...

Dejó la frase a medias, se puso de nuevo el impermeable, se encasquetó la capucha y se enrolló al cuello un pañuelo negro, salió al rellano y cerró la puerta tras de sí. Santiago consideró que, efectivamente, había estado bien. Quizás todavía tuviera una oportunidad con aquella mujer que ocupaba hasta el último rincón de sus hemisferios cerebrales. La vio avanzar con la cabeza baja en dirección a la farmacia cuya cruz verde destacaba en una esquina. No creía necesaria tanta prudencia, estaba convencido de que no les habían seguido, pero ella conocía a Alexei y a sus hombres mejor que nadie.

Los golpes imperiosos en la puerta le sorprendieron descalzo, con la maquinilla desechable en la mano y la mejilla derecha todavía con restos de espuma. Se sobresaltó y corrió a la entrada. Esperó unos instantes antes de abrir. Quizás alguno de los hombres de Alexei estuviera al otro lado dispuesto a descerrajarle un tiro en la frente. Sin desembarazarse de ese pensamiento se acercó en silencio a la mirilla e intentó distinguir la persona que se hallaba al otro lado de la puerta.

—Abre, Santiago. Soy yo.

Era apenas un susurro, pero identificó la voz de Oxana y su singular acento de tierras heladas. Abrió y la joven, que traía el rostro desencajado, empujó la puerta, entró y la cerró de nuevo procurando no hacer ruido. No traía los pañales, solo cara de pánico.

—Están aquí. Los he visto antes de salir a la calle —dijo.

Temblaba.

—Están aquí. Nos han encontrado —repitió y se apoyó en la pared para sostenerse—. Quizás siguieron a Lizaveta, no sé cómo... Nos han seguido hasta aquí. Y no nos dimos cuenta, pero están aquí. Acabo de ver a Yuri y a...

Santiago la sujetó por los hombros para evitar que las piernas dejaran de soportar su peso en cualquier momento.

—Son tres, también está Alexei.

—Tranquilízate. ¿Dónde están?

—Han entrado en la tienda frente a tu casa. La de la chica india.

—No puede ser.

—Nos han seguido, te lo aseguro. No sé cómo lo han hecho. He intentado controlarlo todo y...

Y Oxana, arrimada todavía a la pared del exiguo pasillo, se llevó las manos a la cara, ocultó sus ojos y gimió como si acabaran de clavarle una flecha en el hombro. Estaban tan cerca uno del otro que Santiago pudo advertir el miedo en su aliento. Imposible de describir, pero olía a miedo, a un terror insoportable.

—No puede ser —repitió Santiago, más por deseo que por convencimiento, y la abrazó.

El cuerpo de Oxana se agitaba entre sus brazos, sollozaba. Estaba a punto de derrumbarse.

—¿Te han visto? —susurró.

El champú de Oxana olía a frutas, a cerezas, a mango... A paraíso terrenal. Hubiera permanecido horas enteras con la cabeza de Oxana junto a la suya y la nariz justo detrás de su oreja.

—No. Estoy segura de que no. No me han visto.

Y ambos continuaron hablando en voz baja como si sus perseguidores no estuvieran en la plaza, sino al otro lado de la puerta del piso.

—Joder, ¿y ahora?

—Ahora necesito pensar —dijo Oxana recomponiéndose.

Y levantó la cabeza que había abandonado sobre su hombro, se retiró las lágrimas, ajustó la expresión, se deshizo del abrazo de Santiago y se sentó junto a Nikolay.

No esperaba menos de una mujer como ella.

A Santiago se le habían aflojado todas y cada una de las articulaciones y todo su organismo pareció licuarse en su interior, como si bajo la piel tuviera plomo fundido. Se acercó como pudo al balcón abierto y miró al exterior retirando apenas un par de centímetros la cortina de forma que el movimiento no fuera visible desde la plaza.

Un hombre alto y fornido, de unos cincuenta y muchos y con el cuello cubierto de tatuajes fumaba un pitillo apoyado en una farola mientras consultaba la pantalla de su móvil. La lluvia había amainado. Peinaba el pelo muy corto y tenía la barbilla afilada y los pómulos breves y altos, justo bajo las bolsas de sus ojos. Camisa oscura, americana de entretiempo, gafas de sol de espejo, zapatos en punta y bien lustrados, cadena de oro en torno al cuello y cara de «si me tocas un pelo te rajo y me deshago de tu cuerpo en un suspiro», completaban un conjunto que hubiera hecho saltar cualquier alarma. La americana, que le sentaba como a un santo dos pistolas, servía para ocultar el arma que necesariamente llevaba encima. Era alguien que nunca esperarías encontrar en un parque.

Más desubicado que un chupete en el culo, pensó Santiago. Eran palabras de Armengol y le sorprendió recordarlas justo en un momento tan delicado.

—El de los tatuajes es Yuri —susurró Oxana acercando su cara a la de Santiago para mirar al exterior—. El que está en la esquina consultando el móvil es Alexei. No veo al otro, pero está, te lo aseguro, son tres.

Alexei era un tipo alto y muy delgado y vestía como para asistir a una convención, también él parecía fuera de lugar en una plaza junto a un tobogán y un par de columpios que pedían a gritos una mano de pintura. El cabello castaño peinado con raya en medio le colgaba sobre las sienes como a un inspirado director de orquesta. Mantenía la mirada fija en la pantalla del aparato. Parecía irritado y golpeaba con la punta del zapato el soporte de una papelera como podría haber golpeado la cabeza de un adversario.

A Santiago su contemplación le helaba la sangre.

Yuri miraba ahora hacia el edificio en el que se encontraban, no hacia un piso concreto, escrutaba el edificio, todo él, desde el portal hasta el ático. Probablemente ignoraba el piso y la puerta tras la que se cobijaban. Durante unos instantes fijó la vista en el balcón y Santiago, protegido por la cortina, a punto estuvo de apartarse de un salto. El estómago se revolvió en su lecho de vísceras derretidas y el corazón enloqueció. También él necesitaba pensar. Se sentó en la butaca que retenía todavía la forma de su cuerpo, inclinó la cabeza y revivió cuanto había sucedido. Solo había una explicación.

Sin mediar palabra, Santiago se sentó junto a la mujer y con toda la delicadeza de la que era capaz descubrió las muñecas y los tobillos del niño dormido. No quería despertarlo. Oxana lo miró con desconfianza, no acertaba a entender. Santiago lo había comprendido al repasar los hechos. Tenía la seguridad de que no los habían seguido, era imposible. Por la rapidez con la que les habían encontrado era lógico pensar en una señal localizadora. Justo bajo el calcetín derecho Nikolay llevaba una pulsera roja sujeta al tobillo. Intentó que el niño no se despertara y, con los dedos algo torpes del que no trata con criaturas a menudo, dejó al descubierto la estrecha banda de silicona que, en un abultamiento con forma de mariposa, albergaba un gps.

—¡Lizaveta! ¡Hija de puta!

Siguieron otros apelativos de parecido calibre, no todos inteligibles, no todos en castellano.

—Podría haberse llevado a Nikolay. Si no lo ha hecho es porque te quiere a ti. Quiere silenciarte. Y a mí. Te quiere callada para siempre —reflexionó.

—Tendrá todo lo mejor. Todo lo mejor —Oxana repitió las palabras empleadas por Alexei para convencerla de que renunciase a la tutela del niño—. Será cabrón. Un localizador en el tobillo, el mejor del mercado. Seguro. Es un hijo de puta, un hijo de la gran puta. Te lo dije. Sabía que no podía permitirme ningún fallo y sin embargo... Todo lo mejor, la última tecnología, la mejor. Lo sabía. Podía imaginármelo, pero Lizaveta...

Airada, casi colérica, se levantó con la intención de despojar al niño de la

banda que podía acarrearles la perdición. Santiago la sujetó por un brazo y la obligó a volver a sentarse.

—Pensemos. Saben más o menos dónde está tu hijo, quizás puedan concretar el portal, casi seguro, aunque también es posible que duden entre varios. Si nos ponemos en lo peor, si tienen la certeza de que se encuentra aquí, este bloque tiene seis plantas si cuentas el entresuelo y el ático y cuatro puertas en cada planta. Eso son veinticuatro pisos. No pueden entrar pistola en mano en cada piso.

—No tienes ni idea de lo que pueden hacer. Es posible que esté llamando a más hombres. Es...

—No sabemos qué pretenden hacer, quizás decidan esperar a que salgamos, aunque lo dudo, no se dejarían ver, pero por el momento no creo que sepan que Nikolay está en el 2.º, 3.ª.

Oxana tardó unos instantes en responder.

—Yo ya no sé qué creer, pero supongo que tienes razón. No pueden saberlo.

—Por otra parte conviene que no lleguen a saberlo. Tú te vas a Gales, pero yo seguiré viviendo aquí. Es mi piso, no tengo otro.

—Lo siento, lo siento mucho, Santiago. No quería causarte tantas molestias. No quería perjudicarte, te lo aseguro. Puedes venir con nosotros y...

—Por el momento tenemos que salir de aquí o bien despistarlos y hacer que se vayan. Luego, ya veremos. Ya decidiremos qué hacer después.

La proposición de Oxana no había caído en saco roto, pero por el momento no podía permitirse valorar la posibilidad de acompañarla en su huida. Santiago volvió a ponerse en pie y a mirar a la plaza. En aquel momento solo uno de aquellos hombres, Yuri, permanecía junto al súper con las piernas abiertas y las manos a la espalda, como si hubiera recibido instrucción militar. Los otros dos habían desaparecido, probablemente se habían acercado al portal, quizás empezaban ya la inspección de cada rellano.

Comprobó la doble cerradura de su piso y aseguró la cadenita que impedía el paso. Mejor ahora que cuando hubieran alcanzado el descansillo. Cuando regresó al salón, el hombre cruzaba la plaza con la intención de custodiar el portal y en la calle se encendían las farolas una tras otra. A Santiago le gustaba ese momento del día en el que la luz empezaba a declinar.

—Coge tus cosas, todas, intenta que no quede ni rastro. Quizás esperen a que salgamos o decidan ir piso por piso. No podemos saberlo, pero no creo que sean tipos muy pacientes. En todo caso mejor salir de aquí. Deprisa, no creo que tarden.

Oxana obedeció.

—Coge el cuaderno. No podemos dejarlo aquí.

Santiago se dirigió a la cocina, revolvió el primer cajón hasta dar con las tijeras, cortó la pulsera de Nikolay y se la metió en el bolsillo del pantalón.

CAPÍTULO 21

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Abrió la puerta tras comprobar a través de la mirilla que no había nadie en el rellano. Se asomó al hueco de la escalera. Escuchó cómo un hombre, desde la calle y en una lengua apenas comprensible, intentaba que una vecina, que Santiago identificó como la del ático, 1.^a, le abriera el portal. Hablaba de publicidad, intentaba convencerla de que era un repartidor de correo comercial, pero no resultaba creíble. Ni inteligible.

La vecina se negó en redondo. A la voz anterior se unieron otras. El hombre volvió a intentarlo, llamó a otros pisos y, de nuevo, infructuosamente. Sonó el timbre del 2.^o, 3.^a.

Y, aunque era previsible, Santiago a punto estuvo de desplomarse del susto.
—Vamos.

Rebuscó en un cajón hasta dar con una llave y cargó con la enorme bolsa en la que la joven trajinaba ahora todas sus pertenencias. Pesaba una barbaridad. El timbre volvió a sonar mientras Oxana cruzaba el umbral cargando con Nikolay, que empezaba a despertarse.

—Arriba —indicó.

Cerró acercando la puerta al marco muy despacio, intentando hacer el menor ruido posible. Subieron en silencio hasta la azotea. Nikolay protestaba quedo entre los brazos de su madre. Quería bajar al suelo, caminar, jugar. Oxana le suplicaba en ruso que no llorara, le prometía que muy pronto caminaría y que lo pasaría muy bien. Al menos eso era lo que imaginaba Santiago. Hablaba muy bajito y su voz era dulce, tan dulce como el perfume que desprendía su cabello.

Cuando alcanzaron el ático, Santiago se adelantó y continuó subiendo, sacó la llave que no recordaba haber usado nunca y abrió la puerta que permitía el acceso a la azotea. Deformada por el sol y la humedad, al tirar de ella la puerta combada sonó como si arrastrara un mueble muy pesado.

—¡Joder!

Y siguió tirando al tiempo que intentaba elevarla para que no rozase contra el suelo. Nikolay, asustado, gimió. Era el preludeo del llanto.

—Pasad, deprisa.

Alguien acababa de accionar el portero automático y las voces de sus perseguidores rusos procedían ya del interior de la escalera. Oxana también pudo oírlas y tapó la boca de Nikolay con la mano mientras salía a la azotea en la que caía ya la noche. El niño se agitó entre sus brazos.

—Va. Rápido.

Y tirando de la puerta hacia arriba volvió a cerrarla con llave. Esperaba que las propias voces ahogaran el ruido. Por el momento estaban a salvo. Cuando Alexei y sus esbirros llegaran al 2.º, 3.ª nadie les franquearía la puerta y, si entraban por la fuerza, encontrarían un piso vacío. Esperó que no quedara en él rastro alguno ni de la mujer rusa ni de su hijo.

Bajo la atenta mirada de Oxana se acercó a la barandilla que separaba el espacio del vacío y de la calle, mucho más abajo, y lanzó la pulsera frente al portal. Cayó sobre el techo de un coche oscuro, rebotó un par de veces pero no llegó a precipitarse al suelo. No todo tenía porqué salir mal. Quizás el aparato de avanzada tecnología había dejado de funcionar con el impacto, pero cabía la posibilidad de que la gruesa capa de silicona que lo protegía lo hubiera preservado del golpe. Si seguía emitiendo señal esta distaría muy poco de la que había recibido Alexei hasta entonces. De hecho apenas notaría una leve variación, un desplazamiento mínimo. Quizás siguieran buscando en el edificio o bien sus perseguidores saldrían de nuevo a la calle. Si al abandonarlo localizaban la pulsera sobre el automóvil era lógico pensar que acabarían por desestimar el bloque.

Sonrió casi involuntariamente al pensar que quizás, aquella misma noche o a la mañana siguiente, el propietario utilizaría el vehículo y la señal, de continuar viva, seguiría una trayectoria imprevisible. Alexei y sus hombres podían volverse locos.

Oxana también sonrió.

—Creo que sé lo que estas pensando —cuchicheó sin retirar la mano de la boca de Nikolay que seguía rezongando.

Y, elevándose un poco sobre las puntas de sus pies y con Nikolay entre ambos, le plantó un beso en los labios. Era un beso nacido de la gratitud y del desamparo. No significaba nada. Santiago lo sabía, no era de los que se dejaban engañar por los gestos ajenos, pero era un beso al fin y al cabo.

—Creo que será mejor si nos alejamos.

Oxana asintió.

Saltaron, uno tras otro, los muros que separaban las azoteas oscuras y desiertas. En ningún momento perdieron de vista la plaza. Nezha abandonó el

súper al ser relevada por su primo. Santiago la vio alejarse envuelta en su pañuelo rojo y con una bolsa en la mano.

Alcanzaron una esquina y avistaron la calle perpendicular que moría en la plaza. Apenas quedaba nadie en las aceras. No habían visto salir a los rusos del portal. Todo indicaba que seguían en el edificio. Probablemente procedían al registro de los pisos. Era de prever que algún vecino avisara pronto a la policía. El automóvil oscuro tampoco se había movido de la plaza que ocupaba y nadie había retirado la pulsera.

En cada ocasión, en cada azotea, Santiago había comprobado la puerta de acceso a la escalera. Siempre en vano. Un barrio de gente precavida, pensó.

¡Mierda!

Se sentaron al cobijo de un muro bajo en la azotea de la esquina, la que daba a dos calles. Había ropa tendida en algunos alambres y ambos esperaban que sus propietarios subieran a recogerla en algún momento antes de la medianoche.

Oxana sacó una galleta del bolso que llevaba cruzado sobre el pecho y se la dio a Nikolay al tiempo que le ayudaba a ponerse en pie. El niño se la llevó a la boca y correteó de un extremo a otro del espacio cercado. Santiago esperaba no tener que pasar la noche allí, a la intemperie y con una criatura demasiado pequeña para entender que no habría cama ni cena ni pañales limpios.

Observó el cielo. Por fortuna las nubes eran pocas y la luna creciente se asomaba de vez en cuando para iluminar el extraño paisaje de alambres, antenas y ropa en movimiento. Nunca antes había estado allí. Tendía la ropa en la pequeña galería que daba a un patio de luces y que era una prolongación de la cocina, como casi todos los inquilinos. A Santiago le gustaba contemplar la noche y acostumbraba a detenerse a admirar la luna llena. A menudo, según el mes en curso, alcanzaba a verla desde su pequeño balcón en el 2.º, 3.º. En mejores circunstancias hubiera podido extasiarse ante la perspectiva del cielo desde los tejados.

La temperatura había bajado unos grados y soplaba una brisa ligera que subía desde el mar. Oxana se estremeció y buscó en la bolsa de viaje el impermeable que había guardado minutos antes, cuando, sofocada por el terror, había recogido sus pertenencias, y una sudadera oscura para Nikolay.

—Creo que puedo encontrar algo para ti.

Negó con un gesto y de nuevo miró hacia la calle. No sentía frío.

Alexei y sus hombres seguían en el edificio.

Mala señal.

CAPÍTULO 22

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Alexei y uno de sus hombres salieron del edificio. Alcanzaron la calle mirando en todas direcciones y con el actitud y el hablar airado; ninguno de ellos advirtió la pulsera sobre el coche. Por sus gestos, Alexei parecía acusar al ausente mientras seguía observando la pantalla del móvil.

El hombre que faltaba y que Santiago identificó como Yuri, apareció instantes después en la azotea a la que había accedido, sin duda, con las llaves de algún vecino. Por suerte, el ruido de la madera al rozar contra el suelo les había permitido parapetarse en un suspiro. Casi de noche, y ocultos como estaban tras una pared baja a casi cuarenta o cincuenta metros de distancia, el ruso no consiguió verlos. Permaneció allí unos minutos, saltó un par de muros sin aventurarse a llegar hasta la esquina y se plantó de nuevo junto a la puerta abierta con los brazos en jarras oteando en la oscuridad y hablando casi a gritos por su teléfono móvil.

Mientras tanto, Oxana, de espaldas al muro, intentaba descifrar lo que decía sin dejar de sujetar a Nikolay, que pretendía echar a correr, y de tapar su boca con la mano para evitar que el matón pudiera escuchar su llanto. Temblaba. Santiago, junto a ella, hacía cuanto podía por conservar la compostura. No estaba acostumbrado a asumir riesgos.

El hombre desapareció poco después sin molestarse en cerrar la puerta. La luz de la escalera, gobernada por un temporizador, iluminaba de vez en cuando el espacio más cercano a la estrecha abertura que conducía al ático. Santiago maldijo a toda su estirpe y resopló sonoramente. Oxana dejó escapar un suspiro al tiempo que liberaba la boca de Nikolay de la presión de su mano.

Se aventuró a mirar hacia la calle. Pudo comprobar cómo Alexei consultaba ahora un artilugio que él mismo llevaba sujeto a la muñeca. Quizás la pulsera seguía activa. Un chisme sorprendente. Lo vio desesperarse, lo oyó gritar, dar órdenes, buscar él mismo entre los coches cercanos, peinar la plaza, hablar por el móvil y entrar en los locales abiertos. Desconcertado y colérico parecía capaz de levantar la plaza y volar sus alrededores.

Santiago no querría, por nada del mundo, estar en la piel de Yuri. El ruso de la americana ligera y las gafas de sol, el mismo que minutos antes había aparecido en la azotea a pocos metros y que todavía no había puesto el pie en la calle. Con toda probabilidad montaba guardia acojonado en el portal o en algún rellano. Una medida de seguridad que hacía imposible que Santiago, Irina y Nikolay pudieran volver sobre sus pasos y regresar al piso o alcanzar la calle.

También pudo observar cómo algunos vecinos de su escalera se asomaban a las ventanas y escrutaban los movimientos de los inspectores especiales que aseguraban investigar un asunto relacionado con la mafia rusa y que a duras penas sabían formar una frase correcta. Saltó un par de muros y se aproximó lo justo para alcanzar a oír lo que comentaban.

—Por eso son especiales, porque vienen de Rusia, seguro que es algo muy gordo. ¿No lo entiendes? —le había señalado una vecina a su marido desde la ventana en dirección al interior de su vivienda—. Tú desconfías de todo el mundo —añadió la mujer; al parecer, el marido en cuestión no quería dejarlos pasar.

Alguno de sus vecinos con dos dedos de frente, había alertado al verdadero cuerpo de policía y un vehículo de los Mossos d'Esquadra asomó en una esquina sin sirena y sin luces giratorias. Descendieron un par de policías. Alexei y su esbirro, que seguían en la plaza vacía, se esfumaron de inmediato por la esquina contraria.

Uno de los vecinos de la primera planta alertó a los mossos y les indicó el lugar por el que habían desaparecido. Los agentes no mostraron el menor interés en iniciar una persecución nocturna. Se marcharon poco después de haber hablado con un par de vecinos que bajaron a la acera y haber tomado alguna nota a pie de calle. Prometieron elaborar un informe.

De Yuri, ni el menor rastro.

Santiago se impacientaba. Nunca imaginó encontrarse atrapado en una azotea. Había considerado la posibilidad de golpear la puerta de acceso a alguna de las escaleras hasta hacerse oír, pero prefería no llamar la atención del vecindario. Ni la de Yuri, por supuesto. Lo imaginaba cerca de la puerta y atento a cada movimiento en la escalera o en sus aledaños.

Dieron las once de la noche y Nikolay lloraba de sueño, de hambre y de agotamiento. Era un llanto leve, pero imposible de ignorar. Oxana hacía lo que podía para mantenerlo en silencio. Desalentada, asustada y exhausta, había dejado la iniciativa en sus manos. Santiago pensó que le venía grande, pero no se atrevió a reconocer sus carencias ante ella.

Minutos después, cuando el encargado del bar de la plaza bajaba ya la

persiana y el primo de Nezha dormitaba sobre el mostrador, Santiago oyó el ruido que disparó su corazón e hizo que se pusiera en pie de inmediato, a cara descubierta y sin reservas. Se maldijo a sí mismo por bajar la guardia como un cretino y reaccionar a bote pronto sin valorar las consecuencias. Era un botarate metido a héroe. Ni tan siquiera un mal aficionado.

Oxana, mucho más cerebral, tiró de su manga para indicarle que volviera a ocultarse tras el muro. Obedeció, pero lo hizo solo a medias, puso rodilla en tierra y continuó mirando asomando apenas los ojos por encima del muro de separación.

En la azotea vecina a la que se encontraban alguien intentaba abrir una puerta con el inconfundible arrastrar de la madera sobre el suelo y una línea de luz creciente entre la hoja y el marco. Era una mujer joven que acabó por empujar con decisión y el consiguiente estrépito. Salió y, en pijama y chancletas, se acercó con paso cansino a los alambres.

Santiago se puso en pie despacio y habló en voz baja. No pudo evitar que la mujer se sobresaltara y diera un paso atrás con la mano en el corazón y todo el pavor que cabe en un rostro.

—Perdone, no quería asustarla. No voy a hacerle nada. Se lo aseguro.

Había unido las palmas frente al pecho, como si rogara sin atreverse todavía a saltar el muro. Se aproximó despacio y con las manos en alto, como en las películas. No pudo evitarlo. Las bajó poco a poco al empezar a hablar.

—Por favor, no se asuste. Nos hemos quedado encerrados en la azotea, ha sido un despiste. Es difícil de explicar. La persona que nos acompañaba se ha ido y ha cerrado.

La mujer se había acercado ya a la puerta para huir escaleras abajo.

—Por favor. No tenga miedo. Soy un vecino, se lo aseguro —añadió levantando de nuevo las manos, como si un pelotón lo arrinconara junto a un paredón—. Soy un vecino del número 21.

Santiago se felicitó a sí mismo por haber alterado el número del portal. Estaba aprendiendo a ser cauteloso. Le ordenó a Oxana que se pusiera en pie. Obedeció con su hijo en brazos. La mujer temblorosa apenas acertó a abrir la boca. Era muy joven y pretendía recuperar la bata de cuadros rojos que su hijo utilizaría en la guardería al día siguiente, la misma sobre la que había derramado medio plato de sopa durante la comida.

Parecía cansada y tardó en tranquilizarse y acercarse de nuevo a los alambres. Seguía con la mano a la altura del corazón cuando se atrevió a preguntar:

—Pero... ¿Cómo...?

—Es largo, un error. Un error estúpido. La persona que nos acompañaba se marchó y cerró... No nos dimos cuenta y no llevamos el móvil encima. Habíamos subido a enseñarle la luna y... Si nos permite...

Y casi a hurtadillas saltaron la pared baja y se acercaron a la puerta. La mujer se apartó a su paso. Todavía le temblaban las piernas.

—Muchísimas gracias. Y lamento mucho haberla asustado. No era nuestra intención.

Desaparecieron escaleras abajo, pasaron ante la puerta del ascensor, pero no se molestaron en llamar, siguieron bajando. La mujer, con la bata de cuadritos rojos en una mano, y la llave de la azotea en la otra, lo hizo unos segundos después. Cuando alcanzaron el portal, Santiago abrió la pesada puerta y dejó que volviera a cerrarse sin pisar la acera. Quería que la mujer pensara que habían salido a la plaza para regresar a su casa, en el número 21, y que lo habían hecho inmediatamente. Por fortuna, la vecina ignoraba que vivía en el 23 y si alguien preguntaba no podría facilitar la referencia adecuada. Estaba aprendiendo de Oxana a no dejar rastro ni pistas que seguir. La joven madre residía en el ático y no tenía el menor interés en seguir indagando.

Desde el portal llamó a un taxi.

Le informaron de que tardaría unos diez minutos. Esperaron a oscuras sentados en completo silencio en uno de los escalones del arranque de la escalera. Oxana no preguntó nada. Santiago pensó que era mejor así.

Los minutos fueron casi quince.

CAPÍTULO 23

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Pensó tan rápido como pudo. No era fácil. Sentía miedo y su mente procesaba demasiadas cosas a la vez. Un verdadero caos. Un atolladero. Oxana no había abierto la boca y él no era dado a asumir más responsabilidades de las estrictamente necesarias.

Cuando el taxi se detuvo frente al portal y atravesaron la acera furtivamente hasta desaparecer en su interior, había conseguido tomar una decisión. Había recordado varios hoteles de paso junto a una de las salidas de la Ronda de Dalt en una de las poblaciones del primer cinturón. Cualquiera de ellos serviría. Buscaba uno de esos establecimientos baratos y sin el menor encanto que diseñaron todos iguales con el emblema, los colores y la falta de prestaciones que distinguía a una franquicia de su competidora. Hoteles para hombres de negocios de poca monta, para las frías madrugadas sin techo y sin mucho dinero y para algún que otro lance fuera del matrimonio.

Sabía que en algunos de ellos habían llegado a prescindir incluso del personal en la recepción. Hombres y mujeres habían sido substituidos por máquinas expendedoras de tarjetas que activaban el acceso a las habitaciones. El equipo de limpieza resultaba algo más difícil de reemplazar. Automatizado o no, en uno de aquellos hoteles pensados para estancias cortas, el anonimato estaba garantizado.

En un mostrador verde lima a juego con las paredes del diminuto vestíbulo, el rodapiés y el logotipo de la firma, un chico muy joven de ojos claros, patillas de forajido y diminuta perilla de mosquetero al servicio de su majestad anotó el nombre falso de Santiago. No puso el menor reparo cuando este afirmó que ni él ni Oxana llevaban encima el DNI ni cuando, con el rostro compungido, se ofreció a dictarle el número que, siempre según Santiago, recordaba de memoria y del que, alteró los tres números finales. Si algo había aprendido en las complicadas circunstancias en las que se encontraban, era lo más obvio, que toda precaución era poca.

El joven anotó la secuencia con manifiesta desgana y cobró el importe de

dos noches, las que faltaban hasta el viernes, día en el que Oxana había previsto subir al autocar con destino a París. Día aciago en el que la perdería quizás para siempre. Intentó no pensar en ello. Tampoco era fácil.

Sin apenas mirarles a las caras les entregó dos tarjetas de una misma habitación que podían utilizar a modo de llave y no se molestó en desearles buenas noches. No sentía ningún interés. Mejor así. Sin el menor comentario, Santiago le tendió a Oxana una de ellas y se alejaron del mostrador. Era indiscutible que el chico cobraba una miseria y que no estaba dispuesto a realizar el menor esfuerzo si no era imprescindible: inundación, incendio con víctimas, maremoto...

Antes de que alcanzaran el ascensor había recuperado su móvil y subido a Facebook un nuevo comentario sobre la mierda de sueldo que cobraba y lo injusto que era el mundo en general y su universo en particular. Tampoco es que el chico fuera una lumbrera.

La habitación era pequeña y sin ambiciones, casi austera. Santiago arrimó a la cama la única butaca de la que disponían y Oxana depositó sobre ella a Nikolay. El niño se agitó levemente hasta que su madre le tranquilizó acariciándole la frente y protegiendo sus ojos de la escasa luz con la palma de la mano.

—Dormiré toda la noche —aseguró.

Minutos después, se despojó del impermeable y de las zapatillas deportivas y se estiró en la cama con un suspiro. Santiago permaneció unos instantes de pie junto a la cabecera. No sabía qué se esperaba de él. Oxana golpeó el colchón con la mano abierta como si lanzara un reclamo. En la penumbra pudo verla sonreír.

—Ven aquí. ¿No tendrás miedo de mí?

Negó.

Solo tenía miedo de sí mismo.

Permanecieron largo rato insomnes uno junto al otro. Muy cerca. Tumbados sobre una cama desconocida, con los ojos abiertos y el temor alojado en el cuerpo. Santiago inmóvil. Oxana inquieta.

—Lo siento. Intenté pensar en todo. Ya lo sabes. No imaginé que Lizaveta pudiera traicionarme. Confiaba en ella, hubiera jurado que era mi amiga, mi mejor amiga —quiso excusarse.

—No te preocupes. Ahora estamos aquí, estamos a salvo, saldremos de esta.

Y lo dijo con un convencimiento que no sentía.

—Saldremos de esta —repitió.

Pensó que el momento requería algo así: contundente, sin fisuras.

—Lo sé —aseguró Oxana girándose hacia él, mirándole a los ojos y depositando un beso sobre su hombro—. Lo sé.

Y Santiago notó en el cuello el aliento tibio de la mujer. Sin duda aquella era una de sus zonas erógenas. Una de las más sensibles. Se sintió de nuevo como de puro fósforo. Una bengala a la que acaban de aproximar una llama.

Cuando Oxana cruzó el brazo sobre sus costillas y acarició su mejilla con la nariz, su erección era ya un hecho, como lo era la tensión en cada uno de sus miembros y su respiración acelerada. Demasiado confundido como para reaccionar, no se movió. Le paralizaba el miedo a no interpretar bien los deseos de Oxana, a cometer un error.

Esperó.

Oxana dejó una ristra de besos cortos sobre su cuello, justo bajo la mandíbula y permaneció con la boca a poca distancia de la suya. Instantes después Santiago consideró que ya no quedaba margen para el equívoco. Se giró hacia ella y olisqueó su cabello, acarició sus mejillas, su cuello y sus hombros intentando no recordar la proximidad de Nikolay.

Oxana se estremeció y abarcó su cuerpo con los brazos y lo rodeó con sus piernas. Se ciñó a él. Santiago se atrevió a desvelar sus pechos ocultos bajo el top deportivo. Ella le dejó hacer y sus cuerpos se enredaron. Santiago se sorprendió, tierno y audaz al mismo tiempo. Un hombre diferente, recién creado, resultado de una combustión interna sin precedentes.

Puro magma.

Progresó lentamente hasta las ingles y exploró entre sus piernas. Oxana le animaba a proseguir, susurraba cerca de su oído palabras en ruso, una lengua que nunca había creído apropiada para el amor y que se le antojó la más sensual de todas.

Hicieron el amor como si se acabara el mundo, por si el mundo se acababa. Oxana dominó su cuerpo como horas atrás había sometido su alma. Sin remilgos, sin miramientos, sin esfuerzo. Con el deseo en la piel, en la punta de los dedos, de la lengua, Santiago la penetró como si pretendiera atravesarla y ella lo recibió con placer. Con un placer intenso, urgente, fruto de un deseo descarnado y sin concesiones. Tan intenso que, por momentos, fue dolor. Y miedo. Un miedo presente en cada movimiento, en cada gemido, en cada caricia.

Permanecieron exhaustos e insomnes en la oscuridad durante horas. Cogidos de la mano y con la mirada perdida entre las paredes de la desangelada habitación de hotel.

—¿Recuerdas que tú y yo somos parientes? —preguntó Santiago con las primeras luces.

Y en la media luz del alba, Oxana arrugó el ceño.

Tardó en comprender.

A ojos de Santiago no había perfil más perfecto, ni voz más hermosa ni cuerpo más bello y acogedor que el de la mujer que yacía junto a él. La bella mujer rusa con la que difícilmente se hubiera atrevido a soñar.

—En segundo grado —objetó Oxana instantes después—. Primos segundos. No creo que sea grave —añadió negando con la cabeza y restándole importancia al delicado asunto del parentesco entre amantes—. Además, a mí me da lo mismo, pero si tienes algún problema...

La consanguinidad parecía no importarle en absoluto, un detalle sin la menor relevancia. Tampoco él apreciaba inconveniente alguno, pero le agradó su despreocupación, la naturalidad de Oxana al hablar de ello. Parientes en segundo grado.

—Yo no me preocuparía —había añadido.

Y Santiago acabó por decidir que no había motivo para la inquietud y siguió recordando con verdadero asombro la capacidad de la mujer para experimentar placer. Todavía pensaba en ello cuando media hora más tarde se puso en pie intentando hacer el menor ruido posible.

Durante la noche había decidido que acudiría al trabajo como cada día, que dejaría correr la jornada laboral como si nada hubiera pasado y que regresaría al hotel a mediodía para comprobar que Oxana y Nikolay estaban bien. Por su seguridad, ellos no se moverían, no pondrían el pie en la calle ni intentarían comunicarse con él.

No era lo que deseaba hacer. Hubiera permanecido durante horas en la cama junto a Oxana, mirando al techo, acompasando la respiración a la de ella o contemplando su hermoso perfil. Definitivamente, no era lo que quería hacer, hubiera deseado apurar las horas junto a ella, dejar pasar el tiempo a su lado muy despacio. Pero sabía que lo más conveniente era aparentar normalidad.

—No os mováis de aquí. No salgáis de la habitación. No creo que sepan dónde estamos, pero es mejor que...

En voz muy baja, casi cuchicheando, le explicó sus planes a Oxana, que no puso reparo alguno. No se moverían de allí, prometió. Tenía galletas y leche en la bolsa. Sobrevivirían. Entretendría a su hijo como pudiera, pero no pondría el pie en la calle, aseguró.

—Le he quitado la batería al móvil. Yo te llamaré desde la recepción solo si es urgente —advirtió ella.

Santiago asintió, se perdió unos instantes en el lavabo, hizo lo que pudo con su aspecto, que era francamente mejorable. Imposible remediar las bolsas bajo

los ojos, las ojeras del insomne, la barba de un día o la falta de una camisa apropiada. Por si fuera poco la camiseta lucía en rojo sobre negro el lema: Working Class Hero.

Cuando apareció de nuevo en la habitación, Oxana lo miró con media sonrisa, como si pudiera leerle el pensamiento.

—A mí me gustas.

—Es un consuelo, pero no creo que mi jefe opine lo mismo.

—Si puedes, al volver pasa por una farmacia, compra pañales y algo de comida preparada para niños. La necesitaremos. Y algún zumo.

Asintió y se despidió con un gesto de resignación y un beso en los labios.

Al poner el pie en la calle tardó unos instantes en orientarse. Al menos veinte minutos a pie lo separaban de la boca de metro más cercana. Desestimó la posibilidad de llamar a un taxi. Tardaría en llegar y cruzar la ciudad poco antes de la hora punta no solo le llevaría mucho tiempo, le costaría una fortuna.

El día era desapacible, nublado y algo ventoso. A la vista, el panorama desolador de un polígono industrial en el que apenas quedaban empresas. Solo un par de jóvenes con auriculares y cara de sueño que, como él, se encaminaban a buen paso en dirección al metro y los automóviles que aguardaban el momento de incorporarse a la circulación de la transitada Ronda de Dalt.

En las proximidades, varios coches grandes, caros y plateados, pero ni Alexei ni sus hombres parecían ocupar ninguno de ellos.

Resopló y echó a andar.

Tardaría una eternidad en llegar.

CAPÍTULO 24

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Al salir del ascensor se cruzó con Carles Armengol, uno de los pocos empleados de la inmobiliaria con los que de tarde en tarde compartía una cerveza y un rato de charla más o menos amable. Muy de tarde en tarde. Nada íntimo. Banalidades. Aun así era lo más parecido a un amigo. Un tipo verdaderamente raro y de ánimo siempre jocosos. Un verdadero experto en reírse de sí mismo y de sus propias excentricidades, que eran muchas y no todas menores. Entre ellas la de haber abandonado la carrera de Arquitectura cuando solo le faltaban dos asignaturas para licenciarse. Según él, perdió todo interés.

Santiago apreciaba su ingenioso sarcasmo y su pragmática manera de entender la vida. Era un tipo fornido, calvo y con unas manos como ensaimadas mallorquinas que pasaba todo su tiempo libre, y buena parte del remunerado, proyectando y construyendo trenes y estaciones en miniatura. Costaba imaginar que los dedos rollizos de aquel hombre pudieran manipular las diminutas herramientas de precisión que requería la delicada tarea o que pudieran ensamblar un vagón con todo su equipamiento interior. Sin embargo, como tantos imposibles, así era.

Armengol lo miró de la cabeza a los pies. Tenía una voz grave y poderosa poco apta para las confidencias, una voz que no acostumbraba a moderar en ningún caso. Ni tan siquiera lo intentó.

—Guauuuu. ¿Eres tú? ¿Te has levantado por tus propios medios o te acaban de exhumar?

—Una mala noche —se limitó a contestar llevándose un dedo a los labios para pedirle discreción y enfilando a toda prisa el pasillo hacia su despacho—. Y prefiero no hablar de ello.

—Entendido, *walking dead*.

Dos empleados se detuvieron para evaluar su aspecto de una ojeada. Bajó la cabeza, no se detuvo, no quiso explicarle que no solo había escapado a una persecución, sino que había dormido con lo puesto y había amado hasta la extenuación a la mujer más bella del mundo. No pensaba revelarles, ni a él ni a

nadie, que lejos de ser una mala noche, había pasado la mejor noche de toda su vida en un hotel de mala muerte con un niño muy pequeño a pocos palmos y en el punto de mira de un puñado de mafiosos rusos. Armengol hubiera gritado a los cuatro vientos que Santiago deliraba.

Afortunadamente, Rosa no había llegado cuando alcanzó su mesa. Durante unos minutos estaría a solas con sus pensamientos. Esperaba que no llegara a advertir que no solo vestía una camiseta poco apropiada, sino que calzaba sandalias. Se equivocaba. Rosa hizo su entrada hablando por el móvil con su hermana, una de ellas, la que había sufrido una depresión y cuyo ánimo se abismaba cada cierto tiempo.

Todavía no se había librado de la chaqueta color azafrán ni había colgado el bolso del perchero cuando advirtió que el aspecto de Santiago no era el acostumbrado. Interrumpió la conversación con la promesa de volver a llamar pronto y preguntó sin más preámbulos:

—¿Qué te ha pasado? ¿De dónde sales?

—Nada importante.

—No me vengas con esas. Eres un tipo raro, pero esto... —Y señaló su camiseta, sus pies, su cara.

—Una mala noche. No he dormido.

—No has dormido y al salir a la calle te ha atropellado un camión o te has caído en una zanja.

Decidió improvisar. Bien mirado tampoco se le daba tan mal.

—He pasado la noche en el hospital. Mi tío Jero, el hermano de mi madre, un cólico nefrítico.

Rosa sabía que tanto su madre como su padre habían muerto pocos años atrás. Santiago pensó en el tío Jerónimo, del que no tenía noticia reciente y que difícilmente tendría ocasión de desmentirle. Rosa era solidaria con el dolor y la enfermedad, estaba versada en casi todas las dolencias conocidas y en buena parte de las que todavía escapaban a los protocolos de la comunidad científica internacional. Un dolor agudo, una fatiga inexplicable, un malestar de cualquier etiología bastaban para conmoverla y ganarse su complicidad.

—¡Oh! Lo siento. Eso es dolorosísimo. ¿Es muy mayor?

—Setenta y tantos.

—Ufff. Pobre. ¿Ya le han dado el alta?

—No, no. Sigue en el hospital, le están haciendo pruebas. Su hija llegará esta tarde o mañana.

—¿En qué hospital está?

—Bellvitge —respondió sin dudar.

Había visto la inmensa mole del hospital aquella misma mañana al abandonar el hotel en dirección al metro.

—Es un buen hospital, seguro que se recupera. Ya sabes que si necesitas algo...

—Gracias. Creo que no —respondió controlando las ganas de contestar que lo que necesitaba era silencio y, mejor todavía, estar solo—. Necesito que venga su hija y se haga cargo de todo, pero te lo agradezco.

Por fortuna Rosa regresó a su mesa y no continuó indagando. Santiago introdujo en Google las palabras cólico nefrítico y tomó algunas notas. Era lo primero que le había venido a la cabeza y desconocía con exactitud en qué consistía, qué síntomas presentaba y cómo se detectaba la disfunción. Habría podido decir angina de pecho, ictus, obstrucción intestinal o fallo multiorgánico. Cólico nefrítico de un familiar cercano era lo que alegraría cuando se presentara en la reunión programada para las once. Sonaba bien y serviría para disculpar su mal aspecto.

Pasó la mañana intentando no pensar en Oxana y reprimiendo las ganas de llamar al hotel y pedir que le pasaran con la habitación 217. Necesitaba oír su voz, comprobar que continuaba existiendo y que todavía les quedaban unas horas, muy pocas, para pasarlas juntos.

A cada rato Rosa levantaba la mirada, sobrevolaba el despacho compartido y la detenía en su rostro. No acababa de comprender la insinuación de sonrisa que Santiago mostraba prendida al rostro.

Cuando bajó a fumar a la calle coincidió con Armengol, que no tardó en ofrecerle el cuello para que le diera un mordisco por si necesitaba algo de sangre.

—Por un amigo lo que haga falta.

—Carles, no me toques los huevos.

—No era mi intención, aunque si tienes una necesidad... En serio, no tienes buena cara. Por cierto, este domingo jugamos.

Armengol, que no corría bajo ningún concepto, caminaba solo si era imprescindible y no practicaba deporte alguno; se expresaba así cuando el equipo del que ambos eran buenos seguidores tenía partido a la vista. Jugamos.

Santiago asintió.

—Partidazo. ¿Quieres que quedemos para verlo?

—Estoy muy liado. Tengo un familiar en el hospital—se excusó bajando la mirada—. Pero imagino que sí —añadió pensando que Oxana desaparecería el viernes de su horizonte cercano.

Armengol inclinó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Mala noche —repitió en alusión a las palabras de Santiago un par de horas antes—. Muy mala ha tenido que ser —remató mirándole a los ojos como si pudiera ver en ellos cuanto había sucedido la noche anterior, como si pudiera contemplar el rostro de Oxana o la modesta habitación de hotel perfilándose en sus córneas.

Santiago asintió, aunque en cierto modo se sentía como si acabara de precipitarse en una red tendida a tal efecto. Se estaba especializando en disfrazar la verdad y no era ningún experto. Recordó las palabras que su madre repetía a menudo: antes se pilla a un mentiroso que a un cojo. Y había algo de verdad en ellas. Armengol no era Rosa, no bastaba con apelar a su solidaridad. No resultaba fácil engañarle. De hecho era un experto en interpretar las señales y el lenguaje no verbal no tenía secretos para él.

—Si tú lo dices...

—Nos llamamos —zanjó Santiago aplastando la colilla con mucha más energía de la necesaria en el cenicero metálico estratégicamente situado junto a la entrada.

Atravesó el vestíbulo, entró en el ascensor y se dirigió a su despacho sin dejar de pensar en Oxana. En su silueta, en su hermoso perfil en la penumbra, en su placer intenso y envolvente.

Nada más cruzar el umbral, Rosa clavó la mirada en su rostro y le soltó a bocajarro:

—A ti te pasa algo. No hablo del hospital. Te pasa algo bueno.

CAPÍTULO 25

BARCELONA, ABRIL DE 2016

No había intentado ponerse en contacto con Oxana en toda la mañana. Tampoco había marcado su número de móvil. No había sido fácil. No había dejado de pensar en ello, pero de nada hubiera servido. Oxana había asegurado que el aparato permanecería sin batería, por si acaso.

Con los nervios y la impaciencia a flor de piel, abandonó el edificio de oficinas en el que trabajaba a la hora en punto y se aproximó a la primera parada de taxis que recordaba. Caían las primeras gotas de lo que podía ser un aguacero que en otro momento hubiera recibido con satisfacción. Apenas se dio cuenta y, cuando la lluvia sobre el parabrisas dificultó la visibilidad y entorpeció el tránsito, maldijo interiormente el puñetero clima mediterráneo y sus condenadas precipitaciones torrenciales.

Joder, joder, joder.

El trayecto duró una eternidad que el reloj sentenció en veinticinco minutos exactos durante los cuales estuvo a punto de prender un pitillo hasta en tres ocasiones. En la última de ellas, con el cigarrillo ya en la boca, el taxista le había dirigido una mirada a través del retrovisor capaz de atravesar el hierro frío. Volvió a guardarlo y susurró una disculpa. Le impacientaba cada semáforo y se desesperaba ante cada vehículo especialmente lento o mal estacionado de los que entorpecían el paso y retrasaban su llegada.

Cruzó la calle bajo el aguacero en dos zancadas y accedió al pequeño vestíbulo del hotel. A la escasa luz del día tormentoso, el color verde lima resultaba algo más soportable. De madrugada y bajo la luz del neón era casi hiriente, un castigo para las pupilas. Un verdadero atropello. No se molestó en saludar a la recepcionista, una chica pelirroja que peinaba cola de caballo y que solo levantó la mirada de la revista que ojeaba para expresar algo parecido a la irritación en forma de gruñido indescifrable.

Santiago había dejado en la entrada un rastro de pisadas. La joven se alegró al ver que el tipo chorreante se dirigía directamente al ascensor. Los clientes de un hotel de paso eran justo eso, clientes de paso, y no merecían más atención que

la imprescindible.

La amabilidad no estaba prevista. Ni retribuida, desde luego.

Alcanzó la 217 y golpeó la puerta un par de veces antes de abrir con la tarjeta. No advirtió ruido en el interior. Pensó que quizás Oxana se habría asustado y retenía a Nikolay para obligarlo a guardar silencio. Acercándose a la puerta, susurró:

—Soy yo, Santiago. —Al tiempo que introducía la tarjeta en la ranura.

No hubo respuesta. Pensó que algo no iba bien. Ella estaba esperando, llevaba horas encerrada en la habitación y habría reconocido su voz. Lo lógico es que hubiera reaccionado de alguna manera. Bien con unos pasos en dirección a la puerta, con un susurro o, mejor aún, con un batir de palmas. Aunque se repitió por enésima vez que toda precaución era poca, comprendió que el silencio era un mal presagio. No se equivocaba.

Abrió, y a punto estuvo de desplomarse, al comprobar que la habitación estaba vacía, que todo estaba en orden y que alguien había hecho la cama, separado la butaca en la que había dormido el niño y colocado cada cosa en su sitio. Ni rastro de Oxana ni de Nikolay, ni la menor huella de su paso reciente por la habitación.

Con el corazón batallando para separarse del cuerpo entró en el lavabo, había concebido la vana esperanza de que estuvieran escondidos detrás de la puerta u ocultos tras la cortina de la ducha.

Nadie.

Vacío, dolorosamente vacío. Nuevos envases de jabón y de champú, toallas limpias y colgadas de las argollas y en el aire un familiar aroma a líquido limpiador. La habitación ya había sido visitada por el personal de limpieza. Ni el cepillo de dientes de Oxana, ni cabellos sueltos en la pila ni el envase desechado de las galletas de Nikolay. Tampoco huellas de violencia que hicieran temer el paso de los hombres de Alexei y la resistencia de Oxana.

Impecable.

Nada.

Nadie.

Se le aflojaron las piernas y el terror se apoderó de él en tromba, como una ola gigante. Se tambaleó y se apoyó en la pared. Pensó que allí quedarían sus huellas, que estarían por todas partes y que, como Oxana no se cansaba de repetir, toda precaución era poca. Apenas dedicó unos segundos a valorar la posibilidad de hacerlas desaparecer. La desestimó. La prioridad era encontrarlos lo antes posible.

Le alertaron las voces en el pasillo y se apresuró a cerrar la puerta de la

habitación que había dejado abierta. Se dedicó, desesperanzado, a abrir cada armario, a comprobar si estaban escondidos y muertos de miedo bajo la cama y a intentar abrir la ventana sin conseguirlo. Concluyó que no habían podido abandonar la habitación por la ventana, puesto que no existía tal posibilidad. El hotel era un bloque hermético y aireado mediante conductos.

Por último, salió al pasillo y comprobó que, efectivamente, se trataba de la habitación 217. Creyó estar viviendo una pesadilla, uno de aquellos sueños aterradores en los que las cosas dejaban de ser lo que parecían para ser otras mucho peores. Recordó que, pasado el mediodía, si había podido abrir la puerta era porque la noche anterior había abonado dos días de estancia.

Le faltó el aire y sintió náuseas. Durante unos instantes permaneció inclinado en mitad del corredor frente a la puerta cerrada de la 217, doblado sobre sí mismo y con las manos a la altura del estómago.

Llorando.

No sabía cómo, pero Alexei los había localizado y los había sacado de allí. Se los había llevado. Estaba seguro. No había otra explicación. El ruso había recuperado a su hijo para contentar a Valentina. Al niño no le pasaría nada. Tal y como había prometido Alexei, tendría todo y más. Pero a Oxana... La vida de Oxana corría peligro. Un peligro grave, inminente. Quizás ni tan siquiera estuviera a tiempo de... Santiago ignoraba qué podía hacer, a dónde debía dirigirse, cómo debía actuar. Nunca antes se había encontrado en una situación parecida.

Bajó por las escaleras hasta la recepción, tuvo que detenerse a la altura del primer piso para dominar la náusea. Alcanzó el mostrador y se dirigió a la chica pelirroja.

—Por favor, necesito saber si ha visto salir a una mujer joven con un niño de unos dos años. Una mujer rusa que hablaba en inglés.

—Tenemos unas setenta personas alojadas en estos momentos. No sabría decirle.

Por su expresión indiferente ni sabía decirle ni puso el mínimo interés en recordar.

—Alta, muy guapa, muy rubia. Con un niño también muy rubio. Seguro que la recordarás, es...

—La verdad es que no lo sé. Por aquí pasa mucha gente y...

—Por favor —suplicó él casi a voz en grito—. Por favor. Es un caso de vida o muerte —afirmó. Y le sonó casi teatral, pero cierto.

La chica se tensó y, con un dedo, remontó las gafas sobre la nariz como para verlo mejor.

—Le he dicho que no lo sé. Ya me ha oído. No puedo ayudarle. Además yo empiezo turno a las doce, si salió antes, yo no...

Y de nuevo se dispuso a seguir leyendo la revista que guardaba bajo el mostrador. El energúmeno de pelo mojado y gafas salpicadas por la lluvia que había decidido incordiarla, acabaría por cansarse y desaparecer en algún momento. Siempre era así. Cuestión de tiempo y de la indolencia suficiente. Además si, tal y como aseguraba, la mujer era muy guapa, seguro que habría puesto tierra de por medio. Él no era nada del otro mundo.

—¿Y la persona que estaba aquí hasta las doce?

Levantó la mirada y respondió con desgana:

—En su casa, imagino.

—¿No podría usted llamarla? Por favor, es muy urgente. Necesito saber si han salido y si...

—No, no puedo —atajó.

—¿Y no habrán entrado dos o tres hombres rusos? ¿Quizás se han registrado? Si me permite el...

—Mire, yo no puedo ayudarle y el registro solo se lo puedo mostrar a la policía. Son las normas. Si viene usted con un poli yo...

—Quiero hablar con su superior, con el director del hotel o con el responsable del personal.

—Hace dos semanas que no lo vemos por aquí, si lo encuentra de recuerdos de mi parte, estaré encantada de saludarle —respondió con desparpajo.

Reprimió las ganas de abalanzarse sobre la miserable pelirroja y abofetearla hasta cansarse, hasta que le dolieran las manos, hasta que saltaran chispas. No lo hizo. Admitió la derrota y se dirigió a la puerta.

La joven bajó la mirada y regresó de inmediato a su planeta de *papier couché*.

En la acera el chaparrón había menguado y se había convertido en una llovizna leve. Una sucesión de gotas diminutas y distanciadas que salpicaba los cristales de sus gafas. Apenas un estorbo. Se apartó unos metros de la entrada, sacó el móvil y marcó el número que había memorizado, dado que incluirlo como contacto comportaba un peligro que Oxana le aconsejó no correr. Aguardó con el corazón bombeando frenéticamente y las lágrimas deslizándose pómulos abajo confundidas con la lluvia.

El móvil de Oxana estaba apagado o fuera de cobertura.

La creyó herida, cautiva, torturada. La imaginó muerta y enterrada ya en alguna cuneta o en mitad de algún bosque no muy lejano. Se estremeció. Tuvo la seguridad de que no volvería a verla.

Nunca.

Gimió y de nuevo sintió náuseas.

Se inclinó hasta aproximar la cabeza a las rodillas y reprimió como pudo un par de arcadas. Afortunadamente, las anchas calles flanqueadas por naves industriales y centros de negocios de nombres rimbombantes y despachos vacíos, estaban desiertas. Nadie se acercó a interesarse por él o a preguntar si podía ayudarle en algo y, pocos minutos más tarde, consiguió controlar el cuerpo y se irguió con la mano a la altura del estómago. Tampoco había taxis a la vista. Echó a andar sin prisas en dirección al metro mientras valoraba la posibilidad de acudir a la policía. ¿Qué podía decirles?

Ni tan siquiera conocía el apellido de Alexei, ni su domicilio ni el carácter de sus actividades delictivas. Mil ideas en la cabeza y todas ellas malas, algunas peores. La lluvia era un consuelo, no necesitaba ocultarse para apartar gotas y lágrimas.

Su vida era ahora el cráter originado por una bomba, una ruina humeante.

Un erial.

Y mientras atravesaba un polígono industrial desierto maldijo mil veces la memoria de Asunción Cadavieco.

CAPÍTULO 26

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Era ya media tarde cuando alcanzó su portal. Tres vecinas varadas junto a los buzones comentaban algo en voz baja. Pensó que estarían recordando lo sucedido la noche anterior. No se equivocaba. Se sorprendieron al verlo aparecer y una de ellas le asestó un codazo a la más mayor, la que llevaba la voz cantante. Saludó de refilón, no tenía la menor intención de detenerse. Lo que no supo prever es que lo interpelarían antes de que consiguiera desaparecer escaleras arriba.

—Santiago, espera.

Y se detuvo sin oponer resistencia.

—¿Sabes lo que pasó anoche?

Se encogió de hombros y aparentó ignorancia. Era tanto lo que desconocía de todo aquel asunto que no le resultó difícil.

—He pasado la noche fuera. No sé de qué...

—Te vas a quedar de piedra. La policía tiene tus datos, pueden venir en cualquier momento. Pasarán por si quieres poner una denuncia. Ayer nadie en la escalera tenía tu móvil y no hubo manera de localizarte. Es mejor que lo sepas por nosotras. Ayer entraron en tu casa y en el 1.º, 4.ª.

Improvisó cara de susto.

—¿Entraron? ¿Ladrones?

—No, hijo, no. Peor.

Sostuvo la expresión de alarma.

—Me están asustando.

Entre las tres le explicaron con todo detalle lo que creían que había sucedido y que tenía poco que ver con la realidad. Habían alcanzado una hipótesis que consideraron válida por unanimidad y sin fisuras.

Le hablaron de los dos inspectores rusos, solo Alexei y uno de sus hombres habían pasado piso por piso, que los Mossos d'Esquadra aseguraron posteriormente que eran unos impostores. Le relataron con cierto atropello que

habían entrado en cada piso, empezando por la primera planta, que lo habían hecho con malas maneras; que primero pedían permiso para inspeccionar y que en el 4.º golpearon a un joven que les negó el paso y en el 2.º empujaron al señor Jacinto contra la pared.

—Son unos canallas. Casi lo matan, ya sabes que no está para muchos trotes —espetó la más joven, que había añadido un mechón color rosa a su cabello negro como el grafito, y que era su vecina de rellano—. Entraban, miraban por todas partes y se iban. No dijeron qué buscaban y los mossos no tienen ni idea. Nunca habían visto nada igual. ¿Quién te dice que no vuelven esta noche? O mañana.

—Al chico del cuarto le abrieron la ceja de un puñetazo. Sí, hombre, sí, el de la coleta, el que tiene una niña de cuatro o cinco años y se acaba de dejar barba. Lo tienes que tener visto.

Santiago acabó por asentir aunque no recordaba al chico en cuestión.

—Cinco puntos le dieron en Urgencias —concretó la vecina mayor cuyo cesto vacío descansaba en el suelo junto a sus piernas devoradas por las varices—. Cinco puntos. Si lo hubieras visto... Por suerte la niña estaba con su madre. Sangraba como si, como si... —Y se llevó la mano al cuello—. Mejor no lo digo.

Demasiado tarde.

Prosiguieron interrumpiéndose unas a otras. Según la versión elaborada en equipo por las angustiadas vecinas, los rusos buscaban a una mujer. En eso no andaban erradas.

—Una prostituta —puntualizó la del mechón rosado y aventuró que, con toda probabilidad, se trataba de una víctima de la trata de blancas a la que pretendían recuperar—. Porque policías ya te digo yo que no eran. Y si ella va a la policía se les ha caído el pelo. Son gente peligrosa, no tienen escrúpulos.

Santiago asintió, estaba completamente de acuerdo en ese punto. Eran gente peligrosa y no tenían escrúpulos.

—Y donde no les abrieron, forzaron las cerraduras. Tú no estabas en casa, por eso es mejor que lo sepas y que no te asustes. Creo que la cerradura funciona, la puerta está cerrada, lo hemos mirado. No podía quedarse abierta hasta que llegaras. No creo que se hayan llevado nada. —La mujer de más edad le puso una mano en el hombro en un gesto de complicidad—. Y si necesitas ayuda para lo que sea. Estamos para lo que necesites.

Agradeció el ofrecimiento y simuló preocupación y algo de miedo, lo justo. Sentía mucho más del que podían llegar a imaginar. Abortando toda conversación posterior, echó a correr en dirección a su piso; según él, con el

propósito de comprobar los daños o la desaparición de alguna cosa de valor. No añadió que no poseía nada que mereciera ser robado.

—Pobre chico. Primero se le va la mujer y ahora esto. Yo de él cambiaría la cerradura hoy mismo.

Santiago acertó a oír el comentario. Visto así la verdad es que resultaba algo patético. Intentó que las palabras de la vecina no anidaran en su mente. No necesitaba ni la compasión de los demás ni la propia. Demasiado tarde.

—¿Y os habéis fijado en la cara que tiene? Este no lo ha superado. Si lo vieran sus padres, que en paz descansen... Yo diría que cada día está peor. No levanta cabeza. Si parece un resucitado.

Corrió escaleras arriba hasta alcanzar el rellano. Hacía tanto tiempo que no pensaba en sus padres que tardó en comprender que las vecinas se referían a ellos puesto que el piso que ocupaba era en el que habían pasado media vida. La puerta estaba cerrada, tal y cómo la habían dejado al dirigirse a la azotea horas antes. Alexei y su hombre habían abierto sin dificultad. Tarjeta, ganzúa, llave maestra, experiencia... El golpe estaba echado.

Abrió con su llave y entró. La cerradura funcionaba correctamente. Volvió a cerrar y echó la cadena tal y como hacía su madre cada noche.

En el interior no apreció graves daños. Las luces encendidas, las puertas de todos los armarios abiertas, la ventana de la galería de par en par, como si hubieran comprobado que no habían escapado por el patio de luces, y en la cama la señal de las manos que se apoyaron para inspeccionar los bajos. No echó nada en falta. No habían vaciado cajones ni arrojado al suelo los objetos más a mano o los que pudieran estorbar en un registro.

Permaneció plantado en el salón, paralizado, y con la vista en la plaza, en un intento por recuperar su vida anterior. Minutos después, y sin encontrar el menor alivio, se sentó en la butaca color burdeos que conservaba todavía el bajorrelieve de su cuerpo. Justo en ese instante se le heló la sangre en las venas. Bajo su pierna derecha, medio oculto entre el asiento y el armazón del mueble, asomaba un chupete.

Nikolay todavía dormía con ayuda de su chupete y Oxana siempre llevaba varios encima. Un chupete rojo en el sillón y ninguna habitación infantil en el piso. Ni una trona en el salón junto a la mesa, ni cuna, ni juguetes en el suelo, ni colonia en el lavabo ni... Son tantas las cosas que uno necesita cuando tiene un hijo pequeño.

Si habían visto el chupete la sospecha habría saltado de inmediato. Y si lo habían observado atentamente, como hizo él al sentarse y notarlo bajo su pierna derecha, habrían podido constatar que era de factura rusa.

Consideró la posibilidad de que volvieran para matarlo por pura venganza. Suponía que Nikolay ya estaba en poder de Alexei y que dejarían de buscar, pero sabía que no eran hombres que dejaran cuentas por saldar.

¡Un puto chupete ruso!

Cualquier mafioso de medio pelo hubiera concluido que Nikolay había estado allí, en esa butaca, en ese piso, se dijo mil veces. No le cabía ninguna duda. Y Oxana afirmaba que su examante era un hombre astuto, muy, muy astuto.

Regresaron las náuseas y el corazón se encabritó nuevamente. Se encerró a toda prisa en el lavabo y, con la cabeza entre las manos, vomitó. Sintió que, por primera vez en la vida, el cuerpo le traicionaba, que había dejado de responder. Regresó temblando hasta la butaca. Tuvo que apoyarse en la mesa antes de sentarse para no perder el equilibrio. Apenas acertaba a poner un pie delante del otro. No era un maldito héroe, no quería serlo, nunca había querido. Era una piltrafa. Un puñetero despojo que, sin embargo, horas antes hubiera hecho cualquier cosa por retener a la desconocida rusa y a su hijo.

Cualquier cosa.

Se abandonó al llanto mientras intentaba controlar el espanto y asimilar la idea de que no volvería a ver a Oxana nunca más.

Permaneció más de una hora encogido sobre sí mismo, medio abrazado por el sillón de siempre, como siempre. Como en una madriguera.

Con las primeras sombras del atardecer le sobresaltaron unos golpes en la puerta y dio un respingo. Era el mismo mierda de siempre.

—Santiago. Somos nosotras, las vecinas.

No contestó. No podía.

Nuevos golpes y un par de timbrazos.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

Retiró las lágrimas con los bajos de la camiseta aunque no pensaba abrir bajo ningún concepto. Tosió para aclarar la voz y se acercó a la puerta.

De nuevo, los golpes con los nudillos y la voz de su vecina de rellano le apremiaron.

—¿Santiago? ¿Estás ahí?

Tragó saliva y lágrimas. Carraspeó. Improvisó:

—Tranquilas. Todo bien. Me estaba duchando —acertó a decir con la voz medio ahogada del rehén paralizado por el terror al que un encapuchado retiene a punta de pistola.

—Disculpa, no queríamos molestar. Ya lo sabes. Si necesitas algo... Tú no lo dudes.

—Gracias, muchas gracias. No necesito nada. Todo bien.

Las vecinas permanecieron en el descansillo todavía un buen rato. Podía oírlas cuchichear aunque no alcanzara a entender lo que decían. En la plaza un grupo de madres señalaba el portal y alguna de las ventanas. Comentaban. En el barrio no debía hablarse de otra cosa.

Nezha salió a la puerta del súper y durante unos instantes se retiró el pañuelo celeste que le cubría el cabello. Lo peinaba largo y recogido en una coleta baja. Recordó, justo en aquel instante, al entrever el cabello de la chica sujeto con un coletero dorado sobre la nuca, lo que le había dicho la vecina más mayor, la del cesto vacío junto a las castigadas piernas. Y al hacerlo encontró cierto alivio.

Al chico del 4.º, el de la coleta —cuya cara no conseguía recordar— le habían suturado en Urgencias la herida de la ceja. Cinco puntos.

Si Alexei que, según las vecinas, había empezado por los pisos inferiores y había situado a un hombre en el portal para impedir la huida, había proseguido su búsqueda y había continuado piso por piso hasta las plantas 3.^a y 4.^a, significaba que no había visto el chupete o, que si lo había visto, no había sacado la conclusión más obvia. Existía la posibilidad real de que no hubieran atado cabos y de que no regresaran a rebanarle el cuello o a partirle los huesos uno a uno. Aunque si habían capturado a Oxana, quizás ella...

Sacudiéndose la angustia y el espanto comprobó que todavía llevaba encima las llaves del coche que seguía aparcado a un par de manzanas de la plaza. No podía quedarse de brazos cruzados el resto de su vida. Se acercaría de nuevo al hotel color lima por si Oxana y Nikolay hubieran regresado. No albergaba la menor esperanza, pero no podía seguir esperando devorado por el miedo.

El móvil de Oxana continuaba desactivado. Creía que, de haber podido, habría contactado con él de alguna manera, también ella había memorizado su número; pero tenía que intentarlo.

Las vecinas habían desaparecido cuando salió al rellano. Bajó las escaleras en silencio y se encontró de frente con una pareja de los Mossos d'Esquadra que le dio el alto, le pidió su identificación y le comunicó que necesitaban hacerle algunas preguntas.

Joder, joder, joder.

CAPÍTULO 27

BARCELONA, ABRIL DE 2016

Sin nuevas noticias de Oxana, ni de los Mossos d'Esquadra ni de los amenazadores rusos que querían verle muerto; Santiago salió temprano de casa al día siguiente para recuperar su rutina y con ella su aburrida y plana vida. La esperanza por los suelos, el ánimo más abajo aún, en las proximidades del centro de la tierra.

Un viento intenso que parecía haber arrastrado hasta la última nube sacudía las ramas de los árboles, hacía aletear la ropa tendida y le acariciaba el rostro camino de la estación de metro.

El mismo bar, parecidas imágenes en el televisor, el mismo trayecto bajo tierra, el mismo edificio de oficinas... La misma inspección diaria a cargo de una Rosa cada día más interesada en los asuntos de los demás. Una misionera seglar, una mujer con un apostolado, la emisaria de una nueva religión que Santiago, en complicidad con Armengol, llamaba «el nuevo positivismo».

—¿Cómo está? —le espetó antes de que se quitara la americana, la colgara y pudiera tomar asiento.

Y a punto estuvo Santiago de responder: desaparecida, muerta, secuestrada, descuartizada... ¿Cómo saberlo?

—¿Perdona? —preguntó en un raptó de prudencia.

—Sí, hombre tu tío, el del cólico. El que, según tú, estaba ingresado en Bellvitge.

—Disculpa, es que por un momento no sabía de qué... Bien, está algo mejor. Ha llegado su hija y quizás lo intervendrán hoy mismo —mintió sin reparos.

—Me alegro, pero tú no tienes buena cara. Creo que necesitas descansar, pareces... ¿Has pasado otra noche en el hospital?

—Mi prima llegó tarde y, entre unas cosas y otras, solo he dormido un par de horas —la atajó nada interesado en conocer su opinión.

—Ya —respondió Rosa.

Era su manera de concluir temporalmente un interrogatorio. La señal de que

se iniciaba una tregua. Ambos lo sabían, a Santiago no le quedaba más remedio que aceptarlo.

Encendió el ordenador, recuperó el documento en el que estaba trabajando, consultó sus anotaciones e intentó proseguir su redacción. Unos minutos más tarde guardó el archivo y analizó las noticias referentes a los sucesos producidos en las inmediaciones en las últimas horas. No podía centrar el pensamiento, se le escapaba, no lo gobernaba. Sin darse cuenta, imaginaba el cuerpo de Oxana lanzado al mar desde el puerto de la ciudad o desde algún despeñadero cercano, enterrado en alguna umbría en Collserola o sometido a las peores vejaciones en alguna nave industrial abandonada. Siempre lo imaginaba sin vida.

Si la habían matado quizás alguien había localizado el cadáver o lo haría en las próximas horas. Santiago había leído en algún lugar que los cuerpos sumergidos siempre acababan por salir a flote. Las posibilidades eran muchas y se enmarañaban en su mente. Tanto era así que creyó volverse loco de angustia. No encontró en la prensa digital ninguna referencia a hechos violentos ni a cadáveres de mujer sin documentación. Repasó cada breve en busca de una mujer alta y rubia sin identificar o que respondiera a las iniciales O.S. o S.K. Quizás el cuerpo sin vida pudiera ser identificado por el tatuaje en la parte interna de la muñeca. No sirvió de nada.

Ni rastro.

Nunca hubiera imaginado que Rosa supiera silbar, por eso casi sufrió un síncope cuando se acercó a él por la espalda sin hacer el menor ruido y sin que pudiera advertirlo. No se percató de que echaba un vistazo a la pantalla en la que releía por cuarta vez el resultado de una reyerta a punta de navaja que había tenido lugar cerca del hotel en el que pasaron la noche. El resultado de la violenta trifulca entre jóvenes a la salida de un *after hours* en la que participaron ocho personas era de un herido leve por arma blanca y un contusionado por la paliza recibida. Ambos, hombres. Ambos habían sido ingresados en el hospital. Ambos eran miembros de bandas más o menos desorganizadas.

Ante la imagen de una herida sangrando y de la brecha abierta en la cabeza de un adolescente, Rosa silbó como si asistiera a un rodeo. Y el sonido resultante, emitido justo por encima de su cabeza, fue tan inesperado y tan agudo que Santiago se sobresaltó.

—Joder —protestó.

—Tú no estás fino. A ti te pasa algo —constató la irritante mujer para su desesperación—. Y no me vengas con lo de tu tío el indio apache.

Santiago se apresuró a hacer desaparecer la noticia de la pantalla de su ordenador.

—Son cosas mías.

—Eso parece. Eso y que te has levantado con ganas de sangre —observó, pero Santiago no entró al trazo y no respondió.

Volvió al documento mientras continuaba dándole vueltas a la idea de que Oxana había muerto a manos de los secuaces de Alexei. Intentó convencerse de que, en definitiva, la falta de noticias era una buena noticia. No acabó de conseguirlo.

Experimentaba tanta ansiedad que tuvo que luchar contra sí mismo para no ponerse en pie, abandonar el despacho a toda mecha y salir a patear las calles de la ciudad en cualquier dirección y con un solo propósito: localizar a Oxana viva o muerta.

A media mañana Armengol entreabrió la puerta:

—¿Molesto?

Rosa reprimió un «Sí, desde luego». Santiago, en cambio, cogió el móvil y la cartera y respondió:

—No, para nada. Te acompaño.

Armengol hizo un gesto de sorpresa y comprobó si llevaba los cigarrillos en el bolsillo de la americana.

—Cojonudo. Aunque yo solo venía a decirte que el domingo...

—Me lo explicas con un pitillo.

—A sus órdenes.

Abandonaron el edificio y se alejaron unos pasos de la entrada.

—Tú dirás.

—¿Yo? ¿Qué quieres que diga? —protestó Santiago.

—Para empezar ¿Qué hacemos aquí? A fumar siempre sale cada uno por su cuenta. Parecemos dos moñas, con perdón.

—Yo, echar un cigarrillo. Estaba hasta los huevos de Rosa. Cada día lo llevo peor. Tú, no sé.

—Yo, esperar una explicación. Tú dirás lo que quieras, pero está pasando algo y me gustaría saber de qué mal he de morir. ¿Te has visto la cara o ya has retirado los espejos de tu casa?

—Déjame en paz.

Armengol levantó las palmas en el aire como si alguien fuera a registrarlo.

—Como quieras, pero sabes que soy una tumba.

—Olvídame.

Fumaron en silencio durante unos minutos y, también en silencio, atravesaron de nuevo el vestíbulo del edificio, llegaron al ascensor y alcanzaron

la planta en la que ambos trabajaban y desempeñaban funciones muy similares. Antes de que Armengol se alejara en dirección a su cubículo, Santiago preguntó:

—¿Quedamos para ver el partido?

Y su pregunta encerraba una disculpa. Así lo entendió Armengol. Santiago necesitaba recuperar la rutina a cualquier precio.

—Claro. A no ser que la diñes antes. —Y la mirada de Carles Armengol fue tan elocuente que Santiago no encontró argumentos para replicar.

—Vete a la mierda.

—Donde siempre. Te envió un mensaje.

—De acuerdo.

Justo entonces, cuando se disponía a entrar de nuevo en el despacho y en el radio de escucha de Rosa, el móvil vibró en su bolsillo. Dado que vivía en un estado de alerta permanente dio un respingo, clavó los pies en el suelo y, dando la espalda a su amigo, se apresuró a atender la llamada. Un número secreto, quizás Oxana intentaba comunicarse con él. Aunque también podría tratarse de sus captores o, lo que era lo mismo, de sus asesinos.

Armengol, que apenas había dado par de pasos, se detuvo a su vez con la intención evidente de pillar al vuelo algún fragmento de la conversación.

La llamada procedía de la comisaría de los Mossos d'Esquadra. El cabo Hurtado, encargado del caso, insistía en saber si los intrusos se habían llevado algo de valor, si habían causado desperfectos y si el ocupante de la vivienda, es decir Santiago Cadavieco Pomar, según constaba en sus notas, lo había pensado mejor y deseaba interponer una denuncia. No era poca cosa.

—No, no se han llevado nada. Tampoco rompieron nada y la cerradura funciona correctamente. Ya les expliqué. Yo no había echado la llave, imagino que no tuvieron problema. La verdad es que no creo que sea necesario denunciar —respondió aparentando convicción.

Carles Armengol, varado muy cerca, captó algunas de sus palabras y frunció el ceño sin dejar de escuchar.

—Bien, entiendo que no quiera denunciar, pero le aconsejo que se acostumbre usted a cerrar siempre con llave. Puede parecer gratuito, pero creo que también le convendría cambiar la cerradura. Nunca se sabe. Si ya han abierto una vez sin el menor problema, puede que lo vuelvan a intentar. Estas cosas se acaban sabiendo. Y no le conviene.

—Sí, ya lo había pensado, buscaré a alguien y la cambiaré lo antes posible. Si no necesita nada más...

—Otra cosa, sí. Que dos rusos sin identificar inspeccionaran toda una escalera de vecinos, piso por piso, no es nada habitual. Y que para hacerlo

emplearan en algún caso la violencia aún lo es menos.

Hurtado hizo una pausa, como si cavilara. Santiago no comprendió qué era lo que esperaba de él.

—De hecho creo que es la primera vez que nos encontramos algo así. ¿Tiene usted alguna idea de qué es lo que andaban buscando en el edificio? Además encontramos la puerta de la azotea abierta. No acabamos de...

—No, ni la menor idea. Yo no estaba en casa y no sabría decirle... No conozco a ningún ruso —afirmó considerando que no era una mentira—. Me enteré de lo sucedido por las vecinas.

—¿No tiene usted ninguna sospecha? —insistió la voz grave y cargada de autoridad del cabo Hurtado.

Santiago tuvo la inquietante sensación de que el propietario de aquella voz no era una persona que se desanimara fácilmente.

—No, ninguna. Y nunca subo a la azotea.

—Está bien, seguiremos investigando. Quizás le pida que venga a comisaría en algún momento.

—De acuerdo. Si cree que es necesario... Y gracias por las molestias.

Cuando Santiago interrumpió la conversación, Armengol, una verdadera fortaleza humana, estaba justo a su lado dispuesto a no moverse de allí bajo ningún concepto. Con las bifocales en la punta de la nariz y los ojos levemente entornados, inquirió:

—¿Una denuncia? ¿Te han robado?

—Es largo de explicar. No tengo muchas ganas de...

—Tengo tiempo. ¿Comemos juntos? Me interesa lo del hombre ruso.

—No se han llevado nada. No habrá denuncia ni... ¿De qué hombre ruso estás hablando?

—Tú sabrás, es lo que acabas de decir, que no conocías a ningún ruso.

—¡Ufff! Ahora no, Carles. Por favor.

—Ya veo. Lo del cólico nefrítico que le explicaste a la suma sacerdotisa era una trola.

—No tengo ganas de... —intentó en vano evitar dar más explicaciones de las necesarias, al tiempo que iniciaba la maniobra de alejamiento—. Son cosas mías y no quiero... Prefiero estar solo, necesito estar solo, Carles, te lo aseguro. Quizás dentro de unos días...

—Comemos juntos.

Ya no era una pregunta, era una evidencia. Además de calvo, fornido y más raro que un perro verde, Carles Armengol era el sujeto más perseverante que había conocido. También uno de los más astutos.

—Conozco un sitio tranquilo *walking dead*, es como una cripta, te sentirás en tu salsa.

CAPÍTULO 28

BARCELONA, MAYO DE 2016

Más de tres semanas sin noticias de Oxana. Más de tres semanas sin dejar de buscar su rastro en los diarios, en la televisión, en los periódicos digitales. Barrio por barrio, día a día, hora a hora... Casi un mes de verdadero calvario y de escuchar a Armengol afirmar, inasequible al desaliento, que la chica no tenía por qué estar muerta, que había muchas otras posibilidades.

Había hecho cambiar la cerradura, más por atenerse a la indicación policial que por confiar en que una nueva y mejor pudiera impedir la entrada a los matones moscovitas. Frecuentaba a Carles, la única persona a la que había confiado lo acontecido, aunque no todo. La única a la que le había hablado de la bellísima mujer rusa de la que se había enamorado perdidamente en unos días. No se había arrepentido de ello.

—Me he colgado de ella como un gilipollas.

—Hablas como un verdadero capullo. ¿Lo sabes? —había comentado el gigantón calvo sin la menor piedad y con un poso de envidia.

No había replicado.

Había rehusado en varias ocasiones comer con Andrea, que insistía en que necesitaba relacionarse, asistía a alguna reunión de trabajo si no quedaba otro remedio, cruzaba cuatro palabras corteses con los colegas en pasillos y ascensores y un puñado de excusas con Rosa que no cejaba en el empeño de interferir en su vida. Algunas jornadas apenas abría la boca mucho más, y raramente conseguía dormir más de dos o tres horas seguidas.

No había recibido ninguna llamada de la policía. Probablemente, dada la imposibilidad de sacar algo en claro, Hurtado había dado carpetazo al asunto. Así lo esperaba Santiago, que no aguardaba el menor progreso de una investigación de los mossos.

Ausente, taciturno y cada vez más malhumorado, se recluía en su casa a la menor ocasión, y se dedicaba a repasar a conciencia los diarios y los telenoticias. Casi cada tarde, un coche de la policía daba la vuelta a la plaza, permanecía estacionado unos minutos y volvía a desaparecer poco después. Tras constatar la

evidencia llegó a la conclusión de que los Mossos d'Esquadra habían incluido su edificio y los alrededores en una ruta de especial interés policial.

Más de una vez, con la caída de la noche, había creído ver a Yuri montando guardia en la plaza. Observaba al hombre que tanto le recordaba la silueta del ruso desde su lugar de avistamiento, medio escondido tras el postigo de la ventana, con el estómago encogido y sin saber qué pensar. Estaba convencido de que era él, pero no le encontraba sentido alguno a su presencia en la plaza.

Armengol, más optimista de lo que él mismo se obstinaba en creer, opinaba que aquella era una doble buena señal:

—Si ese es el tipo que obedecía las órdenes del mafioso, quiere decir que no tienen ni puta idea del piso en el que os escondisteis aquella tarde y, desde luego, que no han dado ni con tu adorada Oxana ni con el niño. Igual viene por libre, para hacer méritos. Juraría que esa chica y su hijo Nikolay siguen vivos. Y también juraría que es muy, muy lista —repetía con la intención de animarlo—. Siguen vivos. Estoy seguro.

No lo conseguía. Si era espantoso pensar que Oxana había muerto a manos de Alexei, considerar la posibilidad de que se hubiera marchado así, sin contar con él, sin un mensaje ni una pequeña pista, sin respetar lo que habían acordado, no resultaba mucho mejor. Le dolía pensar en el olvido total, en la indiferencia implacable y sin fisuras que suponía su desaparición voluntaria.

De bien poco sirvió comprobar que la parte que le correspondía de la herencia de Irina Korovin le había sido ingresada a mediados de mayo. El dinero no serviría para comprar la vida de Oxana.

Fueron más de tres semanas de impotencia y abatimiento que acabaron de golpe un lunes a primera hora de la mañana. Justo al sentarse frente al ordenador y revisar su correo profesional.

Tras abrir un par de mensajes y anotar la fecha de entrega de un nuevo informe se dispuso a leer el siguiente. Había sido redactado en inglés y su emisor «Bruce» le resultaba completamente desconocido, quizás era puro *spam*.

Apenas acertó a creer lo que tenía en pantalla.

Hola, Santiago:

Conoces mis motivos y sabes que no puedo permitirme ningún error. Como comprenderás no soy Bruce, tampoco soy un hombre. Quizás entiendas porqué firmo Bruce.

El corazón pareció despeñarse en su interior. «Working class hero» rezaba la camiseta que había utilizado aquella tarde, la que había llevado la noche en que se refugiaron en la azotea. La misma de la que se había desprendido para

hacerle el amor horas antes de que Oxana y Nikolay desaparecieran de su vida. «The working class hero», un lema asociado desde siempre a Bruce Springsteen.

Ahora soy S. Aquí todos me llaman así, aunque acostumbrarse no resulta fácil, como debes imaginar. Disculpa que hable casi en clave, pero creo que es la única manera de mantenernos a salvo.

En primer lugar debo pedirte perdón por haber desaparecido como lo hice. De repente vi claro que no podía esperar hasta el viernes. Mis nervios no lo hubieran soportado. Habría cometido algún error y no podía permitírmelo. Demasiado riesgo. También comprenderás que no te explique con todo detalle cómo lo hice. Recuerda que toda precaución es poca y que a punto estuve de volver a perderlo todo aquella noche. Pero te revelaré lo esencial.

Viajamos en taxi hasta el aeropuerto de Girona y allí subimos a un avión, uno de los primeros en despegar y, posteriormente, a otro. Un autocar acabó por traernos aquí dos días más tarde, el viernes. Un viaje largo en el que tuve que emplear nuestra verdadera documentación. Asumí el riesgo, no tenía otra salida.

Como por el momento nadie ha aparecido por aquí, imagino que no han dado contigo y que, en caso de haberlo hecho, no has podido desvelar mi secreto puesto que no lo conocías, al menos, no lo suficiente. Por eso me atrevo a hacerte llegar este mensaje. Existe otra posibilidad, la peor de todas, pero me resisto a pensar en ella. Demasiado dolor.

He alquilado un piso de dos habitaciones, tengo un trabajo aceptable y creo que relativa seguridad. El lugar es bonito y han sido amables con nosotros. Espero poder pasar aquí el resto de mi vida.

Una amiga de la que ya te hablé te envía este mail en mi nombre desde una ciudad muy lejos del lugar en el que nos encontramos, pero recuerda: las palabras son mías. Es la misma buena amiga que, aprovechando un viaje, te remitirá las hojas que faltan del cuaderno de Asunción, eres su único pariente conocido.

¿El único pariente? Oxana olvidaba a su madre, nunca hablaba de ella. Ella era sin duda su pariente más cercano y parecía seguir viva. Se arrepentía de no haber indagado más cuando tuvo oportunidad.

No tardarás en recibirlas en tu despacho. Yo misma las arranqué para evitar que conocieras algunos detalles que necesitaba ocultar.

Como verás, te he mentado, no todo lo que te he explicado era

verdad. Necesitaba apelar a Asunción, no me quedaba otro remedio. Creo que lo comprenderás y espero de todo corazón que puedas perdonarme. Según dispuso Asunción, también conservo unos miles de rublos que me asignó al margen de su herencia para que llevara a cargo una misión, es el dinero que me ha permitido viajar hasta aquí y establecerme, un dinero que no quise tocar porque era mi salvavidas y el de Nikolay, el que me permitió comprar los billetes y mantenernos con vida. También conservo la llave de su piso en Moscú. Eres su heredero a medias, su copropietario.

Asunción enfermó, un problema respiratorio muy grave, y fue trasladada a un hospital. Yo la visitaba siempre que podía, fue ella la que quiso que leyera su cuaderno con sus recuerdos para que alguien conociera su vida y su verdadera identidad. De alguna manera se resistía a morir del todo. Asunción Cadavieco murió en el hospital antes de pudiéramos leer juntas sus últimas líneas.

También ella, como yo, adoptó una nueva identidad, sus circunstancias fueron otras, pero dejó de ser Asunción Cadavieco por voluntad propia para convertirse en ciudadana soviética con un nombre soviético. Consiguió que todos los que la trataban la llamaran Irina y adoptó el apellido de su esposo. Cerró una puerta y no volvió a abrirla.

Pienses lo que pienses de mí, espero que puedas perdonarme y que comprendas que necesitaba conseguir tu confianza y tu ayuda. Pensé que no había mejor manera y que conseguirlo bien valía una verdad a medias. Necesito decirte que apreciaba a tu tía Asunción y que hice por ella cuanto pude.

Recuerdo a menudo la noche que pasamos en aquel hotel. Me gustaría volver a estar así contigo, como estuvimos aquella noche, pero seguros y quizás felices. Ambos, Nikolay y yo, deseamos volver a verte, sin embargo entenderé que no quieras saber nada de mí. Si es así, si me guardas rencor y me detestas, solo espero poder confiar en ti. Sé el riesgo que corro al desvelarte que seguimos vivos y que hemos alcanzado nuestro destino, solo el deseo de volver a verte es mayor que todo mi miedo.

Te lo suplico: no nos traiciones.

S.

Releyó el mensaje muchas veces. Su único pariente vivo. No era eso lo que

Oxana le había hecho creer. Memorizó de inmediato frases enteras. Suspiró y se sacudió en la silla como si estuviera a solas. Decidió imprimirlo y borrarlo de inmediato. Con la hoja de papel doblada en un bolsillo salió de su despacho y asomó en el de Armengol.

—¿Molesto? —preguntó.

Y, en su voz, Armengol detectó de inmediato excitación e impaciencia.

—Sí, pero podré perdonártelo. Por cierto, no hace ni media hora que ha empezado nuestro horario laboral. Es un poco pronto para largarse ¿no? —contestó el amigo palpando en el bolsillo el paquete de tabaco, poniéndose en pie y haciendo remontar sus gafas nariz arriba como para contemplar mejor el rostro agitado de Santiago.

—Es urgente.

—Envías señales equívocas. ¿Nos ha tocado la lotería? ¿Has avistado un OVNI? ¿O es una carta de despido? Apostaría por la C.

—Mucho mejor.

—¿Mucho mejor que qué? ¿Mejor que trincar un par de millones? ¿Mejor que avistar un OVNI?

Y puso los ojos en blanco.

—No seas capullo. Tenías razón. Cuando salgamos del ascensor te lo enseño. Son noticias —dijo blandiendo el papel plegado ante sus ojos.

—Ya veo. No nos ha tocado la lotería. Será el OVNI.

—Calla. Deja de hacerte el gracioso y ven conmigo. Te invito a un café.

Sentados frente a frente en la cafetería más cercana y en el rincón más alejado de la entrada, Santiago le tendió la hoja impresa. Armengol leyó el texto detenidamente y mostró una sonrisa de satisfacción.

—No voy a renunciar al reconfortante placer de decir que ya lo sabía. Recordarás que te lo he repetido mil veces. Lo sabía, lo sabía, lo sabía. Y por si no te hubiera quedado claro: lo sabía.

—Lo admito, yo estaba equivocado. Tenías razón. Toda la razón. Si quieres lo pongo por escrito.

—No estaría mal.

—¿Qué piensas?

—Bueno. Una cosa está clara. Tienes un problema menos. Ya sabes dónde pasarás las vacaciones. Por lo menos ella lo sabe.

No desconfiaba de Armengol, ni de lejos lo imaginaba en contacto con Alexei, pero se alegró de no saber en qué ciudad se encontraban Oxana y su hijo. La tentación de confiar en alguien era poderosa, irresistible.

CAPÍTULO 29

BARCELONA, JUNIO DE 2016

Durante las noches que siguieron al inesperado mensaje de Oxana no consiguió librarse del maldito insomnio. Se despertaba un par de horas después de haber atrapado el sueño y la mayoría de veces no conseguía volver a dormir. Por la mañana, al poner el pie en el suelo, conservaba el recuerdo de cada hora señalada por el campanario de la iglesia cercana, y en los huesos el cansancio acumulado de las noches en vela.

Sin esperar a conocer el contenido de las hojas arrancadas del cuaderno de Irina, el mismo día en el que leyó en la pantalla que habían llegado a Inglaterra compró un billete de ida para Londres con el convencimiento de que desde la ciudad podría trasladarse a cualquier lugar por remoto que fuera. Pensaba que nada de lo que pudiera llegar a saber, por grave que fuese, le haría cambiar de propósito. El vuelo partiría el primer día de sus vacaciones, el 1 de julio.

A Santiago le correspondía el mes de agosto de punta a cabo, como a Armengol, que se jactaba de ello ante los empleados con menos antigüedad siempre que podía. Su sentido del humor era el del que no hace prisioneros. Pero no podía esperar tanto y había conseguido hacer un trueque con Amador, un colega que no acababa de creerse tan inesperada y sorprendente oferta y que había aceptado de inmediato. Todo el mundo en la inmobiliaria quería vacaciones en agosto, pero era bien sabido que Santiago Cadavieco no era como todo el mundo. Su iniciativa contribuyó a consolidar su fama de bicho raro.

Quedaban unas semanas y apenas lograba controlar la impaciencia. De tarde en tarde, y siempre con la llegada del atardecer, aún creía intuir la silueta de Yuri en la plaza arremolado a una acacia. Nunca puso el pie en la calle para comprobarlo. No encontró el valor. La mera posibilidad de seguir en el punto de mira de los hombres de Alexei le aceleraba el corazón.

Siete días después de imprimir el mensaje, un jueves por la mañana, Armengol se plantó ante su mesa y, con las manos a la espalda y cara de desmesurada satisfacción, le comunicó:

—Ha llegado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó poniéndose en pie.

No necesitó preguntar a qué se refería.

—No te alteres. Acabo de interceptarlo. Ya sabes que Susanita tiene debilidad por mí —bromeó—. Le he dicho que venía hacia aquí y me lo ha dado. Ella es así. Positiva como unos cascabeles—. Y comprobando que Rosa no andaba cerca, continuó en un murmullo—: Entre tú y yo, a esa chica le falta un hervor. Hasta dos.

Santiago abandonó su mesa para rodear a Armengol y arrebatarle el sobre que escondía.

—Quieto bicho. —Y levantó el sobre por encima de su cabeza dejándolo lejos de su alcance—. Antes quiero que me prometas una cosa.

—No tengo que prometerte nada. Eres un gilipollas.

—Yo soy un gilipollas, pero eres tú el que quiere este sobre. Además, te lo voy a poner fácil.

—Habla —le espetó demasiado impaciente para seguirle el juego durante mucho rato.

—Solo quiero que me cuentes el final. Nada que te comprometa, no necesito nombres, ni lugares, pero no me puedes dejar así, necesito saber qué era lo que no quería que supieras.

—Está bien. Si puedo explicártelo te lo explicaré.

Armengol le tendió el sobre sin remitente en cuyo matasellos podía leerse que había sido depositado en un buzón en Viena.

—Preciosa ciudad, Viena —comentó Carles Armengol antes de abandonar el despacho y echar a andar por el descansillo hasta su mesa—. Y cojonudo el *schnitzel* —añadió relamiéndose.

Corpulento y algo patizambo, Armengol se balanceaba al caminar, primero a un lado, después al otro. Algunos parodiaban sus andares al referirse a él e imitaban el contoneo de los patos. Santiago observó cómo se alejaba y sonrió. Fue un gesto fugaz, un raptó de complicidad. Sabía que podía contar con él, les unía aquella extraña afinidad que a veces experimentaban los excluidos o los que no desean ser incluidos en círculo alguno. En definitiva, los bichos raros.

Abrió el sobre, comprobó que contenía unas cinco o seis hojas escritas con la letra airosa y pulcra de Irina Korovin y que no había ninguna nota que las acompañara. Se sintió algo decepcionado. Lo guardó en el primer cajón, el único en su mesa que se cerraba con llave, tras sellarlo de nuevo con cinta adhesiva. No debía fiarse de nadie. Lo leería aquella misma tarde. Sentía algo de miedo por lo que pudiera averiguar, por eso prefería estar solo. Y, aunque los nervios apenas le permitían seguir sentado y concentrado en el trabajo, se puso a prueba,

se retó a sí mismo y no volvió a abrir el cajón hasta que llegó la hora de salir y volver a casa.

Cuando se apeó del metro se asomó a Los Maños, había pensado en algo para llevar. No quería perder tiempo. Le pidió a Cárdenas si le podía poner una ración de macarrones.

—Vienen a ponerme una cerradura nueva y deben estar a punto de llegar — mintió sin titubear.

Cada vez faltaba a la verdad con mayor soltura. Hubiera podido confundir al polígrafo. Se estaba convirtiendo en un virtuoso.

—Creo que no será problema. Espera.

Y mientras su padre se perdía en la cocina, Aarón aprovechó para consultar el móvil y contestar unos cuantos mensajes. Cuando Gerardo Cárdenas salió con una fiambarrera transparente repleta de macarrones y vio a su hijo concentrado en el teclado de su aparato de última generación, le dirigió una mirada que hubiera podido atravesar una caja de caudales de alta seguridad.

Aarón se apresuró a guardar el móvil y a servir los calamares a la plancha que se enfriaban ya sobre la barra. Los *sprays* que empleaba eran muy caros y no quería darle a su padre la menor excusa para que le retirara el simulacro de sueldo que le daba.

Santiago abandonó la americana en una silla nada más llegar a casa, destapó la fiambarrera y buscó un tenedor, una servilleta de papel y una cerveza. Rescató el cuaderno inconcluso de Irina y se sentó a la mesa. Buscó la última hoja y comprobó las últimas líneas que había leído.

Al día siguiente empecé a visitar los orfanatos asturianos que seguían abiertos y....

Recordó el viaje en solitario desde la URSS hasta Asturias con el propósito de localizar a su familia y comprender su inexplicable y dolorosísimo silencio. La primera hoja de las que habían viajado desde Viena recogía la continuación del relato.

Se dispuso a dar cuenta de los macarrones a la boloñesa mientras reseguía uno a uno cada renglón.

...pedí a sus directores consultar los registros. Buscaba a un niño nacido a finales de 1937 y que llevaba por nombre Andrés Cadavieco. No tardé en localizar el lugar en el que mi hermano había pasado los siete primeros años de vida. Un edificio retirado y sin gracia en las cercanías de Gijón. Un sitio en franca decadencia, de ventanas pequeñas y muros gruesos y recubiertos de vidrios rotos para evitar posibles evasiones. Un lugar triste, al menos eso me pareció. Lo

regentaba una orden religiosa cuyo nombre no puedo recordar. No importa.

Cuando cumplió los siete años, Andrés salió de allí para no volver, camino de un internado religioso para chicos. Las instituciones educativas religiosas acostumbraban a guardar algunas plazas para los huérfanos que demostraban aptitudes y buena disposición. Eran los recogidos, los fámulos. Una especie de cuota de caridad. El último peldaño.

El religioso que ejercía de secretario me atendió a regañadientes tras haberle explicado mi complicada historia y haberme mirado como si sintiera cierta repugnancia por la joven recién llegada de tierras comunistas, como si apestara o llevara conmigo el germen de una enfermedad contagiosa. Comprendí la decepción de Araceli, entendí que acusara la desconfianza y el recelo que algunos parecían sentir hacia los que habían regresado de las frías tierras soviéticas.

Comprobó a contrapelo un par de libros enormes y me mostró la anotación pertinente. La negligencia del responsable del registro, probablemente él mismo, me impedía seguir buscando, no constaba ni el nombre ni la dirección del internado al que había sido enviado mi hermano. Maldije al responsable y a toda su estirpe sin que una palabra saliera de mis labios, una extraña e inútil forma de dignidad. Sin embargo, no pude evitar echarme a llorar frente a su mesa, con el libro todavía entre las manos. Profundamente desanimada acerté a darle las gracias como pude y me dirigí a la salida.

El secretario me llamó antes de que alcanzara la calle. Me detuve y se acercó a mí. Rescató algo de la compasión divina de la que tanto hablaban entre aquellas paredes y que escaseaba en el país que me había visto nacer y, mirándome por encima de sus lentes de lectura, me aconsejó que buscara en Avilés. Quizás había recordado algo que no quiso admitir.

Según me explicó, en esa localidad asturiana encontraría uno de los internados de la zona que reunía a muchos de los hijos de los mineros muertos. Era posible que Andrés, que en definitiva era hijo de un minero del carbón, hubiera ido a parar allí. Solo era una posibilidad, me advirtió, pero era el paso más lógico. Me facilitó el nombre y las señas. Retiré las lágrimas, apunté lo que necesitaba y aquel mismo día viajé a Avilés.

No le di las gracias.

No me costó localizar el lugar. Una edificación inmensa con muchos años sobre sus muros en la que se impartía enseñanza a los huérfanos hasta que finalizaban sus estudios primarios. La mayor parte de la población abandonaba entonces su formación para buscar un trabajo con el que paliar la penuria. En algunos casos, si el alumno obtenía buenos resultados, se le permitía continuar unos años más y concluir el Bachillerato. Andrés fue uno de esos chicos afortunados. Además, en el mismo edificio, se preparaba a algunos jóvenes para el sacerdocio.

Mientras seguía a un monje hasta el despacho del director distinguí una capilla, el refectorio, infinitos corredores y numerosas aulas y habitaciones que daban, a través de enormes ventanales, a un grande y desolado patio central enlosado. En el exterior, algunos campos de recreo y un campo de fútbol en el que un grupo de chicos en pantalón corto chutaba un balón de reglamento.

Según me informaron, y pude comprobar yo misma en su expediente académico, mi hermano había finalizado su formación con buenos resultados y había abandonado la institución al acabar el curso unos años antes, en 1953. Pude ver una de las fotografías que figuraba en su expediente de los últimos años y era un chico muy guapo. Se parecía mucho a mi padre, la misma frente despejada y los mismos ojos como tizones. De nuevo no pude evitar las lágrimas. También él llevaba gafas. Es cuanto he podido conocer de él. Su apariencia muchos años atrás en una fotografía diminuta que encabezaba sus calificaciones y su inmejorable disposición para la formación académica.

Al parecer, su intención era formarse para ser aparejador, eso al menos es lo que me explicaron algunos de los profesores que lo recordaban y con los que el director me permitió hablar. No supieron decirme mucho más. Solo que tenía buen temperamento, que era inteligente y muy trabajador, que valía mucho. De su destino posterior ni el menor rastro. Ni una nota ni la menor indicación. Eso era todo. De nuevo en un callejón sin salida.

Quizás se matriculó en Madrid, sería lo más lógico, aunque también pudo ir a Barcelona. Incluso pudo haber cambiado de idea.

—Con los chicos nunca se sabe —me advirtieron con la clara intención de no alentar mis esperanzas.

No pude seguir buscando, no sabía adónde ni a quién acudir.

Permanecí en Asturias cuatro días más. Visité algún ayuntamiento, hice alguna llamada que casi nunca fue atendida con un interés real e intenté alguna indagación de la que no esperaba mucho. Todo fue en vano.

No conseguía superar la noticia de la muerte de mi madre. Aunque de alguna manera la esperaba en el sentido más cruel de la palabra, me dolía infinitamente pensar en sus últimos meses de vida, que imaginé como un verdadero infierno. Desalentada y sola me abandoné al deseo de regresar junto a Grigory. No había transcurrido un mes, buena parte del cual había pasado en el mar, y ya estaba de vuelta en nuestro piso en Moscú y esperaba con impaciencia la llegada de mi esposo.

He pensado a menudo en mi viaje a Asturias, con el tiempo he llegado a convencerme de que me rendí demasiado pronto. No me siento orgullosa de haberme dado por vencida. Probablemente mi hermano Andrés ignoraba que tenía una hermana. Renunciar a dar con él era renunciar a mi historia, a mi pasado, a la voluntad de mis padres.

Lo creía entonces y lo sigo pensando: yo hubiera sido una buena hermana mayor.

Algo muy parecido a esa querencia que experimentaba Irina por reunirse con Grigory era lo que sentía Santiago en aquellos momentos. Una necesidad casi física de salvar la distancia y plantarse junto a Oxana. Apuró la cerveza y acabó los últimos macarrones. Comprendía perfectamente que, transcurridas unas semanas, Irina hubiera regresado a Moscú.

Grigory y yo nos llevábamos bien. Mejor que bien. Nos queríamos. Llegué a pensar que junto a él lo tenía todo. Un buen lugar en el que vivir, un buen trabajo, un buen esposo... Yo tenía la pintura, nunca dejé de pintar, me apasionaba.

Nos teníamos el uno al otro... Era lo que importaba. Fuimos felices durante muchos años, todos los que pasamos juntos. No lo tuvimos todo, pero tuvimos más que muchos. Con el tiempo he llegado a lamentarlo mucho más de lo que lo hice en su momento, cuando comprendí que no llegarían nunca.

No podía creer lo que acababa de leer. Si Irina no tuvo hijos. ¿Quién coño era Oxana? Santiago comprendió de inmediato por qué la joven había arrancado las páginas finales. Esa era su gran mentira, su impostura. Y él el único pariente

vivo. No había sido un error.

¿Si no era la nieta de Irina, quién era la mujer en la que no podía dejar de pensar? Se retiró de la mesa, buscó en un cajón el paquete de cigarrillos y se acomodó en la butaca.

No llegamos a tener hijos. Y nunca supimos por qué. A finales de los 50, y durante los 60 y los 70, la gente no indagaba, la medicina curaba si podía y como podía, pero no resolvía los grandes misterios. Los años pasaron sin el menor reproche. Yo envejecí. Grigory, también. Nos conformamos. No intentamos adoptar, nos teníamos el uno al otro. De haber podido, habríamos alcanzado juntos el final de nuestros días. No pensé que las cosas pudieran cambiar como lo hicieron. Tan deprisa, tan cruelmente.

La repentina muerte de Grigory antes de cumplir los 59 años me hizo sentir la soledad en su estado más puro, la soledad total. Salió de casa una mañana y no regresó. Un infarto mientras trabajaba me impidió despedirme de él. Fue entonces cuando necesité un hijo con toda mi alma.

Extraña palabra: «alma».

Un hijo, un hermano, a mis padres. La mitad de mí murió aquel día en la ambulancia en la que el hombre al que amaba dejó de existir antes de llegar al hospital.

Santiago encendió un cigarrillo que quemó casi por entero sin que llegara a llevárselo a los labios mientras leía las pocas páginas en las que Irina explicaba cómo consiguió seguir viviendo tras la muerte de Grigory. Pocas páginas para días que eran iguales unos a otros. Las jornadas en el laboratorio siempre parecidas, siempre la misma opresión, siempre el piso vacío que de repente era demasiado grande, la nada en todas partes. En sus propias palabras: un vivir a medias.

Se detuvo en un episodio ocurrido pocos días después del entierro de Grigory.

Había pasado una mala noche, como lo eran todas desde su muerte. Apenas conseguía centrar mi atención en algo que no fuera mi dolor y no acerté a espiar por la mirilla. Cuando abrí la puerta no reconocí al joven alto y corpulento de ojos azules y muy juntos que acababa de pulsar el timbre. Lo había visto en contadas ocasiones y apenas habíamos cruzado unas palabras. Advertí una herida reciente en la ceja y pude ver la sangre coagulada que la atravesaba. Tenía la mano

derecha vendada y se diría que había dormido con la ropa puesta. Había crueldad en su mirada, eso sí pude verlo, y estuve a punto de cerrar de nuevo. Ojalá lo hubiera hecho.

—Soy Igor, Igor Dempsey, el hijo de Aliosha.

Le invité a pasar aunque no deseaba hablar con nadie. Cojeaba. Pensé que acababa de recibir una paliza. No pregunté. Quise creer que venía a compartir mi duelo, aunque no parecía afligido. Me equivoqué. Cometí un error detrás de otro.

Entró con las manos en los bolsillos, se sentó junto a la mesa del salón y se acodó como si estuviera en su casa. Me miró a los ojos y, sin titubear, reclamó la mitad de cuanto yo tenía. Habló claro, sin tapujos. Quería el dinero de Grigory, dijo que prefería heredarlo en aquel momento, aseguró que lo necesitaba y que no veía razón alguna para esperar a mi fallecimiento.

Como yo no acertaba a responder, se levantó, se plantó junto a mí y me ordenó que me pusiera en pie y le acompañara al banco para ingresarlo en su cuenta. Había alcohol en su aliento; de haberle acercado una cerilla hubiera prendido una llama.

Me negué. Igor arrancó a reír a carcajadas, no comprendía que una mujer como yo no se apresurara a obedecer sus órdenes. Me amenazó de nuevo, me zarandó, me arrancó las gafas y las tiró al suelo. Si así lo prefería, lo de mi fallecimiento podía arreglarse, podía matarme. Yo no tenía otros parientes. Lo heredaría todo.

Igor era el único familiar de Grigory que quedaba con vida, Aliosha había muerto el año anterior y su madre muchos años atrás. De su padre no habían vuelto a tener noticias. No contemplaba la necesidad de esperar a mi muerte para tener lo que en justicia le pertenecía por parentesco. No me moví, no grité ni mostré miedo ni alarma. Si hubiera decidido atravesarme con un puñal no hubiera intentado detener su mano. Yo era en aquellos momentos poco más que una muerta en vida, pero no pensaba obrar bajo amenaza. La vida me había hecho fuerte como una roca.

Yo era una mujer valiente y leal a la memoria de mi marido. Grigory detestaba a su sobrino, decía de él que había heredado toda la carga genética de su abuelo, el padre de mi esposo, un mal hombre que había convertido la vida de la familia en un calvario y que había desaparecido durante la guerra. Culpaba a Igor de la muerte de Aliosha y, tras haberle ayudado en más de una ocasión, últimamente mi marido

le había negado las cantidades que le había exigido para salir de algún aprieto. La vida de Igor era una sucesión de malos trances, algunos de ellos habían acabado con sus huesos en la cárcel o molido a palos en un callejón.

Igor seguía sin creer que yo no gritara pidiendo ayuda ni me levantara, cogiera mi bolso y me encaminara al banco en el que estaban los ahorros de toda nuestra vida. Gritó, me golpeó y caí al suelo. La silla cayó conmigo. No sentí dolor al golpearme el hombro y la sien, ni miedo. Tampoco escapó ningún grito de mis labios cuando la emprendió a patadas con mis piernas y mi vientre. Un vecino aporreó la puerta preguntando qué era lo que pasaba, quiso saber si necesitaba ayuda. No respondí.

A través de la puerta cerrada y a gritos, Igor le ordenó que se quitara de en medio. Andrey, mi vecino, antes de volver a su piso anunció, también a gritos, que se disponía a llamar a la policía.

Igor se puso nervioso, comprendió que antes me dejaría matar que ceder a sus deseos y no era difícil imaginar que la policía no tardaría en llegar. Abrió armarios y cajones, encontró las pocas joyas que Grigory había comprado para mí —un collar de perlas, una cadena de oro y una sortija con un rubí—, el reloj de Grigory, que tenía cierto valor, y algo de dinero que yo guardaba bajo el joyero. Resopló y se largó como había venido tras llamarme hija de puta, zorra y piojosa.

No he vuelto a verle.

A continuación explicaba en pocas líneas los años que siguieron a la muerte de Grigory, años de soledad y desesperación durante los cuales en más de una ocasión valoró la posibilidad de reemprender la búsqueda de Andrés. Una indagación que siempre acabó postergando hasta que un buen día, jubilada ya, se sintió demasiado vieja para continuar soñando con un reencuentro.

Sigo en el piso en el que Grigory y yo nos instalamos por primera vez y en el que todo son recuerdos. Dos habitaciones a pocas paradas de metro del centro de la ciudad. Ahora su situación ya no me importa, hace años que no piso el centro de Moscú, sin embargo, nos gustaba vivir aquí, cerca de donde todo se decidía. El mismo piso en el que hubiéramos podido envejecer juntos si la vida hubiera sido compasiva con nosotros.

Conservo algunas de sus cosas, las más preciadas, porque me ayudan a recordarlo; pero me he desprendido de su ropa y de algunos

de sus libros. No estoy loca, todavía no, no pretendo vivir en un mausoleo erigido en su memoria.

Desde hace casi un par de años comparto rellano con una joven que acaba de parir. Se llama Oxana y el recién nacido, un niño rubio de ojos despiertos, Nikolay. Es una chica extraordinariamente guapa, enérgica y yo diría que muy, muy lista. Pero a menudo la astucia no nos sirve para dilucidar las cosas más evidentes, las que tienen que ver con todo aquello que escapa a la razón. A ella la inteligencia le sirve de bien poco, aunque me guarde de decírselo. No puedo permitirme perder su amistad. A veces las personas nos deslumbran y caminamos a tientas, medio ciegos. Ella sigue así, un poco a tientas.

Hasta hace poco Oxana mantenía relaciones con un tipo con negocios no muy claros y que le acarrearían la prisión de no estar bien relacionado y mejor protegido. En este país las cosas funcionan así. Ella asegura que, a raíz del nacimiento de Nikolay, han dejado de verse, pero no acabo de creer en sus palabras. Él es un hombre muy rico, bien plantado, arrogante, un canalla sin escrúpulos casado con la heredera de una gran fortuna.

Oxana no me lo ha dicho, pero juraría que meses atrás le hizo mil promesas, entre otras, la de divorciarse de su esposa. Y, aunque he intentado abrirle los ojos, he acabado por pensar que es mejor que ella misma alcance sus propias conclusiones al respecto. No quiero que llegue a detestarme. Oxana se ha convertido en todo mi contacto con el prójimo, en mi ventana al mundo exterior, mi ojo de buey.

El hombre en cuestión intentó que abortara por todos los medios y no quiere saber nada de su hijo, que ahora tiene pocos meses. No me cabe la menor duda de que Oxana lo sacará adelante en solitario y hará de él una buena persona. No es eso lo que me preocupa. Sé que los hombres como Alexei mudan de opinión como de camisa, sé que un hijo biológico lo es para siempre y que igual estorba que se convierte en algo muypreciado. Creo que en cualquier momento puede llegar a reclamar la paternidad de la criatura o simplemente a apropiarse de un día para otro de lo que cree que es suyo.

Hablo de Oxana en estas páginas porque es una de las personas con las que mantengo mayor trato. Siempre está dispuesta a ayudarme y hemos aprendido a confiar la una en la otra. Ambas estamos solas. La madre de Oxana murió tiempo atrás y su padre, que se ha vuelto a casar, anda demasiado lejos y no muestra excesivo interés ni por ella ni

por su nieto, .

Libre y voluntariamente la he adoptado como nieta y ella a mí como la abuela a la que echa en falta. Es a Oxana a quien acudo cuando me fallan las piernas y necesito pan o huevos, o cuando me gustaría leer una nueva novela de la biblioteca a la que hace meses que no voy porque está demasiado lejos para mis cansadas piernas. Es a ella a quien recurro cuando en invierno el frío me acobarda y apenas bajo a la calle.

Yo me quedo con Nikolay y cuido de él cuando ella se ausenta durante un rato. Me gusta hacerlo. A menudo, si dispongo de los ingredientes, cocino para ellos, para que encuentren un plato caliente cuando lleguen a casa.

Por todo ello he decidido, y así lo he dejado escrito, que a mi muerte Oxana reciba la mitad de cuanto poseo —el piso, mis ahorros, y todo aquello que pueda interesarle de cuanto conservo...— si localiza a mi hermano Andrés o a algunos de sus hijos o nietos. Para ello podrá disponer de una parte del dinero que le será entregada de inmediato, lo necesitará para viajar hasta Asturias o hasta donde haga falta. Esa cantidad inicial no le será reclamada bajo ningún concepto. Ni tan siquiera si no acepta lo que le propongo.

Si localiza a alguno de mis parientes vivos, cuanto tengo será dividido en dos mitades. Mi familiar o mis familiares, sean quienes sean, recibirán la otra mitad, la que no asigno a Oxana.

Espero que lleguen a un acuerdo sobre lo que deben hacer con los cuadros que he pintado y que encontrarán por toda la casa. Me complacería que conservasen alguno de los retratos de Grigory al que ninguno de ellos llegó a conocer. Tampoco Oxana, cuando llegó al edificio Grigory hacía muchos años que había muerto.

Si por el contrario, Oxana puede demostrar de forma clara e irrefutable que mi hermano ya no vive y que falleció sin descendencia, la otra mitad de cuanto poseo será para Igor Dempsky, el hijo de Aliosha, la hermana de Grigory, si es que sigue vivo por entonces. De no ser así, cosa que no sería de extrañar, la totalidad de cuanto tengo será para Oxana Tarasova y para su hijo Nikolay.

Esa es mi última voluntad.

Confío que Oxana, mi nieta adoptiva, acabe lo que yo dejé a medias años atrás. A diferencia de mí, ella tiene la fuerza, la juventud, el arrojo y el talento para hacerlo.

Irina Korovin.
Moscú, diciembre de 2015.

Santiago dejó los folios sobre la mesa, suspiró y buscó en un cajón algo que no le pertenecía y que pretendía devolver en breve a su propietario: el chupete rojo de Nikolay.

También él acababa de aceptar una misión.

Nada arriesgado.

O quizás sí.

NOTA DE LA AUTORA

Asunción Cadavieco/Irina Korovin es un personaje de ficción cuya vida he construido utilizando los conmovedores recuerdos que algunos de aquellos «niños de Rusia» recogieron muchos años después en sus memorias. Páginas y páginas que hablan del penoso viaje a tierras soviéticas, del emotivo recibimiento a su llegada, de las condiciones de vida antes, durante y después de la Gran Guerra Patria y de las dificultades encontradas para comunicarse con sus familiares en España y para emprender el regreso muchos años más tarde. Páginas cuya lectura recomiendo para comprender cómo los hechos históricos pueden llegar a alterar fatalmente el curso de nuestras vidas.

Aunque Irina Korovin no es una mujer real, sus vivencias, desde el detalle más insignificante al episodio más doloroso, sí lo son y han permanecido para siempre en la memoria de alguna de aquellas niñas de Rusia cuyos padres esperaban para ella una vida mejor, más fácil y sin riesgos.

La Historia es a menudo una caja de sorpresas. Y las sorpresas raramente son buenas. Irina Korovin es un homenaje a aquellos niños, aquellos hijos de héroes, que crecieron a muchos kilómetros de distancia y que no tuvieron una vida fácil.

Para todos ellos, para los olvidados de Rusia, mi reconocimiento y mi admiración.

Empar Fernández

Table of Contents

IRINA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

NOTA DE LA AUTORA